



my way to hell

dakota cassidy

Algunas mujeres
siempre se salen
con la suya

my way to **hell**

dakota cassidy

Foro Purple Rose

2

Agradecimientos:

Muchas Gracias a todas y cada una de las maravillosas traductoras que participaron en la realización de este proyecto. Gracias al grandioso grupo de correctoras que se encargaron de corregir y recopilar My Way to Hell para que pueda llegar con una mejor calidad a cada uno de nuestros lectores, sin los cuales, nuestras traducciones no tendrían sentido.

Moderadora:

- ♥ cYeLy DiviNNa

Traductoras:

- ♥ cYeLy DiviNNa
- ♥ Ruthiee
- ♥ bautiston
- ♥ Anelisse
- ♥ Dham-Love
- ♥ masi
- ♥ cowdiem
- ♥ clo
- ♥ eli25
- ♥ andre27x1
- ♥ rihano

Correctoras:

- ♥ ynexiz
- ♥ esmeralda38
- ♥ Marina012
- ♥ Caamille
- ♥ Angeles Rangel
- ♥ Selune

Recopilación:

- ♥ Pimienta
- ♥ nella07

Diseño:

- ♥ cYeLy DiviNNa

INDICE:

Sinopsis	Pág. 5
Capítulo 1	Pág. 6
Capítulo 2	Pág. 20
Capítulo 3	Pág. 36
Capítulo 4	Pág. 49
Capítulo 5	Pág. 63
Capítulo 6	Pág. 80
Capítulo 7	Pág. 93
Capítulo 8	Pág. 106
Capítulo 9	Pág. 122
Capítulo 10	Pág. 134
Capítulo 11	Pág. 149
Capítulo 12	Pág. 165
Capítulo 13	Pág. 179
Capítulo 14	Pág. 191
Capítulo 15	Pág. 207
Capítulo 16	Pág. 218
Capítulo 17	Pág. 225
Capítulo 18	Pág. 232
Epilogo	Pág. 248
Sobre la Autora	Pág. 254



Sinopsis

Ella nunca pensó que él sería el indicado.

Después de desafiar a Lucifer para salvar a su mejor amiga Delaney, la ex—demonio Marcella Acosta ha sido desterrada para existir en el plano entre el cielo y el infierno, y no hay un centro comercial a la vista. Después de numerosos intentos fallidos de contactar con Delaney a través de un montón de mercenarios médiums, Marcella cree que ha llegado al final de su ingenio. Pero hay un médium que no ha probado todavía, y resulta que es el ardiente y abrazador hermano de Delaney, el único chico que nunca le dio a Marcella ni la hora del día...

Pero su corazón tiene otras ideas.

Gracias a sus capacidades psíquicas heredadas recientemente, Kellen Markham ha tenido espíritus cazándolo día y noche y no sólo son simplemente una molestia, de alguna manera son capaces de tocarlo. Para tratar de escapar, Kellen se muda al viejo apartamento de su hermana. Pero cuando encuentra una caja llena de cosas que pertenecían a Marcella, el demonio con el que pasó años luchando contra su feroz atracción y sus pensamientos—no—tan—puros, la arrastra de regreso a la Tierra. Ahora que Marcella está libre desde el plano de grises, no hay manera en el infierno de que ella regrese. En especial porque hay un sexy médium del que ella no parece poder quitar las manos de encima... Segundo libro de la saga Kiss and Hell.

Capítulo 1



*Traducido por cYeLy DiviNNa
Corregido por Ynexiz*

— **T**u aliento huele como el hedor de un millar de almas podridas, muchacho.

—Y tu vestido no es más que una etiqueta de diseño mientras que yo casi soy un alegre Bichon Frise.

—Por lo menos si fueras un Bichon verías mejor con ese ojo y babearías menos.

—Pero tú, mi pequeña y poco cursi enchilada, seguirías teniendo igual de mal gusto.

Marcella Acosta señaló al Rottweiler (el Rottweiler que estaba hablando) apuntando a su nariz con un dedo.

—Si yo fuera tú, Darwin, yo no señalaría con el dedo. Oh, espera, me refiero a patas. Porque no tienes dedos, ¿verdad?

Darwin retiró la cabeza fuera de su alcance, dejando que su lengua colgara de su boca.

—No. Pero todavía tengo un excelente sentido de la moda, incluso sin dedos. No los necesito para decirte, querida, que tu vestido es horrible.

—Yo no necesito los dedos para darte una bofetada en la cabeza, mijo.

—Es cierto. Pero sí los necesitas si alguna vez quieres hacer contacto con alguien más aparte de mí. Algo que sinceramente es como chupar unas sudorosas bolas, desde que fuiste desterrada de este caliente lío. Simula todo lo que quieras, pero ¿al menos puedes viajar de un plano a otro? —Le dirigió una de sus miradas de perro—. No tanto.

La ira, aguda y punzante, quemó sus entrañas mientras ella se deslizó por el tronco de un árbol sin hojas.

—Jodete. Ni siquiera si fueras un suave French Poodle que fue entrenado con una correa en la boca para ir al baño —él volvió los ojos color chocolate hacia ella y le dio su "te estás pasando", luego bostezó, revelando sus grandes dientes, blancos. Marcella se inclinó hacia él, empujando sus negras caderas, en cuclillas. —Tú sabes, Darwin, cada día que paso con ustedes en este plano olvidado de Dios al que he sido desterrada

es como ir de compras por zapatos Jimmy Choo en Payless. Estoy tan jodida cómo es posible.

Su grande y negra cabeza se inclinó hacia la izquierda.

—No estás más que de mal humor porque has llevado ese horrible vestido durante tres meses consecutivos. Te das cuenta, ahora que estás condenada a vagar por este plano, con sólo un alivio ocasional cuando algún tonto médium equivocadamente convoca tu espíritu a la Tierra, que los viajes de compras son una cosa del pasado para ti, ¿no? Es decir, a menos que muevas ese vivaz y apretado trasero tuyo y hagas algo al respecto. Lástima, es tan triste. Supongo que estarás en el color correcto para el resto de tu no—vida. Tu no—vida, ser eterno, y todo eso.

Marcella sacudió un dedo en el aire destinado a la nariz húmeda y fría.

—Cuidado con hablarme de nuevo ¿Cómo es que, un perro, puede hablar en este plano? Sólo hasta que encuentras la manera de extraer su esófago de la garganta, eso es.

—Cuidado con decirme cómo es que tú, un ser fuera de tiempo, incluso de nivel, un demonio, pensabas que podrías derribar a Lucifer y ganar

Marcella suavizó una mano sobre su arrugado vestido rasgado y le mostró la lengua a pesar del hecho de que era infantil y mezquino.

—Vete al infierno —murmuró ella, con un lado de su boca, apoyando la cabeza en sus rodillas. Ella se había lanzado con el cornudo por una razón y una razón solamente.

Su amiga más cercana, Delaney.

Bueno, la que había sido su única amiga.

En setenta y seis años como demonio.

Y desde ese infame, aunque totalmente humillante, y completamente derrotado espectáculo del Smackdown con el mencionado rey del mal, había sido un infierno especial. Uno sin Pier 1.

Terrible.

Debido a que había desafiado a Lucifer en el nombre de su mejor amiga por más de diez años, había desterrado su trasero una vez demoníaco del infierno. Ya que se consideraba "el demonio antes conocido como..." enganchar un paseo en el ascensor estaba simplemente fuera de la pregunta, porque a un ex—demonio, no importa lo antiguo, no se les ofrecía la opción del paquete de luz. No había ninguna luz para que entraran.

Al igual, que nunca.

Eso no era algo que ella no había conocido desde hace décadas. Pero por lo menos como un demonio, había tenido privilegios terrenales. Había vagado como si estuviera siendo humana.

¿Aquí? No es probable.

Así que eso significaba que era una mierda fuera de suerte. Si ella no podía ir arriba y abajo ya no era una posibilidad, estaba en medio de todo lo que había sido. Ahora ella estaba condenada a la deriva sin fin, viajando en un plano que era tan mortificante como un viaje a la tienda del Dólar.

Pero su llegada a este plano significaba que Delaney había sobrevivido, y que había ganado a Clyde, el hombre de sus sueños. Eso fue lo único que importaba a Marcella. Ella sonreía por el centenar de eternidades que pasaría aquí en este lugar triste, sin color, ya que perdió la maldita batalla con Lucifer. Delaney estaba a salvo. Viva. Levantando la cabeza, vio que Darwin se mantuvo arraigado a su lado, por lo que repitió: —¿No te dije que te fueras al infierno? ¿Ahí donde te insulte con mis palabras?

—Prefiero estar contigo, aquí en el plano de Dismal. Es mucho menos húmedo, ¿no estás de acuerdo?

Un crudo viento frío, movió los bordes de su desgarrado vestido. El árbol a su espalda se estremeció con la ráfaga.

—¿No hay una luz que debas perseguir con algún un gato dentro?

—Oh, no tengo duda que lo hay. Pero, ¿quién en su sano juicio querría entrar en una luz cuando puede pasar el rato con un rayo de sol como tú, hueso de melocotón?

Su consumo de aliento era irregular con la derrota. Ella hizo lo mismo con sus bromas todo el día. Así que más de la injusticia con un perro, el perro muerto de su amiga Delaney, no sólo podía hablar en este plano, podía hacer los viajes entre los planos con la facilidad de un 747. Tenía la sensación de que había caído por un agujero negro con una bofetada en la fiesta del té del Sombrero Loco. No había nada que hacer.

—Sólo tienes que irte de una puta vez, Darwin. Sal del plano saltando por encima de los rebaños de unicornios en el maldito arco iris y las duchas de galletas para perros cayendo como lluvia sobre ti a las tres en punto y déjame jodidamente sola.

—¿Y dejar que te cuezas en ese espantoso y vergonzoso vestido? No en tu no—vida, cariño. Si yo no hiciera mi parte por lo menos en encontrarte un vestido de acuerdo a tu tez, ¿qué tipo de compañero fiel iba a ser para Delaney? Deja de ser un dulce trasero, y resuelve esto.

Habían estado en eso unas mil veces. Bueno, por lo que había sido sólo una vez con Darwin en voz alta, pero había estado sobre ella en su cabeza por lo menos mil veces.

—Eres el compañero muerto de Delaney, que ella no puede ver, ni escuchar, ni botar. ¿Y qué te imaginas de esto? Estoy siendo castigada por desafiar a Lucifer. Él me ha atado aquí de alguna manera, el hijo de puta. Estoy segura de ello. Mi castigo eterno es este plano, donde los intermedios deambulan con una inquieta satisfacción o algo parecido totalmente deprimente, una basura melodramática. Ah, y tú. Tú tienes que ser parte de este tipo de maldición.

—Tsk, tsk —gruñó él, entonces él resopló, haciendo temblar su papada flácida—. Ésta no es la Marcella que conozco. La Marcella que conozco tomaría este tipo de crisis extendiéndose hacia abajo. Bueno, no a menos que hubiera implicado un pastelillo de hombre y una cama con sábanas de seda para acostarse sucesivamente. La Marcella que conozco estaría pataleando con sus pies con perfecta pedicura hasta que encontrara una solución. ¿Más miedo todavía? Había que suponer que una célula cerebral ha dejado un buen uso tratando de averiguarlo. Si las otras almas indecisas y condenadas pueden ponerse en contacto con la vida, si pueden salir de este plano a voluntad, entonces ¿por qué tú no?

Marcella atascó una mano en el pelo enredado con los dedos tensos.

—La Marcella que conoces tiene el trasero frito, amigo. ¿Cuántas personas después de su tiempo de vida pueden reclamar el hecho de que han sido no sólo un demonio, si no ahora... esto? Estoy cansada Necesito un respiro. Cansada hasta los huesos, chico. ¿Y qué hay de un mudo condenado que escape? Cada vez que lo intento, me golpeó de nuevo directamente en este basurero. Satanás me mató pero bueno. Las otras almas en este plano parecen tener algún tipo de transmisión de magia Juju yo no. No creas que no he probado, tampoco.

Porque ella lo había intentado. Había recurrido incluso a utilizar la Administración de Médiums en el Cielo para tratar de contactar a un médium con el que podría enviarle un mensaje a Delaney. Habría volado en pedazos también, pero ella sólo conocía la mitad de la lista de la HMC. Sin embargo, no había tratado con Sylvia Browne y John Edward todavía. Todavía había esperanza.

O no.

—¿Qué pasó con la Marcella, que habría utilizado el estilo Matrix para salir de aquí? ¿Quieres decir que vamos a dejar las cosas como están por el miedo de que Satanás te haya atado aquí y te impide entrar en contacto con Delaney? ¿Te das cuenta que ha estado muy preocupada por ti, verdad? Justo el otro día los escuché a ella y Clyde discutirlo. Ella se siente increíblemente culpable por tu sacrificio. Está más allá de frenética sobre tu destino. Sí sé que cualquier tipo de amigo, encontraría una manera de enviarle un mensaje que la consolara.

Marcella le volcó el pájaro con un dedo como látigo.

—Oye esto, retráctate. No estabas allí esa noche con Delaney y Clyde. No tienes ni idea de cómo fue. No sabes nada al respecto —cayó en un violento escalofrío hasta la columna vertebral sólo recordándolo.

Truenos, rayos, langostas, serpientes, todas las cosas eran felices aplausos y verdaderas pesadillas de hecho. Marcella no tenía ningún deseo de ahondar en esa noche y repetirla de nuevo

Evah.

Darwin bostezaba, revelando un enorme agujero negro en su lengua rosa.

—Lo sé, lo sé. Esa noche fue un millón de veces terrible. El viejo Lucifer te batió como si fueras crema batida. Eso no significa que hay que darse por vencidos, Marcella. Otras almas de este plano logran hacer contacto. Tú puedes, también. Si estás dispuesta a romperte una uña, así es.

—¿No crees que si pudiera, yo le enviaría a Delaney, mierda antagónica? Lo he intentado todo. Y termino aspirando a esto —y lo hizo. Ella lo aspiro. No podía tener una idea de cuál era el trato. No importa cuántas veces intentó conectar con un médium, que terminó cagando todo en un fiasco. Había llegado incluso tan lejos como para asistir a este plano de sesiones de terapia de mierda y más clases de auto—ayuda con las que podía contar, como si fuera su nueva religión. Sin embargo, hasta ahora, había quedado en “Médium + Fantasma = Felices para siempre por toda la eternidad”, y ella no podía ni siquiera empezar a expresar su consternación por la clase de “El Limbo no tiene que apestar”.

La última cosa terrenal que quería hacer era dejar que su amiga supiera que ella estaba bien. Que la elección que había hecho esa noche en una habitación de hospital en Nebraska la hizo sin remordimientos. Ni uno solo.

Lo que la hizo estar condenada aquí pero la condenaba aún más la idea de saber que la culpa masticaba a Delaney como un agujero en su intestino. Delaney era el tipo de amiga que nunca le hubiera permitido renunciar a lo que ella había renunciado esa noche. De hecho, que probablemente se cortaría un miembro con tal de evitarlo. Lo menos que Marcella podría hacer por Delaney era dejarle saber que había sobrevivido. Su amiga nunca tendría la felicidad completa si ella no tenía paz mental sobre el destino de Marcella.

—¿Y? —Darwin pinchó—. ¿Qué vas a hacer? ¿Quejarte o hacerte cargo?

—Aquí está el problema, tu boca, y tú conocen las reglas, así como yo, Darwin. Porque yo fui desterrada a este plano, no puedo dejarlo a menos que alguien convoque mi alma o a menos que pueda encontrar un médium para conectar y enviar señales, lo que parece ser tan difícil de conseguir como la fecha de la segunda venida de Cristo. Tal vez algunos de los médiums en la lista de aprobados que me dieron son sólo un

montón de hermanos de mierda. Delaney siempre dijo que eran más falsos que la cosa real. Y en serio, ¿realmente crees que un lugar llamado la Cabaña del Espíritu, donde, por cierto, ofrecen cinco sesiones de espiritismo por quinientos dólares, y la última gratis, es un trato real?

—La Cabaña del Espíritu sólo ayudó a Andre, ¿no? Él había estado aquí por ocho años, Marcella. Ellos no pueden hackear a todos los médiums si ayudan a un habitante del plano como Andre. Eso es sólo una excusa conveniente para no dejar tu comodidad.

—Oh, bola de mierda —ella soltó un bufido, enfurecida porque él le pusiera el aguijón—. Andre es el perfecto ejemplo de por qué creo que fui desterrada a este plano en lugar de vagar por ahí. Él cruzó sin el uso de un médium real. Era sólo su tiempo de irse, supongo. He intentado golpear la Cabaña del Espíritu y no tiene nada fuera de ella que no sea ver alguna pieza de mentira de mierda que se llama Jean—Franc realizar una sesión de espiritismo luego pretender que podía ver a un tipo llamado Marlon de Hoboken que ni siquiera estaba allí. No podía ver más de lo que Delaney todavía puede ver. Si eso no es prueba suficiente para ti, entonces no tengo nada.

Darwin se rascó la parte inferior con un golpe rápido de su pata.

—Aunque estoy seguro de que algunos de los médiums que logran hacer la lista de aprobados del mismo modo que la demanda, están llenos de mierda, no están todos llenos de mierda.

—Mira, el único puto médium que conozco y que sabía con certeza lo que era el verdadero negocio era Delaney, y ella ya no es un médium, ¿recuerdas? ¿U olvidas la razón por la que podía ver los muertos en primer lugar? El contrato con Lucifer. ¿Tú sabes, el contrato que el loco de su medio hermano Vincent tenía con el poder del mal, y del que abusó hasta la mierda cuando estaba vivo? ¿El poder que, a su muerte, se pasó a su pariente más cercano que aún viviera? Ese pariente era Delaney... que uso el poder para el bien en lugar del mal, al cruzar las almas. ¿También recuerdas la cláusula de eso que te mencioné? ¿La estúpida regla que dijo que el poder se quedaría en Delaney y su línea de sangre durante el tiempo que viviera? ¿Qué habría pasado si la Gran Delaney no hubiera muerto esa noche en el hospital.

Ella se estremeció con el recuerdo de nuevo. Cuando Lucifer había utilizado a Marcella para catapultar a los humanos, lanzando su fuerza de cuerpo completo en Delaney, su amiga se había caído y golpeado con fuerza en la cabeza en un lavabo de porcelana sólida, fundamentalmente su muerte fue por el impacto de su cráneo. Sin embargo, Clyde, era la razón por la que había tenido el gran enfrentamiento con Satanás, para empezar, había resucitado a Delaney, salvando su vida. Aunque Marcella estaba débil y maltratada más allá del punto de moverse, había visto todo, extendiéndose en el piso del cuarto de hospital antes de que se desmayara y terminara aquí.

Darwin, la miró con la intención en la mirada.

—Recuerdo esta historia como si la hubieras dicho ayer. De hecho, creo que fue ayer cuando finalmente, después de tres meses, decidiste dejar tus entrañas a mis pies. ¿Qué tiene eso que ver con que bajaras a este plano?

—El contrato. Tiene que ver con el contrato. Debido a que Delaney murió, ella perdió el poder. Eso significa que ya no ve gente muerta. Yo soy, para todos los efectos, la ex. Tú sabes, la gente muerta. Los días de médium terminaron. Nadie va a convocarme porque a nadie aparte de Delaney le importo porque para ella estoy muerta... desaparecida... lo que sea. Y si Delaney es el único médium que conozco... conocí... con todo y los colores. He intentado hacer lo que hacen los demás cuando se disponen a enviar mensajes a sus familiares a través de un médium. ¿Recuerdas cuando estuve siguiendo a ese imbécil de Iván y al psíquico Saúl en el fin del Oeste?

¡Qué desastrosa succión de trasero había sido! Había terminado dando señales de cruce de Iván con su propia y confusa mierda del siempre amante de los pobres a Saul. Iván había estado tan molesto porque se había estropeado su gran momento, un momento que le había llevado cuatro años lograr, lo que nadie había hecho, ni un alma a la deriva y se sentaba con ella durante su clase de "decisiva toma de decisiones en el Más Allá".

—Ah, pero los otros, que son menos mujeres que tú, han logrado hacer contacto.

Por el amor de todas las cosas brillantes.

—Los otros no están aquí por orden de Satanás, listillo. Están perdidos e indecisos en su mayor parte. No están limitados por nada que no sea su propia falta del patético gen de toma tu carga y ponte boca arriba porque es tu obligación. La luz sigue siendo una opción para los demás una vez que averiguan lo que quieren y arreglan las cosas. Los dos sabemos, y no es necesario que te lo recuerde, que la luz no es una opción para mí. He perdido toda esperanza un año atrás, cuando la elección no fue la luz sobre mi muerte. Tal vez por eso sigo corriendo con obstáculos al intentar ponerme en contacto con un médium. El que solo piensa que no tiene sentido permitirme enviar un mensaje, puesto que no valgo la pena. Entonces me dan la espalda. Señor sabelotodo. Y se dedican a otro asunto. Gran cantidad de ellos.

Si aún fuera posible que ella se molestara con la muerte, estaría seis pies bajo tierra, y Darwin iba a ganar todo tipo de premios por auscultarla y pincharla desde que ella había pisado este plano. Sin embargo, él tenía razón. Ella no había sido tomada como un tipo de prisionera. Pero desde que había llegado aquí, sus puntos de energía habían ido disminuyendo con la hora y la Marcella de hace tres meses no hubiera permitido que la atraparan, incluso Satanás no podría conseguirla.

—Yo no puedo decir lo decepcionado que estoy de ti.

Marcella resopló y miró a los ojos de Darwin.

—Estoy totalmente quebrada, también. Soy buena en ocultar mi completa devastación. No puedes verlo, pero en realidad, estoy llorando en mi interior —ella dejó el sarcasmo en sus palabras sonando muy claro.

La pareja permaneció en silencio durante unos instantes. Marcella perdida en su miseria, Darwin dejándose caer a su lado rodando sobre su espalda con un meneo sin preocupaciones.

—Por lo tanto esto es un enigma —dijo, interrumpiendo sus revolcones.

—No.

—¡Oh, deja de ser tan negativa, llorona! Tengo un punto importante por hacer. Algo que me ha estado molestando desde que aterrizaste aquí en esta mierda monótona.

—Hazlo y luego vete.

Él la miró desde su posición boca abajo con los ojos vidriosos, de un color marrón oscuro.

—¿Cómo sabes que Satán te desterró personalmente? Quiero decir, ¿realmente levantó su puño al cielo y dramáticamente te declaró muerta para él, mientras mostrabas débiles emociones, como las lágrimas y le rogabas que te ahorrara el tiempo en la fosa?

Ahora, eso la hizo detenerse. Huh. No es que le hayan pedido cualquier cosa desde que empezó a vomitar. Ese perro no era mejor que ella cuando trató de frenar el fenómeno. Ella había ido contra él a sabiendas de que podría terminar aquí para toda la eternidad. No había sido un demonio de setenta décadas y media sin conocer el riesgo que estaba tomando al enfrentarse a Lucifer y proteger a su amiga. Ella nunca había pedido ser un demonio, para empezar, por lo que la rebelión de cualquier tipo solo la hacía recibir elogios. De hecho, no consiguió más rocas por luchar contra Lucifer y su jodido plan.

Nada.

Lo había derribado durante su estadía demoníaca, y había logrado escapar a través de las grietas del infierno pasando prácticamente desapercibida, en su mayor parte. Marcella había estado cerca del infierno por un muy largo tiempo, pero cuando saltó la cerca fue un gran salto.

Cuando ella aterrizó, había aterrizado aquí.

Pero no. El diablo no había emitido un edicto para cualquier tipo de castigo. . . No, ella era consciente. Lo imaginó.

Darwin manoseo sus sucias sandalias, parcialmente destrozadas.

—¿Y?

—Muy bien. No, no lo hizo, pero recordarás, después de esa noche con Delaney... esa única ¿verdad? ¿La de las langostas, y las llamas lamiendo mi impertinente trasero?

¿Cuándo el general hizo realidad mis pesadillas? ¿Cuándo traté de evitar que se llevaran a mi mejor amiga? ¿Qué pasó después de que me presente? —Ella extendió sus brazos—. Esto pasó cuando me desperté. Asumí, que ya no tenía privilegios atados a la tierra, que fue él quien me dejó aquí. O uno de sus lame traseros lo hizo. ¿Por qué otra cosa podría estar aquí? —estar en este plano había sido una opción de la que había sido consciente, esta inmersión gris no era la más alta en su lista de planos.

—Él puede hacer que seas expulsada de sus dominios, es un genio, pero no necesariamente desterrarte a este plano. Créeme, hay un montón de planos mucho peores que este, y si Lucifer fue hackeado y bajo por ti como supongo para vengarse de Delaney por robar un alma que se suponía que era suya, te habría dejado en alguna parte mucho más horrible. Tú sabes, un lugar donde tus peores temores vienen a la vida. Como tal vez el plano donde nunca hay ventas en Pier 1. Esto es como la ciudad de los dulces en comparación a la de alguien como tú. Tú sabes, golpear a una chica donde más le duele y todo. No es tan omnipotente como él tendría que pensar. Sólo el Gran Dios tiene ese tipo de poder. Satanás sólo tiene control sobre el infierno, Marcella, nada más y nada menos.

Solamente.

—Entonces, ¿por qué no me explicas por qué no puedo hacer contacto con alguien cuando otros espíritus pueden, perro maravilla?

—Bueno, te voy a decir mucho. Sí, has intentado. Sí, has fallado. Boo—hoo. Sin embargo, para creer que Satanás podría atarte aquí cuando él no tiene absolutamente ninguna competencia para hacerlo es muy fácil, si me preguntas. Eso sería estúpido en un nivel completamente nuevo. ¿Crees realmente eso?

—Sí. No. Quiero decir, yo no sé qué mierda. No fue como si hiciera una práctica para aprender todas las reglas en el manual de demonio. He mencionado un par de veces que yo no elegí el estilo de vida de demonio con la intención de ser realmente demoníaca.

—Lo haces, y me intrigas, también, mi rosa española.

Su cabeza se movió adelante y atrás mientras fruncía sus delgados labios.

—Olvídalo. Esa parte de mi eternidad está terminada y hecha. Lo único que sé es que yo no tenía a nadie, pero tenía a Delaney cuando yo era un demonio, y ella no me puede ver ya si soy un fantasma, que es, por segunda vez en esta conversación, lo que soy ahora —Marcella se metió un dedo en el ojo, empujándolo a través de su cráneo y la parte de atrás de su cabeza con un espectacular florecimiento para enfatizar su punto—. ¿Ves todas las locas cosas que puedo hacer en este plano? No puedo tocar nada en otro sitio pero aquí sí. Eso me hace un fantasma. Así que una vez más para la posteridad: Delaney no ve fantasmas. He tratado de hacer todo lo que todos los de aquí hacen y absorber tanto viento para hacerlo. Traté de no olvidarlo. Fin. Ahora ve a cavar

hoyos o roer el correo de alguien —algo se rasgo en ella porque no era más que nada buena en esta cosa de fantasmas, probablemente peor en lo del fantasma de lo que había sido como demonio, era atroz. Y lo sabía.

—Oh, Marcella —dijo, el disgusto filtrándose en sus palabras—, siempre me siento como si yo fuera el único que pone un esfuerzo en nuestra relación. ¿No eras tú la que me acaba de decir, por segunda vez en dos días, que el don de la vista que Delaney tenía una vez se pasó a ella porque ella era la pariente más antigua con vida de su medio hermano y cuando murió fue transferido a ella? Muy tele novelesca cuando lo dices en voz alta, ¿no te parece? De todos modos, tú misma lo has dicho. Satanás se hizo hasta algún contrato loco con esa escoria de Vincent, y en ese contrato había una cláusula que mantuvo el poder dentro de la familia de Delaney durante el tiempo que hubiera un pariente vivo, ¿verdad?

La Irritación le erizó la piel.

—Punto, Darwin. Hazlo. Pronto.

—¿No acabas de decirme que Delaney realmente murió la noche que se enfrentó fuera con el amante de la horca? Sí, sí, lo hiciste. Con una mirada soñadora, una nostálgica mirada en tu cara, me dijiste que Clyde fue resucitado. Ah, y luego suspiraste, también con nostalgia, que podría añadir, me lleva a creer que eres un poco romántica, a pesar de que te gustaría que cada uno creyera que tu corazón no es más que un trozo arrugado en marcha dentro de carne seca. Una vez más, no quiero ser redundante, pero podría señalar el contrato. Sobre la capacidad de permanencia en la familia Markham durante el tiempo que hubiera un pariente vivo...—él se apagó con una mirada expectante en sus grandes ojos marrones.

Jesucristo en minifalda.

Su mandíbula podría haber raspado el piso si no tuviera la fortaleza para la abrazadera que se cerró con un puño.

Darwin se sentó y la miró a los ojos, ojos que se ampliaron con incredulidad.

—Siento que un momento decisivo se acerca —él arrastró las palabras.

Marcella agarró su mandíbula, simulando un bozal.

—Kellen... —murmuró. Era todo lo que fue capaz de manejar.

Darwin sopló un aliento que hizo que se moviera su papada, tenía una cortada en su dedo.

—La encuesta dice... Muy bien, hermana. Kellen. Cuando Delaney murió esa noche, el don de la vista pasó a su hermano. Su persona favorita en el mundo entero. Si el problema realmente es que todos los médiums con los que hemos tratado de llegar

hasta el momento son impostores, sabemos de por lo menos uno que es cualquier cosa menos eso. Kellen es tu destino.

Apretó con fuerza su hocico.

—Y no me dijiste esto antes, ¿por qué? He estado aquí durante tres meses con sangre y sabías que Kellen era mi única opción —escupió las palabras hacia él con los dientes apretados.

Dejó que su nariz húmeda pasara por su mano antes de salir sacudido de su agarre.

—Ejem. Si no recuerdo mal, tú estabas jugando la carta del trastorno de estrés postraumático y no podías hablar de aquella noche hasta ayer. Yo no estaba al tanto de todos los detalles, sólo las palabras y piezas que he escuchado a través de las conversaciones de Delaney y Clyde. Ah, y los vagabundos, haciendo comentarios sobre ti con los labios temblorosos. Hasta ayer. ¿Recuerdas nuestra conversación, no? Se trataba de una lágrima o dos manchas en tus pómulos muy, cincelados. Incluso caíste en la rutina del mismo vestido. Entonces te quejaste, lo que se convirtió en un momento bastante incómodo para mí. Así que abandoné tu trasero y me fui al otro plano a buscar huesos y leche dándome duchas en intervalos. Cuando pensé que deberías sacar todo fuera. P.D. Tomó más de diez minutos, en caso de que te estés preguntando, y luego corrí aquí con mi genial descubrimiento en mi cerebro. Porque me preocupabas.

—Kellen... —susurró. Su nombre en sus labios, rodando fuera de su lengua, hizo sus rodillas débiles y sus manos temblar.

—Bingo, cariño. Lo recuerdas, ¿verdad? No importa, por supuesto que sí, dulzura. Es el hombre que secretamente anhelabas pero nunca se acercó a la vieja Marcella porque odiaba a los demonios. El hombre al que sacabas de quicio con tu afilada lengua, ya que lo mantenías a distancia, y de esa manera nunca sabría que tu libido cantaba un coro de aleluyas cada vez que estaba cerca. En efecto. Él es tu hombre.

Las mejillas se pusieron de color rosa, ya que Darwin estaba en lo cierto. Ella odiaba que él tuviera razón. Así que ella reaccionó con el veneno apropiado.

—Jodete, Darwin.

—Y además, si no eras un difuso Pomerian que vivía en una villa de lo alto de una colina, en la campiña francesa y cenaba alimentos en conserva todos los días. Ahora bien, deja tu desmayo y consternación, y baja tu trasero y haz algo.

Marcella tragó, luchando contra el pozo de lágrimas en los ojos. Jesús. ¿Estaba realmente pensando en llorar? Su única defensa fue la frustración de saber que Kellen podía ver fantasmas creados por ella. Sí. Ella se sentía frustrada.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque Kellen odia... odiaba... mi coraje —Hoo, chico, había odiado su coraje, y ella había hecho todo lo que podía para avivar las llamas de su odio debido a su fuerte atracción por él. Él era el único hombre que en todos sus años como demonio le hacía desear tener solo una semana para ser humana de nuevo. Una semana que incluye una cama, algunas sábanas de seda, una botella de champagne caro, y ninguna prenda de ropa. Delaney fue la que le había impedido cruzar la línea durante los diez años desde que conocía a Kellen. No importa cuánto la había querido Delaney, y atesorado su amistad, ella nunca había estado cómoda con Marcella intentando algo con Kellen.

Su estado demoniaco, a pesar de que había sido una elección hecha de un sacrificio, nunca desaparecería, considerando la historia de los Markham con Satanás. Aunque había habido varias veces cuando Kellen le había enviado puñales de muerte con sus ojos, en las que ella había querido arrojarle cualquier superficie que pudiera encontrar por su camino. Tenía un enorme camino con él.

—Kellen me odia. Punto. El odiaba que fuera un demonio. El odiaba que fuera la amiga de Delaney. El me odiaba. Fin del juego.

Darwin resopló.

—Yo también te odio, pero mírame ahora todo amable. Y ¿por qué soy amable contigo? Ciertamente no es por tu buen sentido de la moda. Es por Delaney. Porque ella te quería, incluso si pensábamos que era un desperdicio de emoción o no. Quiero a Delaney. Es por eso que no cruzo. No puedo soportar la idea de no verla otra vez. Kellen quiere a Delaney también. Los dos queremos cualquier cosa que la haga feliz.

La confesión de Darwin la aturdió solo un poco, suavizado solo por la idea de que el odio que sentían por ella era probablemente por falta de información. Si tan solo Darwin y Kellen supieran que tan desinformados en verdad estaban. Sin embargo, nunca ha habido un momento en el que ella se arrepintiera de haber hecho lo que hizo para convertirse en demonio, no importa cuánto desdén y desprecio estaba acumulado en ella.

—¿De verdad piensas que él te odia tanto como para evitar que tranquilices a su hermana sabiendo que tú sobreviviste esa noche? —Kellen no es ese tipo de chico, Marcella... sabes sin duda que querías tener algo con él. Deja de estar parada, tonta, ponte manos a la obra.

La energía se apoderó de ella por primera vez en tres meses, haciéndola saltar sobre sus pies. Era verdad. Kellen nunca se negaría a mandar un mensaje a Delaney por ella. Puede que no le guste, pero lo haría. Pero significaría que tendría que verlo de nuevo. Estar cerca de él. Oler su colonia. Ver sus ojos color avellana caer sobre ella con el desprecio de siempre. Patéticamente largo para un ex demonio al que se le podía echar

el mal de ojo. Estar aquí, pensando que nunca más vería a Kellen de nuevo había sido casi comfortable. Saber que podría conectar con él la impactó.

Darwin le dio un codazo a la parte trasera de su muslo.

—Vamos, sube tus bragas de niña grande, y vamos a hacerlo. Mirando a Satanás a los ojos. Kellen es un pan comido comparado con eso.

Chasqueando sus dedos por debajo de la nariz, Marcella redujo su mirada en él.

—Cállate. Tengo que pensar.

—¿Sobre qué? Si piensas demasiado tiempo, solo obtienes este plano en llamas de un extremo al otro. No has hecho otra cosa que pensar por tres meses. Es evidente que hiciste un trabajo a medias en el departamento de pensar, para empezar. No eres tú la que cuenta en esto... soy yo. Sé que estás recelosa sobre Kellen, pero también sé que nada puede venir de él, y tú también. Obtén más que un caso de lujuria y emplea el tiempo suficiente para que tu mejor amiga sepa que estás bien. Todo lo que tienes que hacer es presentarte, presentar tu caso, y volver. Simple.

Correcto.

Ella se hundió de nuevo en el suelo, recostada contra el árbol, extrañamente desinflada.

Maldición.

La chispa que había sentido hace unos momentos se desvaneció y murió.

—Levántate, Marcella. Si no fuera por alguien más, entonces por Delaney —instó Darwin, pero su voz, gruñona y baja, se volvió distante y ululante.

Ella llegó a la base del árbol con los dedos buscando sostener su cuerpo. La extraña sensación de que estaba siendo arrastrada creció. Sin embargo, permaneció inmóvil, todavía aferrándose a los árboles. Su estómago comenzó a hincharse, aumentando con amplias oleadas en una mezcla extraña de mariposas y ansiedad. Marcella se puso una mano en la cabeza, frotándola para aliviar la luz y el aire sobre sí misma. Obligando a sus miembros a moverse, ella luchó de pie, vibrando contra el tronco del árbol de apoyo. Pero sus piernas eran como de mantequilla blanda, girando debajo de ella, negándose a reconocer las señales que su cerebro les enviaba. Cerrando los ojos, Marcella tragó saliva para disminuir las náuseas agrediéndola, con un tipo de mareo, como las náuseas que había experimentado cuando se montó en el paseo en las tazas de té en Disneylandia. A continuación, la sensación cambió tan repentinamente y con tanta rapidez, que tuvo que tomar una respiración profunda. Era como si alguien hubiera vuelto a salir de su interior, y luego de afuera hacia adentro Llegó detrás de ella para encontrar un árbol que ya no estaba allí, tambaleándose con las piernas inestables. Sus ojos se abrieron por un momento escaneando su entorno, y luego los cerró con incredulidad. Un sorprendido suspiro escapó de sus labios. Y luego otro sorprendente suspiro escapó de los labios de otra persona. Lo que la hizo jadear con

sorpresa por no poder salir de su asombro. Marcella obligó de nuevo a sus ojos a abrirse y se encontró cara a cara con Kellen Markham. De pie delante de ella, con una vieja bufanda que ella le había prestado una vez a Delaney.

Bajo su nariz.

Huh.

Capítulo 2



*Traducido por Masi
Corregido por Ynexiz*

El pañuelo que él había estado sujetando cayó al suelo sobre una pila de matices diseñados de oro y azul. Kellen ladeó su oscura cabeza con lo que Marcella diría que era una mezcla de sorpresa y confusión.

Por supuesto, debido a la naturaleza de su relación, las emociones fueron casi inmediatamente reemplazadas por el estrechamiento de sus ojos color avellana y sus labios agrios.

Su labio inferior peleó con su superior con un buen temblor. El desprecio de Kellen hacia ella no era infundado.

Ella nunca había dejado que ni él ni Delaney creyeran que se merecía otra cosa. Y no iba a empezar ahora.

Todo lo que tenía que hacer era pedirle que le llevara un mensaje a Delaney, y eso sería todo.

Incluso si eso era completa mierda.

En lugar de mirarle directamente a los ojos, Marcella miró a su alrededor. Estaba en el dormitorio de Delaney, pero era diferente. Su cama extra grande se había ido (la única que dormía en esas criaturas era ella) y había sido sustituida por una Queen, y su armario a reventar estaba prácticamente vacío. Los gatos de Kellen, Vern y Shirley, habían elegido un rincón escaso para acurrucarse juntos, sin alterarse por su abrupta entrada.

Después de dar a la sala una buena mirada más, levantó la cabeza.

Sus ojos se encontraron de nuevo y se sostuvieron.

Las formalidades estaban en regla.

—¿Así qué, todo bien? —preguntó, como si simplemente hubiera preguntado acerca de su bienestar ayer.

—¿Bien?

—Sí. Ya sabes, como ¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Qué tal te va todo? —Hizo pistolas con sus dedos disparándolas hacia él.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Dices de nuevo?

—Dije, ¿qué si estás de broma?

—¿Acerca de qué?

Las mejillas de Kellen se hundieron en su cara con una succión de aire hacia el interior. Su enojo estaba a punto de estallar, si sacara la lengua, podría probarlo. Al igual que el primer copo de nieve que cae en la temporada.

—¿Tienes algún conjunto, Marcella?

Ella no pudo resistirse. Bajó la mirada hacia sus pechos, cerniendo seductoramente la parte superior de su vestido, a continuación, capturó los ojos de Kellen con una mirada sensual y conocedora.

—Eso es lo que todos los chicos dicen.

Ni siquiera se inmutó.

—Sigues tan bocazas, por lo que veo. Tres meses no cambiaron eso.

Marcella le lanzó un beso con la mueca de sus labios rojos.

—Bueno. Explícate.

No se erizaría si su demanda no fuera tan exquisitamente caliente que envió una onda de placer directamente a las partes de su pasión.

—¿Qué estoy explicando?

—Tú simplemente no puedes venir aquí tras desaparecer y preguntarme cómo me va como si no hubieras estado ausente durante tres meses.

Sus ojos recorrieron más su espectral figura. Bueno, no había sido fácil hacer que saliera. Pero era una forma de ajustar las cuentas.

—Al contrario.

La incredulidad de Kellen estaba descrita en el conjunto de sus labios finos por lo general llenos y el firme tirón de su suéter negro marcando sus pectorales cuando cuadró los hombros.

—¿Dónde has estado?

De ninguna manera iba a decir donde había acabado. Si sabía algo, sabía sobre Delaney y el tipo de culpabilidad era, que su mejor amiga se pondría a trabajar hasta que consiguiera el más mínimo indicio de dónde había estado Marcella estos últimos meses. Para Delaney era mejor que pensara que se había ido a algún balneario exclusivo para recuperarse después de su gran fiesta con Lucifer. Ella miró a su vestido, pero no dijo nada. Una de las cosas más difíciles para ella como un demonio

había sido la mentira. Nunca había sido hábil en el engaño. A veces se dice que es mejor cuando no dices nada en absoluto.

El desprecio y Kellen se convirtieron en uno cuando él cruzó sus brazos sobre su pecho y extendió su postura.

—Espera. Déjame adivinar. Te reservas, estabas tan ocupada con compromisos sociales en el más allá que no podías tomarte el tiempo necesario para dejar que Delaney supiera que estabas a salvo, ¿verdad?

Inesperadamente, echando un vistazo a su claro desdén por ella, un desdén que había permitido, más aún, cultivado durante años, hizo que sus huesos se sintieran pesados. De repente y sin lugar a dudas, estaba derrotada. Habían sido el uno para el otro durante una década. Si esta era la última vez que lo vería, la necesidad de mantener su muro no era tan importante, como cuando estaba atada a la tierra, pero era fundamental que él creyera que ella simplemente había sido egoísta haciendo las cosas —como Marcella solía hacerlas. Todas las tiranteces que había tenido con él en los últimos años fueron para mantenerlo en condiciones de plena competencia. No sólo solidificando el odio de Kellen hacia demonios, ya que este le impedía tener que preocuparse de que él sucumbiera a sus encantos, que un momento de debilidad surgiera y cediera a la locura que ella había sentido por él desde siempre.

Sabiendo que ella debería estar enojada por su suposición de que ella había estado haciendo nada más que revolotear de jodida fiesta en fiesta se aguantó sin decir nada, pero eso le costó trabajo. Estaba demasiado cansada como para poner mucho esfuerzo en discutir con él. Estaba mareada de dar vueltas y no tenía ganas de vomitar por el viaje.

En su lugar, Marcella escaneó la dura expresión de su cara antes de recorrer una mano por la falda de su vestido desgarrado. La indiferencia no era su estilo, especialmente si ella estaba gritando, y Kellen estaba definitivamente haciéndolo.

Pero, ¿quién sabía cuánto tiempo podía sostenerse a sí misma en este plano antes de que tuviera que volver, y que pasaba si no podía regresar? Por una vez en su vida, eterna y por un día, no iba a ser impulsiva. Gestionar el tiempo era prudente. En lugar de armar los dos cañones, iba a cargar sólo uno y directo, pero expresó su respuesta de manera uniforme.

—Aquí está la flaca. No me importa mucho lo que pienses acerca de dónde, quién, o lo que he estado haciendo desde aquella noche en Nebraska, Kellen. Sólo te pido que me hagas un favor. Dile a Delaney que si hubiera podido llegar antes, lo habría hecho. Nada me habría impedido asegurarle que estaba bien.

Una ceja oscura se levantó con escepticismo.

—Excepto que algo lo hizo.

Oh, un maldito “algo” lo hizo.

—Sí.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir? Después de tres meses, ¿eso es todo lo que tienes que ofrecer?

Su gesto fue duro.

—Sí. Creo que es todo.

O no.

—¿Dónde diablos has estado, Marcella, y cómo puedes haber esperado tanto tiempo para hablar con Delaney? Jesús, que ha estado preocupada por ti, y te presentas aquí después de tres meses de preocupación como si no fuera gran cosa.

Hah. En el esquema de tratos era un gran asunto, conseguir llegar aquí tenía que ser más importante que hacerlo al puente Brooklyn. Pero ¿por qué perder el esfuerzo de explicarle eso a él? Tras diez años de golpe tras golpe porque era un demonio de bajo fondo, estaba oficialmente fuera de toda esa mierda donde Kellen y su demonio desdeñoso estaban familiarizados.

Cayó en la cuenta que Darwin estaba en lo cierto. Ella iba a darse por vencida. ¿O ya lo había hecho? ¿Pero era una cosa tan mala? Se había pegado la buena batalla por setenta y seis años, y había aterrizado en un avión con un grupo de almas que no sabían donde quería pasar la eternidad.

Había ventajas a eso. El rey del mal ya no era una amenaza para sus privilegios terrenales. Ella no tenía esas cosas porque había sido despedida de su ejército de lame culos. No podía quitarle lo que ella no tenía. No tenía que mantener sus tejemanejes en secreto nunca más, tampoco. Si el precio de la paz y la tranquilidad era un conjunto de almas quejosas en dicho plano, mientras ella descansaba después de su alocada vida demoniaca, no era gran problema para ella. No tenía nada con lo que torturarse como los demás hicieron. Así que podía mirar almas y relajarse.

Así que ahora lo que realmente quería era a gatear de nuevo a su avión y estar sola. Si su respuesta era nada menos que apasionado, que así fuera.

—Es como he dicho, Kellen. Si pudiera haber contactado con ella, lo habría hecho, ¿de acuerdo? Pero a pesar de que ha sido más largo el tiempo, tú deberías entenderme, estoy aquí ahora. Sólo dile que estoy bien. Todo está bien. Y que la quiero, y espero que ella y Clyde tengan un bebé por cada perro callejero que ella posee.

La esquina izquierda de su boca se levantó con un intento de sonrisa. Sus manos, que habían estado cerradas, se relajaron.

—Ella está haciéndolo realmente bien, sabes.

Esa cosa en su pecho, que Darwin había llamado arrugas desiguales cambiaron, y ella sabía que no era sólo porque a Delaney le estuviera yendo bien. La esquina derecha de su boca se inclinó hacia arriba también.

—No hay una sola cosa en este mundo que podría hacerme más feliz que el que D lo estuviera haciendo muy bien. Se lo merece todo. Lo más grande. Y ahora me tengo que ir. —Ella frunció el ceño. El problema era, ¿cómo se iba? Cuando había sido un demonio, saltar de un lugar a otro era cuestión de un chasquido de sus dedos. Joder. Los fantasmas tenían un protocolo diferente. Y si hubiera asistido a la clase de “No te encuentres a ti mismo atado”, sabría exactamente cómo llegar de nuevo a su avión.

Una dramática salida podría estar fuera de lugar.

—Maldito el infierno. ¿Por qué no me dices dónde has estado, por el amor de Dios? Ella se merece saberlo. A pesar de las garantías de Uriel, Delaney se pasó tres meses preocupándose de que Lucifer se saliera con la suya contigo y cayeras en el abismo.

“Abismo” no era el término apropiado para describir Plano monótono.

—No estoy en el abismo. —¿Y quién era Uriel?

—Entonces, ¿dónde estás?

—No en el abismo, y eso es todo lo que necesitas saber.

—Asustada por si revelarás dónde está la súper secreta cueva de Batman ¿eh?

¿Por qué todos los chicos querían saber eso?

—No.

Kellen se acercó hacia ella, pasando la caja que había en el suelo entre ellos. Los músculos de sus muslos se agrupaban a través de sus vaqueros desteñidos con cada paso que daba hacia ella, como una bomba amenazante y a punto de estallar.

—Marcella, ¿qué diablos está pasando? No eres la mujer que una vez conocí. Eras plenamente capaz de lanzar dardos que fueran frases completas aunque tu entrada fuera bienvenida o no. Y flotas —comentó—. No recuerdo que fueras capaz de flotar.

Mierda.

—Sólo un pedazo de algo que aprendí durante mi año sabático. —Señaló con los dedos de los pies en el aire—. ¿Te gusta?

Kellen arqueó una ceja con desdén.

—Déjalo ya, Marcella. ¿Qué has estado haciendo durante tres meses? —Entrecerró los ojos con un brillo nuevo—. ¿Estás escondiéndote del pinchazo de Satanás?

Dio un paso atrás, Marcella dejó escapar un suspiro que lanzó un silbido.

—No, no me estoy escondiendo.

—Entonces, ¿por qué no has estado entrando y saliendo de aquí, molestándome, como has hecho al menos una vez a la semana durante diez años? ¿Por qué no has ido a ver a Delaney y Clyde?

Ella no pudo evitarlo. La pregunta estaba fuera de su boca antes de que pudiera detenerla.

—¿Dónde está Delaney, y dónde están todas sus cosas... las criaturas?

Esta vez él sonrió, tan raro, cuando estaba en su presencia como el diamante de la esperanza. Marcella luchó contra la chispa de placer que le martilleo la oreja cuando él respondió a su pregunta.

—Long Island. Ella y Clyde compraron una casa con un patio trasero para las criaturas... los perros.

Una lágrima le picó el ojo. Eso significaba que su mejor amiga por fin conseguía su sueño americano. Su deseo más profundo. Un marido y una familia. Bien por D. Marcella bajó la cabeza a su pecho para evitar que las brillantes lágrimas que brotaban de sus ojos se derramaran, porque seriamente, su vestido no necesitaba que más catástrofes cayeran sobre él.

Y prefería ser arrojada en el foso a dejar que Kellen la viera llorar.

Tragó saliva antes de hablar, buscando un equilibrio de indiferencia y despreocupación.

—Todos sus sueños se hacen realidad, ¿eh? Todo eso deja huella en la arena de mi corazón. Eso es fuerte. —Hizo una pausa durante un momento, con un millón de preguntas en su lengua, Marcella las mandó de vuelta a dentro—. Muy bien. Está bien, entonces. Y ahora, me voy. Dale a esa loca aficionada con el más allá un gran abrazo de mi parte, y por el amor de todo de ese ensortijado y difícil de manejar pelo suyo, dile que arregle ese pelo. Nos vemos, Kellen.

Cerrando los ojos, bloqueando al hombre que había querido desde el día en que lo había conocido, Marcella quería irse, con la esperanza de que funcionara de similar forma que las grandes salidas que había hecho en sus días como demonio.

Sólo que no estaba precisamente funcionando.

No había ningún hormigueo en su cuerpo, una señal segura de que ella estaba a un paso de irse fuera de donde no quería estar.

Apretando los ojos con más fuerza, lo intentó una vez más.

Nada. Tal vez ella no le había dado tiempo suficiente para que funcionase. Cuenta. Ella contaría. Nunca había tardado más que un minuto para desaparecer cuando se encontraba en sus primeras etapas demoniacas.

Un Mississippi, dos Mississippi, tres Mississippi...

Oh, vamos joder.

Una mano caliente estaba en su parte superior del brazo, cerrándose a su alrededor y agarrándola con firmeza, dedos delgados, desprendiendo calor en su hombro.

—¿Dónde crees que vas, Marcella?

Pedazo de tonto. Así que puedo conseguir ir a una tienda por última vez. Dejó que sus ojos pestañearan abiertos ante la mirada fría que le dirigió.

—Vamos, Kellen. Estás rompiendo mi concentración.

—No. No vas a ninguna parte hasta que Delaney vea por sí misma que estás muy bien. Y te lo juro, si no cuentas una buena historia sobre el lugar donde has estado, que la cabreé tanto como estoy yo ahora, voy a perseguirte y capturarte.

Un pensamiento se le ocurrió en ese momento. Mirando hacia abajo a los dedos de Kellen que estaban rodeando su brazo, se dio cuenta de algo. Algo grande. Él podía tocarla...

Conserva la calma. Delaney nunca había sido capaz de tocar físicamente a los fantasmas con los que se había comunicado.

No en todo el tiempo que ella y Marcella habían sido amigas, de todos modos.

Inclinándose, la respiración de Kellen soplabla las hebras sueltas de su pelo oscuro en su oído.

—¿Me escuchaste, Marcella? Si haces daño a D más de lo que ya has hecho, responderás ante mí.

Mmm—hmm. Su declaración sobreprotectora, en nombre de Delaney era tan cálida que casi ronroneó su aprobación.

Pero, de nuevo, no tocaba ese asunto. ¿No se iba a dar cuenta Kellen que la única persona que podía verla era él? ¿Por qué lo haría, cuando podía tocarla? Tal como sospechaba, él pensaba que era todavía un demonio.

Perfecto.

—Vamos, Marcella. Pon tu culo en mi coche y nos dirigiremos a la casa de Delaney y Clyde.

El miedo retorció sus intestinos. De ninguna manera iba a dejar salir al gato fuera de la bolsa. Si Kellen no se había dado cuenta que ya no era por más tiempo, un demonio, ella no iba a darse por vencida. Delaney estaría simplemente más molesta con la idea de que estaba condenada a vagar por un avión desolado de indecisos.

Con el fin de mantener las apariencias, tenía que evocar a su demonio interior. Si ella era la perra que había sido siempre para Kellen, él nunca sospecharía.

Marcella arrancó su brazo de las garras de Kellen.

—Tengo una cita en la peluquería que no puedo perderme. Simplemente dale el mensaje a D. —Paso a su alrededor, se dirigió a la puerta, pero él le bloqueó con su cuerpo.

Su cuerpo que olía tan bien que si sus fosas nasales tenían que soportar la tortura algo más, se incendiarían.

—No dejaré que te vayas.

Sinceramente, ahora sería el momento perfecto para una bola de fuego. Sólo una pequeña para hacerle saber que hablaba en serio. No se permitió incluso el considerar dejar de echarle mierda encima.

—Pregúntate a algo a ti mismo, Kellen. ¿Cuándo fue la última vez que alguien alguna vez me dijo que iba a hacer otra cosa de lo que quería hacer?

Sus ojos se oscurecieron.

—Exactamente. Ahora muévete o te moveré yo misma. —Tenía la esperanza de que tan sólo la amenaza de sus antiguos poderes demoniacos le disuadieran, porque las amenazas eran lo único para llenar su amenaza en este momento de su existencia espectral.

—No eres la típica mujer, Marcella.

—Así he dicho —replicó ella con una sonrisa astuta y un labio inferior sensual.

—Eso no es lo que quiero decir. Lo que quiero decir es que eres tan fuerte como yo, un demonio es lo que eres. Te atraparé antes de dejarte marchar.

—¿Golpearías a una mujer?

—No. No te golpearía, pero te detendré.

Heh.

—No te tomaba por el tipo de hombre que utilizaban las manos para cavar, pero te aconsejaré esto, siempre los profesores de ciencias son quienes se consideran excéntricos.

Sus fosas nasales se inflamaron.

—Ya he terminado de jugar.

Charlatán. Él era sexy cuando jugaba.

—Sí. Yo también. Ahora muévete.

—No te daré la oportunidad.

—¿Sabes lo que pienso, Kellen?

—¿Piensas?

—No muy a menudo, pero cuando lo hago, todo es luminoso y brillante. Por lo tanto, ¿sabes lo que pienso?

—¿Qué piensas, Marcella?

Ella le guiñó un ojo verde, ardiendo.

—Creo que lo que deseas es atrapar una sensación.

Sus mejillas se succionaron hacia el interior.

—Estás perdiendo tu paciencia conmigo, ¿verdad?

—Creo que es razonable.

—Entonces muévete y la impaciencia será una cosa del pasado.

—Y un infierno.

Arqueando su espalda, Marcella inclinó su cuerpo alineándolo con el suyo, lo que le permitió notar todo el impacto de su destreza. Ella no había estado fuera del juego tanto tiempo para que no recordara el tipo de ambiente sexual que arrojaba hacia el universo en ondas sensuales. Era un truco, demonio o fantasma, que siempre sería capaz de usar.

Pasando sus dedos a lo largo del pecho de Kellen, ella se detuvo justo debajo de los brazos. Bonitos, brazos fuertes y capaces.

—No lances la palabra “infierno” en vano. Lastima mis sentimientos demoniacos. —
Dejó caer el labio inferior de nuevo, esta vez con un mohín extra sensual.

Kellen pasó el dedo índice sobre el mismo, haciendo que su carne cantar a canciones cursis al aspirar el aire.

—Necesitas cacao de labios. Dondequiera que estuvieras escondida, debe haber hecho sequedad, porque no ha sido amable con tu amplia boca.

Eso fue todo. Como aplicar una nueva capa de brillo de labios, la oportunidad de vencerle llegó con facilidades. Marcella agarró su dedo con los dientes, mordiéndolo y atrapándolo por sorpresa. Cuando Kellen gritó de dolor, ella le acarició sus brazos, haciendo que se tambaleara hacia adelante. Cuando él se alejó de la puerta, ella saltó lejos de él tan rápido como pudo en sus sandalias rotas y flotó directamente a través de una silla perdida que podría haber le impedido llegar a la puerta principal de no haber sido por sus habilidades fantasmales.

Como si los perros del infierno le estuvieran pisando los talones, se dirigió en línea recta hacia el frente de la tienda East Village de Delaney y, sin siquiera una contracción del miedo, se arrojó a sí misma de cabeza a través del cristal, atravesándolo, sin dejar marca en ella.

Gracias a los poderes fantasmales.

Agachándose, Marcella se dirigió hacia el callejón, en zigzag para evitar golpear a la gente que estaba paseando por la acera. A pesar de que se encontró, atravesando a un hombre corpulento en traje, no tenía necesidad de tener cuidado de no tropezar con nadie. No cuando podía pasar a través de ellos.

Girando hacia el callejón, presionó su espalda contra la estructura de ladrillo y casi cayendo en ella. Casi literalmente. Mientras se enderezaba, pasó un niño con una mujer mayor y Marcella estaba segura de que la reconoció cuando pasó junto a ella. Sus manos estaban entrelazadas, balanceándose entre sus cuerpos.

El niño la miró, con sus ojos grandes y verdes y las extremidades desgarradas, y sonrió, levantando su mano libre para saludarla con una mirada tímida. Sin embargo, la anciana miró a través de ella.

—Ven, Carlos. Debes darte prisa. Siempre estás soñando despierto —lo reprendió, aunque a pesar de la reprimenda le dirigió una sonrisa cálida e indulgente.

Los golpes sordos de pisadas contra el pavimento, la forzaron a dejar de lado su curiosidad con el fin de hacer una escapada rápida. Sin darse cuenta de cómo, Marcella flotaba por el callejón y atravesaba el edificio al final del mismo para salir al otro lado.

A una cuadra de la tienda de Delaney.

Si bien era una habilidad interesante de poseer, todavía no había conseguido desaparecer y reaparecer en Pier 1.

Cuando había sido un demonio, todavía podía comprar.

¿Y ahora qué?

Todo apestaba. Ella debería poder por lo menos echar una ojeada a la prueba del snob Irvin Epstein cuando habían tenido un examen sorpresa sobre la manera de conseguir tu dirección del más allá.

Pedir instrucciones a Chez Dreary no la haría sentirse menos que un hombre en todo momento.

—¿La viste? —La cara de Delaney estaba llena de múltiples emociones. Sus ojos llenos de preocupación mientras servía el té de hierbas en las tres tazas. El tintineo de sus pulseras sonando juntas calmó a Kellen, quien hizo lo posible por ocultar su reacción a Marcella con una mirada serena hacia su hermana.

—Lo hice. Justo como te estoy viendo a ti —Ofreció Kellen—. Ella dijo que te dijera que estaba bien. —Había transmitido casi palabra por palabra su conversación con Marcella, mientras que Delaney escuchaba con atención.

Dejándose caer en el sofá, su hermana tomó la mano de su marido Clyde, llevándola a su pecho.

—¿Has oído eso, cariño? ¡Kellen vio a Marcella!

Los ojos de Clyde se reunieron con los Kellen a través de la parte superior de la cabeza de su nueva esposa. Pasaron un mensaje tácito entre ellos, uno que tenía una gran pregunta atribuida. Luego miró a Delaney, calentando su mirada, cuando cayó sobre su pelo rojo suave y salvaje por la humedad y la fría lluvia que habían estado teniendo.

—Lo hice. Así que ¿te sientes mejor? Sabiendo que está bien.

Ella negó con la cabeza, volvió a caer en el sofá junto a él y arrastrando una manta vieja sobre sus piernas.

—Uh, no. ¿Y qué quieres decir con que está bien? Eso es todo lo que tenía que decir después de desaparecer y mantenerme enferma de preocupación cada noche. ¿Por qué no te dijo dónde ha estado? ¿Qué mierda es eso?

Los labios de Kellen se fruncieron. Porque ella es el más duro y por completo desagradable dolor en el culo por lo que sé. Un dolor en el culo más dulce que había visto nunca, pero seguía siendo un grano en su culo.

—Ella estuvo muy reacia a decirme nada, D. ¿Y no debería estarlo? Ha estado fuera durante todo este tiempo y nunca llegó a decirte que estaba bien. Estoy bastante seguro de que estaba demasiado avergonzada para decirme donde ha estado realmente. — Que Marcella había estado fuera pasando un buen rato mientras que su hermana se había preocupado más de su excursión que de su salud. Ni siquiera su cuerpo caliente podría hacerle olvidar eso.

—No. Lo siento, sé que te gustaría creer nada más que Marcella ha estado fuera en algunos conciertos de Neiman Marcus por todo el mundo...

—Pier 1. Pensé que le gustaba Pier 1 —interrumpió a Kellen sin darse cuenta de que había regalado los detalles de lo que sabía sobre Marcella. Detalles que había oído en las conversaciones que había tenido con Delaney a lo largo de los años mientras que él trataba de concentrarse en otra cosa que su presencia seductora en la habitación. De hecho, él sabía más sobre Marcella Acosta, que lo que sabía de cualquier otra mujer a parte de su hermana.

Clyde se acercó y le dio una palmada en la espalda con una sonrisa que Delaney había dicho una vez le había derretido el corazón.

—Para alguien que una vez me dijo que preferiría ser desollado vivo a mediodía y tener vinagre derramado sobre una herida abierta, y sangrante que tener que ver a Marcella Acosta otra vez, seguro que sabes sus gustos, ¿no?

Delaney rió cuando Kellen se quejó:

—Ella siempre estaba hablando de ello. Estoy señalando lo mucho que amaba a la tienda. —Buena pillada, Markham. Atrapado con las manos en la masa, tonto del culo.

Delaney negó con la cabeza llena de rizos largos, y dorados de nuevo.

—No. Te encantaría creer que Marcella era un demonio egoísta, superficial, pero yo la conocía. Ella era la única amiga que tuve durante diez malditos años, Kellen. Ella luchó con el diablo para ayudarme a salvar a Clyde. Maldición yo creí que le importaba tan poco que me dejó todo este tiempo. Si recuerdas yo no quería que ella se involucrara en el lío con Clyde, en primer lugar. Ella no aceptaba un no por respuesta porque estaba buscándome. Fue quien nos ayudó a entender la razón por la que Clyde terminó en el infierno. Después de esa noche en Nebraska, no me puedes convencer de que se iría sin una palabra, incluso si la viera saltar por los pasillos de Pier 1 en su vestido de fiesta con mis propios malditos ojos. Así que, hermano, si no quieres colaborar, encontraré otra manera de encontrarla —Los ojos de su hermana brillaron hacia él, llenos de ira.

Sí. Era eso. Por mucho que le disgustara Marcella, Kellen tenía que admitir que había sido importante para el equipo.

Su renuencia a decirle donde había estado era lo que le hacía preguntarse ¿qué coño había pasando?

Kellen le lanzó a su hermana una mirada contrita.

—Está bien. Pido disculpas. Ella estuvo allí por ti, pero eso no explica por qué no ha venido a verte, sin embargo, ella vino a verme.

Delaney lanzó un leve suspiro que hizo que sus siete perros, tirados en distintas partes de su sala de estar, y Clyde pusieran atención.

—No crees que la amenazara Lucifer, ¿verdad? Tal vez le dijo que tenía que mantenerse alejada de mí. Uriel me prometió que estaría a salvo. Él no prometió que la seguridad vendría sin cuerdas atadas.

El gesto de Kellen fue cortante. Uriel, un arcángel, había sido una parte de esa noche con Clyde. Si no fuera por él, nadie hubiera sabido jamás que el alma de Clyde había sido indebidamente condenada al infierno, en primer lugar. Debido a un retraso en la recogida de almas por Uriel, había olvidado coger el alma de Clyde que ya había salido de su cuerpo. Clyde había terminado por error en el infierno como resultado. Cuando Uriel intervino para evitar que Lucifer reclamara a Clyde, había oído que Marcella había ido ya para evitar que Delaney sufriera daños.

Como un favor a Delaney, Uriel había prometido que iba a tratar de mantener a Marcella fuera de peligro. Porque ella era un demonio, no había mucho que pudiera hacer. Él jugó para llevar al equipo arriba, por lo que su poder sería limitado.

—Me imagino que es una posibilidad. Creo que ambos sabemos de lo que Lucifer es capaz.

—¡Maldita sea! ¡Si todavía pudiera ver a los muertos. Tal vez podría poner un poco de antenas en ese asunto. No todo va a ser caballitos de balancín y arcoíris. Si ese fuera el

caso, Marcella simplemente reorganizaría su agenda para poder comprar aquí conmigo en Long Island en lugar de la ciudad. Algo no está bien, Kellen.

Eso trajo a la mente su salida estrepitosa. Ella no había chascado los dedos y desaparecido como hacía la antigua Marcella. Ella había pasado a través de las sillas y la puerta de entrada de la tienda flotando. Eso le había estado rondando por la cabeza durante el trayecto a la casa de su hermana.

—Me estaba preguntando. ¿Recuerdas que Marcella fuera capaz de caminar a través de objetos? ¿Cómo puertas? ¿Y flotar?

Delaney se levantó de golpe del sofá mullido en el que había estado sentada con Clyde.

—¿Caminar a través de las puertas? Expíciate.

—Cuando le dije que iba a venir conmigo a verte, se enojó. Típico de Marcella, es lo que estás pensando en lo que respecta a alguien diciéndole qué hacer, ¿no? Yo también lo creía, al principio, pero cuando ella se fue de la tienda, ella voló derecha a través de la puerta, Delaney. Yo sé que ella tenía un poder o dos, pero no recuerdo que caminara a través de objetos sólidos o flotase, lo cual hizo en el transcurso de toda nuestra conversación.

Delaney cerró una mano sobre su falda con ondas y abrió sus labios.

—Tienes razón. Podía lanzar algunas bolas de fuego. Ella estaba loca con el talento de desaparecer. Llegó incluso a convocar a las serpientes, pero nunca pasó a través de objetos sólidos y levitó en raras ocasiones. Tal vez ha adquirido algunos nuevos poderes en los últimos meses.

—Pero eso no explica su vestido. —dijo Kellen sin pensar, sin saber que lo había dicho en voz alta.

—¿Su vestido? —repitió Clyde desde el sofá.

—Sí. Fue un lío sexy, desgarrado y arrugado. Así estaban sus sandalias. Todos sabemos que Marcella nunca iba a ninguna parte a menos que sus ropas estuvieran casi pintadas en ella, y su cabello nunca estaba nada menos que perfecto.

—Dijo el hombre que odia a los demonios, pero recuerda detalles de lo que llevaba puesto —se burló Clyde con una sonrisa profunda—. Son pequeñas cosas, amigo.

Kellen ignora el codazo que le dio su cuñado. Lo que sabía era que, al comienzo de su encuentro con Marcella, su actitud derrotista estaba totalmente fuera de lugar. Por alguna razón, le había llevado un par de rondas enfadarse. A parte de que con la ropa arrugada y los zapatos rotos, algo no cuadraba.

—Tal vez Lucifer la ha condenado a una vida de ropa de confección y calzado de tienda de segunda mano. Eso es como morir mil muertes cada día para alguien como

Marcella. —Kellen le dio la vuelta al argumento de Clyde, aunque él no lo creía al cien por cien.

—¿Había alguien más contigo cuando se presentó, Kellen? Como la señora Ramírez, ¿tal vez? —La señora Ramírez era la mujer que Delaney había contratado para ayudar en su tienda de hierbas. Había estado con Delaney mucho tiempo, y conocía un poco del don de la vista de su hermana.

—No. Estaba solo.

—Tengo una idea —dijo Delaney, caminando a través de la jauría de perros a sus pies y rumbo a la cocina, donde hervía aceite para que ella cocinara. Abrió la puerta de la despensa, que albergaba cientos de remedios herbarios y libros sobre la comunicación con los muertos.

Llevando una pila de libros con la que casi no podía ver por encima de la parte de arriba, Delaney los dejó en la mesa de madera de café que ella y Clyde habían comprado recientemente.

—Así que dime hermano pequeño. ¿Qué sabes sobre el susurro de un fantasma? —preguntó con una sonrisa siniestra y dulce.

Kellen le dirigió una mirada dudosa.

—Simplemente me tomé un año sabático de la enseñanza a causa de ello, ¿no? Yo diría que seguiré el camino de la economía del país en los últimos tiempos. A la mierda. No puedo conseguir manejarlo de la manera que tú lo hiciste, D. Tal vez no soy lo suficientemente paciente. Pero tengo que decir que hiciste mejor el juntar las piezas de la historia de un fantasma de lo que yo nunca haré. Dedico más tiempo a esquivar la mierda que tiran sobre mí que a entender lo que quieren. Recuerdo el último tipo que se presentó y me pidió transmitir el mensaje a una mujer, sólo que no sabía que la mujer era su esposa.

Ambos Clyde y Delaney hicieron una mueca.

—Lo hago —dijo ella.

—¿Crees que me merecía ser apaleado porque dije que encontré a la esposa con su antiguo jefe... en la cama?, pensé que él sólo quería saber que ella estaba feliz y le dije que parecía muy contenta con todo lo que ella había pasado.

Delaney movió un dedo hacia él mientras se acomodaba en el sofá.

—Ya te dije, que tienes que ser cuidadoso con lo que les trasmites. Son astutos y algunos utilizan su vida futura para recopilar información para que puedan vengarse. Eres un conducto ahora, pero tienes que ser sensible. Lo que todavía no entiendo es que sean capaces de tocarte... yo nunca...

Pero Kellen no estaba escuchando. Ayudó a despotricar sobre este regalo, que había sido lanzado sobre él sin avisar, a alguien que lo entendiera.

—Oh, sí. Es un verdadero beneficio. Tuve un ojo negro durante dos semanas gracias a ese hijo de puta. Eso sin mencionar la locura que se produjo en mi clase. —Entre los héroes deportivos muertos y cantantes haciendo su show y el caos cuando un fantasma enojado le había tirado el globo del mundo a él, sin alcanzar a un estudiante por un centímetro, Kellen había tenido que tomar la decisión de tomarse un año sabático para poder entender esta cosa de fantasmas. Delaney se había ofrecido a dejarle llevar la tienda con la ayuda de la señora Ramírez.

El asunto había aumentado a partir del enfrentamiento de Delaney con Lucifer. Así que cuando ella y Clyde habían decidido que era hora de formar una familia y trasladarse a Long Island, se lo habían ofrecido a Kellen como una forma para que al menos tuviera algún ingreso, mientras que conseguía que su don de la vista estuviera bajo control.

Delaney saltó de nuevo del sofá y se puso a ir de un lado a otro.

—Espera. ¿Tocaste a Marcella?

Se levantó de la gran silla y se sentó en el sofá.

—¿Tocarla?

—¿Sabes lo que quiero decir, Kel. ¿La tocaste? ¿Te tocó?

—Agarré su brazo —Amenazó con cogerla. Así que, sí. Él la había tocado. Y sí, ella le había tocado.

El fuego que ella había creado con sólo sus dedos había dejado una huella ardiente.

—Oh. Dios mío —gritó Delaney. —Sé por qué ella no te diría dónde ha estado, Kellen. Y si soy honesta, tengo que decir, tenemos un difícil trabajo entre manos que hacer con tus antenas para espíritus. ¡Ella es un fantasma, Kellen! ¿No lo ves? Caminó atravesando la puerta de la tienda. Tú la tocaste y apuesto a que ella te tocó. También apostaría mi nuevo AeroGarden a que sólo tú puedes verla. Oh, mierda. ¿Cómo diablos sucedió esto? Tenemos que encontrarla.

—¿Cómo supones que vamos a encontrarla, Delaney? Ninguno de los fantasmas que invocamos fueron muy amigables ni siquiera para darme la hora del día, y mucho menos para ayudarme a localizar a Marcella. No sé ni cómo llegó a la tienda en primer lugar.

—Eso es porque sigues pisando fuerte sobre todos ellos con tu gran tamaño. No eres más que un gran hombre Neandertal cuando se trata de ser un escuchador comprensivo. Y llegó a la tienda porque, apostaría mi última causa de Saint John, estabas pensando en ella. —Cuando Kellen hizo un esfuerzo para discutir su reivindicación, a pesar del hecho de que estaba en lo correcto, ella alzó una mano —.

No te molestes. Sólo te engañas a ti mismo si te crees que no sabemos que piensas que Marcella es sexy. Ella necesitaba un conductor que la trajera desde el más allá, lo que significa que estabas haciendo algunos pesados ejercicios de respiración y pensamiento en el apartamento. —Su sonrisa era engreída.

—Pero he pensado en ella antes —Se defendió, sólo para darse cuenta de que estaba cavándose un agujero más grande. Se dejó caer en su silla, manteniendo firme su boca cerrada y lanzando a Clyde una mirada admonitoria por estar riéndose disimuladamente.

Delaney frunció sus labios.

—Apostaré mi culo a que los has hecho, hermano. Pero a pesar de tus asquerosas técnicas de médium, eres cada vez más fuerte, y tu voluntad de ver a Marcella en persona debe de haber sido fuerte.

Entrecerrando sus ojos, se hundió aún más en la silla y apretó los labios más firmemente.

—Ahora —dijo Delaney—, sé exactamente lo que tenemos que hacer.

—¿Quieres que te consiga el juego de campanas, cariño? —Clyde se levantó, pasando un dedo amoroso por la nariz de Delaney.

—¿Para qué necesitamos el juego de campanas?

—Una sesión de espiritismo, matón. Vamos a convocar a Marcella desde el más allá. Así que vamos a perfeccionar tus vibraciones, hermano. Asegúrate de que estén bien engrasadas. Tenemos que invocar a una fantasma sexy y latina.

Capítulo 3



Traducido por cYeLy DiviNNa

Corregido por Ynexiz

— ¿Se siente solo un poco ridículo para cualquiera de ustedes? — preguntó Kellen a Clyde a través de la mesa de la cocina. La mesa que todos ellos sujetaban con las manos alrededor. Las campanillas colgaban desde la luz ornamental de la vidriera de colores, y las velas se diseminaban por la habitación, sus llamas susurrando en suaves naranjas y azules.

Clyde se aclaró la garganta.

— Si estuvieras aquí, amigo mío, no fingiría como tu hermana. He estado en ese rodeo y salí amoratado y maltratado. Nada se siente ridículo después de lo que he pasado. Una sesión de espiritismo fue como encontré a Delaney en primer lugar. Así que no odies.

Delaney abrió un ojo y examinó su muñeca con sus dedos.

— Esto es exactamente lo que quiero decir, Kellen. ¿Qué fantasma querría entrar en este reino con el tipo de negatividad que vibra fuera de ti? No puedo guiar a nadie si tú finges que no existen mientras lo haces. Sabes que existen, así que no puedo manejar tu problema con invitarles a un cálido, ambiente creado por ti, los fantasmas novatos susurran. Es muy importante que les hagas sentirse bienvenidos y seguros. Ahora, consigue ser tocado por tu lado espectral y échame una mano. Eres el único camino para que alcancemos a Marcella, y si no la encuentro, acabarás con nudos en tu cabeza de los golpes que te daré.

Kellen suspiró. Vibraciones negativas, su culo. No era como si estuviera intentando conseguir un agarre a esto. Cuando Delaney tuvo el regalo a la vista, él había visto algo bastante golpeada. No era que él no lo creyera, tampoco. Lo creía. Solo que le gustaría hacerlo desde el lado del observador. Ajustarse a esto había sido un reto, para decir al menos, y Delaney solo podía hacer tanto ahora como que no duraría más esto que ella llamaba “talento”.

— Lo siento. Vale, ¿qué necesitas que haga? ¿Cantar? ¿Provocarla con las circulares de venta de Pier 1?

Clyde resopló pero rápidamente enterró su boca en su hombro cuando las cejas de Delaney se fruncieron en amonestación.

Su hermana suspiró, esta vez larga e irritada.

—Solo creo en ella. No es como una privación. Has observado su culo saliendo de una habitación más veces de lo que puedo contar con todos nuestros dedos manos y pies puestos juntos, y esa mirada vidriosa que sueles conseguir que diga todo. Échale una mirada en tu cabeza y sigue con eso.

Kellen cerró sus ojos tanto para bloquear la mirada acusatoria de su hermana como para traer una imagen mental de Marcella. La que había tenido cuando había encontrado su vieja bufanda en la caja de la tienda. No era el más puro de los pensamientos, él había sido el primero en admitirlo, pero era el único que había encajado desde que ella se había ido.

—¿Marcella? Vamos. Sé que estás ahí fuera en algún lugar. Dame un respiro y haz una aparición. Delaney está aquí y ella no se bajará de mi espalda hasta que sepa que estás bien.

—Oh. Muy cuidadoso, Kellen. Y te preguntas ¿por qué esos fantasmas te dejan con los ojos negros? Te habría dado uno yo misma si no fuera por el hecho de que he visto más que mi justo brillo de violencia este último año. Ahora, trae la tabla o el siguiente fantasma que se disfrace con tus ropas va a tener mi absoluto y completo apoyo.

Él conocía ese tono. Era el que decía que mejor dejaba de frustrar el proceso que Delaney había pasado quince años cultivando. Fingir sería denegar lo bueno que su hermana había hecho en el pasado.

—Tienes razón. Lo siento. Estoy dentro. Aquí vamos. Estoy visualizando...

Una vez más, la imagen de Marcella en una inocente, aun que caliente seductora muñeca bebé en camisón que él había visto en alguna ventana de una tienda saltó dentro de su cabeza. Su pelo, negro y espeso, caía sobre sus hombros y golpeaba su espalda en rizos sueltos. Enmarcaba su cara, los mechones a través de sus altas mejillas mientras sus ojos brillaban verdes y provocativos. Sus labios eran llenos y brillantes con ese brillo de labios rosa que ella tenía tanto cariño. La piel verde oliva titilaba suave y limpia debajo de los volantes, rosa pastel de la tela, metida alrededor de la suave piel donde su cadera se reunía con su muslo.

Así era exactamente como la había conjurado antes en el día, por oler su perfume en esa bufanda que ella había dejado detrás. Kellen cambió incómodo en su silla cuando sus pantalones se tensaron, la culpabilidad esperando a que Delaney le dijera que dejara eso y se pusiera serio.

Cuando ella no lo hizo, él se relajó un poco. Nadie tenía que saber lo que la imagen de Marcella le había provocado.

Un zumbido bajo de vibración comenzó en sus pies, viajando a lo largo de sus pantorrillas y subiendo hasta sus oídos murmurando con un zumbido que aumentaba casi incómodo. El aire a su alrededor se convirtió en su propia entidad viva, espeso y opresivo. Las velas se agitaron y las campanillas cantaron...

—Nunca llevaría un camisón barato como eso, Kellen Markham. ¿Cómo te atreves a crear una imagen visual de mí en algodón? Soy una chica de seda, hasta la médula.

La risa de Marcella tintineó en sus oídos cuando Kellen saltó, golpeando la tabla con una sacudida de las temblorosas tazas de té. Ella solo estaba haciendo conjeturas de la visión que él había usado para invocarla. Claramente él era tanto un hombre como nunca lo habría visto, con la creatividad de la lencería de una guardería. Aunque, la buena idea con la que él había fantaseado sobre ella sin nada excepto un collar era titilante, y mejor dejarlo solo.

Desafortunadamente, esto significaba que el gato estaba fuera de la bolsa. No había manera de esconder el hecho de que ella era ahora una versión espectral demoníaca. Que Kellen la había llamado con tanta facilidad no solo la inquietaba sino que molestaría a Delaney, excepto porque ella había estado encubriendo el intento de averiguar cómo levantar los objetos, y él la había interrumpido. Ella conocía algunos fantasmas que podían hacerlo. Solo que no era uno de ellos. Otra vez, otra clase en la que ella había pasado más tiempo escuchando en lugar de enfurruñarse mientras se desplomaba en su silla como una niña de dos años fuera de tiempo.

—¿Ella está aquí? —Delaney se inclinó en la dirección de Kellen con una mirada esperanzada.

Dios, ella estaba fantástica. Marcella sonreía en una acuosa sonrisa, situando su mano sobre el pelo de su amiga, recordando el sentimiento de esa suavidad y rebeldía. El matrimonio había sido solo lo que los cielos habían ordenado, aparentemente. Al menos desde los vistazos de las acogedoras casas que ella y Clyde habían elegido. El área de Braided estaba alfombrada en profundos verdes y burdeos esparcidos por los suelos. Siete cómodos perros tumbados en unos viejos hornos de leña en el salón. Paneles cicatrizantes, raídos y bien amados en un profundo marrón, viajaba desde el suelo al techo. Pequeñas piezas de la vieja vida de Delaney, como si su prisma significara para el demonio contagioso, sentada en el grueso borde de las mesas de madera con baldosas multicolores en la superficie.

La cocina, donde todos estaban sentados, era casi exactamente como Delaney había descrito una vez como la que ella quería si se casaba y podía afrontar un lugar más grande. Armarios rústicos blancos, afligidos para ajustarse al resto de su mobiliario, alineados cerca de cada pared, y secando hierbas colgando de las partes superiores atados en montones de salvia y musgo verde. Una antigua estufa que Marcella estaba segura que usaba para azotar los remedios herbales más que cocinar ocupaba una buena porción de la pared trasera. Las ventanas de cristal colgaban sobre el cuenco de

acero del fregadero, permitiendo una vista de un gran patio trasero con pinos y manzanos. Campanas caprichosas y campanillas colgaban desde los ganchos cerca de las exuberantes plantas arañas verdes. Cada esquina de cada habitación gritaba el sueño de Delaney haciéndose realidad.

Marcella cerró sus ojos antes de mirar a Kellen, inclinándose para permitir que sus labios presionaran su pelo.

—Puedes decirle que estoy aquí, y que creo que la casa es maravillosa. —Su voz impuso las últimas palabras. Como en toda la mierda que ella había llegado a llorar esos días que la confundían.

—Ella está aquí —confirmó Kellen, apretando un dedo en su oído y moviéndolo.

Delaney se levantó de su silla de respaldo alto y escaneó la cálida habitación con ojos que bizqueaban.

—Maldita sea, Marcella Acosta, ¿dónde has estado? ¿Qué ocurrió después de esa noche en la que te fuiste así?

Ella flotó delante de Kellen. Porque eso era un poder pequeño e ingenioso, porque ella podía, y porque la dejaba sentir como si estuviera solo un poco a cargo de la situación que se había escapado de su control a toda velocidad.

—Vale, no fui completamente honesta contigo antes. No soy un demonio de todas formas. Soy un fantasma, y tendría que estar feliz de continuar adelante como un fantasma si me hubieras dejado sola en lugar de succionarme como una leche agitada a través de una pajita aquí hacia la casa de Delaney. Tendré que conocerte, es incómodo, para decir al menos.

Los labios de Kellen se perdieron otra vez, la señal de que él estaba por protestar, pero Marcella levantó una mano con la más patética excusa para las uñas sin manicura que él había visto.

—Y antes de que consigas que esa cosa llamada indignación que tienes acorralada salga, no te diré porque me figuraba que estarías mejor probablemente comprando la historia como que estaba fuera de la fiesta lejos antes de que acabaras levantándome como un fantasma. —Mientras eso dolía, ella nunca esperó nada menos. Ella se había referido a su fiesta de chicas, viviendo en el límite de la persona durante los años, sabiendo completamente bien que Kellen encontraría a una mujer así de despreciable.

Ella notó la flotante mirada de culpa en su cara antes de que se endureciera en una expresión defensiva. Marcella plantó sus manos en sus caderas.

—Y ya veo que tenía razón. Ahora tenemos un problema porque Delaney va a estar muy molesta y va a comenzar a quejarse por los sacrificios, los cuales ambos no queremos, amigo. Hice lo que hice porque mi futuro no tiene que acabar. El de Delaney lo hizo, y cuando acabe, lo quiero acabar con Clyde y una docena de niños rodeándola.

Así que deja de mantener el drama a un mínimo, ¿vale? Entre vosotros dos, solo sé que hay algo que podemos cocinar que la hará creer que estoy felizmente bien donde estoy. ¿Vale? —Ella le tenía por los pelos, y él lo sabía.

Él no parecía emocionado por eso, pero asintió secamente mientras Delaney y Clyde miraban directamente a través de ella, esperando.

—Bien. Dile a D que no sé como acabé como fantasma. Un minuto estaba intentando bajar de ese culo—goloso de Satán, al siguiente me desperté en lo que tiernamente llamo Plano Gris. No sé como llegué allí, y no sé el por qué. Tendría que haber contactado con ella antes, pero contactar no es tan fácil como parece. Así que dile que tenía razón cuando dijo que había locos ahí fuera quienes no podían ver realmente a los fantasmas. Lo sé porque intenté usar sus servicios y fallé deprimentemente.

—Y en esa nota, tú, Kellen Markham, puedes empujar tu especulación en mi paradero correcto en tu tenso, y vicioso culo. Créeme cuando te digo, que no hay nada que me hubiera gustado más que haber pasado los últimos tres meses comprando y de fiesta en Río. Pero ese no era exactamente el caso, como prueba mi vestido. —Metiendo su cara en la de Kellen, ella giró su cuello en sus hombros en un gesto de “Toma esa”.

Delaney agarró la manga de la sudadera de Kellen.

—No pareces feliz. ¿Qué está diciendo ella?

—Ella dijo que no sabe como acabó siendo un fantasma... —Él pasó el resto del mensaje, omitiendo la parte de su culo tenso.

Los ojos de Delaney se llenaron con lágrimas justo como Marcella había sabido que haría.

—¡Uriel me prometió que él la buscaría! No comprendo como ocurrió esto. Pero sé que tuvo que ser Lucifer quien se llevó sus privilegios de sus lazos con la tierra. Eso tiene que ser. ¡Ese capullo! Tiene que haber algo que podamos hacer.

Si solamente. ¿Y quién era Uriel? No importa. Ella no quería saberlo. Marcella puso una mano sobre su cabeza para masajear sus sienes solo para encontrar que, si ella no usaba un ligero toque, su mano golpearía directamente hacia el otro lado de su cabeza. Porque ella no podía traer sus habilidades del Plano Gris con ella aquí era solo otro divertido factor fantasma.

—Aquí es donde tendrías que mejorar tu cara de póker, Kellen, y que sea convincente porque ambos conocemos a nuestra tenaz D. Dile que me gusta ser una fantasma. De hecho, estoy tan enamorada de la idea de pasar a través de las paredes y ser invisible, mi mundo está lleno de brillantes colores y culos pateados, veo con gafas de color rosa. Así que no importa quién me tome. Soy dorada. Ahora de prisa. Antes de que ella haga bolas de nieve y estemos en medio de su paseo glacial.

Kellen tensó su agarre en la mano de Delaney, su mirada simpática y cálida.

—Marcella dijo que te dijera que le gusta ser un fantasma mucho más de lo que le gustaba ser un demonio. Eso tiene sus sacrificios, pero Lucifer no la está persiguiendo ya, y por primera vez en mucho tiempo, ella se siente segura. Dijo que te echa de menos, y que te adora y que quiere que dejes de preocuparte.

Delaney con un resoplido estrecho sus ojos color avellana antes de cruzar los brazos sobre su jersey de lana.

—Dile que está llena de mierda por todo lo que me dijo. Espera. No importa. Se lo diré yo —Delaney miro a Kellen—. Dime en donde esta

Kellens apunto con un dedo delante de él, señalando hacia el cielo mientras luchaba para mantener su cara sin emociones pero se le escapo una mirada de satisfacción por la mierda que Delaney estaba preparando para proporcionar.

Delaney miró hacia arriba, sin ser consciente de que actualmente había capturado la mirada verde de Marcella.

—Estás llena de mierda de caballo, Marcella Acosta. No intentes nevarme. Te conozco. Has sido mi mejor amiga durante mucho tiempo y no hay nadie que viva más alto que tú. Ser enviada a algún plano que es aburrido y desolado, sin tiendas y sin masajes de pies, es un infierno especial para alguien de tu tipo. Así que deja la valentía delante y averigua como puedes convertirte en un demonio otra vez porque Pier 1 va a tener rebajas que golpearán tu mente, y te lo perderás todo con ese auto sacrificio de mierda. Sin mencionar los empleados que tendrán que aplicar sellos de comidas porque sus comisiones están en la mierda.

Marcella luchó contra una sonrisa. Delaney era tan leal y tan dedicada como siempre. Aunque no había manera ella cedió. Delaney tenía mejores cosas que hacer que intentar averiguar una manera de salir de esta para ella. Había bebés que hacer con su lerdo—caliente marido. No implicarse más con lo paranormal.

Ella ladeó su cabeza en la dirección de Kellen.

—Dile que soy un fantasma que no la necesita para “arreglar” nada. No necesito ayuda. No hay nada que ella pueda hacer de todas formas. Ya sé que el cruzar no es una opción, pero siempre sabremos eso. Esa era su especialidad, y ahora ni siquiera lo es. Es la tuya. Y tú la absorbiste, si lo que oí es cierto. Así que dile que dije que vaya hacer bebés, montones de ellos, así siempre tendré una llegada de carne fresca, no hastiada por adultos, para perseguir.

Kellen ahora reía, también, pero inmediatamente se enderezó cuando Delaney preguntó:

—¿Qué tiene que decir por sí misma?

—Ella dijo que salieras de esto y fueras hacer bebés. Montones de ellos. No quiere que arregles nada por ella.

Los ojos de Delaney se estrecharon.

—Oh, no voy a arreglarlo. Tú lo harás, hermano pequeño. Quiero decir, ayudaré, pero últimamente eres el único con las conexiones.

—¡No! —Gritó Marcella en la dirección de Kellen, levantando una mano y agarrando su brazo—. Kellen, tienes que evitar que siga caminando en más mierda de la que ya ha estado. No quiero que Lucifer la persiga otra vez y tampoco a ti. Especialmente ahora que ella no tiene el tipo de ayuda que una vez tuvo del otro lado. Ella tiene a Clyde para tener en cuenta, también. Y los niños que ellos podrían tener, me pudriría en el hoyo antes que dejar que Satán les toque. Solo dile que lo deje estar, por Amor a Cristo. Por favor. Quizás no tanto por su bien como por el mío. Estoy cansada. He estado por ahí mucho, mucho tiempo evitando a Satán.

—Estar en este plano ha sido lo que me ha dado la oportunidad de finalmente dejar de correr. No me di cuenta que quería eso cuando estaba atada a la tierra, pero he encontrado paz sin tener al Infierno respirando en la parte de atrás de mi cuello por primera vez en más años de los que puedo contar. No me di cuenta de lo cansado que era hasta que no tuve que hacerlo más.

Y eso había sido. Quizás descansar sería solo lo que el médico ordenó. Si ella pudiera conseguirlo otra vez, era eso. Lo había intentado todo el día sin éxito, y aún otra vez, no era como si ella hubiera puesto mucha atención cuando estaban repartiendo los avisos que esa choza les llamaba a un plano. Pero ella definitivamente no estaba arrastrando a D dentro de nada que remotamente amenazara el gatillo de la conciencia de Satán.

Kellen acunó la mejilla de Delaney, dándole una simpática sonrisa.

—Cariño, ella dijo que está cansada, que solo quiere descansar ahora. Puede hacerlo en el plano en el que ha sido relegada, y me ha suplicado que te diga que no tienes que involucrarte.

—¿Qué? ¿Estás seguro que esta es Marcella? ¿Mi Marcella? ¡Porque Marcella estaría escupiendo falsas uñas y triturando finas ropas para volver aquí a la Tierra! —Los ojos de Delaney bailaron con fiera determinación cuando miró a su hermano.

—Es positivo, D —Kellen aseguró a su hermana sin indicios de grietas—. Ella ha estado haciendo esto durante mucho tiempo. La vida eterna tiene que tener sus inconvenientes. Creo que conseguí lo que ella ha dicho.

—Oh, mejor hundirse. El rapto está encabezando tu camino —bromeó Marcella, riendo en su oído. Mientras ella estaba tan cerca de él, ella inhaló profundamente, respirando

la picante colonia que él llevaba. Mezclado con su mezcla propia de hombre, eso la dejó mareada.

Kellen ondeó una mano hacia ella.

—Mira, D. Ha sido una larga carrera para ella. Ella tiene, qué, ciento cincuenta...

—Setenta y seis, lo cual explica por qué tú enseñas ciencia y no matemáticas. — Marcella golpeó mechón de su oscuro pelo, solo dando un breve pensamiento al hecho que aunque ella aseguraba como el infierno que no era capaz de levantar una botella de Chanel No. 5 lo había codiciado mientras flotaba sobre Macy antes, ella podía actualmente tocar a Kellen.

—Cierto. Setenta y seis, ciento seis. De todas formas, eres vieja. Ella es vieja. Lo que sea. El punto es que es mucho tiempo huyendo de Satán. Y seriamente no quiero que te involucres en nada que tenga que ver con ese gilipollas. Delaney... nuca otra vez.

Las lágrimas llenaron los amplios ojos de Delaney, goteando a lo largo de sus mejillas altamente iluminadas de melocotón. Instantáneamente, Clyde estaba levantado y a su lado, frotando suaves círculos a lo largo de sus hombros mientras sus perros, en varios estados de enfermedad u otra, se agitaban con la conciencia de la agitación de su ama.

—No puedo creer que ella no lo intentará otra vez —sollozó Delaney otra vez contra el hombro de Clyde con un dramático tirón.

Lágrimas. Delaney nunca había sido buena para los trabajos acuosos a menos que ella estuviera de espalda a una esquina y frustrada. Marcella retorció su incomodidad. Joder. ¿Ahora qué?

Cuando todo estuvo dicho y hecho, ella le dio a Kellen esto más: no había que negar los vínculos entre él y Delaney. Por la mirada en su cara, las lágrimas de Delaney ruidosamente sollozando eran obviamente casi físicamente dolorosas de observar para él.

—D, no llores. ¿Y si prometo mantener el contacto con ella? De hecho, tengo una gran idea. Quizás Marcella pueda ayudarme en mi camino después de la vida. Eso definitivamente sería de ayuda porque no solo ella puede ver a los fantasmas yo los estoy tratando, ella puede comunicarse con ellos, también. Tú ya no puedes, y eso solo hace más difícil para ti guiarme. Nosotros estaríamos fuera de la media del hombre y llegarías directo a la fuente. Ella será el guía que tú no puedes ser.

Porque realmente, ¿Quién no quería ser Julie para el Director Cruise después de la vida? Ella no le dejaría meterle en esto. No había manera que ella pudiera negar a Delaney nada, y si Kellen daba a su hermana la esperanza que ella había soportado, estaba condenada para ayudarle a cruzar almas indefinidamente.

—¡Kellen! No hagas promesas que no puedes mantener. No puedes averiguar cómo volver de donde vine, lo cual significa que no puedo ni ayudarme a mí misma. ¿Cómo se supone que puedo ayudarte? Hombre, culo dulce. Resiste las lágrimas y no cedas. Ella te está trabajando como un vendedor de implante de tetas en una convención de Itty—Bitty Titty.

La mirada que él le disparó decía todo, pero él la reemplazó con una sonrisa para el beneficio de Delaney, más dulce y más angelical que un chico del coro.

—Marcella dijo que cree que es una buena idea, también.

Y la retó a decir otra cosa. Como si ella pudiera si quisiera hacerlo.

Tan rápidamente como habían venido, las lágrimas de Delaney pasaron, dejando a Marcella muy sospechosa de los motivos de su amiga.

—Creo que no tengo elección, ver como Marcella vuelve a la madre de todos los pensamientos, ahora ¿qué hago?

Marcella jadeó. Inclinandose sobre Kellen, le dio una mirada de sus duros ojos.

—¿Un pensamiento? ¿Yo? ¿Un pensamiento? ¡Oh, ella se alegraría mucho de que no tuviera el talento de las bolas de fuego más o que hubiera prendido fuego a todo su escondite de germen de trigo! Dile...

Kellen sonrió ampliamente, entonces balanceó su cabeza, obviamente pretendiendo estar agradecido con su respuesta por el bien de su hermana.

—Marcella dice que comprende que estés molesta y va a tomarse un rato para llegar a los términos con su decisión. Hasta entonces, dijo para ti, que estaría honrada en ayudarme. De hecho, dijo que más que ayudarme tendría su pelo y uñas hechas. —Él giró su lengua a lo largo del interior de sus mejillas y metió sus manos debajo de sus axilas.

Hombre venga ya. Dios maldito. Si ella aún tenía la habilidad de lanzar una bola de fuego, ella prendería fuego su lengua viperina.

Delaney acunó su labio inferior con escepticismo, dejando su cabeza caer atrás en su cuello cuando miró a su hermano.

—¿Estás seguro que tienes a la Marcella correcta? Quizás es solo alguien que parece Marcella. La Marcella que conozco tendría su cabeza afeitada al cero que hacer algo para ti, Kellen Markham.

Marcella asintió su acuerdo, enfriándolo un poco. Sí. Cierto. Hurra por tener tus mejores amigos a tu espalda.

Kellen se encogió de hombros y suspiró con un fingido abandono de falta de aire.

—Quizás ser un fantasma le da una nueva perspectiva de su eternidad. No hay fiestas a las que ir, sin lugares con tiendas, y obviamente no hay lugares para hacerse las uñas. Hacer algo productivo con su tiempo, especialmente porque es para ti, su mejor amiga en el mundo entero, es algo que creo que soportarías... —En la manera que él dejó la frase apagarse en una satisfacción superior, la pura alegría que él estaba tomando para burlarse de ella, hizo que los dedos de Marcella dolieran por presentarse bien en su esófago.

Clyde, sus ojos azul oscuro se fijaron firmemente en Delaney, acunando su barbilla.

—Quizás Kellen tenga razón. Marcella tiene un límite que tú no tienes, dulce corazón. No es nada excepto frustrante para ti intentar ayudar a Kellen.

Delaney dio un suspiro anhelante como si ella estuviera considerando ceder.

—Quizás tienes razón. Quiero decir, si Kellen puede trabajar con Marcella, será el más difícil, caliente humor, exasperante ex demonio, dolor en el culo que nunca... —ella paró, levantando la mirada con un diabólico destello en sus ojos—,...entonces hay esperanza de que él sea capaz de ayudar a las almas más difíciles perdidas. —Ella asintió su cabeza con una firme sacudida—. Así que, sí. Digo que esto podría ser algo bueno.

Kellen sonrió indulgentemente a su hermana, guardando su mirada de alivio para cuando ella levantara la mano para golpear a Clyde en la mejilla.

—¿Te sientes mejor ahora?

Delaney asintió a su hermano, usando el borde de su manga para limpiar las lágrimas de cocodrilo.

Oh, si ella pudiera recoger algo, por ejemplo, un trozo pesado de madera otra vez, iba a darle en la parte de atrás de la cabeza de de su mejor amiga con eso.

—¡Eres el más grande lame culos, Kellen Markham! —Tronó Marcella—. ¡Juega bien tus manos! —Lanzando la parte de atrás de su mano contra su frente, ella suspiró dramáticamente—. Oh, Kellen. A la gallinita ciega. Todo lo que tengo que hacer es dejar mis grandes ojos inocentes todos acuosos y puedo envolver tu conciencia alrededor de mi dedo meñique.

Esta vez Kellen miró directamente a través de ella, ignorando sus insultos y llegando a dar a Delaney un abrazo y besando la parte superior de su cabeza. Él hizo algo conveniente mirando alrededor de la habitación.

—Creo que ella se ha ido ahora. Así que voy al cuarto de baño antes de ir a la carretera. —Saliendo de la cocina, una sonrisa petulante en su casi perfecta cara, él dio un giro a la derecha al supuesto cuarto de baño, con Marcella justo detrás de él.

Ella paró solo para relamerse en las amplias espaldas de Kellen cuando pasó a través de la puerta del cuarto de baño embaldosado en mosaico de Delaney.

—¡Hey! —Ella soltó con un afilado chasquido que rebotó con el acústico de las paredes del cuarto de baño.

Él se encogió antes de girar en sus talones, su expresión juguetona.

—¿Es mucho pedir privacidad?

—Como si tuvieras algo que impresionara para ver —se burló ella. Cruzando sus brazos sobre su pecho, él la miró, su expresión tormentosa.

—Pon atención, novato. ¿Tú y yo? No hacemos nada juntos. —Y no solo porque la haría añorar todas las cosas que no podrá tener otra vez. Mientras ella agitadamente había vagado hoy, se había dado cuenta de la distancia entre ella misma y su locura aplastada que había sido bueno para ella. No habría más noches de ataduras terrestres pasadas preguntándose ¿y si hubiera sido solo una chica humana con amigos como Delaney y sin un demonio mancillado? ¿Kellen había estado tan atraído hacia ella como ella lo estaba hacia él?

Con tristeza, aunque ella había pensado en él a menudo, ella había sido capaz de dejar ir algo debido al hecho de que si no podía haberle perseguido antes, ella definitivamente no podría ahora. Había una comodidad para encontrar ese tipo de paz. Y ahora él había salido y lo había jodido todo por prometer algo a Delaney que no tenía derecho a prometer.

Los ojos de Kellen no tenían disculpa y solo un poquito avergonzados cuando ellos la clavaron a la puerta.

—Mira, ella estaba llorando. ¿Qué podía decir? No podía quedarme de pie viéndola llorar.

Marcella sujetó sus dedos juntos en un movimiento abre—y—cierra.

—Bla, bla, bla. Ella jugó contigo como un Stradivarius, amigo. Todo lo que tenías que hacer era llevarle la corriente en que ella necesitaba averiguar esto. Ahora, en lugar de enfocarse en lo que ella ha querido más en su vida adulta, va a estar levantada hasta altas horas de la mañana, leyendo esos estúpidos libros para buscar una pista para ayudarme que no existe. Mientras tanto, estoy pegada a ti. Eso no hace muy feliz a Marcella. Si no estoy contenta, puedes contar el hecho de que tú sentirás mi corriente de aire volviendo.

La risa de Kellen rebotó en las paredes, y su media sonrisa la cogió con la guardia baja.

—No lo dudo, pero estoy de acuerdo en sufrir si eso hace feliz a Delaney, y saber dónde estás aparentemente la hace feliz. Así que supéralo y explica la parte en la que no eres capaz de volver a ese plano en el que has estado.

Marcella paró. Eso había sido una ilustre entrada por su parte. Ella había mantenido su gran boca cerrada, podía haberse escabullido de alguna manera hasta que lo averiguara.

—¿Cómo si tuvieras una solución? No eres John Cual Es Su Cara. Y no hay nada que explicar. No sé como volver.

—¿Cómo has llegado aquí para empezar?

Marcella abrió sus labios.

—Oh, ahora, vamos, Kellen. Sin juegos tímidos. Creo que tiene un poco algo que ver contigo y tu “visualización” —Ella le disparó una sonrisa coqueta, agitando sus párpados. —Creo que eres un médium legítimo, y me conociste cuando estaba atada a la tierra, tenías el poder para conjurarme. No importa como llegué aquí. ¿Cómo demonios regreso?

La mirada de Kellen barrió sobre su vestido rasgado.

—Obviamente no has sido capaz de lograr mantener el alto nivel del que has tenido cuando estabas aquí. Así que ¿por qué quieres volver?

—¿Porque eso significa que no estaré pegada a ti aquí?

—¿Podríamos hablar en serio aquí?

—No. Lo único que es serio es cuan estúpido ha sido que le hayas dicho a Delaney que te ayudaría. Tomas la ventaja por mí porque no tengo elección, y eso es bajo, amigo. No quiero ayudarte. —Porque si te ayudo, tendré que oler tu colonia, oír esa sexy voz rasposa cuando me hablas de todo por cualquier cosa. Mantener mis manos fuera de ti mientras recuerdo que nunca podré tenerte. ¿Porqué era tan duro tratar con eso ahora, cuando ella lo había estado haciendo durante diez años, dejándola perpleja? Quizás la respuesta se almacenaba ahora que estaba desconectada de los dos humanos que ella había conocido personalmente.

—Eso es desafortunado —fue su suave y desinteresada respuesta.

Los puños apretados, ella estrechó los ojos en enfado y siseó.

—Mira, tu fantasma susurra con poder, aquí está lo desafortunado... —Justo cuando ella acababa de comenzar, Marcella experimentó esa extraña sensación de tirón que había sentido antes, ondeando a lo largo de su cuerpo en pequeñas sacudidas. Sus piernas se debilitaron y su visión se emborronó. Alcanzó detrás de ella alguna sujeción, tropezó hacia atrás con un jadeo.

—Oh, deja el drama, Marcella —retumbó Kellen, pero su aviso fue acuoso y lleno de estática—. No vas a salir de esta con uno de tus infames puños silbando.

Marcella quería devolver el golpe. De hecho, si él no lo paraba, ella definitivamente devolvería el golpe poniéndolo en la parte superior de la lista de cosas para hacer la

próxima vez que se enredasen. De todas formas, como en este momento, ella no tenía el poder para hacer nada excepto ir con el extraño tirón y empujar lo que fuera que la estuviera succionando fuera del cuarto de baño de Delaney y vertiéndola en lo que parecía como una pequeña habitación de niños.

Eso era, si los juguetes de soldados y tanques cubriendo el suelo eran alguna indicación.

Justo cuando ella vio a un chico sentado en la cama, su colcha azul oscura mostrando varios estados de la luna, él levantó la mirada como si sintiera que ella estaba en la habitación. Los ojos verdes, amplios e inocentes, escanearon la pared más lejana hasta que la localizó.

Marcella se estremeció, esperando que él alucinara. Ella solo había aparecido del fino aire. Cuando el silencio saludó a sus oídos, ella abrió un ojo para encontrar al joven chico mirándola. Su sonrisa era dentada, su expresión ni siquiera una pequeña sorpresa.

No había miedo cuando la miró directamente.

No había temor en su voz cuando dijo:

—Te vi hoy. Soy Carlos. ¿Quién eres?

Uh, totalmente seguro que no era el hada de los dientes.

Capítulo 4



Traducido por Dham—Love
Corregido por esmeralda38

Delaney le sonrió felizmente a Clyde desde el otro lado de la mesa de la cocina, jugando con sus dedos mientras escuchaban a Kellen abajo. Cualquiera que no tuviera el don podría pensar que sólo sería él amando el sonido de su propia voz. —Aw, escucha. Silbidos y escupidas han ocurrido. Sólo ha sido un par de minutos desde que los forcé a forjar un lazo hecho en el infierno, y ya se la están llevando bien como equipo —dijo ella—. Apuesto a que Marcella se enoja. Toda la basura que me dijo Kellen acerca de lo que feliz que ella estaría ayudándole es sólo eso. Basura.

Su esposo gruño. —¿Cariño?

—¿Clyde?

—Hiciste algo malo, muy malo.

Ella levantó sus ojos lo suficiente para ver rápidamente su hermoso rostro.

—Bien, algunos lo llamarían malo. Yo lo llamo innovador y actuar rápido.

—Cariño, no puedes forzar a Marcella a quedarse donde no quiere estar.

—¿En serio crees que quiere estar en algún plano donde deambulan los indecisos?
¿Recuerdas ese plano?

El ojo derecho de Clyde se contrajo detrás de sus gafas. —Lo recuerdo, y tiene sus momentos feos. Pero estás tomando las cosas en tus propias manos por Kellen y Marcella. Y si estás siendo honesta contigo misma, no es sólo porque quieres que Marcella pueda comprar de nuevo.

—De acuerdo, de acuerdo. Admito que es egoísta, pero si ella ayuda a Kellen, eso...

—Piensas arreglártelas para devolverla aquí. Tal vez ella en verdad sólo quiero algo de paz.

—En serio, ¿hay algún otro tipo de paz interna como comprar y tener un día en el spa, para alguien como Marcella?

—Delaney... — La voz de Clyde, la practica aunque la indulgente, envió una advertencia.

—Seré cuidadosa. Lo prometo. Además, les hará a los dos un poco de bien. Le enseñaré a Kellen a afilar su comunicación con los muertos, y forzara a Marcella a darse cuenta cuanto quiere estar de vuelta en la Tierra.

—Sólo una cosa, ¿Pero cómo supones que la pelea de Marcella con tu hermano la va a hacer extrañar su vieja vida demoníaca?

—Oh, cariño. ¿No me has prestado atención, ni siquiera una vez? Marcella está detrás de Kellen. Siempre lo ha estado. Y Kellen por ella, también. El mayor tiempo que pasen juntos, Marcella más querrá encontrar una manera de estar de vuelta a Kellen, y a mí como un producto —Delaney le dio una sonrisa satisfactoria.

—Pero pensaba que Kellen odiaba a los demonios.

Su expresión era dulce y llena de inocencia. —Pero Marcella ya no es un demonio. Ella es un fantasma.

Siempre al contrario, Clyde replicó —Pero si ella se las arregla para regresar, ¿No sería un demonio de nuevo?

Ella sacudió su mano en un gesto desdeñoso. —Aspectos técnicos. Mira, todo lo que sé es esto. Kellen, así lo admita o no, siempre se ha sentido atraído por Marcella. La cosa del demonio es un problema, sí. Pero apuesto todo mi alijo de raíces de valeriana a que el cambiaría de opinión si pudiera experimentar a la mujer que yo conozco. No a la que le lanza insultos, sino la que nos mantuvo juntos a toda cosa. ¿La recuerdas? Somos la razón por la que ella está allí donde está.

—La recuerdo, y cada día estoy agradecido con ella por la segunda oportunidad que me dio. Que nos dio — Se mordisqueó la punta de su dedo y luego frunció el ceño—. ¿Alguna vez te dijo como se convirtió en demonio? Siempre me lo he preguntado, especialmente ya que ella no era para nada como los fenómenos con los que me encontré durante mí tiempo de trabajo. Convertirse en un demonio pasa por lección, a menos de que ella haya hecho algo realmente jodido y no haya tenido otra opción.

—No. Nunca he preguntado y ella nunca me ha dicho. Pero sólo sé que no tiene nada que ver con ella siendo maligna. Lo supe aquí — Ella señaló a su pecho en las proximidades del corazón.

— ¿Podría ser que sólo estas atrapada en un romance?

Siguiendo con lo que venía diciendo, ella dijo, —¿Podría ser que sólo estuvieras envuelto en algo demasiado lógico? No creo que esté romantizando esto para nada. Sólo sé que mi amigo y la mujer que no salve no podrían o habrían hecho nada lo suficientemente atroz para hacer del infierno su destino final. Y eso es todo.

—¿Puedes verme?

—Uh—huh —Carlos inclinó su cabeza oscura para recoger un hombre del ejército hecho de plástico.

Sus pensamientos llegaron en ondas afanadas. Él podía verla. Él no estaba gritando por su madre en terror. Curiosamente, apenas se había perdido un golpe mientras jugaba con sus juguetes de plástico sobre su cama. De hecho, ella pudo haber gritado por sus padres porque estaba tan asustada de que él no se estuviera asustando. ¿Cómo demonios había aterrizado en el cuarto de un niño que no podía tener más de ocho o nueve años?

—¿No me tienes miedo? —Ella debería estar asustada de ella.

La brillante cabeza de él se sacudió. —Nuh—uh. Sólo eres una señorita.

Sí. Una señorita. En. Tú. Habitación. ¿Cómo paso? Ni siquiera le gustaban los niños. No tenía idea de cómo relacionarse con ellos. —Lo soy, entonces. Sólo una señorita. Nada por que asustarse. Entonces, ¿tu nombre es Carlos? Soy Marcella.

—Ese es un nombre extraño — Él se rió mientras pronunció las palabras, aplastándose la nariz.

Carlos era una alta selección.

—Pareces como mi mamá, pero su cabello es más corto.

Marcella casi resopla. Ella no lucía como la madre de nadie. Las mamás no se veían así. Sus senos eran tan sensuales, su abdomen tan plano y cóncavo. —Eso es lindo. ¿Así que a que estás jugando?

Él levanto un hombre del ejército y puso los ojos en blanco de manera impaciente hacia ella. —Duh. Al ejército.

Duh. De acuerdo. Dolorosamente, y tan obvio; las pequeñas charlas y los niños no eran lo suyo. Tratar de entender como él la había conseguido si era lo suyo. Porque ella quería irse antes de que fuera vista por niñitos asustados. — ¿Sabes cómo llegue hasta aquí, Carlos?

—No.

Vaya fuente de información. Marcella frunció el ceño.

— ¿Quieres jugar al ejército conmigo?

Como su trasero quería celulitis. —Tal vez en otra ocasión.

—Te dejaré tener al general.

Súper emocionante. —Creo que tendré que pasar.

—Pero el general es el mejor sujeto en la armada.

—Creo que los coroneles son los chicos grandes allí.

Carlos se rió de nuevo, extrañamente dulce y casi contagioso hasta sus oídos.

—Eso es estúpido. El general es el sujeto más grande en el ejército. El mío tiene cinco estrellas — él se regodeó.

¿Y? No puedo caminar por las paredes. —Trataré de recordarlo. Pero no, gracias. ¿No tienes ningún amigo con el que puedas jugar al ejército?

Por primera vez, él apartó su mirada, poniendo sus ojos de vuelta a las figuras verdes mientras se encogía ligeramente de hombros. —No.

No fue tanto la palabra “no” sino el tono plano de su respuesta lo que hizo a su corazón sacudirse. —¿No tienes amigos? ¿Acaso los niños de ocho años no salen juntos en grupo, como un paquete de mocosos, jugando videojuegos y fútbol?

—En realidad no.

—Yo sé qué se siente.

—¿Tampoco tienes amigos? —su rostro brilló, como si hubieran creado una conexión sobre su ineptitud social.

—No —no alguno que pudiera verla, de todas maneras.

—Eso apesta algunas veces.

El impulso de alcanzarlo y calmarlo alborotando su cabello crecía intensamente con una oleada de simpatía. Marcella cerró sus manos como puños en lugar de eso. — Algunas veces.

El rápido y suave sonido de los dedos contra la puerta del dormitorio de Carlos la hizo saltar. —¿Carlos? La cena. Te hice tamales. Apúrate para que no se enfríe —se escucharon pasos, ligeros y rápidos, se hicieron su camino por lo que Marcella suponía era un pasillo.

Carlos se deslizó por el borde de la cama, con sus piernas claramente de mala gana. — Tengo que ir a comer. ¿Estarás aquí cuando regrese? —Su mirada, oscura y nostálgica, estaba tan esperanzada, Marcella casi no podía respirar por ella.

Se mordió la parte interior de su boca. Al paso que iba, quien sabría donde estaría para el momento en que él tuviera tamal untado por toda su camisa limpia. Aún así ella no tenía el corazón para decirle que no. El pensamiento en realidad dolía. Dolía. —Lo intentaré, pero no te lo puedo prometer. Soy un tipo como de aparición, ¿sabes?

Él puso un pequeño puño alrededor de la perilla de la puerta. —Sí. Lo sé. Adiós Marcella—dijo él, tomó plano de sus palabras que se devolvían hacia ella. Carlos dejó la puerta cerrarse con un suave silencio contra la alfombra roja que cubría su piso.

—Adiós, Carlos —ella susurró. Miraba su ropa naranja brillante desaparecer de su vista, dándole un tirón inexplicable, un latido triste de su corazón, haciendo que unas lágrimas se formaran en sus ojos.

Por Dios. ¿Qué era toda esta lloradera? ¿Era esto algún pago de después de la vida porque se había escapado de la menopausia sin una noche de sudor a su saber?

Limpiando sus ojos con sus pulgares, Marcella le dio una última mirada a la habitación de Carlos. Los colores primarios brillantes que adornaban las paredes, el móvil de aviones del ejército que colgaba del ventilador en el techo la hicieron sentarse al borde de su cama, haciéndola querer tener la manta del poste de la cama y sostenerla hasta su nariz así podría inhalar profundamente la esencia del niño.

¿Desde cuándo estaba interesaba en olfatear el olor sudoroso de algún niño que ni siquiera conocía?

Que se joda todo si ella no necesita volver al Plano de Tristeza y dirigirse directamente a alguna de esas clases en las que había estado tan ocupada la primera vez para reunir toda la información.

Seguramente, en una de ellas, había una respuesta para esta patética melancolía que ella estaba viviendo, este torrente de hormonas poco balanceadas y jodidas.

Tal vez tenían una resurrección por parte de los estrógenos.

Tomaré uno de cuerpo completo, por favor.

—Joe, no lo entiendo. Quiero ayudar. En realidad quiero hacerlo, pero estoy perdida. Vienes hasta aquí, diciendo palabras al azar y eufemismos, y me miras como si yo debiera saber cómo se traducen en lo que tú necesitas. Es el segundo día que lo haces. Entonces, ¿Te importaría explicar en oraciones completas como puedo ayudarte exactamente? —Kellen arrastró otra caja a través de la imagen del Gran Joe DiMaggio de los Yankees. Reboto una pelota transparente de mano en mano, sonriendo—. ¿Qué tiene que ver el negocio del mono con todo esto?

—Siempre eres tan cálido y agradable, Kellen.

Kellen miró a Marcella, levantándole una ceja. —Estás de vuelta.

Sí. Cómo o porque no tiene ni ritmo ni razón, pero ella estaba de vuelta. —Viva y en lo transparente.

—Mira, Joe. Es Marcella. La fantasma. Te apuesto que si la llevas contigo, le hará dar a Marilyn una carrera por su dinero de compras.

Tiempo y pensarlo un poco había hecho a Marcella decidirse a tratar de hacer funcionar esto por el bien de Delaney. Incluso aunque Delaney los había forzados a los dos con su tonto intento de lograr que hicieran lo que ella quisiera con lágrimas, en realidad ella no tenía nada más que hacer, ni adonde más ir. Pero si el mantenía el

comportamiento de idiota, ella no sería responsable de los malos resultados. Delaney sabía que su relación eran más que todo antagónica. Si Kellen perdía un miembro en el proceso de fantasma, pues las mierdas pasaban.

Sus manos se agitaron en el borde de su vestido rasgado. Se hubiera sentido mucho más como ella misma si por lo menos hubiera tenido algo más agradable. —Mira, he aprendido una cosa o dos de estar en ese plano con los indecisos, si te importa escuchar lo que estás haciendo mal. Sé que será un golpe a su ego de fantasmas, pero sé algunas cosas que ustedes no. No muchas, pero algunas. Y ella hubiera escuchado todo acerca de lo desorientador y de lo difícil que era para un fantasma regresar de después de la vida y tratar de explicar que mensaje él o ella quería enviar. Era todo sobre lo que los indecisos se quejaban todo el día.

Haciendo un acto con el cuchillo en forma de X por la cinta que aseguraba la caja, Kellen sacudió su cabeza. —No sé como Delaney hizo esto. Escuché todas las historias. Incluso vi una o dos cosas locas cuando ella se estaba comunicando con ellos, pero tener malas personas, especialmente una leyenda como Joe DiMaggio, aparecida en la mitad de tu habitación es bastante loco. Peor, ellos nunca tienen ningún maldito sentido para nada.

—Es sólo poner juntas las piezas de un rompecabezas.

—Entonces golpeamos, Jigsaw Reina del Rompecabezas.

Sus manos fueron a sus caderas de manera arrogante. —No me tientes con tu intento fallido de fantasma épico.

Arrastrando una mano a través de su cabello, él entrecerró sus ojos hacia Joe, que dejó salir una risa y repitió las palabras 'negocio del mono'. Cuando su mirada regresó a Marcella, preguntó. — ¿Estás sólo aquí para probarme? ¿O es por algo que necesitas?

Oh, si sólo supiera cuanto necesitaba... —Vine para hacer lo que le habías prometido a tu hermana que yo haría. Ayudarte. No tienes a nadie para culpar sino a ti mismo por eso, así que, ¿te culpas? —Su sonrisa era presumida.

Sus labios se apretaron, luego frunció el ceño de alguna manera. —De acuerdo, entonces ayuda. Explícame que es lo que quiere Joe. Tal vez ustedes dos puedan encontrar cosas similares en algunos fantasmas que no encuentro.

Marcella pestañeó hacia Joe y le sonrió antes de enviarle la caja a Kellen. —Algunos fantasmas pueden ser comunicador por la ruta que lo hacían cuando eran humanos.

Algunas veces están atados a algo que dejaron antes de morir, pero de la única manera en que te pueden dar información es en partes y pedazos porque están desorientados cuando vuelven a este plano. A decir verdad, es como ser lanzado a una licuadora y ser aspirado por un pitillo.

—¿Entonces cómo es que no estás todo desorientado? Tus habilidades comunicativas, sin dejar de hablar un poco y llena de malas palabras, todavía está intacta.

—No me fastidies, y no tengo idea. ¿Tal vez porque en realidad no morí? Estaba técnicamente muerto cuando fui lanzado aquí. Así que supongo que Joe tiene algo que decir.

Su mirada de irritación dijo que él había escuchado la misma canción — ¿Alguien alguna vez te dijo lo intuitivo que eres?

—¿Nadie te ha dicho lo irritable que eres?

—Olvidalo. No me estás diciendo nada que yo ya sepa. Coloréame el trasero por siquiera sugerirle a Delaney que tú me ayudarías.

—¿Cuál es tu color favorito?

Sus dientes se apretaron juntos en un gruñido bastante fuerte. —Jesucristo, eres la mujer más difícil. ¿Qué demonios estaba pensando cuando le dije a Daniel que tú me ayudarías?

Marcella le levantó una ceja. —Eso es fácil. Estabas haciendo las paces con ella porque eres hombre, y los hombres odian ver llorar a las mujeres. Le diste exactamente lo que quería. Ahora ella sólo está comprando tiempo hasta que pueda encontrar una manera de arreglar algo que no se puede arreglar. Trabajo bien hecho, Sr. del más allá.

Agachándose debajo de la caja, Kellen levantó su mano antes de poner sus codos sobre las rodillas. —Tienes razón. Lo siento. Te puse en un lugar jodido. Yo hice esto. Así que sólo tratemos de pasar por esto hasta que...

—Hasta que puedas sacarme de tu cabeza.

La puerta tintineaba con el sonido de uno de los timbres viejos de Delaney, haciendo que Kellen se levantara con un gruñido.

—Cliente —él dijo con un tono enérgico, teniendo cuidado de deslizarse por ella sin tocarla.

— ¿Kellen? Oye, ¿Estás allí? —la voz seductora y tosca de una mujer casi gruñó.

El cabello en la parte de atrás de Marcella se erizó y sus fosas nasales se ensancharon. Flotando hacia la entrada de la habitación, se asomo en la vieja cocina de Delaney para encontrar a una mujer, vestida con jeans de corte bajo, con una camiseta negra que dijo, —El Demonio me hizo hacerlo —y con botas de trabajo, reclinándose sobre el mostrador como si estuviera cómoda haciéndolo. Su fuerte cabello caía por su espalda en rizos de un color marrón chocolate oscuro, saludable y limpio, que brillaba bajo las luces de la cocina.

Los ojos de Marcella se entrecerraron en dirección a la Señorita Tortilla mientras sus fosas nasales se ensanchaban aún más. Todavía podía oler y ella conocía esa esencia. Demonio.

—A algunos les gustan sensuales —susurró Joe con una risita de evidente júbilo.

Marcella lo saludo sobre su hombro con un gesto irritado. —Cállate. No es tan sensual —Con el disgusto de Kellen hacia los demonios, ella se tenía que preguntar porque estaba interesado en esta demoniaca chica.

—A algunos les gustan sensuales — Joe repitió en su oído, con estilo de canto.

—Sí. Sí. Y algunos no pueden ver la calidez de los árboles en el bosque. ¿No te gustan las rubias necesitadas? No importa. Mantente callado y déjame escuchar —Joe se alejó, disipándose en una neblina blanca y oscilante mientras lo hacía.

Kellen sonrió fácilmente mientras asentía con su cabeza oscura y sus ojos color avellana mientras recorrían cada pequeña pulgada de la Srta. Thang hacían que Marcella quisiera agarrar un puñetazo de ese cabello perfecto en su mano y arrastrarla fuera de la tienda. Y hubiera sido capaz de hacerlo de haber atendido a las clases, mierda. Por ahora se tendría que conformar sólo con escuchar secretamente.

—¿Lo conseguiste de tu hermana? —ella preguntó.

Él sonrió, genuina y cálidamente. Cálida. ¿Desde cuándo Kellen era cálido cuando se trataba de un demonio? Lo que más molestaba a Marcella era su rostro. Estaba más ligero de alguna manera, con nada de esa dureza que él siempre otorgaba cuando ella estaba en la habitación. —Sí. Espera un segundo y los traeré del frente.

Marcella lo siguió al frente de la tienda, pasando el 'algunos las prefieren sensuales' como desapercibido sin darse cuenta. Apareció al lado de Kellen, mirándolo. —¿Podrías no hacer eso? —él alego, moviendo sus hombros y cerrando la caja registradora de un golpe.

—¿Quién demonios es esa? —Ella luchó por mantener el tono de celos lejos de su voz. No estaba funcionando de la manera que ella esperaba. Ni siquiera si sus oídos se fijaban en la verdad.

—¿Por qué demonios te importa?

Argh. Este hombre. —Ella es un demonio

—Sí — Se paseó por la caja registradora, mirando por debajo de la plataforma.

—¿Sí?

—Uh. Sí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Me escuchaste? Ella es un demonio.

—¿Y?

Su boca se abrió con incredulidad. —¿Y? ¿Y? Discúlpame, ¿pero no todos los demonios tienen piojos según a lo que a ti concierne? ¿O sólo era yo?

La cabeza de Kellen se movió rápidamente y le sonrió, a la manera coqueta. Definitivamente tienes algo. Yo no descartaría los piojos.

Sus dientes se apretaron. —¿Quién es ella y de dónde viene?

Su nombre es Catalina Gutiérrez y luce bastante familiar, ¿teniendo en cuenta que todos los demonios vienen del infierno? Tal vez se encontraron en los corredores. ¿Compartieron una historia o dos cerca al refrigerador de agua?

—Ya sabes que quiero decir. ¿Qué quiere?

—Esto —levantó una pequeña caja marrón—. Es mierda de murciélago de Texas, y no preguntes.

—Mierda de murciélago.

Poniendo la caja en el mostrador, le dio unos golpecitos a la caja y sonrió de nuevo. —Esto es por lo que la señorita pide.

Ella quería pegarle por lo mucho que él estaba disfrutando esto. —De acuerdo, ¿Te importaría explicar porque de la nada eres el mejor amigo de un demonio? Ya sabes, malas encarnaciones.

—Ella es un cliente. Eso significa dinero. Algo que realmente necesito desde que deje la enseñanza. Ella también es un cliente que está esperando. Así que ve a practicar cosas de fantasmas. Estoy ocupado — Él se paro cerca al mostrador, bordeándola una vez más, y devolviéndose en dirección a la cocina. Todo demasiado ansioso, si le preguntaban.

Marcella trato de permanecer quieta al frente de la tienda. Pero curiosamente, y de acuerdo, algún monstruo de ojos verdes, simplemente no la dejaban. Ella se movió hacia la esquina de la sala, merodeando como algún extraño acosador.

—Kellen, eres mi caballero de brillante armadura —esta chica Catalina exclamó, toda seductora y sensual. Incluso a Vern y Shirley les gustaba, meneando sus colas alrededor de ella y maullando por su atención.

Cuando Kellen se agachó para murmurar algo que Marcella escucharía perfectamente, ella tuvo que luchar por no hacer ruido así podría escuchar lo que él dijo, pero se lo perdió.

Luego Catalina soltó una risita.

Una risita.

Blah.

Y luego hizo esta cosa seductora, ladeando su brillante cabeza y poniendo una mano en el brazo de él, poniéndose incluso más cerca a Kellen mientras se arrastraba hacia él, arqueando su fina espalda. Su cabeza se levanto por un momento, haciendo a Marcella retroceder hacia la pared.

El juego de su mano contra el trasero bien formado y redondo de Catalina la aturdió, así que se inclinó hacia atrás.

En el patio trasero.

Dejo salir un grito de rabia cuando se tropezó con sus sandalias hechas jirones. ¿Desde cuándo Kellen Markham saltaba en la piscina del amante demonio?

Ese cuento de hacer el bien, a la mierda. Toda esa charla sobre odiar a los demonios. ¿Años de hacerla sentir como si estuviera a un paso de ser un asesino en serie, y de repente, el Sr. Haz el bien tenía una erección por un demonio?

El pensamiento la detuvo en seco.

Eso significaba que realmente no había tenido nada que ver con que él odiara a los demonios y en cambio todo que ver con que simplemente a Kellen no le gustaba ella. Ese pensamiento se hundió en lo profundo de su vientre.

Ow. Ow. Ow.

Claramente él podía perdonar a una mujer por ser un demonio. Sólo no a esta mujer.

Y luego vinieron las lágrimas que claramente brotaron, cayendo por su rostro en frustración y en un lamentable anhelo.

Ella tenía absolutamente que encontrar una salida a esto. Ni siquiera por Delaney ella podía mantener esta fachada, y especialmente no con una mujer que Kellen codiciaba de por medio.

Ni siquiera por Delaney.

—¿Ya se fue?

—No puedo creer que no puedas verla también. Pensé que todo el mundo desde el más allá, incluyéndolos a ustedes los demonios, podía verse los unos a los otros.

—Algunos de nosotros moralmente arruinados trabajamos más duro que otros en nuestras habilidades demoniacas. Nunca pude conseguir eso de ‘No sean tan egocéntricos. No son las únicas especies paranormales. Si me concentraba lo suficiente, probablemente sería capaz de verla, pero los fantasmas no me causan ningún problema. Son los demonios y sus engaños lo que queman mis pantalones. Así que me mantengo con lo que tengo —Catalina miro alrededor subrepticamente—. ¿Entonces está claro? Porque... —ella susurró en su cara. —Mi maldita espalda me duele.

Kellen miró la habitación y olfateó. El perfume de Marcella se había desvanecido con sus voluptuosas curvas y su fresca boca, dejándolo con un momento de preocupación por su seguridad. La aparto a un lado a favor de la idea de que Marcella era dura como un clavo. Si ella había sobrevivido ser un demonio, otros fantasmas serían pan comido.

—Sí. Creo que todo está claro.

—Bien, entonces déjame aclarar una cosa más. Pero, de verdad. Si alguna vez tocas mi trasero de nuevo, Kellen Markham, encenderé tus bobitas en llamas. ¿De acuerdo?

Él lanzó su cabeza hacia atrás y se rió, para nada asustado por su advertencia. —Sí. Está todo claro.

La cara de Catalina se suavizó y sonrió. —¿Qué tal si me explicas porque te estás comportando como un malévolo niño de cinco años con una mujer que nadie puede ver sino tú?

—¿Quieres la verdad?

Su suspiro fue irregular, se vio por la fuerza de sus hombros bajo su camiseta. —De un hombre en mi vida, sí. Me gustaría un poco de honestidad. Eso es más raro que los dientes de gallina en mi mundo.

Al oír el hilo de amargura en su respuesta, Kellen considero preguntar de donde venía, luego se abstuvo. —No la puedo dejar acercarse mucho.

—¿La razón?

Él le dio un pequeño resumen de lo que le había pasado a Marcella y a Delaney, su amistad, y la consiguiente lucha con Satán. —Marcella y yo regresamos. Ella fue amiga con Delaney durante diez años y en cada uno de ellos, peleamos. Es más fácil de esa manera.

—¿Cómo es que pelear con ella hace todo más fácil?

—¿Más sinceridad?

—Es demasiado divertido para mí. En realidad creo que mi destino para los hombres será un gran regreso. Así, que sí, se honesto.

—La mantiene al mismo nivel en la pelea. Cuando estamos discutiendo, no estoy ocupado pensando en cosas que no debería —Cómo en como luciría desnuda. Mierda.

—¿Cómo?

Él opto por evadirla. —Cómo las cosas que hombres y mujeres hacen.

—Ah. Tener sexo.

La risa salió de lo más profundo de su garganta. Si había una cosa que él admiraba de Catalina, era su política de no hablar basura. —Está eso, entre toda una multitud de otros problemas.

—¿Así que has estado detrás de ella por diez años y nunca has hecho un movimiento?

—No.

—¿Porqué?

—Porque ella era un demonio. Mi experiencia con ellos no era nada por lo que yo quisiera volver a pasar. Deje que lo que paso entre Delaney y yo sé amargaré por un largo tiempo. Por lo que me incumbía, todos los demonios eran el fondo del barril. Lo hice de mala gana, a pesar del hecho que ella y Delaney eran las mejores amigas.

—¿Y qué cambio tu idea sobre que éramos malos e inmorales? —Ella se burló.

—Lo que Marcella hizo por Delaney y Clyde. Eso, y tú, y esta misión en la que parece estar para prevenir la posesión de jovencitos, entre otras cosas.

Camila se burló, dándole la mejor mirada seria. —Por favor. No me dejes engañarte. Soy tan inmoral como ellos.

—De acuerdo. Por eso es que pagas tres mil dólares para que alguien colecciona mierda de murciélago en Texas para ti así puedes preparar pociones y salvar a niños que no tienen ni idea de la lata de gusanos que están a punto de despertar. Todo lo que estoy diciendo ahora es que entendí que todos los demonios no terminan siendo demonios porque hicieron la elección de ser unos. Si he aprendido algo de todo lo que paso con Clyde, aprendí que la mierda pasa y algunas veces no tiene nada que ver con lo que tú pretendías —El problema era, se había dado cuenta muy tarde para lo que a Marcella tenía que ver. Había estado tan ciego por su ira y por el caos que su medio hermano, Vincent, había creado en el nombre de Satán. Su oído por todo lo remotamente relacionado con Lucifer no lo había dejado con muchas áreas grises donde Marcella estuviera. Por lo tanto, su relación había sido ensombrecida por su perjuicio.

—Escuché lo que le paso a Delaney, como ella obtuvo el regalo de la visión y te lo dio. No puedo decir que te odio por no comprar la idea de que no todos los demonios quieren que reine el Infierno.

—¿Puedo preguntarte algo?

Su sonrisa era encantadora. —Siempre puedes preguntar.

—¿Cómo terminaste siendo un demonio? Se jodidamente bien que no fue una elección.

Los ojos de Catalina se volvieron evasivos, su espalda se puso rígida. —¿Sí? ¿Quién lo dice?

—No quién. Qué. Te ordene mierda de murciélago. Creo que eso dice algo.

El vago y perdido brillo en sus ojos llevo y se fue, reemplazado por ese brillo engréido que tenía la mayoría de veces. —Es una larga historia, y si la honestidad es lo que está pasando aquí, es personal y doloroso —incluso después de todos estos años. Pero puedo

decirte esto, pero tu Marcella podría haber estado en todos sus sentidos cuando escogió el Infierno. Si lo que dices es verdad, ella sacrificó sus privilegios atados a la tierra por salvar a tu hermana. Ella no puede ser tan mala.

—¿O tal vez, después de experimentar el Infierno, y la realidad de que no todo es como lo pintan, decidió tratar de ganar el favor con el sujeto de allá arriba? —Él hablo su mantra favorito sobre los seis grados de separación de Marcella de lo maligno, pero entre más lo decía en voz alta, lo menos que lo creía.

—Sí. Tal vez. Pero aquí está la trampa. No hay posibilidad de ganar nada una vez que has escogido el Infierno.

—¿Y sabes eso, por?

—Porque es un demonio con un alto coeficiente intelectual. Lo sé sólo porque sí. No hay vuelta atrás sin alguna intervención divina sería. Así que lo que sea que haga para llegar allí, supongo que lo hizo por una razón si es lo suficientemente altruista para salvar la vida de tu hermana.

—¿Cómo tú?

Catalina movió sus manos en el aire, despidiéndose. —¿Así que quieres que sea una buena chica, no? Olvídate de mí y concéntrate en la mujer que posiblemente juzgaste injustamente.

Una vez más, tuvo que sacudirse de la incómoda sensación de que no había nada más de Marcella de lo que ella dejaba ver.

—No hay nada en lo que concentrarse. Ella no es un demonio ya. Ella es un fantasma.

—Ahora, eso es algo sobre lo que se muy poco. Si Lucifer la ignorara, no sé si eso funcionara en la misma manera que si el Gran Sujeto lo hiciera. Pero he preguntado por allí. Y no te molestes en decirme que no quieres que averigüe. Entonces estarías mintiendo y el resurgimiento de mi patética esperanza en la especie masculina quedaría hecho añicos.

Kellen no se molestó en irse por las ramas. Él quería saber. No, él no estaba siendo honesto. Él necesitaba saber. —De acuerdo. Pregunta.

—Hecho. También veré si puedo conseguir algunos antecedentes

—¿Harías eso por mí? ¿Por un estúpido que apenas ha evolucionado?

Ella señaló hacia la esquina. —Me conseguiste mierda fina.

—Así es como funciona.

Catalina se rió, recogiendo la caja de las eses de los murciélagos, y dándole un golpecito con sus dedos antes de deslizarse entre las sobras de la sala y luego desaparecer.

Él se paro por un momento en la cocina, luchando con la anticipación no deseada de esperanza de que Marcella no fuera lo que ella pretendía ser todos estos años. Sí, ella había salvado a Clyde y a Delaney, pero lo había hecho como un demonio. ¿Pero que si se había convertido en un demonio por razones que eran tan desinteresadas?

Si ella resultaba ser una de las buenas, sería un error al juzgarla tan mal.

Eso significaría que era un tonto de lo peor. Siempre había sido capaz de mantenerse lejos de sus sensuales encantos cuando pensaba en lo que había que hacer para convertirse en un demonio. Eso nunca falló en detenerlo, no importaba la frecuencia con la que apareciera en sus sueños lujuriosos.

Si la razón que la había llevado a optar por el Infierno tenía buenas pretensiones, también significaría que diez años de no permitirse a sí mismo el ceder ante su salvaje atracción por Marcella habría sido tiempo perdido.

Peor, ella estaba aún más lejos de su alcance como fantasma sin más privilegios terrestres de los que había tenido antes, dejándolo sintiendo una profunda necesidad.

Pero en serio, profunda.

Capítulo 5



Traducido por Bautiston
Corregido por esmeralda38

Marcela se sentó en un banco del parque, mirando las frágiles hojas del invierno saltar sobre el pavimento, mientras que ella luchaba con más lágrimas de indignación y vergüenza. El sol cayó de golpe, dejándola en el crepúsculo rosado de la tarde. El cielo de color púrpura oscuro y azul con rayas se instaló en una noche fría azul marcando como el día había llegado a su fin. Dejando escapar un largo suspiro, miró hacia el cielo.

Como si el final del día hiciera una gran diferencia. Estaban entremezclados.

Su cabeza cayó de sus manos, y ella observó con sorpresa que ahora era capaz de traspasar sus palmas. También podía sentarse en un banco del parque o pasar a través de él cayendo en el suelo frío. Poco a poco, fue acostumbrándose.

—¿Usted estaaa guarrrrdaaaaando el asieento para alguieeen...? —una mano curtida, golpeó el lugar a su lado en el banco de madera.

El olor acre de licor rancio flotó a su nariz, llenándosela. Poniendo el dorso de su mano sobre su boca, ella negó con la cabeza, ladeando la ceja con desdén. Alguien tenía una pequeña borrachera.

Ella vio por el rabillo del ojo, antes de sentir, el movimiento del banco cuando el borracho se sentó a su lado dejándose caer pesadamente.

—¿Así que cooomo teee va?

Marcela se detuvo, volviéndose hacia él. Su gorra azul marino de punto estaba gastada en algunos lugares, y mechones de pelo gris se derramaban por los lados de la misma. Había capas de ropa en varios colores debajo de su abrigo de color verde oscuro, apolillado y pesado con olor a sudor y orina. Tenía una botella de líquido ambarino abierta, sin siquiera molestarse en disimularla con una bolsa de papel marrón. Pero nada de eso importaba, podía verla.

—¿Me puedes ver?

Su cabeza se balanceaba hacia adelante y luego hacia atrás mientras él trataba de enfocarse. —No muuuyyy biiieenn.

—¿Pero puedes ver que estoy sentada a tu lado?

Él cortó una tos profunda, crepitante antes de hablar. —Yeahhhh, —dijo en un hipo. ¿Por qué los borrachos y los niños podían verla, pero no un comprador personal? — ¿Cómo es eso posible? —murmuró, más para sí que para el hombre sin hogar.

Su cuerpo se inclinó hacia un lado, aterrizando derecho su cabeza en su hombro. ¿Él también podía tocarla? Él le sonrió con una mueca ennegrecida. —No se toonntaaa. Yo siempre podría veerrtee.

Marcela luchó contra sus nauseas. Los mendigos no pueden escoger y ya que ella no tenía más que dos aliados, uno que la odiaba, y uno que no tenía la edad suficiente para recordar cambiar su propia ropa interior, pensó uno más, aunque borracho y apestoso, no podría lastimar. —¿Qué quiere decir con que siempre me ve? ¿Nos conocemos?

—Siiii, —dijo arrastrando las palabras—. Pero dame un minuto, no puedo. —Negó con la cabeza, creando una oleada más de aire nocivo—... recordar quién soy yo, Oh, esto es un error claaaaraamente. Que atro atross, atrocidad.

Los ojos de Marcela se abrieron. Ella miró hacia abajo viendo la tonta sonrisa. Un borracho no tenía ese vocabulario. —¡Jesucristo! ¿Darwin, eres tú?

El se puso en posición vertical. ! —Siiiiiiii Essee sooy yooo, soy Darwiiin. Sé mi nombre Darr... Wiiin Esss uunn bueen noombre. Tonto. La buena señora me lo recordó.

Dándole un empujón, Marcela lo sacó fuera de su regazo con un gruñido de disgusto y sorpresa. Ella podía tocarlo, también... ¿Entonces por qué diablos no podía tocar la ropa linda en Macy's? —Ugh. Siéntate. Buen Dios. ¿Qué diablos estabas pensando, poseyendo un vagabundo, borracho? Uno que huele a baño portátil, para arrancar. Recuerdo la clase — La posesión es nueve décimas partes de la Ley—, y que claramente decía que había que tener mucho cuidado con lo que uno posee, idiota.

Darwin se levantó y luego se estrelló de nuevo en el banco. Su cabeza colgaba en ángulos incómodos. —Mi cabeza. Se sigue cayendo.

Usando su palma, lo empujó de nuevo en posición erguida y sacó su mano. —Eso es porque tienes el cuerpo de un maldito alcohólico. Y ¿qué estás haciendo aquí? ¿No hay algún gran tazón de Chuck Wagon que debieras estar bebiendo?

Dejando caer la cabeza sobre sus hombros, miró al cielo con ojos vidriosos de color rojo, con una mano aferrándose a la barandilla del banco, la otra aferrando precariamente la botella de whisky vacía. —Ugh. Todo está dando vuelta.

—Apuesto a que todo está dando vueltas, y eso es porque vaciaste la botella.

Ella trató de sacar el whisky de sus manos, sin éxito, y recurrió a mostrarle que estaba vacía. Él entrecerró sus enrojecidos ojos, y luego los volvió a abrir sin, aparentemente éxito en el enfoque. —Me refiero al parque, está girando como una terrible atracción de parque de diversiones. Alrededor de... una ronda...

—¿Qué estás haciendo aquí, Darwin? ¿Has venido a presumir de lo fracasada que soy porque no puedo volver a Chez Gray? Porque no puedo, ya sabes. Así que si no estás aquí para ayudarme, desaparece. Yo no estoy para otro round. He hecho mi tiempo en el ring por hoy.

—No, tengo que haablaarr contiggooo. — Él levantó una mano cubierta con un guante sin dedos y la sacudió a un lado y a otro, haciendo una pausa por un momento como si el movimiento lo hubiera hipnotizado.

Ella le dio un manotazo. —Ya basta céntrate Darwin. ¿Hablarle de qué? No puedo pensar en ninguna otra razón por la que estarías aquí que no sea para burlarte.

—Nooo, no eesss por eso que estoy aquí. Lo jurooo. Estoy aquí para... decirte algo... Siiii Essoo es lo queee tengo que hacer...

Por un momento, aunque el cuerpo que había poseído era de mal gusto, fue Darwin. Tan ridículo como era, sintiéndose ella tan sola, era como alimento confortable. Por supuesto, los alimentos confortables eran malos para los glúteos, pero aun así consolaban. —¿Qué tienes que decirme que es tan importante que tuviste que poseer a Jack Daniel's?

—Yo nooo lo see, —se quejó él—. No puedo pensar bieennn, tieeeenes alguuunos prrrooooblemas que trabajar.

Ella estaba demasiado cansada. Marcela le dio una palmadita de consuelo en la rodilla acompañada de un largo suspiro. —Está bien. Es probable que te perdieras buscándome. Todo se ve exagerado cuando se te sube la bebida. Tus emociones están fuera de servicio. Créeme, lo sé. Yo soy habladora cuando estoy arruinada.

Él negó con la cabeza que rodó con un gesto vertiginoso. —No. No. No. Es importante. Lo sé. Dame un segundo para pensarr.

—Está bien, piensa, chico. ¿Importa que me desestrese mientras lo haces?

—No puedo pensar si me das cháchara.

Girando un mechón de su pelo, Marcela ignoró la lucha de Darwin para mantener la cabeza erguida y su protesta indirecta para el silencio. Tenía que sacarse esto de encima. —Así que no puedo volver, Darwin. No sé por qué, pero no puedo volver atrás. Lo intenté, porque Dios sabe que yo no quiero quedarme aquí después de lo que vi, pero no puedo hacerlo. ¿Qué pasa si no puedo volver? ¿Estaré sólo a la deriva aquí

para siempre? Mierda. Nunca pensé que diría esto, pero quiero para volver. Por lo menos en el Plano Triste hay paz.

Y ninguna mujer llamada Catalina, dando vueltas alrededor, con su alegre trasero hecho tan evidente que parece una de esas viejas camisetas de anuncio de Big Breaste Babes.

—¡Oh! —Darwin gritó—. Me acuerddddd Uh, recueerrdooo, —dijo—. Tienes un problema."

Ella frunció el ceño, agarrándolo por el mentón barbado y peludo. —¿Qué problema?

—No puedo reecorrdarr.

—Bah. Déjame decirte acerca de los problemas, amigo. En primer lugar, Delaney. Me puse en contacto y ella sabe que yo estoy bien, pero envolvió a ese cuerno de perro de su hermano en torno a su dedo meñique y lo convenció de que sería una buena idea para mí que lo ayudara con su fantasma susurrador mientras estoy atrapada aquí. Lo que me lleva al problema con Kellen y su maestra de la malevolencia. ¿Puedes creer cuando te digo que tiene dos caras, mierda autosuficiente está caliente por un demonio? Sí. La vi hoy. Allí mismo en la tienda de Delaney, al igual que había estado allí antes. Muuuy cómodo, te lo digo. Todos frotándose contra él como un gato mezclado con la hierba gatera. Vil. Repugnante. Vergonzoso.

Su risa, alta y fuerte, hizo eco en el espacio vacío, abierto del parque.

—¿Cómo es eso gracioso?

—¿Tienes una gemela?

—¿Qué?

—Una gemela. Ella sueeennaa juustooo como tú.

Marcela enfureció, golpeando su hombro contra él. —¡Oh, cállate. Nunca fui tan evidente.

Darwin soltó un bufido. —Flagrante debería ser tu apellido. Pero essoo no es por lo que estoy aquí. Yo vine a decirte algo. Así que shhh.

Poniendo los ojos en blanco, Marcela se echó hacia atrás, cruzando los tobillos y los brazos.

—Bueno, creo que lo tengo, yo escuche, mierda, escuche algo.

Los pelos en la parte posterior de su cuello se erizaron. —¿Acerca de?

—Acerca deeee tiii.

—Gran cosa. Al igual que todos en ese avión olvidado de Dios han hablado de mí en un momento u otro. No estoy para ganar concursos de popularidad, porque ellos piensan que soy poco sociable.

—No. No. No. Algo sobre allguiennnn queee conoces.

—Conozco mucha gente, Darwin.

—Éssteee es uno malo. Muy, muy malo.

Sus brazos se pusieron de piel de gallina. Tal vez estaba exagerando porque estaba borracho.

—¡Calvin! Siiiiii — Las arrugas en la frente de Darwin se profundizaron. —Espera. No, no Cal... — Su frente cayó sobre su pecho delgado, sus labios soplaban bocanadas de aire, y empezó a roncar.

Ella le dio una sacudida. —¡Despierta! ¿Quién es Calvin, Darwin?

Su gemido fue largo. —No esss Calvin.

Ella entrecerró los ojos. —¿Suena como...?

—No sé, — se quejó él—. El único sonido que oigo es la voz que dice que más o menos.

—Sal de este cuerpo, Darwin, ahora mismo, perro desastroso.

—Nuh—uh. No se puede. En este plano sólo puedo hablar si poseo a alguien.

—Recuérdame eso la próxima vez que me acosas.

—¡Carlos! —gritó, lanzándose hacia adelante con un bamboleo—. Sí. Eso está bien, bebe. Carlos.

Un escalofrío de terror caminaba a lo largo de su espina dorsal, deteniéndose en sus intestinos. —Dime ahora lo que sabes sobre Carlos. Ahora, Darwin, o voy a asegurarme que nunca vuelvas a ver nada, ¡oreja de cerdo sangrante! — ¡Oh, Mierda de Cristo! ¿Qué tiene que ver Carlos con todo esto? Él es un bebé. Un niño inocente.

—No puedo pensar —gimió.

Las campanas de alarma se encendieron en su cabeza. —Bueno, es mejor que te pongas a pensar, amigo. Carlos es un niño. Tal vez de ocho o nueve años. Si has oído algo acerca de él, quiero saber qué coño es y quiero saber ahora. Así que vamos a tomar un café o algo para ponerte sobrio el culo. Necesito saber lo que sabes. —Ella pinchó a Darwin con una uña, pero que había reanudado su sueño de borrachera, mientras respiraciones largas y agitadas escapaban de su agrietada boca.

Inclinada en la oreja, levantó la gorra e hizo una mueca, arrugando la nariz. Jesús, que olor. —¡Daaarwiin! ¡Despierta!

Su cabeza se levantó, golpeándole la mandíbula. Ella lo agarró por los hombros, mirándole sus enrojecidos ojos. —Maldita sea perro, ¿qué sabes de Carlos?

—Ellos lo quieren.

Un escalofrío la recorrió a lo largo de la nuca. —¿Quién lo quiere? ¿Quién y por qué? —gritó, con la garganta apretada.

Darwin comenzó a irse de nuevo a la deriva, sus párpados de hacer un descenso lento, pero justo antes de dejarse ir como hojas en el viento, se las arregló para decirle, —Ellos saben que puede veerte.

Como Darwin cayó a la izquierda, extendiendo su parte superior del cuerpo sobre el brazo del banco del parque, se levantó de un salto, presa del pánico.

¿Quién podría querer a Carlos que la conociera? Oh, bueno Cristo. A excepción de Delaney, Clyde, y Kellen, las únicas personas que conocía eran hijos de puta mal, mal. ¿Por qué iban a querer a un niño? ¿Debido a que tenía el don de la vista?

Ella ni siquiera sabía cómo había sido convocada por él, o donde vivía. Un minuto había estado en la habitación de Carlos, el siguiente había sido succionado de vuelta a su lugar con Kellen. Maldita sea. ¿Cómo podía posiblemente cuidar a un niño que no podía encontrar? Sus contactos demoníacos se habían ido lejos, sólo había dos personas en el mundo entero que la veían, y esto lo hacía todo mucho peor, ella se la pasaba llorando estos días.

Como evidencia dos grandes gotas cayeron de sus ojos, salpicando el frío y agrietado pavimento.

Jesús, pronto tendría que empezar a rellenar su sujetador con pañuelos de mano.

—Hola, Carlos. ¿Cómo estás? — preguntó Kellen sobre su hombro mientras desempacaba otra de sus cajas. El niño se encogió de hombros y le dio una respuesta tan suave que Kellen tuvo que esforzar a sus oídos para escucharla—. Estoy bien, supongo.

—Cool. ¿Me quieres ayudar a deshacer las maletas? Tengo un montón de cosas sobre ciencia en estas cajas de mi vieja escuela. Bet me dijo habría cosas que te interesarían, —sugirió, manteniendo la luz. Desde que había conocido al nieto de la señora Ramírez, que no podía dejar de preguntarse si estaba bien que estuviera sensibilizado porque había trabajado con niños durante tanto tiempo, o si realmente Carlos no era sólo un niño callado e introspectivo, pero con problemas.

No sabía como la Sra. Ramírez se sintió lo suficientemente cómoda como para confiar en él, sin embargo, él no trató de averiguarlo.

Ella había estado desde hace mucho tiempo con Delaney ayudando a tiempo parcial, y cuando se había hecho cargo de la tienda que heredó, la había heredado también. Ella le llevaba comida, le ayudó a hacerse cargo de la cada vez mayor clientela de Delaney que de alguna manera había logrado desarrollar antes de que ella dejara Long Island, y nunca puso en duda las extrañas conversaciones que tuvo con lo que parecía ser él mismo.

Sin embargo, cuando sus ojos miraron a su nieto, sus ojos se oscurecieron con preocupación, lo que concernía a Kellen.

Ella era una mujer orgullosa. Si había problemas con Carlos, ella no podría estar lista para confiar en él solamente.

En ese momento, se dio cuenta de lo mucho que extrañaba la rutina de sus clases. Lo mucho que extrañaba a sus niños. Qué extraño es que ahora que tenía tiempo para hacer frente a la vida del más allá, estaba extrañamente tranquilo, con excepción de las apariciones de Joe. Quería decir a los espíritus del más allá que sentía que no podían confiar en él, y como tanto lo buscaban los espíritus, se encontró con que quería hacer el bien por ellos. Al igual que Delaney. Quería hacerlo lo mejor que pudiera.

La señora Ramírez paso junto a él, frotándose las manos. Ese, ella se detuvo, corrigiendo a sí misma y el escaso inglés que trabajaron tan diligentemente en tres noches a la semana en la escuela secundaria. —Hace frío aquí, Meester Kellen. ¿Su turno de encender la estufa? — Le sonrió con una sonrisa radiante, claramente orgullosa de que su trabajo estaba dando sus frutos.

Kellen le dio la señal de pulgar hacia arriba y luego miró en el termostato digital. Decía cuarenta y dos grados. Jesús, si una cosa más necesitaba cambiarse, le daría mal visto a la tienda y se iría a vivir en una caja de cartón, que eran más cálidas. Kellen frunció el ceño, llegando a tener una mirada más cercana. —Estaba en alrededor de setenta hace una hora —él trató de restablecer la temperatura, pero no se movía—. Maldita sea. Voy a tener que llamar al propietario. Señora Ramírez, ¿sabe usted dónde está su número? — Ella se estremeció, su cara redonda pensativa—. Creo que Meess Delaney, lo dejo en esa cosa que da vueltas.

El Rolodex. Se dirigió hacia la caja registradora, tomando la cosa que da vueltas, pero se deslizó fuera, como si una mano invisible estuviera tratando de arrebársela. Y pensar que hace apenas unos momentos, había estado reflexionando sobre la paz del más allá que le había sido concedida.

Kellen esperó un segundo, luego intento de nuevo, capturándola justo antes de que se le escapara. Él le dio a Carlos y su abuela una mirada disimulada, con la esperanza de que no hubieran visto el movimiento del Rolodex por su propia voluntad. Él lo abrió, tratando de recordar el apellido del propietario.

Las fichas comenzaron a barajarse, girando lentamente y luego ganando impulso, hasta que salieron volando frenéticamente. Kellen arrojó su cuerpo en el mostrador, con la esperanza de atraparlo, pero zigzagueo fuera de su alcance.

A estas alturas debería estar acostumbrado a este tipo de locuras, pero nunca dejaron de hacer que se le pusieran los pelos de punta. —Mira —murmuró al aire—, hazme un favor. ¿Puedes esperar hasta que el niño se haya ido?, ¿de acuerdo? Quien quiera que

seas, voy a tratar de ayudar, pero vas a tener que esperar. Ahora vete antes de que lo asustes.

Pero ya era demasiado tarde.

Carlos, con sus ojos oscuros muy abiertos, estaba congelado en el lugar donde estaba ayudando a desempacar las cajas.

Mierda. —¿Carlos? Está bien, amigo. Sé que esto es un poco raro, pero te prometo, que está bien. Estoy aquí. ¿Por qué, ¿Por qué no vienes de pie junto a mí?, —le extendió su mano, pero Carlos se negó a tomarla, aunque si Kellen había juzgado correctamente la línea de su visión, ni siquiera estaba mirando en la dirección de la Rolodex.

Kellen siguió la mirada de Carlos hasta el techo.

Santa. Mierda.

Sus ojos se abrieron tan amplios como los de Carlos. Cualquiera que sea la mierda que era, no era un fantasma.

Kellen miró a la señora Ramírez, quien no había pestañeado. Ella continuaba quitando el polvo de los estantes y de los aceites embotellados y de hierba con el plumero, como si una criatura viscosa no se arrastrara a lo largo del derecho del techo por encima de su cabeza.

Cada paso que daba, con las manos con garras, pies palmeados y arrastrando una sustancia pegajosa, que dejaba largas marca colgando de sus apéndices. La criatura era pequeña, pero ágil. Sus ojos rojos exploraban la habitación, acechando a Carlos, deteniéndose en el reconocimiento definitivo. Con un grito tan agudo que las botellas en los estantes se sacudieron, abrió su boca, dejando un agujero negro cavernoso en su lugar. El sismo de las botellas hizo incluso que la señora Ramírez se diera vuelta.

Carlos tembló, las lágrimas llenando de las esquinas de sus ojos almendrados, su delgado pecho subiendo y bajando por la agitada respiración.

Kellen se movió con él en un instante, tirándolo a su lado, sintiendo los escalofríos violentos que sacudían a su cuerpo ligero. Antes de que pudiera decir una palabra para calmar a Carlos, todo se oscureció.

—Meester Kellen. ¡Creo que mejor que se apure y llame al dueño!

De alguna manera, que no creía que el dueño iba a ser capaz de arreglar lo que estaba sucediendo ahora.

Rayos de luz rebotaban a través del cuarto, chirriando y crepitando con su apariencia. En el fragmento de un arco de luz, Kellen vio a la señora Ramírez, llevando su cartera sobre la cabeza, dispuesta a golpear a sus atacantes invisibles.

Las campanas de Delaney había dejado comenzaron a balancearse violentamente, su música ruidosa estaba lejos de ser relajante. Se estremeció enojado, intensamente febril.

Sí, era el momento para tomarse un descanso. Cualquiera que sea esa cosa en el techo, estaba demasiado interesado en Carlos para su gusto. Kellen subió a Carlos sobre su hombro como si fuera un saco de patatas e hizo una carrera hacia la señora Ramírez, quien abrió su bolso justo cuando el corría hacia ella, registrándolo con los ojos. —¡Ay! ¡Señora Ramírez! No te muevas. ¡Dame tu mano! —le tendió la mano libre a ella, pero tan repentinamente como llegó, se dio vuelta de espaldas.

—¡Oh, madre santa! —susurró, temblando aterrorizada y haciendo la señal de la cruz sobre su pecho. Cada vez que ella hizo la señal de la cruz sobre su pecho, significaba que anticipaba esta mierda y era ella quien impedía que llamaran al gran tipo. Obligándose a dar la vuelta, luchó para prepararse mentalmente para todo lo que estaba a punto de encontrar.

Pero no había preparación para lo que sus ojos vieron. Por el tiempo que viviera, probablemente nunca podría decir a los niños que enseñaba que no había tal cosa como el hombre de la bolsa con algún tipo de convicción.

¡Oh, mi, mi, mi! ¡Qué bestia!

El demonio que Marcela encontró cuando fue arrastrada de nuevo a Kellen no podría ganar ninguna tiara por belleza. Por supuesto, tampoco ganaría como Miss Simpatía por su actitud.

Él se quedó en el otro extremo de la habitación, gritando y haciendo un lío con sus espantosas explosiones de rayos. Usando sus dedos como si controlara una marioneta, golpeaba en el aire, creando ondas de choque de luz de colores.

Se había presentado con cara de cráneo, los ojos ahuecados, para la luz roja que atravesaba la habitación. Largos y puntiagudos dientes sobresalían de su boca, moviéndose cada vez que rugía. Y goteaba una cosa pegajosa de sus manos y pies. ¿Por qué era que los demonios, a la hora de elegir su abrigo demoníaco, tomaban una forma que babeaba y tenía mierda pegajosa por todas partes de sus pies? Tenía que ser un demonio masculino. Les encantaba el gore. Los demonios femeninos nunca optaban por esos atributos. ¿Incrustaciones? Sí, porque daban un poco de miedo. ¿Cuernos? Claro. Los cuernos imponían una amenaza. Pero por el amor de todas las cosas babeantes, sólo los demonios machos optaban por la baba.

Puaj. Marcela se estremeció, agradecida de que no podía tocarlo. Eso significaba que tendría que ayuda Kellen a golpear a este hijo de puta fuera, y si esa sustancia viscosa caía en el único condenado vestido que tenía, DEFCON 5 tendría un significado totalmente nuevo para este demonio en particular.

Y asustar al pobre Carlos, el hijo de puta. Ella inclinó la cabeza en un pensamiento confuso. ¿Qué hacia Carlos aquí? Otro rugido del esbirro le impidió reflexionar más.

Algo dentro de ella se sacudió como un cuchillo retorciéndose en su intestino, por lo que deseo ahora más que nunca tener todavía sus poderes demoníacos. —Consigue la sal, Kellen! ¡Consíguela ahora!

Kellen dio media vuelta, pudiendo ver la forma transparente de Marcela cuando el tronar de los rayos se calmó y, en su lugar, la sala comenzó a vibrar, golpeando las botellas en sus estantes, enviando fragmentos de vidrio espinoso en el piso de madera vieja. —¡No sé dónde está! —gritó más fuerte que el estruendoso ruido.

—En el gabinete de la esquina, estante superior —gritó ella—. No te puedo ayudar. ¡No puedo recoger nada!

Kellen bajó la cabeza, corriendo a la cabina de la esquina donde Delaney había mantenido siempre un paquete de cuarto de sal Morton. Reza para que Jesús todavía este allí. Dedos helados se aferraron a su corazón mientras miraba a Carlos rebotando de cabeza arriba y abajo, su peso ligero contra el amplio pecho de Kellen, sus ojos vidriosos y grandes. Debe estar petrificado. Quería correr hacia él, sacárselo a Kellen, y sostenerlo contra su pecho. Esto, aun en medio de todo ese caos, la asustó para la mierda. ¿Desde cuándo quería cuidar un niño pequeño de manos sucias y nariz chorreante?

Las puertas del armario se estrellaron contra los dedos de Kellen, quien gritó de dolor, pero se las arregló para arrojarlo abiertas contra el viento rugiente. Las arrancó de sus goznes, estrellándolas contra la pared, rompiéndose en astillas.

Marcela podría haber respirado un suspiro de alivio al ver la sal, si no fuera por la figura oscura, ominosa que se acercaba a Kellen y a Carlos por detrás. —¡Kellen! ¡Tira la maldita sal! ¡Date prisa! ¡Tira un poco por encima de tus hombros ahora! —gritó.

Y a continuación, un vistazo a la cara del demonio la hizo detenerse. Ella sabía que esa cara, sabía la forma que el tomaba porque había peleado una vez con otro demonio sobre ella. Abbadon, un demonio que disfrutaba destruyendo todo a su paso. —¡Espera, Kellen! ¡Abbadon! ¡Hijo de puta, sácalo fuera ahora!

Ella flotó directamente hacia él, suspendida en el aire donde él estaba, por lo que quedó cara a cara. Ella movió un dedo bajo su nariz. —¡Hay un niño aquí, pedazo de mierda! ¿Cómo te atreves a venir aquí y asustarlo? Si tiene pesadillas, te lo juro, yo buscaré tu pegajoso culo ahí abajo y te haré miserable durante todo el tiempo que tenga que llevar este vestido feo. No me gusta ser la que te lo diga, pero parece que estoy atascada con este vestido para la eternidad. Es así que sería un asco ser tú, si ese es el caso. La venganza será mía.

Su forma ominosa se tambaleó hacia atrás, balanceándose como una de esos globos gigantes de fantasmas inflables que la gente ata al césped frente a su casa en Halloween. —Vete a la mierda, Marcella. Yo sólo estoy haciendo mi trabajo, —escupió con desprecio, sus palabras estaban haciéndose eco de las vibraciones misteriosas.

Ella abrió la boca con incredulidad, los ojos muy abiertos con llameando una advertencia. —¿Acabas de jurar ante un niño?

Su rostro se volvió al instante avergonzado, su boca casi sin labios haciendo pucheros. —Tú lo hiciste primero.

Girando su cara, ella le clavó un dedo en las cuencas donde sus ojos rojos brillaban. —No me importa una mierda. Tú cuidas tu vocabulario delante de todos los niños. ¿Me entiendes? Y podría sugerir una pastilla de menta. Sólo porque tiene que ser atemorizante, no significa que tengas que oler como las entrañas del infierno mientras lo haces.

Su gesto fue contrito, su suspiro agravado. —Muy bien. No jurare más. Ahora vete. Tengo un trabajo que hacer.

Los oídos de Marcela picaron con la melodía de la información. —Sí, sobre eso. ¿Quién te envió y cuál es el trabajo?

—Tú sabes las reglas, Marcella. No te diré nada.

—Escúchame bien, lameculos. —Para todas las amenazas que estaba haciendo, ella estaba agradecida de era demasiado estúpido para darse cuenta de que no había absolutamente nada que ella pudiera hacer, más que enredarlo verbalmente.

Sólo un segundo después de la repentina claridad en el rostro, se dio cuenta que era un error. Fue en ese segundo, que se echó a reír, taimado y demoníaco. Al igual que les habían enseñado en la clase cuando habían visto todas esas viejas películas de Agüero. —No puedes hacerme daño, Marcella Tú no eres demonio. Ahora marcha atrás, perra...

—Uh, uh, uh. Cuida tu boca, —advirtió con el clic de sus dedos.

—Atrás—gritó, enviando su forma transparente a través de la habitación con el silbido de su aire estancado.

Pero Kellen, aturdido en silencio en los momentos mientras ella había sermoneado al demonio, entró en acción, lanzando toda la caja de la sal en Abbadon.

Desde la esquina de la habitación, Marcela admiró la masa magra de músculo del brazo Kellen cuando éste lanzo la sal, todo al mismo tiempo que protegía a Carlos. Cuando había visto a una mujer arrullando a un hombre con un niño y diciéndole lo sexy que era, ella nunca lo entendió. Pero ahora lo hizo. Era un poco tarde en el juego, pero lo consiguió.

Gritos de agonía cercanos a levantar el techo, la sal caía como lluvia de cristales finos sobre Abbadon, dejando cortes de profundidad, supurando ronchas por todo el cuerpo antes de chisporrotear en el suelo.

Carlos hundió la cabeza en el hombro de Kellen, haciendo un puño sus manos sobre las orejas hasta que los gritos no eran nada más de un silencioso gemido de dolor.

La mujer que le parecía familiar cuando la había visto caminar con Carlos estaba caída en la esquina del comedor, con enorme y multicolor bolso apretado contra su pecho.

El silencio, en toda su dicha, se apoderó del basurero que seguía siendo la tienda.

Marcela revoloteó hasta la señora Ramírez, cuyo pecho subía y bajaba con un suave ritmo. — ¿Está bien?

Kellen se agacho al lado de la mujer mayor, presionándole el cuello con sus dedos. — Creo que ella pasó de esta.

Marcela fue inmediatamente al lado de Kellen y Carlos, girando la cabeza en un ángulo para que pudiera verla.

Ella sonrió. — Hola, Carlos. ¿Estás bien?

Los ojos penetrantes de Kellen le preguntaron ¿Conoces a Carlos?

— Más o menos. Digamos que estamos familiarizados, ¿verdad, Carlos?

— ¿Él puede verte?

— Y pensabas que eras el único con el pasaje divino para mí. ¿Cómo es que tú lo conoces?

— Él es nieto de la señora de Ramírez. Ella es la mujer que ayudó a Delaney aquí, ¿recuerdas?

Huh. Ella no tuvo tiempo de pensar en ello ahora, pero ya era demasiado raro que Carlos estuviera conectado a Kellen y ambos habían sido capaces de convocarla. — Fui dada de baja, ¿recuerdas? Mi horario de visitas era limitado debido a mi mal carácter de cara culo. Aunque, recuerdo que D me decía que la señora Ramírez era muy religiosa y no me quería aquí en caso de que ella sacara su rosario. Así que este es su nieto... ¿Ella sabe que tiene el don de la vista?

Kellen agito suavemente una mano sobre la cabeza de Carlos. — Bueno, si ella no sabía antes, creo que podría haber alguna indicación ahora.

— Mierda. ¡Qué manera de averiguarlo! — Sonriendo a Carlos, que había levantado la cabeza, preguntó ella— ¿Carlos? ¿Te acuerdas de mí?

Él asintió con la cabeza, pero sus labios no hicieron ningún esfuerzo para moverse.

— ¿Estás bien hombrecito? No tengas miedo del viejo estúpido de Abbadon. Él es sólo un gran matón. Me aseguraré de que no te moleste de nuevo. Promesa.

Carlos se estremeció, pero una vez más asintió con la cabeza, las manos aferradas al cuello de la camisa de Kellen tensas. Mierda, mierda, mierda. Si alguna vez volvía a tener privilegios en el infierno, ella se aseguraría de patear desde ahora hasta el domingo a Abbadon. — Carlos, ¿ha sucedido alguna vez antes? Quiero decir, ¿has visto otras cosas además de los fantasmas?

Cuando finalmente habló, se tambaleó un poco. —Algunos... A veces.

Marcela le dio a Kellen una mirada de profunda preocupación.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Kellen sobre el sedoso pelo negro de Carlos.

Su cabeza se movió de lado a lado.

¿Y quién podía culparlo?

Kellen sacó una silla que no se habían arruinado desde la esquina donde Delaney había tenido una vez la hora del cuento para los niños del barrio. Se sentó, acomodando firmemente a Carlos en su regazo. —Tengo un secreto, Carlos. ¿Quieres saber qué es?

El corazón de Marcella se estrujó en su pecho cuando se encogió de hombros, pero se había acomodado cuando Kellen había llamado su atención.

—Puedo ver fantasmas, también.

Contuvo el aliento, esperando a que Carlos reaccionara, de forma deliberada agradecía la experiencia que tenía Kellen con los niños. Finalmente, levantó la cabeza. —¿En serio?

Kellen sonrió, cálido, reconfortante, y un sexy infarta corazones. —Sí. Es cierto. Es por eso que puedo ver a Marcella igual que tú. Así que sólo quiero que sepas, que yo entiendo lo que es sentirse diferente a los demás y que no quieres hablar de ello. Pero si decides que quiere hablar de ello, a cualquier hora del día o de la noche, sólo haz que tu abuela te traiga por aquí. ¿De acuerdo?

Carlos no dijo nada, pero sus ojos se despejaron un poco, lo más probable que de alivio. Luego apoyó la cabeza sobre los hombros de Kellen y cerró los ojos una vez más, dándole una última mirada a Marcella antes de bostezar y caer dormido.

—Eres muy bueno con los niños, —comentó ella, luchando contra una punzada de celos.

—Es necesario en mi trabajo.

Sus ojos se suavizaron cuando ella vio a su rígida mandíbula. —Lo echas de menos, ¿no?

—Todos los días. Pero con este concierto fantasma de hecho es casi imposible que funcione.

—Porque te pueden tocar.

—Sí. No puedo predicar muy bien a los niños de hablar sobre las cosas si yo estoy mostrando en la clase un ojo negro y bultos del tamaño de Detroit en la cabeza. El PTA no estaba comprando mi mierda de lecciones de boxeo —dijo con un tono sarcástico, acomodando a Carlos más cerca de él.

Marcella mordió el interior de sus labios. Así que tal vez la cosa de hombre sexy cuidando a un bebé tenía cierto mérito. Kellen era como una persona diferente con Carlos. Estaba relacionado con él de una manera que no sólo admiraba sino que aspiraba.

Oh. Dios. Ella no había deseado sentirse así hacia un niño. Ah, pero lo hizo. De hecho, se sintió una sensación muy natural para todas las mujeres. Di que no es así, Marcella. Di que no te está saliendo la fibra delicada.

El infierno. No era más que decente. Sin embargo, cuando miró a Carlos, acurrucarse contra el músculo duro del pecho de Kellen, ella quería lanzar sus brazos alrededor de los dos, adoptar medidas de protección para que nadie nunca pudiera hacerles daño. Darles de comer leche y galletas hechas por ella, verlos lanzar una pelota de ida y vuelta en el parque...

¡Fuera, fuera, fuera! Tenía que sacar esa mierda de aquí.

Mientras se preguntaba qué hacer con Carlos, y cómo hacerlo antes de que pudiera correr de vuelta al Plano Triste tan rápido como sus líneas fantasmales se lo permitieran, alguien irrumpió por la puerta de la tienda.

—¿Qué diablos pasó?

—Ah. Mira. GI Joe Demonio, —comentó Marcella con sarcasmo.

A Kellen se iluminó la cara en la forma que tenía cuando él había visto antes a Catalina, perforando el corazón de Marcella como si hubiesen disparado una flecha directamente a través de él. —¿Cómo sabías que algo pasó? —preguntó, claramente sorprendido.

Ella caminó en sus botas de trabajo de forma no muy propia de una dama, notó Marcella, hacia Kellen y Carlos. —Te dije cómo funciona, Kell. Me sale este tipo de ambiente misterioso. A veces me despierta de un sueño profundo. Puedo detectar la intención de —se inclinó al oído de Kellen y le susurró, en beneficio de Carlos—. Posesión demoníaca. Entonces, ¿qué puedo hacer para ayudar?

—¿Mudarte a Ucrania? —Marcella puso los ojos en blanco.

Catalina miró hacia abajo a Carlos y le dio una media sonrisa, agitando su pelo. —Entonces, ¿qué pasó?

—Creo que Carlos tiene el don. De hecho, sé que lo tiene porque puede ver a Marcella también. Aunque no sé exactamente cuando la vio.

Catalina dio a Kellen una sonrisa arrogante. —¿No es curioso como casi todo en tu vida te lleva de nuevo a Marcella? Antes, yo me inclinaba a pensar que lo tenía que ver con tus fantas...

Kellen se puso de pie en una fracción de segundo, interrumpiendo a Catalina. Él ladeó la cabeza en dirección a Marcella. —Ella está aquí, —dijo, y sonó como una advertencia.

—Oh. Cool. —La boca de Catalina se cerro, pero sus magníficos ojos escanearon la habitación—. Así que, uh, haya, —gritó.

Sí. Hey. Marcella le hizo un gesto de loca.

Kellen la miró con su cara de maestro enojado antes de volver su atención a Catalina. —De todos modos, parece que Carlos puede ver fantasmas, pero lo que acaba de suceder aquí no era ningún fantasma. Marcela le llamó Abbadon.

Catalina chasqueó la lengua. —Oh, mierda. Es un atemorizante hijo de puta, pero sobre todo es un esbirro. Él aparece en las formas más repugnantes, pero no ganaría ningún concurso demoníaco. Voy a decir que esto probablemente es algún tipo de advertencia. ¿Quién o porqué estaría acechando a un niño pequeño? No tengo ni idea.

—¿Crees que puedes encontrar algo?

—Oh, estoy definitivamente dentro. Ninguno de estos hijos de puta asustará a los niños pequeños bajo mi protección, si puedo evitarlo.

Que filantrópica. Madre Teresa demonio. Ella tenía un armario lleno de sombreros. Sin embargo, estaba interesada en ayudar a Carlos, Marcela decidió que daría toda la información que pudiera compartir. —Dile que recibí una advertencia de otro fantasma anteriormente, también, de Carlos. Todo lo que dijo fue que lo quieren. No sé quiénes son ni lo que significa.

Kellen transmitió las palabras de Marcela a Catalina, mientras que ella escuchó con el ceño fruncido estropeando su bonita frente. —¿Quién te dio este mensaje, Marcella?

—Él es alguien que conozco en el plano que me he visto obligada a vagar y es muy confiable. El problema es que cuando está atado a la tierra, no puede hablar a no ser que posea un cuerpo. Desafortunadamente, él poseía un borracho y no podía dar muchas explicaciones sin caer en un estupor alcohólico.

Cuando Kellen transmitió el mensaje, se movió de un lado a otro, frotando la espalda de Carlos con la palma de su mano en un movimiento circular. Marcela se encontró balanceándose con él, luchando contra un suspiro de satisfacción.

Catalina abrió sus brazos hacia atrás y adelante, golpeando con sus puños juntos, la boca convertida en una delgada línea. —Muy bien, entonces. Estoy en esto. A ver lo que puedo ver. Mientras tanto, cuiden al niño. Abbadon es un mensaje claro. Se presentó y nadie lo convocó. Carlos tiene algo que el lame culo del infierno desea. Eso, mi amigo, me asusta como la mierda. Así que salgo. Voy a estar en contacto. —Ocultando sus dedos sin manicura en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, Catalina desapareció.

El estomago de Marcela se hundió como una piedra arrojada descuidadamente en un estanque. Catalina, obviamente, conocía el camino de todos los demonios del mundo y, tal como ella había imaginado, la aparición de Abbadon era una mala señal.

Kellen le dio un codazo a su preocupación con el hombro. —¿Estás bien?

—Estoy bien. No es de mí de quien debemos preocuparnos. Es sobre Carlos. ¿Qué quiere Lucifer con un niño?

Su mirada era feroz cuando la miró nuevamente. —No lo sé, pero puedo decirte esto: estaré condenado si dejas que pongan sus manos sobre él.

—Estoy de acuerdo contigo, —le contestó, con los ojos reblandecidos mientras miraba la forma de dormir de Carlos.

—Así que la ex—demonio tiene un corazón.

—No, tener un corazón significaría que me importa, y los dos tenemos nuestros puntos de vista en eso, ¿no? —Ella sabía que estaba siendo mezquina y rencorosa, pero era lo que funcionaba para ellos. No había ninguna razón para no mantenerse recta en el trabajo.

Pero Kellen no le devolvió el disparo. —Los puntos de vista cambian. Las opiniones también.

Cómo desinflado. —¿Has encontrado a Jesús?

—No entiendo que quieres decir.

—¿Te has vuelto espiritual después de mí?

—No.

—¿Drogas? ¿Fármacos?

—Hoy no. Aunque creo que después de lo que acaba de suceder, no podría ahogarme en una botella de alcohol.

—¿Estás haciendo algún tipo de ejercicios para encontrar tu centro, como yoga?

—Ve al grano.

—Sacarse esa mierda de hacer el bien. Estoy fuera de equilibrio, y creo que es obvio. —ella abrió sus brazos, mirando hacia abajo a sus pies con sandalias vestidas flotando a dos pies sobre el suelo—. Me vendría bien algo de equilibrio.

—Sólo estoy señalando que el tiempo y la perspectiva pueden cambiar la opinión.

¿De dónde viene eso? ¿Esta comprensión súbita? —Gracias, Gandhi. Ahora saca eso de la introspección. Eso nace de la compasión, y no necesito tu compasión.

Los ojos color avellana de Kellen miraron los de ella, pero no tenían el toque de malicia habitual en ellos, por lo que sus entrañas se volvieron de malvavisco. —No me compadezco, Marcella.

Bueno, yo me compadezco de mí. ¿Quién no sentiría pena con todo esté caliente lío? — Estoy eufórica. Y ahora estoy fuera. Voy a ver si puedo averiguar algo más sobre lo que sucede con Carlos, así que deja de soñar conmigo. Y si no puedes evitar imaginarme, ¿puedo tener al menos algo de seda cuando lo haces?

Esos ojos, tenían un tono más suave que los de hace un momento, una vez más pequeños.

Bien.

Ellos estaban de vuelta en el camino de la mutilación mutuamente satisfactoria.

Con eso, ella salió flotando lejos de la tienda.

Sin embargo, se deslizó por la parte delantera de la tienda, para dar una última mirada a Carlos durmiendo sobre el hombro de Kellen y grabar la imagen en su corazón una vez más. Si tuviera que identificar la emoción de un agujero comiendo en su corazón, lo habría llamado anhelo.

Ella también lo llamaría ridículo. Marcella Acosta no duraría mucho.

Podría.

Nunca.

Capítulo 6



Catalina pisoteó través de la tienda de ropa masculina ultraswank, dejando un rastro de huellas de barro a su paso con sus botas de trabajo, sin pensar en las exclamaciones de los snobs indignados y las miradas que la seguían.

Ella miró a su marca en veinte pasos y se fue a matar con una mano a la pistola en la cintura.

—¿Tienes alguna ideas sobre el punto donde está Dameal? —preguntó Catalina a su némesis en algún momento, alguna vez aliado, todas las rebabas a su alrededor, Vassago.

Se sacudió el hombro de su traje negro immaculado, fingiendo que no se dejaba intimidar. —Oh, tonta. ¿Cómo debo saber dónde está Dameal? ¿Y por qué, por favor dime, qué te importa?

Su mandíbula estaba tan apretada como ella y se volvió hacia él, arrinconándolo contra un estante de los pantalones de seda de los hombres.

—Él no me importa. Me preocupo por lo que sabe.

Vassago arrugó la nariz en ella y le dedicó una deliberada sonrisa burlona, ladeando cuidadosamente la ceja encerada —Oh, tú lo haces, también, te preocupas por él. No te hagas la tímida conmigo. ¿Estás pensando en la reconciliación? Qué romántico. Pero espera, no se pueden reconciliar. Recuerdas esa pequeña cláusula en su relación, ¿no? Por supuesto que sí. Aunque, tengo que decir que no tenerlos a los dos gritando por los pasillos del infierno ha sido una bendición. Entonces, ¿qué pasa? Suéltalo, hermana.

Su ojo derecho se torció en la irritación. —V, yo sólo te advierto una vez y luego voy a empezar con tus rodillas, y mientras puede que no te mate, y no podrás asistir a ninguna posesión durante al menos un mes. Así que vomítalo, demonio.

Él levantó las manos resignado, su forma humana convertida en un color blanco tiza.

—¿Qué es lo que deseas saber?

—Dameal es el jefe del nivel de Abbadon, ¿verdad?

Él asintió elegantemente con la negra cabeza, mientras se enderezaba el par de pantalones grises. —Sí, así es. ¿Y qué?

—Así que tengo que saber por qué te ordenó aterrorizar a algún niño pequeño.

—Oooh, —susurró él con alegría y aplaudiendo de manos—. ¿Quién es el chico?

Ella soltó un bufido sorprendiendo a los pocos clientes en el cool interior de la tienda con el escape de su aguda garganta. —Prefiero ser bañada en agua salada, mientras que los prismas dañan mis ojos que decírtelo.

—Sólo dime si has visto Dameal, y me voy.

—¿Vas a mantenerte al margen de mis bienes? —Cebó él.

—No es probable. Pero voy a vestirme como Superman con la ralla de los pantalones perfecta con él en a fuego aquí en Barneys delante de todos si no me lo dices.

Miró hacia abajo en ese pliegue muy perfecto en sus pantalones y se encogió.

—Muy bien. La última vez que lo vi fue hace aproximadamente un mes. No sé lo que bien saber dónde está la voluntad de hacer de todos modos. ¿No acabamos de ir sobre esto? Él no puede hablar contigo. Al igual que, literalmente eso es culpa de nadie, sino tuya propia.

Mierda. Eso era cierto. En su enojo por pequeño Carlos, había olvidado su difícil situación con Dameal. La situación que lo había dejado como demonio. El que de la mentira, del engaño, Lucifer... amante de la mierda la había abandonado en ello. —Entonces, envíale un mensaje... llámale para decirle que es un jodido freak si se acerca al niño, que va a lidiar conmigo y mi indignación.

—¡Shhh, Catalina! —advirtió Vassago—. Estamos en público. Compórtate como tal. ¿Quieres que me despidan?

—¿Desde cuándo necesitas un trabajo?

—Para tu información, señorita traidora, ¿tienes alguna idea de qué clase de corrupción se puede encontrar en una tienda de ropa de este calibre? Es un campo de recreo virtual del pecado y la iniquidad de monos con chocolatinas subiendo y bajando goteando con maldad. Lo sabrías si fueras un demonio adecuado. Yo no le permitirá echar a perderlo para mí, porque no tienes ninguna clase. —Él agitó una mano en la dirección de la salida—. Ahora vete a cazar algún otro demonio, que justamente este tratando de salir adelante en la escalera del éxito. Tu rastro de huellas de barro te conducirá de nuevo a la puerta.

De pie sobre los dedos del pie, le susurró hacia él, —¿Te acuerdas de lo que dije? Dile a Dameal que ordene a sus lacayos dar marcha atrás, no estoy frustrada con la posesión de alguna remilgada caja de sal.

—Muy Terminator 2, —dijo con sequedad—. Se lo diré. Ahora vete.

Catalina pisoteó el camino de regreso de la tienda con un gruñendo enojada a alguien que se atreviera a mirarla hacia su dirección.

Dameal era su única conexión en este lío con Carlos. Corrió al noveno nivel del infierno, y Abbadon era lo más definitivamente posible en su reloj.

Para su conocimiento, era vil, despreciable, y se bañaba de pies a cabeza en la escoria como Dameal era, pero nunca jodía las cabezas de los niños pequeños.

Pero tal vez se hubiera hundido más de lo que ni siquiera ella podría haber previsto. Y aunque eso aún no escocía... lo hizo.

Estaba condenadamente bien hecho.

—¿Marcella?

—Sorpresa.

—Hazme un favor, ¿lo harías?

—Voy a tenerlo en cuenta.

—¿No podría flotar? Es desconcertante cuando estoy tratando de dormir.

—¿No has podido visualizar mí cada vez que cierras los ojos? Pero gracias a ti por lo menos yo pongo algo mejor que el algodón mientras lo haces.

Él soltó un gruñido de debajo de su almohada, apagado y bajo.

—¿Es cierto Carlos? ¿Catalina contactó contigo por toda la información? —No había sido capaz de respirar tan pronto como lo había dejado atrás. Esta emoción exterior a su problemática aún la hacía más de lo que lo hacía. Pero ella tenía que saberlo.

Trasladó la almohada a un lado, miró hacia ella con los de párpados pesados. Somnoliento, y extremadamente sexy.

—Todo está bien por ahora, creo. Él estaba bastante sacudido, pero le dije que Catalina se aseguraría de que nadie le molestaba. Ella se ofreció a mantener un ojo sobre él por mí mientras yo llevaba esta cifra a cabo. Pero la señora Ramírez... No sé. Creo que ella solo llevaba un agujero a través de su rosario de bendiciones.

Para alguien sin el don, y que era tan religiosa como la señora Ramírez, algo tan devastador y espantoso como un demonio apareciendo significaba un viaje de éxito seguro a la iglesia a encender velas. —¿Comprendes lo que pasa con Carlos? ¿Es un creyente? O ¿está siendo gravemente convincente por su parte?

Ella siempre había sabido, pensaba, que Delaney hablaba con los fantasmas. Sé que ha visto algunas cosas extrañas, porque Delaney me dijo que ella tenía, pero eran cosas fantasma... lindas bromas, moviendo cosas de un cuarto... no lanzando un rayo, monstruos de ojos rojos brillantes que aparecen de la nada. Hoy pienso que ella se

convirtió en alguien mucho menos escéptico. A pesar de que ninguno de atribuye lo que pasó hoy a Carlos con un regalo. Ella puso esa culpa en mí, y yo no le dije lo contrario o que estaría arrastrando a Carlos a la iglesia más cercana para tener un exorcismo adecuado antes de que se pudiera decir "enchilada".

—No salto a la idea de que debemos darle el panorama por el momento. Por lo menos no hasta que podamos averiguar lo que quiere un demonio con Carlos. Está suficientemente asustado como está. La reacción de su abuela sólo puede hacer una situación de por sí dramática mucho más miedo para él. Ahora mismo mi prioridad es averiguar por qué un demonio se presentó con la intención específica de apoderarse de Carlos.

Marcella sacudió la cabeza, todavía incrédula. —Me gustaría tener más de lo que hacía antes para darte, pero no. Mi contacto aparentemente se secó, y no puedo convocar a tanto como una buena manicura, y mucho menos algunos de mis viejos conocidos demonio. Si ellos se mostraron renuentes a hablar conmigo antes, definitivamente me quedó tan lejos como que alguna vez Abaddon pueda mostrarse como el lame—culo que es. —Abandonó un suspiro. Había sido incapaz de encontrar a Darwin una vez más, la única esperanza que tenía para obtener más información en este momento—. ¿Así que has sido capaz de encontrar cualquier cosa fuera? ¿Cualquier fantasma que muestre pasar tal vez hasta tal vez en un mensaje desde el más allá?

—No. Ha sido extrañamente tranquila.

Esta afirmación la irritaba. Si él fuera la mitad de sensible de lo que D era, los fantasmas se mostrarían hasta su izquierda y derecha para contribuir, por tanto permitiéndole a la parrilla sin piedad—. Eso es porque no eres como Delaney. Si fueras más como ella, tendríamos una ventaja en ayudar a esa pobre niña.

Kellen rodó sus ojos desde su lugar en la cama, dejando caer las mantas hasta la cintura mientras se levantaba en sus codos, revolviendo a Vern y Shirley que yacían acurrucados juntos en una gran bola de pelo multicolor. En lugar de hacer el remate que tan amablemente le había ofrecido, dijo: —Tienes razón. D era una médium mucho mejor.

Maldita sea la verdad. Espera, ¿había estado de acuerdo con ella? ¿No era que la segunda vez en cuestión de días? ¡Oh, Dios, seguramente estaban condenados!

—¿Estarás bien después de hoy?

¿Y ahora se preguntaba por ella? Tenía la cabeza inclinada hacia la derecha. —Nunca he estado mejor. No hay nada como ir a la deriva sin ningún propósito y no hay manera de volver a casa con un vestido de significado para Holly Hobbie mientras busco claves de por qué los demonios están, literalmente, a la caza de un niño pequeño. Pero eso no quiero preocuparme tanto como esto. Quiero saber qué diablos te pasa. Nunca me preguntaste en todo el tiempo que me has conocido, si estaba bien.

¿Tener comunicación con los muertos te hizo ir suave y blando, o qué? Tú no eres el casi snark—o—rama que una vez fuiste.

Su respuesta, fácil y tranquila, la dejó preocupada. —No estoy tan motivado como antes.

Su mirada era escéptica y desconcertada. —¿Porque?

El encogimiento de sus tensos hombros tratados en nada más que su rojiza piel le hizo la boca agua. —Como he dicho, las cosas cambian. La gente cambia.

No le gustaba este nuevo Kellen. El viejo era menos misterioso y más divertido de mosquear. —Bueno, déjalo. No me gusta el cambio, y definitivamente no me gusta que me preguntes si estoy bien. Se arruina mi orden natural de las cosas. Me gustas mucho más cuando estás siendo un sapo.

—¿Sabía usted que un sapo puede tomar hasta diez mil insectos en un verano?—
Sonrió, amistoso y coloquial.

—Creo que he esperado toda mi vida para saber esto, Bill Nye.

—Entonces ha sido un largo rato largo, ¿eh? —bromeó él, pero de nuevo, sin el borde duro para serpientes del pasado, por lo tanto desconcertante para ella. ¿Qué podía haber sucedido en apenas un par de días para cambiar un dictamen que habían tenido durante una década?

—Sí. Y estoy bastante caliente para setenta y seis. Tú lo y yo lo sabemos. Por eso estoy aquí, con adivinanzas. Porque estoy caliente y, obviamente, no puedes dejar de pensar en mí.

—Es cierto —admitió, cruzando los brazos detrás de la cabeza sin una pizca de malicia.

Su declaración la hizo estrellarse a la cama. Una cama en que no debía caer, pero en vez desembarcados directamente en la parte superior. Había sido sólo un farol, ya que calmaba su ego por sentirse incómodo. Se podría pensar que hacía calor, pero le gustaba el floozy de Catalina. Lo mismo en la ecuación se ha vuelto más importante para ella respecto el calor.

Apretó los puños contra el algodón fresco de su colcha de amplias rayas. La sensación de que las sábanas de Kellen estaban eufóricas y no sólo porque eran suyos, sino porque se podía tocarlos, correr sus dedos sobre el rígido algodón.

Jeh.

Las cosas la estaban mirando.

Deslizándose a la cabecera de la cama, se acercó a Kellen permitiéndose sentarse a su lado en su habitación. Le palmeó el borde de la cama, donde plantó su culo dudosamente. Ladeando la cabeza, reconoció los puños apretados alrededor de las sábanas. —Así que yo veo las cosas están mejorando.

—En pasos agigantados. Pronto voy a ser capaz de agarrarme a un muelle de un candelabro con mis sucias patas y darte una paliza en la cabeza con ella, —dijo ella arrastrando las palabras, dejando que sus ojos fueran lo máximo desafiantes.

—Me lo merezco.

—Tal givah. —Su mandíbula levantada—. ¿Sabe Delaney que te amenazan?

—¿Por qué me amenazan?

—¿Te dijo que tienes que jugar limpio hasta que pueda encontrar la manera de atarme de nuevo a la tierra que había o quitarte los privilegios de la Discovery Channel? ¿Tal vez su mechero de Bunsen?

Su risa salió en un husky, soñoliento rumor, levantando la sábana que estaba cayendo rápidamente hacia su cintura. —No. No he hablado con Delaney desde que la vi el otro día.

—Entonces, ¿qué pasa con todo el entendimiento, comprensión y superchería? Tú me odias. Te odio. Al igual que Barney en sentido inverso. Vamos unas cuantas rondas, retiro, sólo para volver a hacerlo en el futuro. ¡Lucha, ya!

Levantando sus rodillas, puso sus codos sobre ellas y negó con la cabeza, su pelo castaño brillando puesto de relieve por la luna derramada desde la ventana del dormitorio. —No estoy interesado en pelear más, Marcella.

Que poco divertido. No podía mantener la distancia si estaba bien. —Siempre peleamos, Kellen. Es lo que hacemos. Yo te llamo anciano malhumorado. Tú me llamas puta con bolas de fuego. Es lo que nos define. — Dibujó una circunferencia a su alrededor con un dedo.

Kellen se inclinó hacia delante, sujetando su con su mirada. —Eso no es lo que nos define, Marcella. Y si es lo que nos define nuestra relación, entonces eso va a cambiar. Al menos por mi parte.

—Weenie.

—¿Somos asociaciones libres?

Ahora no era sólo importante para burlarse de él, esto era su misión. Lo que había provocado este cambio en su actitud hacia ella era inquietante hasta la médula. Si él fue amable con ella, ni siquiera generoso, nunca sería capaz de volver a Plane Dismal y reunir el tipo de odio que necesitaba para mantenerse para la eternidad.

Los recuerdos desagradables eran siempre mucho más fáciles con rencor. A pesar de que había aplastado en él, que había tomado consuelo en la idea de que la despreciaba, y no había que cambiar. Este nuevo centro, suave y pegajoso que había adquirido la dejaría con imágenes de su sonrisa, cálida y con dientes perfectamente rectos. Haría

que su corazón doliera, si había que recordar todos los ojos suaves y comprensivos en lugar de duros como chips de granito.

Y ella no lo tenía.

Marcella se arrodilló sobre la cama, empujando las rodillas hacia abajo, entre paréntesis sus hombros con las manos hasta que estuvieron de acuerdo. —Todo lo que se trata esto, ya basta. Sabes tan bien como yo que no puede durar. Haré algo tan atroz que sólo terminará decepcionándote. Así que vamos a mantenerlo encendido. Hemos tenido un ritmo de sarcasmos. No quiero perder el ritmo.

Su consumo constante de aire enganchó cuando hundió los talones de sus manos en la cama, dejando su hendidura justo debajo de la barbilla. Ella le envió una mirada arrogante como para probar que él tenía razón en lo que ella quería de él.

Pero entonces las manos se envolvieron alrededor de sus muñecas en un puño de acero, retorciéndose detrás de la cintura, y él la volteó de espaldas con la facilidad de un luchador entrenado.

Kellen estaba encima de ella antes de que pudiera recuperar el aliento, por el que se su peso sólido contra el suyo, sus pezones rozando la piel caliente de su pecho. Cuando él se acercó, dejando que sus labios se posaran cerca de ella creció el mareo por la necesidad de levantar la cabeza, pero una pulgada y media de su boca a la suya. —Yo digo que hablemos de quién eres en realidad, Marcella. El verdadero yo. No aquel que haces que todo el mundo crea que eres. Y puedo esperar... toda la noche si tengo que hacerlo.

Marcella luchó por debajo de él, pero su empuje contra la dureza sólo lo hizo mucho más insoportable. La longitud de sus piernas musculosas, mintiendo a toda máquina en las de ella, los finos hilos que salpicaba sus partes superiores del muslo, le hicieron cosquillas en la carne. —¡Aléjate de mí, bufón!

—¿O qué? —bromeó él, con los ojos brillantes con todo tipo de desafíos.

—No lo sé, pero va a ser malo, —soltó ella—. Más feo que feo.

Se rió de nuevo, el rumor se extendió desde la vibración del pecho a los pies. —Cuéntamelo, Marcella. Dime cómo terminaste como demonio.

Su pecho se apretó a su solicitud. No. Ella nunca hablaba de ello. Nunca. Y ella no iba a empezar ahora. Lo echó con las manos húmedas y la boca seca.

Levantando una ceja, le dio una mirada aburrida. —Bueno, eso es fácil. Me dejaba llevar por el lado oscuro. Ya sabes... dinero, fama, tetas fabulosas para toda la eternidad. La norma. Dio resultado, ¿no te parece? —Ella movió su cuerpo debajo de él para expresar lo bien que había dado sus frutos.

—Niza. Ahora la verdad, —exigió con un toque del antiguo tono con bordes duros que había reservado siempre sólo para ella.

—Esa es la verdad, ignorante. ¿Sabes a lo que te reducirás cuándo mueras? Tú tomas una decisión. Yo tomé la mía.

—¿Cómo moriste?

—Neiman Marcus venta de fuego. Yo estaba pisoteada en medio de la prisa por llegar a la parrilla diseñador de calzado. Una lástima, también.

Me sacudieron los talones. Tengo las piernas grandes. —Para enfatizar su punto, corrió a lo largo de la longitud de la pierna, envolviéndolo seductoramente alrededor de su cintura.

Kellen bajó la cabeza, él recorrió sus labios contra la oreja. —¿Neiman Marcus no hacía ventas de fuego en la era de los dinosaurios?

Señalando con la cabeza lejos del calor, de la dulce sensación de su aliento en la oreja, le escupió por el lado de su la boca: —Eran cuñas de de piel de mamut lanudo con estas pequeñas cosas lindas de tiras que subían mas allá de sus pantorrillas. Todo el camino de vuelta cuando la rabia, en los días de antaño.

—Y en los días de antaño, ¿que era tu vida? ¿Qué edad tenías cuándo hiciste esta elección que parece tan decidida a demostrar que habías hecho?

Se mordió la lengua... duro... y no sólo porque ella no quería sacar a relucir el tipo de dolor forjado en su pasado, sino porque este cagadero de ladrillo de un hombre estaba poniendo el tipo de daño en su conjunto con su piel de fuego y los dedos del pie curvándose. Por no hablar de su nena bits. Ellos, también, escuchó los acordes tocados por dulces violines.

—Tengo toda la noche, Marcella, —cantó él contra la columna de su cuello.

—¿Sí? Bueno, yo tengo toda la eternidad, —replicó ella con un seco sarcasmo.

—Entonces más vale que te sientas cómoda, —ofreció, colocándose encima de ella con un gruñido—. Porque no vas a ninguna parte hasta que haya algunas respuestas. —puso la cabeza en su hombro y respiró hondo.

La furia cosquilleó por su columna vertebral, y otras cosas le hacían cosquillas en los ovarios. —¿Por qué coño te importa cómo me convertí en un demonio o lo que era mi vida antes de que yo estuviera muerta? ¿Qué diferencia hay ahora?

Kellen asomó la cabeza de nuevo, con sus ojos color avellana juguetones. —Sabes, que cuando juras, es un poco caliente. Agregándole ese acento que intentas tan difícilmente ocultar, y que está oficialmente fumando. Sólo estoy tirándolo fuera allí. Ahora, hay una razón que se ha guardado de su muerte y el más allá como un secreto. Tengo toda la intención de averiguar lo que es.

—¿Con qué propósito?

—Me llama a la curiosidad.

—Estoy mucho más a gusto con fucktard.

Sus labios le susurraron por encima del hombro, por lo que saltó. —La forma en que ruedas la res caliente, también.

—¡La forma en que ruedo no será en absoluto caliente si no lo recibes de mí! —Ella levantó las caderas con un empujón, sólo al encuentro de la línea rígida de su eje, duro y palpitante. Un gemido se quitó la lengua antes de que ella había la oportunidad de vencer en la sumisión.

Kellen oyó el silbido de la misma y reconoció su anhelo por girar sus caderas en las suyas.

La toma de conciencia entre ellos se convirtió en gruesa, como si tuviera vida propia, que giran en el aire que inhalaban con respiraciones estremecidas. Los tiempos de vida pasaron en la quietud de ese momento. Su corazón batallaba en el interior su pecho, sus ojos se aferraron a los suyos, sabiendo que él sentía la chispa, también.

Vio la guerra Kellen con su lujuria, dar la vuelta en su mente, medir las consecuencias, justo antes de que bajara sus labios, tan llenos y deliciosos, a los suyos.

Ese fue su primer error. El segundo fue la idea que iba a dejar que la planta de los decadentes y finos labios en los suyos y salirse con la suya. Nunca había cómo sobrevivir esa memoria. Marcella dejó que su cuerpo fuera flojo como si era algo aquiescencia luchara pero que ya no podía. Cuando se hundió en ella, su cuerpo relajado, ella lo empujó con una sacudida de sus palmas sobre los hombros. La bofetada de sus manos contra su carne fue el shock suficiente para que él se moviera lo suficiente como para que ella se moviera bajo sus pies y se acercara al techo. —Yo no te debo explicaciones, Kellen, y no tienes derecho a pedir por ellos, —ella hervía—. ¡Nunca te molestaste en preguntar antes, no te molestes ahora!

Levantándose, se sentó en el borde de la cama en calzoncillos nada más que boxers. Tuvo que apartar la mirada para evitar la memoria del hombre exuberante a la espera de la toma. —¿Quizás me lo hubieras dicho si te lo hubiera preguntado?

No. Ella probablemente no lo habría hecho. Un punto para los vivos. —Ese punto es discutible, después de todo este tiempo. Y deja las preguntas de tipo de consejero. Lo que me pasó, mis decisiones, no son asunto de nadie sino mía. Ahora vete a dormir y dejar de pensar en mí en tus fantasías pervertidas acerca de los demonios malos siendo silvestres. No puedo huir para tratar de encontrar nada si sigues arrastrándome de vuelta aquí. Tenemos que encontrar la manera de proteger a Carlos.

No había vergüenza en su mirada, ningún indicio de que estaba avergonzado. De hecho, él esbozó una amplia sonrisa, exasperante así. —Maestros.

—¿Qué?

—Mis fantasías no tienen nada que ver con los demonios.

—Creo que he señalado los académicos son siempre los kinkiest.

Él se rió entre dientes antes de caer de nuevo entre las sábanas, Vern y Shirley se acurrucaron contra su refugio secundario. —Buenas noches, Marcella.

—Buenas noches, —susurró, desapareciendo en la pared del dormitorio y saliendo a la tienda antes de que ella se arrojara a su merced y cantó como un canario.

La melancolía la golpeó cuando ella pasó por hierba de Delaney el catálogo, la mentira abierta por la caja registradora. Ella extrañaba a su amiga. Estas emociones contradictorias acerca de Carlos y Kellen eran dignos de una buena BFF powwow.

Se detuvo sólo un momento antes de limpiar la puerta principal y batiendo su camino hacia el parque. Su lugar favorito para sentarse y pensar y esperar con la esperanza de que Darwin volviera a aparecer.

El viento era ligero cuando se deslizó hacia abajo sobre lo que había doblado su silla para pensar. Su pelo se agitó alrededor de su cara, silbando a través de la noche profunda de color ciruela.

Tal vez si se hacía la ronda de algunos de sus viejos fantasmas, se podría conseguir que algunos chillaran como los wee pequeños cerditos que eran. Pero eso era una propuesta peligrosa sin ningún tipo de poder demoníaco a su copia de seguridad.

Ella no sabía mucho acerca de fantasmas, pero el peligro de ser desterrado en alguna parte que no se les permitía regresar a esta sería una tontería.

—Yo, yo, yo, babyyy, —cacareó una voz desde detrás de su hombro izquierdo.

Marcella se congeló.

—¿Estás bien, mamá? Oye, ¿tienes dinero en efectivo que podría ahorrar?

Dándose la vuelta, dirigió su mirada contra un niño. Tal vez no más de veinte años. Sus dientes recubiertos de oro brillaron en la farola cuando le dio una sonrisa maliciosa. El puño que había apoyado en la parte superior de la banca y le puso un cuchillo brillante. Sus ojos estaban muy abiertos, la exploración del parque salvajemente, y sus pupilas estaban dilatadas.

Ella suspiró. —¿Darwin?

—Correcto, hermana. En el cuerpo de otro.

—¿Dónde diablos has estado?

Su respuesta nerviosa, evasiva hizo su mueca de dolor. —En todo, y yo no sé ni de lejos que tío Rodríguez, el cobre. Y esto es todo lo que estoy diciendo. Y no soy ningún narco.

La respuesta culpable y paranoica barrió de sus ojos la hicieron rodar los suyos. Con dos dedos, abrió todo su ojo derecho y miró en él. —¿Estás de alta?

—Como, un jodido cometa chiquito. No me importa lo que diga, i el aaa'ight, también. El crack es subestimado. Todo el mundo debe hacerlo. Sólo todo el mundo. El mundo sería boot—i—ful. No hay duda.

Él sacudió el lado de la cabeza, ella apretó los labios de él. —Tira de los pantalones hasta ahora, necesitas paganos, y ven siéntate. Necesito tu ayuda. Y guarda ese cuchillo antes de que hieras a alguien.

Saltando sobre el respaldo del banco, tomó su lugar junto a ella, utilizando el cuchillo para cavar la tierra de debajo de

sus grasientas uñas. —¿Así que dependes de la AMS, hermosa dama?

—¿Por qué sigues poseyendo únicamente organismos químico dependientes? Esto es un asco, y dejar de miradas lascivas a mis hooters. ¿No hay un cuerpo de una bonita viejita se pudieras encontrar?

—No en este momento de la noche. Drogadictos y los borrachos sólo pasan el tiempo aquí esta tarde — Lanzó un brazo alrededor del hombro de ella con un procesador incómodo, desagradable, tirando de su descarga a su lado.

—Si no apartas el brazo, voy a morder con los dientes. Ahora trata de conseguir prestar atención más allá de sus delirios inducidos por el crack. Necesito tu ayuda. Un niño necesita tu ayuda.

Hizo un chasquido de los labios agrietados. —Sí. Sé dat, por sho.

—¿Qué ibas a decirme antes de que te desmayaras ayer? Necesito saber que querías decir cuándo dijiste que ellos querían a Carlos.

Una luz metafórica se encendió en su manchada cabeza do—rag. —Oh, no es asunto tuyo...

—Hay alguna basura de los badass que va a ir hacia abajo.

El miedo se disparo por sus venas. —¿Con Carlos?

Él se sentó tieso como un palo, meciéndose hacia adelante y hacia atrás golpeando con los dedos en los muslos a un ritmo que solo podía oír en su cabeza. —Creo que, sí. No sé los detalles. Sólo sé lo que te dije sí. Oí rumores de algunos demonios, y dicen que el niño es importante para alguien. Oí el nombre del chico, pero me dio la Outta Hell allí antes de que lo viera. No necesito ninguna mierda de demonio respirando en mi espalda.

¿Importante? ¿Porque podía ver gente muerta? —Yo no lo entiendo, Darwin. Hay un montón de medios de fiar, y los demonios no golpean a tus puertas para que dejes de hacer algo.

Eché las manos en alto, las palmas hacia delante. —Heyyy, deja de poner la calor en mí, hermana. Te dije lo que sé. Ahora, sobre ese dinero... —bajó la vista al frente de su vestido nuevo.

—¿Darwin?

—¿Sí?

Se envolvió el dedo índice y el pulgar alrededor de su nariz y levantó la cabeza, obligándolo a mirarla a los ojos. Ojos que habían mantenido un motivo para que ella esperara penetrar en su profundidad. —Deja de mirar por mi vestido y sal de este organismo. Volver a ese avión infierno—agujero y consígueme algunas respuestas. Hazlo con discreción, y hazlo ahora. Nos vemos de nuevo aquí mañana por la noche cuando nadie esté alrededor, y por el amor de Cristo, trata de encontrar un agradable, limpio de hooker, y sobrio para poseer. Yo necesito que hagas esto por mí, Darwin. Por favor. Yo nunca voy a pedirte hacer nada más, pero necesitamos su ayuda. Kellen necesita tu ayuda.

Darwin apareció desde el banco como si fuera a hacer su salida, pero de nuevo batida alrededor. —¡Mierda! Había algo más que he oído, también

—¿Qué? ¿Qué más has oído?

Doblándose por la cintura, ahuecó la cabeza entre las flacas manos... manos que temblaban. —Sujétame. Déjame pensar. Joder si esta mierda no hacer su movimiento cerebral a toda velocidad.

Marcela se puso en pie, colocando una mano consoladora en la parte posterior de Darwin, reflexionando sobre la forma de tocar las cosas en este plano se había convertido en más fácil y más fácil. —Dime en qué te puedo ayudar.

—Hay una caja. ¡Una caja, una caja, una caja! —gritó triunfalmente, frenético.

—¿Una caja? ¿Una caja que tiene que ver con Carlos?

—Sí, eso es todo. Una caja con algo malo en ella. Eso es lo que oí. Eso es todo lo que oí, señora. No trates de exprimirme para nada más. ¡No puedes hacerme hablar, el cobre!
—Él comenzó a retroceder, escabulléndose en la noche gruesa y negra con los olores de la ciudad. El sonido de sirenas de la policía a lo lejos la dejó con nada más que el eco de sus pies arrastrándose, golpeando frenéticamente lejos del parque.

¿Qué podía decir? Una caja. Una caja con algo malo en ella. No tenía sentido para ella. ¿Dónde estaba esta caja?

Tal vez el crack lo había confundido.

Pero entonces un rayo de una memoria de hacía tiempo, hacía mucho tiempo relampagueó a través de su cerebro como un tren de carga fuera de control.

Una caja.

my way to hell

dakota cassidy

Había una vez una caja. Una caja con algo malo en ella.

¡Oh, Santa Madre de todas las cosas santas!

No.

Capítulo 7



Traducido por Ruthiee

Corregido por Marina012

Marcella voló a través de las puertas de la tienda en el momento en que amaneció, sorprendida de encontrar a Kellen despierto y paseándose en frente de un hombre que le era vagamente familiar. Se batalló el resto de la noche sobre si debería decirle a Kellen lo que Darwin compartió con ella la noche pasada. Ella ni siquiera podría ser positiva, por que lo que él compartió se debió a su estado inducido por la droga. Pero ese mensaje acerca de la caja había asustado la mierda fantasmal fuera de ella. Como lo había relacionado con Carlos la había desconcertado, pero ella tenía la intención de averiguar si no significaba nada en absoluto.

Ella miró alrededor del hombro de Kellen, combatiendo el impulso de inhalar su recién lavado cabello rizado sobre la parte trasera de su cuello. La sudadera con capucha y pantalones vaqueros de baja altura, cómodos y usados, daban al hey chica—wow—wow un nuevo significado. Eso punzaba fuerte y persistente su corazón cada vez que lo veía, se volvía a toda marcha. —¿Consultor de la moda?

Cuando él se volvió hacia ella, sonrió. Tuvo un acogedor resplandor que la dejó sin aliento. —Hey, ¿cómo estuvo tu noche?

Marcella frunció el ceño a cambio. —¿Y te importa... por qué?

—Porque es lindo preguntar por alguien cuando estás teniendo una sana relación. — Cuando las palabras dejaron su boca, Marcella vio el tic en su mandíbula saltar. Sólo un poco, pero saltó. Él aún podría ser incitado si sólo ella siguiera empujando.

Los buenos tiempos.

Ella decidió la noche anterior que no se iba a quedar en el plano fácil para él. Ellos no iban a ser amigos. Ellos no se iban a sonreír afectuosamente por los viejos tiempos así como forjaban unos nuevos. Cuanto más lo rechazara, sería menos probable que él estuviera interesado en arrastrar el pasado fuera de ella.

—Como soleado. Mis noches son todas iguales, gracias a ti, chupa culos. Que se traduce como, no tengo noches, ni días tampoco. No duermo. No como. Sólo floto. Así

que gracias. Nuevamente gracias. Si no me hubieras pensado, estaría desprendiendo mi alegría y buena voluntad a un montón de pobres indecisos.

—E incapaz de ayudar a Carlos.

—No podría haber sabido que Carlos existía si no me hubieras metido en este lio.

—Entonces acepta mi más profunda y sentida disculpa.

Levantando una ceja, ella inclinó su barbilla y le dio una mirada arrogante.

—No.

Sus amplios hombros se encogieron afablemente. —Haz lo que quieras. En este momento tengo problemas más grandes. —Apuntando al fantasma en la esquina. Kellen llevó una mano de frustración directo a su cabello—. Ha estado aquí alrededor de una hora, bailando alrededor, repitiendo algo que no tiene ni pies ni cabeza. Ni siquiera sé quien es él. Lo único que puedo asegurar con total precisión es que definitivamente convirtió esos movimientos a lo John Travolta en una ciencia.

—Eso es por que eres un niño. —Marcella miró al hombre y su atuendo, una camisa de cobre metálico, abierta hasta su cintura, metida en sus ajustados, pantalones blancos.

—Comparado contigo, Methuselah, supongo que alguien lo vería de esa manera.

Ella casi sonrío... por que esto era familiar, incluso la bienvenida. Una calidez se desprendió a través de ella, pero manejó controlar su sonrisa de afectuosa familiaridad.

—¿De verdad no sabes quién es?

—Ni idea.

—¿Sabes por qué es eso Kellen?

—¿Por qué es eso Marcella?

—Porque permaneces mucho tiempo viendo el Canal del Golf.

—Eso no es ni cien por ciento verdadero. Algunas veces me pongo cauteloso y veo maratones enteros en el Canal de Comida.

—Es Maurice Gibb. Sabes, ¿los Bee Gees¹?

—¿Los qué?

Contuvo un suspiro. —Los Bee Gees. ¿*Staying Alive*²? Tú sabes, ¿él susodicho John Travolta?

Su hermosa cara estaba en blanco. Aún hermosa, pero en blanco.

¹ **Bee Gees:** Banda famosa a finales de los 70's y 80's.

² **Staying Alive:** Famosa canción de los 80's por los Bee Gees.

—Olvídalo. ¿Alguna vez hiciste algo divertido, o acaso pasaste todos tus años de adolescente disecando pobre ranas y estudiando la corteza de la Tierra?

El lugar derecho de su mandíbula comenzó a vibrar, significando que había empezado a hervir a fuego lento. —Discúlpame, pero yo soy un montón de diversión.

—¿Te dijeron eso en el asilo?

El tic de su mandíbula llegó tan rápido como se fue. Su rígido rostro se relajó de nuevo, y se puso una plácida máscara. —Todos los miércoles a las ocho cuando doy mi informe acerca del calentamiento global. No sabes de lo que te pierdes. Ovaciones de pie tan lejos como el ojo puede ver.

Una risilla comenzó de repente antes de que pudiera detenerla. —Lo que sea. Los Bee Gees fueron grandes en los setentas. Señalaré tu ignorancia acerca de esto hacia tu juventud y al hecho de que vienes de otra dimensión, donde la música y el baile son considerados frívolos y trabajo del demonio. Así que déjame ver si puedo descifrar que es lo que quiere.

—Ve tú, Reina del Baile. —Kellen bromeó, moviendo una mano delante de ella para significar que Maurice era todo suyo. Por la distancia, podía ver los labios de Maurice moverse fervientemente, pero no podía entender lo que decía mientras clavaba un dedo en el aire, luego lo hundía hasta su cintura siguiendo la música en su cabeza. Su camisa cobriza, desabotonada hasta la cintura, pantalones blancos que hacían a Marcella sonreír. —Tal vez le sería más fácil comunicarse con los demás si sus pantalones no fueran tan ajustados. Debe de ser difícil de pensar. —Ella suspiró nostálgicamente. Había tenido su cuota de movidas por los clubes de todo Nueva York en sus días—. Extraño tanto las plataformas y elegir mi cabello. —Tiro un zarcillo, dejando que se doblara alrededor de su dedo.

Paseando hacia él. Marcella vio sus labios moverse más cercanamente. Ella le dio un descarado gruñido mientras él giraba. —Entonces, Maurice. ¿Qué te trae al rincón de este avión?

Cuando ella obtuvo su atención, Marcella no pudo dejar de pensar en la mirada de alivio en su rostro al verla. Maurice parecía como si hubiese estado esperándola siempre por el modo en que levanto las manos al aire e hizo ademán de decir —Se trata del maldito tiempo.

Él le dio una triste mirada, llena de lástima, y apunto su dedo a su pecho.

—¿Cómo puedes arreglar un corazón roto?

Marcella aplaudió, tirando sus manos en su pecho con una sonrisa. —Esa fue una buena, pero por lejos mi favorita de esa banda sonora tiene que ser “Mas que una mujer”. De hecho, me había atrevido a decir que podría haber sido mi canción. Yo era la más víbora hasta hace poco.

Maurice sacudió su cabeza con una exasperación que estaba cerca del enojo. Una vez más, él apunto con el dedo que golpeaba de acusación. —Parloteo³— Él escupió de repente.

Ella sufrió una sacudida de defensiva cuando él soltó el título de la canción con tal duro anillo de amargura. —¡Hey! No te enfades conmigo del todo, cantante. Sólo estoy tratando de ayudar. Tú sabes, yo era una gran fan de los Bee Gees, y tuve un súper enamoramiento con Andy. No seas tan dramático.

Kellen revoloteaba cerca de su oreja, sus labios, pero sin tocar la parte exterior de la misma. —Bueno, señorita sensible y criadora, ¿Ves a lo que me estoy oponiendo? No tienes más paciencia para esto de lo que la tengo yo.

Pero después un pensamiento la golpeó. Ella sostuvo un dedo en los labios de Kellen. —Espera. Tal vez lo que está tratando de decirnos es que no tiene nada que ver con él, y tiene que ver todo con lo que está pasando en este momento. Recuerdo a D diciéndome que mientras todo el asunto con Clyde estaba cayendo, los fantasmas siguieron apareciendo y dando sus pistas y que ellos no se dieron cuenta que se refería al predicamento de Clyde hasta más tarde. Así que tal vez lo que Joe estaba escupiendo —la cosa del negocio del mono— y lo que sea que Maurice quiere tiene que ver con Carlos.

Maurice empezó a saltar arriba y abajo con un gesto frenético que hizo que el peinado hacia el costado sobre su calvicie saltara. —¡Tragedia! —Las sílabas hicieron eco en la habitación, amenaza y ansiedad, llegando en olas de tartamudez.

Marcella palideció, apenas capaz de encontrar las palabras para hablar. —¿Va a haber una tragedia? —Ella chilló—. ¿Con Carlos?

Su cabeza se balanceó hacia arriba y abajo con furiosos golpes.

El miedo apretó su corazón. —Necesito más que eso, Maurice. Necesito saber ¿Qué es lo que le sucederá a Carlos? ¿Quién es “Parloteo”? Por ese asunto, ¿Cuál corazón roto necesita ser reparado?

Mientras Kellen agarraba una pluma del mostrador y garabateaba los títulos en un pedazo de papel extraviado, empujándolo en los bolsillos de sus vaqueros, la imagen de Maurice comenzó a parpadear.

—No, ¡espera! —Marcella gritó, persiguiendo la desaparecida forma de Maurice—. ¡Vuelve!, maldita sea. ¡Nunca volveré a ver Fiebre de Sábado por la Noche⁴ de nuevo si no traes tu culo de vuelta! —Ella pisó fuertemente cuando él se escabulló completamente. Kellen se paró detrás de ella, colocando sus cálidas manos en sus

³ **Parloteo:** Canción de los Bee Gees, originalmente es Give Talkin' pero al parecer tiene un significado aparte de la canción.

⁴ **Fiebre de Sábado por la Noche:** Película de los 80's con John Travolta protagonizándola.

hombros con un toque tranquilizador. Ella quería tanto enroscarse contra él y llorar en el refugio de sus anchos hombros.

—Lo averiguaremos, lo prometo —dijo él, aunque no sonaba como si lo creyera. Tirando de la parte posterior del papel de su bolsillo, Kellen pasó sus dedos sobre su arrugada frente mientras miraba fijamente los títulos de las canciones. Que se extendían a través del papel, amenazante y feo. Tragedia. ¿Qué significaba?

—Joder. No me gusta como suena esto. Estoy preocupado por Carlos.

Marcella soltó un suspiro tembloroso, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura. —Yo también.

Cepillando una parte de su cabello sobre su hombro, él preguntó: —¿Quién lo hubiera pensado Marcella Acosta?

A ella no le gustó el tono sentimental de su voz o la manera en que su corazón fue como la mantequilla a temperatura ambiente a su roce. —¿Pensar qué?

—Que te llegarías a involucrar tanto con un pequeño niño asustado.

Ciertamente no ella... se erizó. —Por favor. No estoy involucrada. Estoy involucrada por poderes y por que no pudiste evitar ser un pensamiento en el culo cuando tu hermana se preocupó. No tengo nada mejor que hacer con mi tiempo. Dios sabe que no puedo comprar, así que bien podría tratar de ayudar a Carlos.

Su mirada pesimista la hizo endurecer sus ojos. Correcto. —Yo vi que tan indiferente eras a sus infantiles encantos mientras le susurrabas sobre mi hombro toda dulce y maternal. Y eso me lleva a una pregunta. ¿Cómo terminaste conociendo a Carlos? En el caos, nunca llegamos a establecer eso.

Ella se encogió de hombros en lo que espero aparentara indiferencia, frotando sus acaloradas manos. —Cuando tú le estuviste besando el trasero a Delaney en su casa y yo desaparecí... termine en el cuarto de Carlos. No tengo idea de cómo paso. Parece que no tengo control cuando soy succionada de un lugar a otro. Si sólo alguien pudiera succionarme en la boutique de diseñador más cercana.

—Esto significa algo, Marcella. Hasta el momento sólo has sido llamada por alguien con el don de la visión que haya estado pensando en ti.

—Me atrevo a adivinar que Carlos no estaba pensando en mí en ropa interior barata. — Ella dijo secamente.

Él le dio a ella una desvergonzada, y lasciva sonrisa. —Touché.

Ella puso los ojos en blanco. Él se quedó atrás para no atacar otra vez.

—Entonces explica, ¿Por qué un niño, uno que no conozco y que no había visto hasta hace unos pocos días, está pensando en mí?

—No lo sé, pero de alguna manera estás envuelta en esto.

—Esto me lleva al por que estoy aquí, en la grieta del extremo de la aurora. Anoche me enganché con mi contacto otra vez.

—¿Quién es este contacto Marcella?

—Si te lo digo, aun con todos los fantasmas y demonios que están fuera de control en tú vida, nunca lo crearás. De todas maneras, dice que hay algún tipo de caja involucrada en esta cosa con Carlos y es malo. —Deteniéndose ahí, ella lo vio asimilar la información. Ella no podía —debía— especular sobre esa caja hasta que tuviera una sola prueba de su existencia.

Kellen frunció el ceño. Apoyándose contra el mostrador, juntó las manos sobre sus labios. —¿Una caja? ¿Sabes lo que eso significa?

El zumbido del teléfono la salvó de contestar su minuciosa pregunta. Nadie necesitaba entrar en pánico hasta que fuera absolutamente necesario.

Después de una breve conversación, él hizo clic en el botón de apagado con una mueca. —Esa era la señora Ramírez.

Instantáneamente, el miedo se aferró a su intestino. —¿Carlos está bien? —Ella supo que su tono sólo verificaba su anterior declaración, pero no le importó. Este extraño tirón, esta rara conexión hacia Carlos la dejó sin un cuarto para esconder sus emociones.

—Él esta bien, pero su madre está en una seria mierda.

Marcella nunca se había puesto a pensar en su madre. —¿Su madre?

—La señora Ramírez dice que su madre está en la cárcel. Ella preguntó si yo podía vigilar a Carlos por ella para que pudiera sacarla de apuros.

¿La cárcel? ¿Cómo una dulce mujer como la señora Ramírez tiene una hija capaz de aterrizar en la cárcel? —Ese pobre chico —Ella murmuró. No era suficientemente malo que el coco estuviera caliente tras sus talones, sino que también ahora su madre estaba encerrada. —¿Dijo por qué su madre está en la cárcel?

Su rostro estaba siniestro y preocupado. —Solicitud de un policía encubierto, y de acuerdo con ella, esto está totalmente fuera de carácter. La señora Ramírez estuvo divagando en lo buena chica que su Solana es... era.

Las chicas buenas no ofrecen servicios nerds por dinero. —Jesús. ¿Traerá a Carlos aquí?

—Sí. ¿Quieres quedarte alrededor?

No podía mirarlo por miedo a los ojos que le pondría. En vez de mirarlo, ella dejó que sus ojos divagaran al globo del mundo que Kellen había puesto en la mesa del área de historia del tiempo. —¿Estamos cocinando galletas y pintándonos las uñas? No hay

nada que ame más que arruinar una buena manicura así como añadir diez indeseados kilos a mis muslos mientras entretengo a un niño que seguramente tiene repulsivas enfermedades. —¿Qué tiene eso de maternal? En realidad, no había nada más que quisiera hacer más que pasar el rato y estar cerca de Carlos. Ver que él estuviera bien. Protegerlo.

Gak.

—Estaba pensando que tal vez deberíamos hacer algo divertido como jugar Xbox 360. Tal vez Guitar Hero o Banda de Rock⁵. ¿Pero que sé yo de la diversión... siendo yo semejante aburrido y todo eso?—Se burló.

—Un montón de aburrimiento —Le recordó con una sonrisa afectada.

Kellen rió entre dientes sobre su hombro, dirigiéndose a la parte trasera de la tienda mientras Marcella se inquietaba. Pasar más tiempo con Carlos y Kellen de lo que era necesario la estaba llevando a un territorio peligroso. Ya con ésta peculiar afinidad por Carlos estaba quemando un agujero en su corazón, y la asustaba más que regresar al Plano Dismal por la eternidad. Lo que la alarmaba aún más era la posibilidad de que terminara siendo succionada de vuelta allí y no ser capaz de quedarse a ayudar. Por todo lo bueno que estaba haciendo en este momento.

El tintineo de la campana de la puerta, y el sonido acosado de la señora Ramírez precipitándose a cuestras con Carlos, interrumpió su preocupación.

Carlos, corriendo detrás de su abuela, a cuestras con su mochila, la divisó y le dio una tímida sonrisa.

Y luego su corazón cantó.

Me cago en Jesús Cristo.

Ella le dio un poco de meneo de dedos y se deslizó detrás del par para escuchar lo que la señora Ramírez le dijo a Kellen. Él mandó a Carlos a la sala de estar, donde había instalado el videojuego y le dijo que lo esperara y así podrían rockear juntos.

Cuando se volvió hacia la señora Ramírez puso una tranquilizadora mano en su hombro y escuchó su frenética explicación. Su oscuro cabello, salpicado de gris, usualmente limpio y ordenado, voló en hilos sueltos alrededor de su cabeza. Ella agarró su bolso grande con varios colores, como si fuera su salvavidas. Sus palabras se dispararon desde su boca en fragmentos llenos de ansiedad. —Lo siento mucho, señor Kellen. No sé que hacer. Mi bebé, ¡es un desastre! Esto no es como mi Solana. Ella es una buena chica. Pero desde que el padre de Carlos murió, ella no ha vuelto a ser la misma.

⁵ **Banda de Rock:** Videojuegos del Xbox 360.

Kellen miró sobre su hombro para captar la mirada de Marcella momentáneamente. Su cuestionamiento se vio sincronizado. —No tenía idea de que el padre de Carlos estuviera muerto. ¿Cuándo pasó esto?

Lágrimas llenaron sus ojos grandes y almendrados. —Hace un año. Él murió en un accidente de coche. Ohhh... —Ella gimió—. Fue muy malo. Tan, tan malo. Mi Solana, ella lloraba y lloraba. Mi marido y yo le dijimos que viniera a la casa de California. Ayudamos con Carlos mientras trabajaba, pero ella no trabajaba. Siempre salía de noche. Se iba todo el tiempo. Pobre Carlos, estaba tan triste, y ahora, cosas malas pasan con él también. Usted vio ayer. Sabe, señor Kellen, Carlos, gusta de usted y la señorita Delaney.

—¿Así qué entiende? —Kellen preguntó, con voz vacilante.

—Creo que lo entiendo, pero estoy asustada.

El asentimiento de Kellen fue calmado, y sus palabras cuidadosas y gentiles.

—Este, bien, señora Ramírez. Ayudaré lo más que pueda.

Ella negó con su cabeza, evidentemente abrumada. Extrayendo un fajo de pañuelos de su bolso, ella presionó uno a su nariz y se la sonó. —Me tengo que ir ahora. El hombre de la fianza, dijo que tenía que darme prisa. Tú cuida a mi bebé ¿Si? Me podría ir por un largo rato. —La preocupación en sus ojos rasgo a Marcella.

—No tienes nada de que preocuparte. Tú ve a cuidar a Solana. Carlos y yo estaremos bien.

La señora Ramírez lanzó su corpulento cuerpo hacia Kellen, envolviéndolo con sus brazos y apretándolo. —Te haré enchiladas cuando esto acabe. Lo prometo. Carlos...

—Ella lo llamó cuando estaba sentado frente al juego de batería—. Tú se un buen chico por mí ¿Está bien? —Su cariñosa sonrisa, tan obviamente llena de preocupación por su nieto, se derritió cuando él asintió con la cabeza como entendimiento.

Kellen besó la parte superior de la cabeza y luego puso la de él, alentándola con un pequeño empujoncito a ir por su hija. La campana en la puerta sonó, anunciando su partida.

Ambos, Kellen y Marcella suspiraron de alivio simultáneamente. El temor y la ansiedad de la señora Ramírez eran como un peso pesado. Su carga era clara. Su amor por su familia, aún más.

Marcella conocía esa clase de amor.

Ella conocía esa especie de dolor.

Ella lo sabía.

—Oye. —Kellen le dio un ligero empujoncito a su hombro con el suyo, sacándola de sus ensueños—. ¿Quieres tocar la batería o la guitarra? —Su nariz se arrugó—. No seas ridículo. No quiero jugar a nada.

—Wow. Eres montones de diversión. —Él susurro con un guiño.

—Vamos, Marcella. —Carlos la engatusó—. Es divertido. —Su sonrisa, tan diferente a la de terror con los ojos abiertos del día anterior, tiró de su pobre corazón. Un corazón que no estaba acostumbrado a tanto uso.

—Bien. Pero ustedes dos saben que tal vez no sea capaz de hacer nada ¿Verdad?

—Puedes cantar. —Kellen ofreció con presumida satisfacción—. Incluso tengo un micrófono de pie. No tienes que tocar nada.

Carlos espero con ansiosa expectación con sus brillantes ojos verdes. Esos ojos. No había resistencia a ellos. Levantando las manos, les dio una fingida mirada de dolor. — Está bien, pero sólo recuerden, les estoy advirtiendo. Sueno como si me estuviesen sumergiendo en ácido cuando canto. Ustedes dos serán un par de arrepentidos, sordos hombres cuando estemos en ello.

Kellen vio el entusiasmo de Marcella, detrás de todo el dominio de la música mientras se prestaba la verdad a su declaración anterior. Ella reventó trozos como vocalista. Pero eso no los había impedido doblarse de la risa mientras Carlos y él le tomaban el pelo acerca de cómo Rusia había llamado y pedido que parara todos esos maullidos.

Por despecho llena de alegría, ella había sonreído con esa disimulada, sonrisa seductora de ella, con una inclinación de sus labios; echó la cabeza hacia atrás, y comenzó a cantar aún más fuerte, dejando a Carlos casi incapaz de tocar la batería debido a sus ataques de risa. Risas que hacían a Marcella, la supuestamente vanidosa, demonio superficial, brillar con tal aparente alegría que la boca de Kellen quedó seca.

Su largo y rizado cabello cayó en ondas bajo la espalda de su vestido arruinado. Tan atractiva que quería arrastrar sus manos a través de ella, antes de asegurar sus labios a los suyos en un beso por el que ella tendría que demandarlo. Sus curvas voluptuosas, silbando de aquí para allá, lo dejaron poniendo su guitarra en su regaño para ocultar su obvia excitación.

Pero lo que captó su atención, más allá de su obvia belleza, y además de sus encantos sensuales, fue su interacción con Carlos. La conexión era clara entre ellos dos mientras reían y bromeaban sobre el fracaso de la canción.

Esta era una mujer que tenía más facetas que un diamante. La mujer que siempre había pensado que era fría, calculadora y cruel, era cálida, graciosa, y se estaba vinculando con un niño que apenas había conocido hace unos pocos días.

Le hizo quererla aún más.

Él la quería tanto que le dolía. Le dolía en lugares que no sabía que existían. Anoche, cuando sus curvas habían estado moldeadas a él, la había presionado con respuestas acerca de su pasado principalmente por que quería saber quien fue Marcella, pero también para distraerse de terminar con ese destrozado vestido suyo desgarrándolo de su cuerpo.

Quiso explorar cada bendita pulgada de ella, y ahora, sabiendo que ella no era quien decía ser, se le hizo mucho más difícil mantenerse lejos de ella.

—¡Fuego Inmediatooooo! —Marcella aulló en el micrófono, finalizando con una reverencia cuando Carlos se cayó de su silla pretendiendo desmayarse por su chirriante oído sangrante.

Kellen sonrió cuando ella se arrodilló al lado de él y dijo: —Discúlpeme, joven. ¿Está usted burlándose de mi pipa de terciopelo? —Ella se acercó a darle un codazo en el brazo, falló miserablemente, poniendo su dedo derecho a través de su axila, y después abandonaron la risa cuando se dieron cuenta que ella no podía tocarlo. Esta escena que pasa ante sus pies era lo que él había esperado a menudo por... tal vez no con un fantasma ni con un niño de nueve años que era cazado por demonios, pero similar sino como algo deseable. Cuando torcieron sus cabezas juntas mientras Carlos explicaba las reglas del juego, le había hecho algo inesperado a su corazón. Inesperado y le había gustado pretender mal acogido. Pero él no podía. Maldita sea, él no podía.

Sin embargo, muy pronto, todo se iría para arriba en una nube de humo.

Marcella no podía quedarse aquí para siempre a menos que Delaney encontrara algún tipo de respuesta. Carlos se tendría que ir con su abuela y su rebelde padre.

Él tenía que conseguir control. Poniendo su guitarra a un lado, se levantó y dijo: —Está bien, rockeros. ¿Qué tal les parece un descanso para comer algo? Los músicos pesados necesitan recargarse.

—Awww. —Carlos gorjeó su protesta. —¿No podemos jugar un poco más?

Carlos obviamente necesitaba cualquier clase de atención mostrada por la manera en que se pavoneaba cuando lo elogiaban y trataba aún más duro cuando era corregido. Él era un clásico caso de atención involuntaria. Más que probable, la señora Ramírez estaba tan abrumada por el comportamiento de su madre para dedicar todo el tiempo para él como a ella le habría gustado, y la ausencia de interés de su madre desde la muerte de su marido todo lo llevo a un grito que debió ser escuchado. Añade a la mezcla de la muerte de su padre, demonios, y fantasmas, y logro un plato de emociones en sobrecarga.

Marcella tendió su mano a Carlos y le dio una burlona sonrisa. —Vamos. Kellen tiene razón. Los pequeños rockeros idiotas necesitan alimentos si esperan rockear un día más.

Carlos agarró su mano, sabiendo del todo que no podría hacerlo, pero jugando el juego con ella de todas maneras. Ella lo dirigió a la cocina sosteniendo su mano fuera para él, después tirando hacia atrás mientras se reían de camino hacia la cocina.

Kellen hizo una pausa en medio de los cables de sus instrumentos eléctricos y baquetas tiradas, escuchando los sonidos de sus risas, esforzando a sus oídos para escuchar las palabras que Marcella hablaba en español.

Y por primera vez, él entendió por que su hermana era tan feliz ahora.

Entendió el dolor que una vez ella había descrito cuando había hablado acerca de un niño y un esposo, un hogar. El temor de que nunca tendría esas cosas por su obsequio. El alivio que a veces veía en sus ojos cuando el retransmite un encuentro con un malhumorado fantasma en particular. De repente entendió el suave silencio de su tono cuando ella hablo sobre Clyde y el amor por el que habían peleado.

Él entendió.

Carlos excavó en su mochila, sacando su preciado ejercito de hombres para mostrarle a Kellen, mientras Marcella permanecía inmóvil, sintiéndose muy cómoda. Familiar.

Realmente, ¿Cuánto tiempo puede tomar rescatar a alguien? Cuantas más horas pasaba con Carlos esperando que su abuela volviera, mas Marcella no quería que su tiempo juntos terminara.

Viéndolos juntos, Kellen escuchando con paciencia e interés a Carlos, la dejó queriendo escarpar y unírseles, todo a la vez. Cuando Kellen puso su larga mano sobre la de Carlos para mostrarle como dibujar una caja tridimensional, su corazón se puso todo cálido y empalagoso. Carlos no estaba molesto o temeroso por su presencia. No volteó una tuerca por que no podía tocarlo. No parecía encontrar nada sobre ella, aparte de su nombre, extraño del todo. Que la dejo preguntándose cuando había comenzado a experimentar el más allá.

—Oye, Marcella. ¿Todavía odias a mi ejército de hombres? —Carlos preguntó con una risilla que hinchó su corazón.

Ella rodó sus ojos con intentada exageración. —Nunca dije que los odiaba, joven hombre. Dije que no quería jugar con ellos. Creo que soy más bien una chica de la Casa de los Sueños de Barbie. ¿O tal vez Barbie Malibu, tú sabes, no sabelotodo?

—Las barbies son estúuupidas —Él cantó en una risa, agachando su cabeza para excavar en su mochila.

—Hey —ella apuntó un dedo hacia él—. ¿Me estás llamando estúuupida?

Carlos sacudió su cabeza inmediatamente. —Noo—oh. Mi abuela me regañaría.

—Hey, tengo una pregunta para ti, hombrecito. ¿Te importa? —Ella preguntó, flotando hacia él.

Los ojos verdes se volvieron vacilantes.

Pero Marcella los buscó, guiñando un ojo. —No es gran cosa. Solamente me estaba preguntando algo, pero no tienes que responder si no quieres. —Ella mantuvo su petición fácil y como si no fuera gran cosa si él no quisiera contestar.

Relajándose atrás en la silla de la cocina, asintió.

—¿Sabes como terminé ese día en tu cuarto, capullo? Sólo me lo estaba preguntando, por que estaba pensando que si me necesitas, puedes llamarme como lo hiciste la primera vez, ¿Sabes?

Carlos la contempló con ojos inseguros. —No sé como hice para que aparecieras en mi cuarto. Sólo recuerdo ver una imagen de ti en mi mente, y luego ya estabas en mi cuarto.

Entonces, ¿cómo carajos un extraño virtual obtuvo una imagen de ella en su mente? Ella y Kellen intercambiaron miradas con preguntas unidas entre ellas. Kellen lo tiró debajo de su barbilla. —¿Ya tiene tiempo desde que comenzaste a ver fantasmas?

Él encogió sus hombros, el azul de su sudadera agrupándose mientras él se agitaba. —No lo sé. Por poco tiempo, eso creo.

—¿Recuerdas quién fue el primer fantasma? —Kellen preguntó—. Yo recuerdo totalmente el primero que vi. Él no era aterrador ni nada parecido. Sólo realmente escandaloso —dijo como si estuviera confiando en Carlos, diciéndole sus más profundos secretos.

—Sí, lo recuerdo. Era mi papá.

Marcella contuvo un jadeo. Si ella pudiera agarrar el mostrador desvanecido para apoyarse, ella lo hubiera hecho. En lugar de eso, ella se tambaleó en el aire. —¿Acaso él vino a decirte que te amaba, chico? Yo creo que eso te hace muy especial si lo hizo. Genialmente loco.

El labio inferior de Carlos comenzó a temblar. —Extraño a mi papá. Él jugaba al ejército conmigo. Me dijo que me amaba, pero él dijo otras cosas, también.

Kellen contuvo su respiración con ella. Él se inclinó sobre la pequeña mesa y puso su mano sobre lo alto de la cabeza de Carlos. ¿Quieres hablar acerca de ello?

—Él sólo dijo que pronto iba a tener un general de cinco estrellas⁶. Creo que se refería a que debía de ser valiente.

Oh, dulce madre. —¿Acaso dijo algo más? —Marcella peleó por calmarse, para golpear hacia abajo el chillido de su voz.

⁶ **Cinco estrellas:** Los generales indican sus rangos con estrellas, entre más estrellas, más alto el rango

Poniendo su mochila junto a él, Carlos la cerró. —No quiero hablar más de eso. Sólo quiero jugar con mis cosas. —Enterrando su cabeza en su mochila, se retiró. Había desaparecido la sonrisa traviesa. Había desaparecido los chillidos de alegría. De vuelta al solemne, al pequeño niño intimidado.

El corazón de Marcella se rompió en miles de filosos pedazos, cada pedazo cortándola a través como si estuviera hecho de vidrio. Ella tragó fuerte cuando los ojos de Kellen una vez más buscaron los suyos. Silenciosos mensajes pasaban entre ellos.

Tanta carga para un ligero par de hombros.

Ladeando su cabeza, ella peleó contra esas ridículas lágrimas otra vez. Cuando ella levantó su cabeza, un destello de plata se arrastró delante de sus ojos y el centro. Sus manos se volvieron heladas. Su visión se empañó, luego se aclaró, sólo para volver con una vertiginosa arremetida.

Calma. Calma y estabilidad. Ella batalló por ello. Se negó a ser otra cosa más frente a Carlos.

Sin embargo, sus intestinos se enredaron en nudos. Su cabeza sonó con un zumbido penetrante. Olas tras olas de pánico se empujaron hacia ella con crueles pinchazos.

Darwin había estado en lo correcto.

Carlos sí tenía la caja.

El terror se levantó como un torrente de residuos biliosos, pegándose en su garganta.

Oh, María Madre de Dios.

Él había abierto la caja que contenía la fétida, vil y corrompida alma de su esposo muerto, Armando.

Una vez encerrada hace setenta y seis años atrás.

¿Ahora?

No mucho.

Capítulo .8



Traducido por Masi, Cowdiem y Clo

Corregido por Marina012

Oh, joder. Joder, joder, y ¡joooooder! Atascando un dedo en su boca, ella luchó contra su grito de horror.

—¿Marcela? —Kellen ladeó su cabeza en su dirección, sus preocupados ojos pendientes de ella.

Ella levantó una mano para pedir silencio durante un momento, apartándose de él y respirando con dificultad. Estaba mareada. ¿Cómo podía Carlos tener la caja? Se suponía que estaba enterrada... desde hace años. ¿Cómo había descubierto la manera de abrirla? Él tenía nueve años, ¡por el amor de Dios! Ella tenía que saber de dónde había sacado de la caja. ¿Quién se la había dado? Superando la conmoción inicial, Marcela se volvió hacia el par, forzando una sonrisa serena en los labios. —Oye, Carlos, ¿dónde conseguiste la caja térmica?

Manteniéndose erguido, él sonrió con orgullo. Los plateados dispositivos de seguridad estaban torcidos, no precisamente alineados como lo habían estado una vez. Brillaba, amenazante y feo. —Mi abuelo me la dio. Está en Puerto Rico visitando a sus primos. Pero él dijo que me la daba porque yo estaba triste por que él se iba durante un mes. La desbloqueé. Fue realmente muy difícil, como un rompecabezas, pero lo resolví.

Maldito coeficiente intelectual alto. Los pelos de la nuca se le erizaron. Tenía que intentar ver en su interior. —Eres realmente inteligente —lo felicitó—. ¿Puedo ver el interior de la caja?

Giró la tapa abierta, revelando el forro de terciopelo burdeos y nada más. Envolviendo sus brazos alrededor de su cintura, se mordió el interior de la mejilla para luchar contra el ataque de furia que se elevaba como hostilidad para instalarse en su boca.

Kellen se puso de pie, saliendo de la mesa, y acorralándola con ojos que contenían el miedo, y manos que cubrieron sus hombros con un ligero apretón.

—Dime que no es lo que creo que es.

—No puedo —chilló ella, tragando saliva.

—¿Es la caja sobre la que tu contacto te había hablado?

—Sí —susurró ella en una áspera respiración.

—¿Qué había en la caja, Marcela?—preguntó, manteniendo su voz baja, pero al parecer incapaz de ocultar la dureza de la misma.

Al presionar un puño sobre los labios, ella habló en torno a la mano. —Algo horrible. Vil. Atroz. ¡Oh, Jesús, Kellen, ¿Cómo puede un niño como Carlos tener esa caja?

—Dime lo que había en la caja.

Por encima del hombro Kellen, vio los ojos de Carlos observándoles. Lo último que necesitaba era más confusión.

—Ahora no. No delante de Carlos. Tengo que irme, Kellen. Volveré y te lo diré. Te prometo que te lo diré.

La línea apretada de su boca, expresó su irritación por tener que esperar, pero ella presionó dos dedos sobre sus labios. —Te lo prometo —susurró. Apretando sus ojos cerrados, se obligó a sonreír una vez más.

—Carlos, ¿chico? Tengo que volar. Así que te veo más tarde, ¿sí?

—Aw, ¿Cómo es eso?

Su pregunta, llena de tanta decepción la hizo reír entre dientes. —Amigo, soy un fantasma, y se me está haciendo tarde. Los fantasmas trabajan de noche. Tenemos cosas importantes y fantasmagóricas que hacer como casas que embrujar y puertas que abrir y cerrar de modo que podamos asustar a la gente. No podemos pasar toda la noche jugando Banda de Rock —ella bromeó—. Así que me tengo que ir. Te veré luego. Ahora recuerda lo que dije. Si me necesitas, sólo piensa en mí y vendré, ¿bien?

Él suspiró, claramente resignado a que ella se fuera. —Bien. Adiós Marcella.

—Adiós, Tommy Lee. —Ella le lanzó un beso en el aire y le dio a Kellen una mirada llena de significado antes de flotar hacia el frente de la tienda y fuera de la puerta.

Ella literalmente voló hacia el parque, corriendo a la banca donde le había dicho a Darwin que la encontrara. La banca estaba vacía, acumulando sólo hojas muertas desparramadas a lo largo del asiento desde el árbol de arriba.

—Maldición, Darwin. ¿Dónde mierda estás? —gritó ella en el quebradizo frío de viento—. ¡Necesito que traigas tu peludo trasero aquí ahora! —Como si gritar fuera a ayudar.

—Gurrlll. No tienes que gritar.

Girándose, ella se enfrentó directamente a una mujer, una muy grande, con un llamativo maquillaje, labios pomposos, y tanta sombra de ojos azul hielo que seguramente guardan a esas mujeres que venden esos ridículos cosméticos Bobbie—Sue como trabajo de por vida. Sus botas de plataforma temblaban bajo sus

enormes pies, y la boa rosada que ella usaba, cubierta en brillos, se mecía en el viento, creando un llamativo halo alrededor de su cuello.

Marcella exhaló un enorme suspiro de alivio, luego pausó. —¿Darwin? Por favor dime que no eres tres hojas al viento. Lo juro, te castraría yo misma si estás bajo la influencia.

Él dobló su mano en la muñeca, poniendo la otra en sus caderas. —Oh, cariño, no estoy bajo la influencia, pero he decidido que desearía estarlo. Esos pensamientos de hombre—chica son insidiosos. ¿Qué la habría poseído para querer tener al Sr. Peabody dado vuelta quirúrgicamente de modo de que finalmente pudiese hacer “el gran dinero”? Es impensable.

Marcella reiría, si no quisiera llorar. —Ay chihuahua, chico. ¿No podrías haber encontrado a nadie más feo?

Darwin frotó su trasero Rubenesco, sus largas, y brillantes uñas rojas enredándose en su boa. Cuando él respondió, por un corto momento sonó como el viejo Darwin. Su Darwin. —Ten lástima. He sido violado.

Alcanzando su larga mano, ella la apretó entre las de ella. —Escúchame. ¿Volviste a Chez Dreary? ¿Averiguaste algo?

Sus labios se curvaron en disgusto. —Volví, lo hice. No averigüé ninguna maldita cosa. Gurrllll —quiero decir, chica, esa mierda es más hermética que mi maldita lengua con volantes. Lo cual, no estoy avergonzado de decirte, es imperdonable, si sabes lo que quiero decir.

Marcella se reiría de la lucha de Darwin con la ropa de busca—citas transexual y del proceso mental si todo no fuera un bendito desastre. Las lágrimas se formaron en sus ojos de nuevo, y ella las quitó con dedos enojados. —Oh, Dios, Darwin. Algo horrible ha pasado.

Sus extra—maquillados ojos le lanzaron una mirada de confusión. —Peor que ese vestido en el que estás, ¿cariño?

Ella miró la minifalda plisada de él y su corsé recortado donde el tupido cabello de su estómago salía fuera en oscuros mechones. —¿Deberías estar tirando piedras?

Él miró hacia sus pechos, saliendo desde su corsé como rollos de masa para la cena que acarreas en una lata y la abres rompiéndola en el extremo del mesón.

—Anotado. Entonces, ¿qué está pasando? Dile a la vieja Brittany todo sobre eso, cariño.

Sus ojos sobresalían. —¿Brittany?

Elevando sus cejas hacia ella, él estiró su cuello, haciendo girar su cabeza. —Por lo que escuché a ella decirle a las chicas más jóvenes y con menos experiencia, Brittany dijo que usar a un más pueril, uh, nombre de escena hace a los hombres sentir más viriles cuando ellos lo gritan durante el, tú sabes —él guiñó un ojo—, acto de pasión. No

escojo los nombres de las prostitutas y adictos que poseo. Dame un poco de holgura, chica.

Escuchando la voz de él, incluso metido dentro de esta cosa de travesti, la empujó hacia el extremo. Gruesas lágrimas cayeron por el rostro de ella, desapareciendo incluso antes de que tocaran la tierra. Hundiéndose en la banca, ella apretó el extremo del asiento a cada lado de sus piernas y tomó pesados respiros. Sus hombros se hundieron ante el peso de sesenta y seis años infiltrados en sus huesos. —Darwin, oh, Jesús, Darwin. Esto es tan malo. Todo se ha ido a la mierda.

Acunando su barbilla, él llevó los ojos de ella a los de él. —¿Quién mierda eres tú, hermana? La Marcella que conozco seguramente no —él suspiró en clara exasperación—. Ella no llora. Es dura desde hace mucho tiempo.

Si. ¿Quién mierda era ella? —¡No lo sé! —gritó de impotencia—. No sé que mierda está mal conmigo. De repente tengo todas estas extrañas funciones corporales. Como, juraría que mi corazón late, y no puedo dejar de llorar respecto a todo.—Dolor fantasma, cariño. La cosa del latido, respirar, el pulso es lo que las almas llaman dolor fantasma. Como cuando pierdes una extremidad y tu cerebro te dice que aún está ahí.

—Esas estúpidas almas tienen una explicación para todo, ¿cierto? ¿Alguien puede explicarme porque estoy en la misma mierda todo el tiempo? ¿Por qué me estoy quedando apegada a este pequeño niño que está metido en una mierda seria? Quiero decir, yo, Darwin, yo... unida a un niño de nueve años. Kellen se está portando como si él hubiera encontrado el significado de la vida con los monjes tibetanos, así que no va a luchar más conmigo, y ahora hay una caja. —Temblores de ansioso pánico barrieron por su espalda.

—La caja... ¡Cristo todopoderoso! Recuerdo una conversación sobre una caja... pero maldición si pudiera recordar lo que dije, estoy tan destruido. ¿Qué es lo que es tan importante sobre la caja?

Marcella comenzó a lamentarse. Tan poco característico y tan depresivo, que incluso ella estaba sorprendida. —Carlos tiene la caja, Darwin —ella sollozó.

Sus voluptuosos labios formaron una O. —¿Qué hay en la caja, algodón de azúcar?

—Mi espo—osoo mmuerr—tooo.

Su boca en forma de O se abrió. —¿Tienes un esposo?

Ella se levanto de un salto de la banca, apretando sus puños y gritando al cielo, —¡Sí! ¡Maldito sea todo, sí! Tenía un esposo. Era un desagradable, sucio y mentiroso cerdo pero, ¡era mío! Me hace querer vomitar sólo decirlo pero sí, sí, ¡Sí! Tenía un esposo. — No debería sentirse bien decir eso en voz alta, pero lo hizo. Que todo se joda si no se sintió bien finalmente escupir su odio hacia ese monstruo en voz alta. Hundiéndose de nuevo en la banca, ella inhaló profundamente.

Darwin también tomo un respiro profundo y tembloroso, y cuando exhaló, la condensación de su tibio aliento golpeando el aire frío creó una voluta de vapor brumoso. Él se dejó caer junto a ella pesadamente. —¿Porqué nunca me dijiste que tenías un esposo?

La incredulidad que se había asentado en su rostro fue directamente desde su frente hacia su boca. —¿Por qué te diría algo a ti chuchito rodeado de sarna? Tú odias mis entrañas. Todos odian mis entrañas porque soy una chica mala demonio. He encontrado la paz con eso. No somos amigos. No confío en ti a menos que me obligues. No siempre fui un demonio. Yo no sólo eclosioné. Una vez tuve una vida y compartí una vida con un esposo.

—Tranquila, chica. Bien, no somos amigos. ¿Tenemos que ser amigos para que me digas que tienes un esposo? Uno que está en una caja... espera. ¿Acaso tú lo pusiste en una caja?

Oh, de hecho ella lo había hecho. —Puedes apostar tu nunca amado trasero a que lo hice, y lo haría de nuevo, ese maldito idiota. —Sus ojos se estrecharon sólo pensando respecto a ese día. El odio, la urgencia, la elección horrorosa que ella había tomado en cosa de segundos.

Él la miró desde detrás de sus pestañas falsas. —¿Estaba él en piezas cuando lo pusiste en la caja?

—No, imbécil. Es una larga historia. Una en la que no quiero meterme, pero ahora él esta fuera de la caja, Darwin. ¿Cómo Isabella pudo perder esa caja?

—¿Marcella?

—¿Qué?

—Necesito que te muevas a un paso más lento. Estoy luchando contra una mente que piensa que cambiara tu Sr. Peabody en una Sra. Va a hacerla ganar al menos un dólar sobre el salario mínimo por hora. ¿Quién es Isabella?

—Mi hermana. —Dios, ella extrañaba a Isabella. Habían sido tan cercanas hasta que ella se había casado con el bastardo que la había alejado de todos sus seres queridos y cercanos.

—¿Tuviste una hermana también?

—De nuevo, no solo eclosioné. Tenía un esposo, una hermana, padres, una casa, un... —ella se mordió la lengua—. Una vida muy real, preferentemente una vida ordinaria con todas las cosas que la gente real y ordinaria tiene en ella.

—¿Acaso tu hermana corto a tu esposo y lo puso en la caja?

—No, Darwin. Él no estaba en la caja. Su alma estaba en la caja. Y ahora está perdida y corriendo alrededor de no se dónde. Tengo que encontrar a ese saco de escoria. Si no

lo hago... oh, dios. ¿Qué si no lo hago? —Era inimaginable. Impensable. In—todo—able.

—¿Podría recordarte que sólo soy un prostituta de mente simple? Y no lo tomes como ofensa. Estoy seguro de que hay montones de prostitutas que tiene un IQ del tamaño de siete continentes. Este sólo no es uno de esos, y sus pensamientos se extravían; se confunden. Por lo tanto, es difícil focalizarse mientras peleo con su deseo de pegarle a la cabaña de Harvey de Hanky—Panky, donde los negocios son buenos a esta hora de la noche. Así que explícalo lentamente. ¿Cómo conseguiste el alma de tu esposo? Eso no tiene sentido. No puedo articular porqué, porque estoy obstaculizado por un vocabulario limitado. Pero toma mi palabra, no tiene sentido.

La boca de Marcella se afinó a una pequeña línea de odio. —Lo maté. Apuñalé al hijo de puta cuando él no estaba mirando. Luego convoqué su alma oscura y la puse en una caja. Una caja cerrada que nadie se supone averiguaría alguna vez como abrir.

—Oh. Por supuesto que lo hiciste. Quiero decir, la gente ordinaria mata a sus esposos cada día y convoca sus almas de modo que puedan ponerlas en una caja, que está cerrada. Película a las once.

—Olvidalo. No lo entenderías. Nada de eso importa ahora. Lo que importa es que él está fuera. Libre para vagar. Ese maldito cobarde.

—Así que finalmente sé cómo te convertiste en un demonio. El asesinato está mal visto. Tú sabes, ¿ese loco mandamiento de No debes apuñalar al hijo de puta?

No. No, eso no era todo. Pero ella no le debía a Darwin ni a nadie una explicación. Ella no podía explicar las razones tras el asesinato de Armando porque dolía tanto que la hacía temblar físicamente. —Bien. Mira, ese no es el punto. El punto es que Carlos lo dejó salir de la caja. No entiendo como él puso sus manos en la caja, pero lo hizo, y ahora ha sido abierta. La sellé yo misma y le hice a Isabella jurar que la enterraría donde nadie pudiera nunca encontrarla.

—Así que esta hermana tuya, es algo vaga, ¿huh?

La peluca de él se deslizo hacia el lado debido al terror de Marcella. —Algo debe haberle pasado que la previno de enterrarla. Ella sabía cuán importante era. Ella sabía que Armando debía ser detenido. Le dije. Le rogué.

—¿Ella te creyó?

Marcella frunció el ceño. Isabella nunca lo había creído completamente. No en el más allá, y ciertamente no en demonios ni en lo sobrenatural. Pero el día que había ido a Isabella y le había rogado que enterrara la caja, ciertamente su histeria fue suficiente para convencerla de que el alma de Armando nunca podía abandonar la caja. ¿Abría su hermana ignorado su último deseo? E incluso si lo había hecho, ¿cómo en el nombre de todas las cosas que eran sagradas Carlos había puesto sus manos en ella? —Isabella no

creía en el cielo y el infierno. Ella no creía en mi don de la visión, y ella definitivamente no creía que Armando pudiera dañar a nadie una vez muerto.

Darwin hizo una mueca. —Whoa ahí, chica. ¿Tenías el don de la visión? ¿Qué más tenías en tu “ordinaria” vida?

Tantas cosas que ella no podía hablar de ellos. Su cabeza asintió con una sacudida lenta. Esto era más de lo que había compartido alguna vez con alguien desde que había elegido el infierno, y era como si le extrajeran los dientes, uno por uno, sin la ayuda de anestesia. —Sí... —Dejó salir la admisión a regañadientes. —Cuando estaba viva, tenía habilidades de médium.

“Sorprendido” no era una palabra que usaría a la ligera en cuanto a referirse al tono de Darwin. — ¿Así que sabías que había otro lado?

Oh, Dios, ¿lo había sabido alguna vez? —Sí. Lo sabía.

—¿Y elegiste el infierno? Siempre pensé que eras una perra, pero no una tonta. —Él chasqueó la lengua con desprecio.

Espera un momento. Con ira ella juntó sus cejas y entrecerró los ojos, pero las palabras fueron medidas y las siseó entre dientes. —Que te jodan, Darwin. Vete a la mierda, estúpido prejuicioso ¿Sabes qué?... lárgate. Vete ahora antes de que envuelva las manos alrededor de tu gordo cuello hasta que a tu Sr. Peabody se le revuelva el estómago sin la ayuda de un cuchillo del cirujano. No me conoces, Darwin. No sabes absolutamente nada acerca de mí, salvo lo que crees saber. Así que saca tu culo de mierda fuera de aquí. Te pedí ayuda porque un niño está en peligro. Un niño inocente. No es para mí. Prefiero ser desterrada a un lugar un millón de veces peor que Plane Dismal que pedirte ayuda para mí. Sólo vete. Aun mejor, me iré yo. Y mantente lejos de mí de ahora en adelante, o lo juro, como que estoy aquí, frente a tu espeluznante culo, voy a resolver esto del fantasma, y cuando lo haga, haré que ser atropellado por un ole Lincoln parezca un pastel de crema y helado.

Ella no le dio la oportunidad de defenderse antes de flotar tan lejos como pudo del parque, porque, conociendo a Darwin, estaría feliz de ofrecer más de sus piadosos puntos de vista acerca de la vida de ella antes de morir.

Racionalmente, sabía que él no tenía otra cosa para seguir adelante sino los retazos de una historia que involucraba el asesinato de su marido y el encierro de su alma en una caja. Con lo poco que habían compartido, desde luego tenía todo el derecho a juzgar. Pero ella había sido juzgada por más años de los que le importaba contar, y ahora todo le estaba poniendo la cabeza espumosa, burbujeando en enojadas salpicaduras de culpa y secretos.

Había alcanzado un punto de no retorno, el punto en donde la crítica y los puñetazos a su moral se habían vuelto demasiados dolorosos para seguir escuchando. Lo que una

vez había sido una tarea fácil, ocultar su pasado, se había convertido ahora en lo mejor de la mentira y el engaño.

Las mismas cosas que la habían dejado al comienzo.

Y ahora Armando estaba suelto.

Su sucia escritura había cerrado el círculo.

Merodeando en la tienda, se quedó un rato escondida en las sombras, mientras observaba a la señora Ramírez reunir a un adormilado Carlos con sus cosas y salir por la puerta. Cerrando los ojos, Marcella se quedó parada en el silencio apenas iluminado y respiró.

No había ninguna explicación de por qué el abuelo de Carlos le había dado la caja a él o de donde la había conseguido. Isabella debería de estar muerta desde hace mucho tiempo. Sin embargo, Marcella nunca lo había comprobado. Cuando se había convertido en un demonio, se había quedado lejos de su familia y de cualquier persona que hubiera conocido en su vida para que nunca los manchara su elección. Ése había sido el acuerdo cuando había firmado en la línea punteada. Ella serviría a Satanás. Él dejaría a su familia y amigos aparte. Pero Isabella no podía estar aún viva. Para el momento de la muerte de Marcella, Isabella tenía treinta y cinco, era diez años mayor que ella.

Ella tenía que decirle a Kellen lo que estaba en la caja. Si era cuidadosa, la explicación no tendría que implicar nada más que Armando y su odiosa alma.

Porque el resto de su historia...

Sacudiendo la cabeza, apartó con fiereza el día en que había vendido su vida y se centró en darle a Kellen una explicación coherente que le satisficiera. Él era demasiado inteligente para caer ante sus atropelladas palabras e historias a medias.

—Ellaaaaaaa regresóooooóóóó. —Cantó él desde detrás de su hombro, con voz ronca y despreocupada.

El sonido de su voz, el pendiente dulce de la emoción que siempre le había dado, le revolvió el estómago, y creaba un nudo apretado. Marcela se volvió hacia él con una expresión solemne. —Ella lo está.

—Carlos se ha ido, y la señora Ramírez consiguió sacar a Solana de la cárcel.

—Que desastre.

—¿Un desastre que de alguna manera implica la caja?

Los ojos de ella bajaron al suelo con culpa. —Indirectamente, sí. Supongo que lo hace.

—La forma en que saliste corriendo de aquí antes significa que esa caja no puede ser buena. ¿Estás lista para contarme al respecto?

—¿Tengo opción?

—No.

Se llenó de resignación mientras armaba su plan. Sólo lo diría. Punto. Haber tenido un marido alguna vez, no la hacía una prostituta. —Está bien. La caja. En la caja estaba mi marido muerto.

El silencio, con todas sus dolorosas acusaciones, alcanzó sus oídos.

Los ojos de ella evitaron los de él.

Al parecer, Kellen no iba a permitirlo. Inclinando su barbilla hacia arriba, la obligó a mirarlo, y aunque no había condena en él, no duraría. —¿Alguien estaba casado contigo? —Cuando él preguntó, fue difícil leer las emociones en sus ojos. No estaba segura de si lo que veía era repugnancia porque nadie podría haberse nunca casado con ella, o una pizca de envidia mezclada con toda la sorpresa.

—Lo sé... —susurró Marcella juguetonamente—. Es como descubrir que Hannibal Lecter alguna vez fue un alumno tonto con un enamoramiento importante con su profesora de biología, ¿no?

Él endureció los ojos al meter las manos en los bolsillos de su sudadera. —Muy cerca. Ahora deja de hacerte la listilla.

—Está bien. Sí. Me casé en 1934.

—¿Con?

—Un hombre.

—Sí. ¿Qué hombre?

—Armando Villanueva. ¿Te suena?

—Ni siquiera un tintineo. Pero tu apellido es Acosta.

—Es mi apellido de soltera. No quise mantener el de Armando después de...

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

Sólo el tiempo suficiente para ofrecer... —Sólo un poco más de un año.

—¿Y cómo explica eso la caja?

Ella le estaba tomando el pelo y lo sabía. Él también lo sabía. Pero si esperaba guardar al menos algunos de sus secretos, tenía que mantenerlo simple. Como si matar a alguien fuera simple. —Armando estaba en la caja.

—¿Quieres decir sus cenizas?

Sólo si querías hilar fino. Técnicamente, eso había sido todo lo que había quedado después que ella lo eliminó... —No.

—Está bien, tú diriges, yo te seguiré... ¿cómo diablos llegó Armando a la caja?

Mirándolo directamente a los ojos, sus labios dibujaron una mueca de desprecio. —Yo maté a ese blando y bastardo cerdo estúpido y lo puse allí.

—Así que supongo que ustedes dos no estaban en plena felicidad conyugal —bromeó él.

—Los intelectuales te están guardando un codiciado lugar en este momento.

La cara de Kellen casi rompió en una sonrisa, hasta que las palabras previas de ella obviamente lo golpearon de nuevo. —Tú lo asesinaste. —No fue una pregunta, la respuesta estaba implícita, plana y monótona.

Asesinado, derribado, golpeado, encajonado su culo. —Sí. Lo hice.

—Por fin una explicación sobre tus orígenes demoníacos. —Su decepción fue tan evidente, tan palpable, que fue casi como si hubiera estado esperando escuchar lo contrario, y ella lo hubiera sacado del agua al decirle que era una asesina.

Ella levantó la cabeza con arrogancia. —Así parece.

—¿Quieres decirme por qué lo asesinaste?

—En realidad no.

—Claro, porque no das explicaciones. Pero no puedes dejar caer una bomba como esa y no tener nada que decir a tu favor. Algún tipo de defensa.

Sus cambiantes emociones se detuvieron en la ira. Últimamente, parecía que una rueda giraba para ver dónde aterrizaría su próxima emoción. —No tengo que defenderme ni ante ti ni ante nadie, pero por el interés de nuestra nueva política de sol y buena voluntad, lo maté porque era un hijo de puta que merecía morir. —Así que piensa en ello.

Y aquí venía. Marcella lo vio en la rigidez de su columna vertebral y en la idea que puso en sus siguientes palabras. —Probablemente mucha gente merecen morir. No significa necesariamente que tengas el derecho de matarlos.

—Bien, si estás casado conmigo, perderás tus derechos.

—¿Cuándo murió?

—En 1934. —En una resplandeciente gloria de mierda, mientras ella escupía en su cuerpo aún caliente, pero no sin antes haber golpeado su cobarde culo hasta la muerte.

Kellen hizo una pausa. —Tú moriste en 1934, ¿no?

—Fue un buen año.

El resoplido que dio él fue sarcástico. —Una coincidencia, ¿eh? ¿Asesinas a tu marido y después estiras la pata? ¿O tal vez fue justicia divina?

Eso funcionaría. —La divinidad en su máxima expresión. Siempre en la parte superior de las cosas allá arriba, ellos lo son —dijo, permitiendo que el sarcasmo de sus palabras sonara claro.

Kellen demostró esfuerzo al evitar el cebo que ella le ponía delante, exhalando fuertemente antes de responder. —¿Qué podía haberte hecho como para hacerte querer cometer un asesinato?

Alejándose de él, ella alzó las manos en forma de pregunta. —¿Por qué tiene que haber una razón? Tal vez no era más que un marido de mierda que nunca llamaba cuando iba a llegar tarde para la cena. De hecho, ese hijo de la gran puta nunca, ni una sola vez, sacó la basura, y conseguir que cortara el césped era como pedirle que reubicara el Monte Santa Helena en las Islas Caimán. ¿Sabes cómo solía llamarme cuando me quejaba? Su muchacha impertinente. Después de toda mi insistencia, decidí que había colmado mi paciencia, y una noche cuando se le hizo tarde para la cena... hice lo que cualquier mujer con un césped crecido, rebosante de basura, y una comida fría hubiera hecho. Llegaba tarde con demasiada frecuencia. Me llevó al límite y lo golpeé. Creo que le demostré lo impertinente que era ¿eh? —Dibujó una sonrisa astuta para imponer su actitud displicente acerca de asesinar a un marido.

A Kellen no le hizo gracia, se veía en lo sombrío de su boca y en sus dientes apretados. De hecho, si ella apostaba, diría que él se estaba aferrando a esa renovada actitud feliz hacia ella. —Deja la mierda y dime por qué lo asesinaste.

Las emociones de ella dieron otro giro al observarlo luchar contra la decepción de sus ojos, porque era como si una herida le perforara el corazón. Ella quería que él luchara con ella. Y quería que no luchara con ella. Querido Dios, ella era como las Tres Caras de Eva.

Pero ¿realmente dolería decirle parte de la verdad? ¿Aunque sólo fuera para que dejara de mirarla como si hubiera sido responsable de Chernobyl, el Titanic, e Hiroshima juntos? El rostro de ella mostró cierta inquietud y sus palabras se tensaron. —Armando era un amante de Lucifer. Al igual que tu medio hermano, Vincent, él había firmado un contrato con Satanás. Su alma estaba prometida a él después de su muerte. Sólo aceleré las negociaciones.

Un rápido destello de comprensión le atravesó el sombrío rostro duro, y lo aligeró un poco. —Él servía a Satanás en vida.

Esperanzada en la arrogancia, mantuvo las explicaciones simples, pero tan desenvueltas como le fue posible. —Sí, y me enteré al respecto. Yo era profundamente religiosa y el divorcio no era algo que sucedía tan fácilmente como en estos tiempos. Así que me ahorré un poco de dinero y muchas audiencias en la corte y lo asesiné.

Él luchó para no sonreír, luego se enderezó porque era Kellen, y estaban hablando de asesinato, y su sentido de la moral simplemente no le permitía ver lo bueno que había hecho ella en asesinar a Armando. —Y lo pusiste en una caja...

Pero primero lo quemé con una Original Receta crujiente. —Era el furor de los asesinatos de maridos en ese entonces.

—Si sus cenizas no se encontraban en esa caja, explica cómo llegó dentro de la caja.

—Convoqué su alma y la puse en esa caja. No a él mismo. Ese no es el punto. El punto es que Carlos tiene la caja... lo que significa que Armando está libre. En algún lugar. —Ella no pudo ocultar el estremecimiento de miedo que ese conocimiento le provocaba.

—Así que la primera pregunta es ¿cómo diablos obtuvo el abuelo de Carlos esa caja?

—Espera. ¿Quiero saber cómo supiste convocar un alma?

Ella se encogió de hombros. —No lo sé. Es bastante espeluznante. —Bromeó ella.

Pero Kellen no se estaba riendo y no había terminado con la búsqueda de respuestas.

—¿Qué hiciste con la caja después de, ya sabes, poner el alma dentro?

Marcela midió sus palabras. —Se la di a alguien que obviamente hizo caso omiso a mis advertencias, de que nadie la debía encontrarla nunca.

El interés de él creció, y se evidenció en el arco de su ceja y el pulso de sus labios. —¿Y ese alguien era...?

—Alguien que obviamente no hizo un buen trabajo en deshacerse de ella. Eso no es lo importante en este momento. La caja está aquí. Es real. ¡Un muy, muy malévolo desquiciado está suelto por esa caja!

La oscura cabeza de Kellen se sacudió con incredulidad. —Ni siquiera sé qué decir. Aquí está este enorme pedazo de tu pasado, uno bastante importante que nunca has compartido con nosotros, que involucra asesinato. ¿Por qué no se lo contaste a alguien alguna vez? ¿Por lo menos a Delaney? Ella era tu mejor amiga.

Ella levantó los hombros de manera desinteresada. —Nadie preguntó nunca, y ahora que sabes lo que pasó, debe hacerte sentir como si estuvieras caminando en el aire. Mis explicaciones definitivamente justifican tu estructurada moral superior. Lo que significa que podemos volver a los negocios como siempre, y puedes dejar de comportarte como si hubieras comulgado con el mismísimo Dios en un campo de flores y te hubiera dado una orden directa de amar a tu enemigo.

Aunque él no dijo nada, ella vio girar las filosas ruedas de su mente.

Marcella dio un suspiro de cansancio. Contar esta historia dos veces en un mismo día le había absorbido sus puntos de energía. La decepción de Darwin había dolido, tanto como odiaba admitirlo. Kellen sería peor cuando llegara finalmente a la etapa de

asimilación. Ella esperaba evitarse eso, sacándole la información y marchándose antes de tener que ver físicamente qué tan disgustado estaba él a causa de ella.

—Mira, Armando era un monstruo en vida. En la muerte, apostarí a que es el Hijo de Sam un millón de veces, especialmente después de estar exiliado durante setenta y seis años. Tenemos que encontrarlo y detenerlo. Y si él se acerca a Carlos, encontraré al mal nacido y le daré una paliza de nuevo. —Ella se detuvo ante sus palabras mayores. Cómo lo golpearía si seguía pendiente—. Así que llama a tu amiga Catalina y dile que tenemos que ponernos a trabajar en esta mierda ahora. Necesitamos contactos en el infierno, algo que ya no tengo. —Su histeria en aumento se mostraba en la tensión de su voz, como si alcanzara una octava de pánico de la que no sabía que era capaz.

—Whoa —criticó él, con los ojos sorprendiéndola al revelar claramente lástima por su difícil situación. —Espera. Entiendo tu pánico. Tú lo asesinaste. Él probablemente querrá venganza por algo así, pero es algo que no puede hacer porque ya no eres un demonio. Tienes miedo de él. Eso es comprensible, pero ¿no crees que si de verdad él quisiera a Carlos ya lo habría herido? Carlos lo puso en libertad, eso es cierto. Pero Carlos no mencionó que alguien estuviera en la caja, y él sabe lo suficiente como para por lo menos decirnos si se hubiera encontrado algo como lo que experimentó ayer aquí en la tienda. Creo que confía lo suficiente en nosotros como para decirnos. Así que justo ahora, tu esposo no es diferente a cualquier otro demonio.

Marcela sacudió la cabeza, arrugando la nariz para mostrar su disgusto.

—Nunca lo vuelvas a llamar mi marido. Me dan ganas de vomitar, y creo que eso sería demasiado fácil. Ojalá pudiera consolarme con la idea de que Armando simplemente seguirá adelante con sus negocios demoníacos como el resto de los esbirros de Satanás, pero algo terrible va a suceder. Lo siento en mis entrañas, y se trata de Carlos. No puedo hacer caso omiso a mi nexa de advertencia de que “ellos lo quieren”. Quienquiera que sean. Carlos y Armando están conectados. Por lo que he armado cuando hablamos esta tarde, él es demasiado joven aún para entender que los fantasmas que está viendo necesitan su ayuda. Así que él no ha llevado a nadie que podría haber estado eludiendo a Lucifer al otro lado... que, como ambos sabemos, fue lo que le puso las bolas en fuego a Lucifer con Delaney. Ese es el único rencor que puedo ver que Lucifer podría aguantar. No se cómo o por qué el don de la vista de Carlos es tan importante para el Infierno, pero parece como si lo fuera. Necesitamos saber por qué.

Kellen estaba localizando su teléfono ante la insistencia de sus palabras, con el rostro determinado, pero todavía sin mostrar señales de haber asimilado lo que ella le había hecho a Armando. —Entonces llamo a Catalina.

Wiii. Llamemos a la Srta. Hades 2010. Hurra.

Mordiéndolo su uña mal cortada, luchó contra el ataque de recuerdos que le venían, en odiosos vívidos colores, de la existencia de Armando. ¿Cómo alguna vez había sido tan estúpida como para enamorarse de un hombre tan horrible...?

Ella había ignorado las advertencias del otro lado porque había estado tan encaprichada con la apariencia oscura y el encanto de Armando. Encanto que brotaba de cada uno de sus poros mientras él la había cortejado, pero ella no había sido otra cosa que una herramienta. En esos días, a los veinticinco años, ella no era una jovencita cuando se trataba de matrimonio. Sus padres dijeron que era demasiado tenaz, demasiado obstinada para que un hombre quisiera ceder a ella de por vida. Hasta que había llegado Armando. Él era el tipo de hombre que había alentado su voluntad de hierro como ninguno de los otros que había ofrecido su mano, y ella se había enamorado completa y ciegamente.

Él la había incitado en más de una ocasión con sus puntos de vista opuestos. En todo, desde la política hasta la religión, Armando la había hecho pensar. La había desafiado. Había traído más que sólo la idea de que terminaría como un felpudo conyugal de la mesa.

Y luego la había traicionado.

De la manera más enferma y fétida.

Kellen se pasó un dedo por la parte superior del brazo, interrumpiendo sus recuerdos enterrados hace tanto tiempo. —Me comuniqué con su correo de voz, pero le dejé un mensaje y le dije que era crucial que nos devolviera la llamada.

Los intestinos de Marcella se agitaron con ansiosa preocupación. —Entonces esperamos.

—Esperamos —confirmó él, con una media sonrisa. Ella tuvo que apartar la mirada para no devolvérsela.

Y ahora podría escapar de la fuerte decepción de él por las tendencias asesinas de ella. —Entonces me marcharé, y si escuchas algo, ves algo, fantasea conmigo, muchachote. Vendré corriendo.

La mano de Kellen, callosa y delgada, le apretó el brazo. —¿Dónde vas cuando te marchas de aquí?

—De compras, tonto. ¿No puedes adivinarlo por mi vestido nuevo? —Se levantó el borde rasgado e hizo una reverencia. Qué putada que pudiera tocar el vestido, sentir la tela entre sus dedos, pero que no pudiera sacarse la maldita cosa. Era como una maldición eterna.

—Puedes quedarte aquí, lo sabes.

Que atento al ofrecerle la oportunidad de verlo en toda su gloriosa musculatura mientras se paseaba por la casa en sus Calvin Kleins. Prefería usar este vestido para toda la eternidad que ser sometida a su Casa de los Fabulosos. —Estoy bien. Sé que tu vida está repleta de maratones de Discovery Channel y averiguaciones del calentamiento global. No me gustaría molestar.

—Podrías mirar conmigo.

Ella ladeó la cabeza ante su calmada petición. —¿No se supone que me llames asesina y, que me leas la sagradas escrituras para que yo pueda expiar mis pecados?

Él la miró con ojos fríos. —Si Armando era algo parecido a Vicente, entonces debe haber merecido morir.

¿Qué Demonios? ¿Qué le estaba pasando? Era como si el Dalai Lama lo hubiera poseído. —Detente allí, Sr. Auto—Justiciero, Ciudadano Respetuoso de la ley de los Estados Unidos. ¿Escuché que me acabas de perdonar por asesinar a alguien? —Ella hizo un movimiento de corte en la garganta—. Porque yo sé lo hice, pero bueno. Muy gangster, para hoy en día y para la definición de la época. De hecho, tal vez sólo deberías llamarme asesina de aquí en adelante. —Que trabajara tan duro para aumentar su aversión por ella mostraba claramente sus inseguridades. Ella quería su aprobación —la anhelaba— y haría lo que fuera para poner sus manoplas sin manicura en eso. Así que, estaba viendo hasta dónde podía presionarlo, probándolo para ver si se alejaba. La auto—aversión aumentó en una oleada de indignación.

—No lo estoy aprobando. Sólo estoy ofreciendo comprensión. Si hubiera sabido lo que era Vicente, lo que le había hecho a mi madre y a Delaney, lo habría matado yo mismo. Viendo que no me dices la historia completa, y que sólo sé que hay más de esto que lo que me permites saber, opto por el menor de dos males —dijo las palabras sin arrogancia en ellas. Sencillas y limpias.

—Oh, Madre Teresa... te echaremos muchísimo de menos.

La risa de Kellen fue profunda. —Y mi cuerpo nuevo es sexy, ¿no te parece?

Trató de no pensar, a pesar de que se había convertido en una tarea tediosa, con él inclinándose en todo su espacio personal. —Se supone que haya un agradecimiento hacia ti en alguna parte, ¿no? Mi comportamiento sumiso está oxidado. Actualízame.

—No. Vamos. Yo tomaré una cerveza, tú no. Probablemente me quedaré dormido, tú estarás bien despierta... pero lo estaremos haciendo juntos. Tiene que ser mejor que estar solo.

Ella echó los hombros hacia atrás y le dio su mejor mirada ardiente, coqueta y seductora. —¿Me estás invitando a pasar la noche juntos, Kellen Markham? Eres un seductor.

—Te estoy invitando a que permanezcas aquí hasta que encontremos la manera de que vuelvas al otro lado. Tiene que ser mejor que el lugar donde vas todas las noches. Vamos, sabes que no quieres perderte Project Runaway —la persuadió.

Ella estaba deslizándose por un camino de autodestrucción. Había un montón de campanas de advertencia golpeándole la cabeza, diciéndole que no lo hiciera. Sólo haría que marcharse fuera más duro. Detonaban como DEFCON 5⁷ en su cabeza, repiqueteando estridentemente fuerte en alerta.

Pero era Project Runaway. Marcella se tambaleó entre el frío y duro banco del parque donde sus pensamientos y culpa eran toda la compañía que tenía, aparte de los borrachos ocasionales, o Kellen y el calor del viejo apartamento de Delaney en la parte trasera de la tienda. La comodidad de los recuerdos.

Dándole una sonrisa altanera, le preguntó: —Esta es tu última oportunidad de retractarte. Quiero decir, ¿no es tienes simplemente un poco de miedo de que te pueda matar mientras duermes si me quedo aquí? No hace falta mucho para irritarme. Asesiné a mi esposo por dejar descuidado el jardín.

—Tanto es así, que podría necesitar algunas pastillas para no dormir y algunos jarros de café. Pero entonces recuerdo que no puedes agarrar nada... por lo menos no todavía. —Él sonrió, y fue como un bálsamo fresco, cubriendo su corazón. Ella lo conocía lo suficiente como para saber que le estaba dando su aceptación, aceptación de su ruin pasado. Parte de esa aceptación era saber de lo que un hombre era capaz cuando caminaba en la tierra de los vivos, y aun así había vendido su alma a Satanás antes de tiempo. Vicente le había enseñado Kellen una cosa o dos sobre el mal. Pero ella sintió algo más en su callada aprobación.

Y el calor pegajoso y dulce que obtuvo era peligroso.

Caliente y peligroso.

Ella puso la mano sobre la mano extendida de él, saboreando la suave caricia del pulgar de él en sus nudillos mientras la atraía de nuevo a la sala de estar, donde Vern y Shirley dormían hechos una bola en el sofá viejo de Delaney y la esperaba la llamada de una noche casi normal.

Marcella flotó detrás de él como un globo de helio.

Sin embargo, reconoció a regañadientes, con la mano envuelta en la Kellen, que si hubiera sido una chica mortal en este mismo momento, probablemente la habría hecho sentir como si estuviera flotando de todos modos.

Qué increíble la escuela secundaria.

⁷ DEFCON 5: Es como una tabla que mide la alerta de ataque en la defensa de los EEUU.

Capítulo 9

*Traducido por eli25**Corregido por Marina012*

De alguna manera, después del episodio tres de Proyecto Runaway, Kellen había aterrizado de cabeza en su hombro, roncando tan alto que ella estaba segura de que en la otra vida se sentían los temblores. Su pesado peso se desplomó contra ella en una manera no-tan-placentera. Poco a poco, ella había sido capaz de lograr pequeñas cosas como sentarse en el mobiliario, aunque levantar cosas aún la eludía. Antes, ella sólo había estado agradecida por tener la habilidad de sentarse a su lado.

Ahora, con sus hormonas a cuatro ruedas, no tanto. Ella cambió, esperando evitar molestarle, sólo para encontrar sus labios precariamente cerca de su pecho. La calidez la inundó. Sólo dieciséis pulgadas más y él iba a estar donde ella había fantaseado tantas veces la pasada noche. Su respiración se enganchó en el camino de salida de sus pulmones cuando murmuró algo que no pudo oír, pero vibró contra su pezón.

Un bajo gruñido amenazó con escapar, un gemido de placer que ella nunca había sido capaz de recuperar. Situando su brazo en el respaldo del sofá, ella intentó alejarse de él una pulgada, sólo para tenerle establecido más profundamente, tensando un brazo alrededor de su cintura y empujándola hacia él.

Su pulso se deslizó a un lado cuando él murmuró, soltando un suspiro.

Si ella no hubiera tenido claro que el hombre escaleras arriba la evitaba antes, esto aseguraba el trato. Si Él fuera misericordioso, Él nunca la hubiera puesto en esta posición. Este era el escenario en donde todos sus sueños hacían realidad. Kellen no había estado tan cerca de ella nunca, y ahora él estaba de repente lo bastante cómodo para golpear contra ella como si hubieran hecho esto siempre. De hecho, ella había sido tan súper condenadamente inocentona que él se estaba tomando libertades, si las libertados no fueran tan malditamente bastante liberales. Ella se enfadó tan fácilmente como había aceptado su giro. ¿Por qué ahora, cuando ella era tan normal como un vampiro, él había decidido que le gustaba? ¿Por qué no cuando ella había estado, sino viva, muy al menos siendo capaz de llevar vestidos monos y tacones?

Ella luchó con el impulso de hurgar debajo de él o tirar su culo al suelo y volar fuera del apartamento.

Kellen se revolvió. —¿Marcella?

—¿Mmm-hmm?

—Mi cabeza parece estar enterrada en tus...

—Tetas. Adelante. Puedes decirlo.

—Tetas.

—Liberal, ¿verdad?

—Sin duda. Pero esto presenta un problema.

—O dos, quizás tres. Deberías contarlas. Conseguiré papel. —Ella hizo un movimiento para salir del sofá, pero él la agarró fuertemente, forzándola a arquear su cuerpo en el suyo.

—¿Sabes por qué esto presenta un problema?

—Porque soy una asesina, y no suena como si hombres buenos moralmente deberían tener su cara en las tetas de una asesina?

—No era a donde quería ir.

—¿Adonde querías ir?

—Esto presenta un problema porque me gusta tener mi cara en tus tetas.

Madre santa. Las palabras que ella había estado esperando un década para oír, ahora dichas, eran más poderosas de lo que ella podía haberse imaginado. Los fuegos artificiales en cada dirección detrás de sus ojos cerrados. —Si te hace sentir mucho mejor, no eres el primer hombre en encontrarse en un dilema como este.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Disculpa.

—Aceptada. Así que aquí está la cosa, ¿qué vamos hacer con el hecho de que me gusta tener mi cabeza en tus tetas?

—¿Mover mis tetas?

Marcella sintió su sonrisa contra el fino y rasgado material de su vestido. —Sin prisa.

—Cierto. Procedamos con precaución.

—¿Pregunta? Sin pensarlo.

—Estoy en ascuas.

—¿Te gusta que tenga mi cara enterrada en tus tetas?

Por el poder de un millón, nena. Ella luchó un giro a cualquier dirección a la que iba su pregunta. Para confirmarlo tendría que mostrar sus cartas, y ella no estaba segura de si había tenido la oportunidad de recuperar el aliento en su cambio de actitud hacia ella

aún, por no hablar de expresar sus oscuras fantasías. Su respuesta fue evasiva. —No es desagradable.

—¿Te atreves a decir que te gusta?

Ella se mordió el interior de su mejilla. —No diría que lo odio.

Él rió. —Es bueno para la salud de mi ego.

—Todos deberíamos tener un ego tan saludable como el tuyo.

Kellen se aclaró su garganta. —Así como el problema.

—Sí. El problema...

—Realmente no quiero mover mi cabeza.

—Quizás eso es porque ha pasado mucho tiempo desde que tú tuviste tu cara en las tetas de alguien o cualquier teta? ¿Incluso en las de una asesina?

—Me gustaría atribuírselo a eso, pero en realidad, estaba saliendo con alguien hace unos pocos meses.

Los celos se clavaron a su lengua, haciéndola querer decir cosas odiosas. Pero se refrenó, siempre la dama. —Y a ella no le gustaba tener tu cara en sus tetas? —Imbécil.

—A ella no pareció importarle, pero sus tetas no eran tus tetas. Así que lo suspendí.

Un cálido brillo fluyó sobre su ego. —¿Rompieste con alguien porque no tenía mis tetas?

—No, no exactamente. Lo que estoy diciendo es que sus tetas no eran tan...

—Bonitas como las mías. Comprendo. Han sido un regalo como ir a bastidores.

—Modesta.

—Honestas.

—Como podemos hacer esto —dijo Kellen, aún sin moverse. —Te diré donde estoy, entonces podrás decirme como te sientes por eso.

—¿Vamos por el camino blando y caliente?

—No puedo decirlo con seguridad. Me conformaría con honestidad.

Ella asintió su acuerdo. —Estoy dentro.

—Siempre ha había tensión entre nosotros.

—Un eufemismo si alguna vez hubo una.

—Eso es verdad. Hemos luchado muchas batallas.

—Como fieros guerreros —estuvo de acuerdo ella.

—No siempre hemos sido agradables con las palabras o el pensamiento.

—¿Has tenido pensamientos desagradable de mí? —Ella pretendió incredulidad asombrada.

—Varias que involucran diversos grados de homicidio.

Una mueca frunció sus labios. —Duro.

—Cierto.

—Tenemos un pasado con altibajos. Si parezco sorprendida por tu repentina generosidad de espíritu hacia mí, y acredito que tú sólo quieres aprovecharte, no creo que eso sea injusto —ofreció ella.

—Así que seamos claros, no soy el tipo de hombre que ignoraría su moral sólo por estar fuera.

Galante. —Tomaré eso bajo consideración.

—De todas formas, hay mucha tensión trasladada a algo más que ambos sabemos que existe, pero que nunca hemos sabido porque despreciaba tu origen demoníaco y tú me despreciabas por despreciarte.

—¿Interpretación?

—Algo de la tensión tiene que ver con tu atracción hacia mí...

Sus ojos giraron. Verdad o no. —Modesto.

—Honesto. Eso también tiene que ver con mi atracción hacia ti.

Sí, eso era cierto. Él lo había dicho. Sus hormonas se sacudieron a montones. Si ella aún tenía su corazón, eso seguramente cambiaría más a la izquierda del centro.

—Lo he negado durante mucho tiempo. Me he dicho a mí mismo que sólo era lujuria, porque, hagámosle frente, tú no eres exactamente fea —bromeó él—. Y hacerlo sólo con ese propósito no es realmente mi estilo. Pero ya no me siento de esa manera.

—¿Así que hacerlo por hacerlo no es tu estilo?

—No, Marcella. Que mi atracción hacia ti está basada sólo en la lujuria.

—¿En que se basa ahora? Y ten cuidado en lo que vas a decir, tu cara está en mis tetas. Será difícil creer que no estás sólo intentando llegar a la primera base conmigo.

—Lo que estoy diciendo es que te quiero.

—¿Aún tienes tu anillo de la clase?

—¿Por qué?

—¿No es este el momento en el que me das la carta de tu chaqueta y el anillo para que pueda llevarlo alrededor de mi cuello?

—Creo que estamos demasiado lejos de secundaria para esperar un anillo de clase.

—Au.

Cuando la cabeza de Kellen se levantó, él ya no estaba sonriendo. Sus ojos destellaron oscuros en el brillo de la televisión, serios, y sobre todo, con sinceridad. Eran duros y cristalinos. Tiró de ella hacia él, tomó su barbilla entre sus dedos. —Te quiero, Marcella. Ha sido más fácil averiguarlo contigo. No estoy seguro de cuando ocurrió, pero lo hizo. No sé cuánto tiempo estarás aquí, así que voy a saltarme la mierda que nos tiramos mutuamente y a cortar la persecución. Más que eso, te quiero de una manera que no puedo poner en palabras. Pero eso presenta un problema.

Y el giro sólo siguió avanzando. —Porque soy un fantasma —dijo ella, luchando la caída que su corazón sintió.

—Eso y que no sabemos cuánto tiempo estarás aquí en este plano.

—Y tú tienes miedo de que tú seas demasiado fabuloso y yo no sea capaz de olvidarte cuando vuelva. ¿Qué pasará el resto de mi eternidad murmurándote mientras ignora la higiene personal y llevo ropa oscura? —Ella lo había atado con un toque de su usual sarcasmo para evitar la verdad en sus palabras.

Kellen la miró durante un momento, profundo y penetrante. —No. Estoy preocupado de que, si hacemos esto, no seré capaz de superarte a ti.

No hubo muchos momentos que ella pudiera recordar, en todas las veces que ella había estado alrededor, las palabras se le escaparon. Aun así cada momento particular, cuando ella finalmente oía lo que había añorado patéticamente por la noche después de la patética noche, de repente estaba en rojo en su cuenta del banco.

La declaración de Kellen, un contraste semejante a las ardientes palabras que se dijeron bruscamente el uno al otro durante años, era casi demasiado. El golpe de su corazón, el golpe de su respiración, el roce de su pulso no ayudaba a facilitar la comunicación.

Sus oscuras cejas se levantaron. —Estás sorprendida.

Como si esa palabra definiera remotamente como se sentía por su confesión. Ella instantáneamente se cambió al modo con el que estaba cómoda. Defensiva y maliciosa. —Si esto se trata de entrar en mi Victoria Secret, no es necesario. No necesito palabras bonitas y promesas. Como disfrutas tanto en decirme, he estado en el rodeo. Sé cómo montar el caballo sin caermme. No necesitas cortejarme bien y adecuadamente. —Porque eso sólo la perseguiría en su eternidad. Si él solo quería seguir, honestamente sería premiado ahora mismo.

—No estoy haciendo promesas, Marcella. Estoy declarando lo hecho.

Maldito sea él y su sinceridad. —O alimentándome una línea de basura para que puedas entrar en mis medias cuando sabes muy bien que no tendrás que comerte esas palabras porque no podré estar por aquí para hacértelas tragar.

Inclinándose hacia ella, él rozó su nariz con sus labios. —No seas hostil. No es como realmente te sientes conmigo.

Ella le dio un manotazo, ignorando el deseo de cortar todas las vías de comunicación con su boca aplastando la suya. —¿Consideras todo esto como una revelación repentina mientras tienes una muy considerable condición presionada contra mis muslos?

—Veo tu escepticismo —ofreció generosamente mientras se recolocaba contra ella para que fueran claros en por qué ella era escéptica.

—Bien, entonces ¿No hablaremos más de sentimientos? Eso no cambia lo que eventualmente me ocurrirá. Eso sólo lo empeoraría. He tenido bastante de lo peor. ¿Y tú?

—Sólo quiero que mis pensamientos en el tema se aclaren.

Ella hizo un movimiento audaz buscando entre ellos y presionando el talón de su mano en la causa de su escepticismo. —Así que ¿no pensaré que tú eres el tipo de hombre que es capaz de quedarse una noche?

Recorriendo un pulgar a lo largo de su mandíbula, él susurró, gravemente y bajo: —No, así no pensarás que se sea capaz de quedarme una noche contigo.

Cuando sus dedos trazaron su labio inferior, ella se asustó, tenía miedo de que las barreras entre ellos cayeran, ella nunca sería capaz de sobrevivirlo. —Así que ¿eras capaz de quedarte una sola noche con alguien más?

—He tenido mi parte de encuentros, no todos de una noche, no, pero hubo un par. —Él situó un ligero beso en su frente, dejando sus labios allí para no permanecer contra su piel. La seguridad que representaba, la inmensa dicha que eso trajo a su alma, la asustó.

Kellen sólo había sido una fantasía sexual. O eso pensó ella. El error que ella había cometido era creer que sólo era una fantasía donde él estaba involucrado. Ella había pensado que detrás atrás sus duros abdominales y atractivo de profesor, atractivo sexual que había que lamentar.

Sin embargo, tumbada aquí, rodeada en su abrazo, la calidez de su respiración en su piel era muy íntima, físicamente dolía.

De hecho estaba alucinada.

—¿Kellen?

Sus labios se movieron contra su frente. —¿Sí?

—¡Levántate, ahora mismo! —Ella dio un empujón a su pecho para alejarle de ella. Él no se movió.

—¿Es en esta parte donde alucinas como un mecanismo de defensa contra la admisión de gustarme? Antes de que hagas esto, sólo quiero que sepas que es perfectamente natural. He leído una revista médica sobre alguna reacción...

—¡Sssh! —Ella empujó sus dedos en sus labios—. No quiero una explicación científica de por qué estoy alucinando. Sólo quiero un buen tiro pasado de moda. Ahora levántate. Esto sólo puede conducir a malos sentimientos. ¿Qué diría Delaney? O Dios mío. Ella nos haría trizas si me acuesto contigo. Ella es mi mejor amiga. Las mejores amigas no duermen con los hermanos de la otra. Nunca. Ahora muévete.

—Delaney no tiene que decir lo que hago. Soy un adulto.

—Sí. No es lo que estabas diciendo cuando ella estaba llorando sobre mí y mi situación, idiota.

Él la sonrió, exasperante. —Te puedo prometer, que ella no llorará si dormimos juntos. No, pero yo sí. Porque en los últimos tiempos, si se producen las lágrimas será un trabajo que ella pregonará en su cabeza. —No deberíamos hacer esto. Sólo empeorará las cosas. El sexo no debería ser nuestro foco principal. Ayudar a Carlos debería.

—Él no necesita nuestra ayuda ahora mismo. Está a salvo en casa.

—Hablas como un hombre cuya pequeña cabeza tiene las riendas.

Kellen bostezó y luego sonrió. —No creo que haya visto a Marcela Acosta tan sacudida. Me gusta. Me hace sentir un poco superior.

Cruzando sus brazos sobre su pecho, ella dijo: —Como si nunca te sintieras así.

Apartándose de ella, dejándola tumbada en el sofá tirada como un pez fuera del agua, él sonrió otra vez. —Tienes razón. Me porté mal. Me chupo el dedo. Ahora, me voy a chupar el dedo mientras duermo. Tengo que abrirla tienda mañana temprano. Digo que nos vamos a la cama. Mantendré tu lado de la cama caliente. Sin presión. Sólo podemos acurrucarnos. Apuesto a que eso apela a la chica en ti. —Giró sobre sus talones, su repentino cambio de dirección obviamente le divirtió, juzgando por la sonrisa en su presumida cara, se dirigió al dormitorio.

Sólo acurrucarnos... ella resopló para sí misma.

Pese a mantener su culo en el sofá durante un largo tiempo después de que Kellen apagara la luz.

La curiosidad la hizo hablar sin decir nada.

Se consoló con la idea de que había hecho lo correcto al hacerle retroceder. Llámalo locura, pero después de su vida demoníaca de excesos, de vivir el día a día mayoritariamente por impulso y su egoísta necesidad de reunir cosas de material por toneladas, lo único que ella había hecho bien era lo que había hecho por Delaney. Esa era la línea, no importaba la copa, ella intentaría no cruzarla. Delaney no quería que

Kellen se involucrara con ella. Ella había querido a alguien que fuera inocente, terrestre, amante del tofu. Dulce, considerado. No un demonio de culo duro hartado de las décadas de la larga vida demoníaca.

Pero eso no le daba el tipo de comodidad que le daban sus brazos.

Quizás si ella sólo se deslizaba a su lado mientras él estaba soñando dormido, nunca sabría que ella estaba allí. Ella no dormiría más; si él se levantaba, ella se iría.

Flotando hacia el dormitorio, ella pasó a través de la pared y permaneció a los pies de la cama. Él había mantenido su palabra. Había salvado la otra mitad de la cama para ella.

Apretando sus ojos, ella empujó las dudas que la plagaban a un oscuro armario en su mente. Habría tiempo de sobra para sus dudas comiéndose un agujero entero en su corazón cuando ella volviera a Chez Drab.

Por ahora, el impulso la empujó, arrastrándola al otro lado de la cama. Subiendo a su lado, Marcella se tumbó cerca del hombre que había sido objeto de su deseo durante años y cerró sus ojos, dándose cuenta de que Kellen no era sólo un objeto deseable.

Él era un hombre con el que ella quería acurrucarse.

Absurdo.

El cambio en las sábanas hizo que sus labios se fruncieran cuando Kellen las levantó, metiéndolas alrededor de sus hombros, y girándola dentro, abrazando sus fuertes brazos alrededor de su cintura.

Haciéndola sonreír.

—Marcellaaa.

Una nariz húmeda se enterró en su cuello. Puaj. Quizás elegir no dormir con Kellen no hubiera sido muy chocante después de todo. Aplastar la intrusión, ella luchó por volver a descubrir ese lugar de aparente descanso que ella no había sido capaz de encontrar desde que se había convertido en fantasma.

Un resoplido, bajo y gruñón, le hizo cosquillas en el tímpano, como una lengua, pegajosa y cálida. En retrospectiva, ella había pasado por este tipo de proezas sexuales trayendo sólo el alivio que ella no se había permitido en las últimas noches. La policía de la moral animó dentro de su cabeza. Adelante.

Un peso pesado se estableció en su pecho y comenzó a lamer sus mejillas. Aliento, no muy diferente al de un contenedor de basura, flotó debajo de su nariz. Dios en toda su misericordia. ¿Cómo había echado de menos el olor de la respiración de Kellen la pasada noche?

—Yo sé que estás en esta cama, Marcella, y sólo quiero que sepas, que estoy a favor de este... este... amor conectado más allá de la vida con mi hermano. Sé que siempre has

pensado que he estado en contra de eso porque eras un demonio. Sabes, todo la cosa del Infierno, pero no me siento de esa manera ya. Lo sé, a pesar de tu... tus muestras de atractivo, y todos los aires que te pones, sé que eres una buena persona. Y sé que odias que sepa eso. Y, o Dios mío, me alegra que los dos se lleven tan bien cuando estoy llorona. Ahora todo lo que necesitamos hacer es conseguirte atarte a la tierra otra vez para que puedas casarte con Kellen y tener bebés —una voz, no desagradable o desconocida, susurró, corrió y paseó, en su oído. —Así que levántate, fantasma, porque tienes buenas noticias.

Casada. Ella no oyó nada más que esa palabra. Una palabra sucia si había una alguna vez. Ella había estado casada, y ahora, él estaba muerto. Quizás el matrimonio no era una habilidad en su timonera. Sus ojos se dispararon abiertos para encontrar a su mejor amiga casi mirándola, pero perdió su marca por sólo media pulgada a la derecha de su cara. —¿Delaney?

Kellen se sentó con un estruendo, arrastrando las mantas con él.

Marcella bajó la mirada. El perro de Delaney, el del pañal Deslumbrante, enterrado en su pecho, haciéndose un cómodo lugar para quedarse. Ella no podía recordar que número era. Delaney no tenía nombres para sus perro, sólo números. Cualquiera que fuera su número, eso estaba levantado, tanto como ella estaba preocupada. Aunque, claramente él podía verla, y tocarla, y a él le gustaban sus tetas tanto como a Kellen. Ella le dio una mirada con los ojos estrechos. —Levántate de mí, tú, bestia. No he dejado mucho de un vestido. Definitivamente no quiero oler como un perro —gruñó ella.

Él le devolvió el gruñido, hundiendo su culo Deslumbrante más en su pecho.

Ella levantó los ojos hacia Kellen. —Ayuda.

Su dormido, arrugado, sexy levantó la mano, levantando al perro para dejarle en su lado.

Delaney los miró a los dos desde el borde de la cama con una mirada cariñosa que hizo que Marcella se retorciera. —Así que... no quiero saltarme conclusiones, pero creo que has, ah, hecho bien —bromeó con una sonrisa, cruzando sus brazos sobre su pecho, permitiendo a la tela fluir de las mangas de su camisa para cubrir su vientre.

—No es lo que piensas, D —dijo Kellen, recorriendo una mano a través de su pelo alborotado. —Y ¿cómo supiste que Marcella estaba aquí de todas formas?

—Ella señaló al perro número 222, o lo que fuera—. Ellos son sensibles a los del otro mundo, ¿recuerdas? Y si a Marcella le gusta o no, ellos la adoran. Especialmente si lleva medias. Además, su perfume está en todas partes. Ahora levántense. Tengo buenas noticias.

—¿Noticias? —preguntó Marcella.

Kellen se estiró, sus músculos tonificados se flexionaron y ondularon debajo de la piel bronceada. —Marcella quiere saber qué noticias.

Delaney le dio una mirada con aire de suficiencia. —Sé como atarla a la tierra otra vez.

Ahora Marcella se sentó. —Eso es imposible. No hay ninguna manera para devolver a los muertos a menos que seas un demonio o un vampiro. Período.

Kellen la miró. —¿Sabes de vampiros?

—Si sólo supieras lo que sé —dijo ella secamente.

—Ambos pongan atención. Marcella puede estar atada a la tierra otra vez.

Marcella se quedó atónita. Pero eso era imposible.

—¿Cómo? —Demandó Kellen con un corte áspero. Su repentino interés trajo de vuelta su conversación de la pasada noche, dejando a Marcella más asustada que nunca.

Delaney le dirigió una mirada dudosa como si ella estuviera reconsiderando compartir sus pensamientos, pero entonces su cara cambió y fue hacia ella en un torrente de palabras. —Bueno, aquí está la cosa, y esto sólo está volando. Podría necesitar unos arreglos, revisiones, algo. Así que voy a estar por aquí para ver como ustedes dos siguen adelante, porque, bueno, no se llevan bien. Imagina mi sorpresa cuando te encuentro no sólo en el mismo código postal, sino en la misma cama. No te preocupes, no es aquí ni allí. Dejé de conseguir algo de café de camino, y mientras esperé, estuve contando mis bendiciones y entonces recordé lo que ocurrió con Clyde. Así que esto es lo que vamos hacer. Tenemos que encontrar un cuerpo muerto reciente. Ahora, antes de que se resistan, denme un minuto. Marcella es básicamente solo un alma, vagando libre. Si encontramos a alguien que esté muerto, con quizás sólo un minuto o dos, justo lo suficiente para que podamos a asegurarnos de que el alma de esa persona a cruzado, ella podría actualmente saltar en el cuerpo y habitarlo. —Ella acabó con otra sonrisa petulante, obviamente más que satisfecha con su solución.

La boca de Marcella cayó abierta. —¿Los suburbios le han dañado el cerebro? Quizás eso ha salido de todas esas amas de casa y su mierda de comida orgánica. Siempre le he dicho que está bien tener una vaca cada vez para mantener tu sistema inmune fuerte.

—Creo que es demasiado Ghost Whisperer —murmuró él por su deliciosa boca.

—Está loca.

Delaney cogió los ojos de Kellen. —Ella me ha llamado loca, ¿verdad?

—Sí y yo también.

Las manos de Delaney revolotearon en el aire. —¿No ves que eso podría funcionar? Clyde lo hizo. ¡Él volvió en este cuerpo justo cuando dejó esta Tierra!

Marcella sacudió sus rizos con una fuerte sacudida de su cabeza. —Dile esto, mientras la quiero, no tengo miedo de decirle que ella necesita dejar de chupar todas esas malezas que tanto la aficianan. Han podrido su cerebro. Al infierno si me voy a meter en el cuerpo muerto de alguna pobre persona.

Kellen se deslizó a los pies de la cama, cogiendo los pantalones del suelo y poniéndoselos, recorriendo una mano sobre su frente antes de hablar. —D, Clyde estaba dentro de su cuerpo, no en el de alguien más, y él estaba haciendo lo que podía para cruzar. Si Marcella lo hace, ella estaría violando el cuerpo de alguien más, y saltando dentro de la vida de alguien más. Esa persona tendría familia, amigos, quizás incluso hijos. Marcella no sabría quienes son.

El entusiasmo de Delaney se desvaneció, grande. Marcella observó como ella buscaba alguna otra solución. —Así que encontremos a alguien que no tenga familia ni amigos ni trabajo ni...

Kellen besó la frente de Delaney y la forzó a mirarle. —Sabes que sería casi imposible, ¿verdad? —Él dijo las palabras con suave amonestación, agarrando sus hombros con sus manos curtidas.

El corazón de Marcella se contrajo cuando vio el rostro cabizbajo de Delaney.

Delaney suspiró. —Vale, aunque no creo en todo, pero aún podría funcionar —murmuró ella—. No tengo nada más. No puedo encontrar ni una simple cosa en ninguno de mis libros para ayudarla a volver aquí con nosotros. He estado levantada día y noche, intentando encontrar algo que la ayudara. No puedo dormir por la preocupación. No hay barcos cargados de información sobre la reencarnación, lo cual pensé que podría guiarnos al menos a una prueba, pero no hay nada. Parece que cuando eres un fantasma, eres un fantasma, y si no tienes la luz como recurso, es como te quedas. —En sus palabras colgaba la derrota, Marcella hizo una mueca—. No voy a rendirme, tú dolor en mi culo. Salvaste a Clyde y a mí. ¡Te mereces lo mejor!

Marcella se levantó de la cama para flotar al lado de Kellen. Ella le dio a Delaney una sonrisa simpática que su amiga no podía ver, forzando la siguiente frase de sus labios. —Esto era lo que me daba miedo. Que ella no dejaría pasar esto, en lugar de enfocarse en su matrimonio y casa, ella malgastaría el tiempo intentando encontrar una manera de traerme de vuelta a este plano. Y no quiero eso. Es imposible de todas formas. Dile que la amo por intentarlo. Ahora para. Por favor. Déjalo ser.

—No —Kellen replicó con una media de desafío en su tono.

Los ojos de Marcella se abrieron de par en par. —¿Qué has dicho?

Él puso sus manos sobre sus hombros para sujetarla en el lugar cuando ella flotó hacia delante. —He dicho que no. No voy a decirle que se rinda. De hecho, D, parece que me ahorra una llamada de teléfono. Había planeado llamarla para ver si ella averiguaba

algo. Ahora que ella está aquí, voy a decirle lo que sabemos sobre Carlos, y luego voy a sugerir que pongamos nuestras cabezas juntas y averigüemos una manera de devolverte este plano. —Sus ojos color avellana, con matices dorados, dispararon un reto.

El miedo agarró su corazón. La esperanza de que ellos encontrarán una manera de mantenerla aquí era vencer al caballo proverbial. Era injusto incluso pedirle que considerara que ella podía reanudar su antigua vida. No sólo eso, eso la enfurecía.

Sabiendo que era también injusto condenarlos por preocuparse por ella no la detuvo de comportarse irracional.

Flotando por la puerta, lanzó a Kellen una dura mirada. —Dije que quería que ambos lo dejaran, ¡malditos sean! ¿Por qué no se meten sus problemas? Joder, ¡no quiero hacer esto más! No quiero quedarme atrás. Jesús, ¿tan difícil es esto de comprender? ¿Cómo te sentirías si tuvieras que vivir eternamente y observaras a la gente que amas morir uno y otro día? —Las lágrimas espesaron su garganta, y ahí fue cuando ella se giró y voló.

Porque ese era el esencia de la cuestión. Incluso si ella podía recuperar los privilegios de las ataduras de la tierra, ella probablemente no sería humana cuando lo hiciera. Ella dejaría a Delaney una vez más, y aunque ella nunca se había lamentado de ser su amiga, había sabido que dolería cuando fuera su momento de cruzar.

Y ahora estaba Kellen, quien ella casi había dejado entrar. Kellen quien estaba soñando con un futuro que nunca podría ser.

Un futuro que ella no se merecía porque había hecho algo imperdonable.

Nada podía arreglar eso.

¿Y si no conseguían nada?

Capítulo 10

*Traducido por andre27xl**Corregido por Caamille*

Las horas pasaron mientras Marcella se sentó en su viejo apartamento, a la deriva de habitación en habitación, anhelando tocar sus cosas, su ropa, sus zapatos. Su arrendamiento no estaba para otros tres meses. Quizás sólo podía quedarse allí hasta que lo que fuera a pasarle finalmente se cumpliera.

No se le había ocurrido antes, entre toda la confusión y el caos, regresar a casa. Ella había descifrado, tanto como sus privilegios con sus lazos en la tierra ya no existían, su apartamento y todo con ello. Pero la curiosidad, y la necesidad de las comodidades de un hogar, la habían llamado.

Había regresado a Nueva York cincuenta años después de que se había ido, habiendo pasado esos cincuenta años de sus demoníacos años tan lejos de casa como pudo. Los una vez dolorosos recuerdos de Armando y el condenado matrimonio que había dejado atrás fueron remplazados por las invitaciones estimulantes de su niñez creciendo aquí mismo en este apartamento. Casi. En 1934, había sido una pequeña casa que ella, su madre, padre, abuela, y hermana mayor, Isabella, habían compartido.

Cuando se dio cuenta de que una empresa de desarrollo había construido cooperativas donde su vieja casa una vez estuvo, conjuró algo de dinero y la alquiló. Era para su ventaja que la posesión de la propiedad cambiara de manos regularmente, y así lo hizo el nombre de su alquiler. Para quedarse en la casa que una vez había amado, tenía que reinventarse continuamente en administración, pero lo valía por los recuerdos.

Los fríos colores de su apartamento, verde pálido y azul congelado con detalles en ostras, la había calmado. Ahora todos sus vasos y pinturas hacían nada sino frustrarla. No los podía tocar. No podía correr sus dedos a lo largo de los lisos bordes de sus muebles de madera de nogal o sentarse en su precioso canapé color grisáceo de Ethan Allen con su muelle 1 para tirar cojines.

Flotando a la cocina, cerró sus ojos y llamó a la imagen de su abuela en su vieja cocina, volteando tortillas y tarareando mientras su madre, una costurera, trabajaba en los dobladillos de los pantalones para ayudar en el negocio de la confección de su padre. Un nuevo lote de lágrimas flotó de las esferas de sus ojos hasta que no pudo ver nada

sino una mancha de sus recolecciones. El único remordimiento que tenía acerca de vender su alma era perder a su familia. Su madre y padre nunca hubieran entendido por qué había matado a Armando. Aunque profundamente religiosos, realmente nunca creyeron en su don de las visiones. Nadie lo había hecho. Sólo su abuela había creído, y le había advertido a Marcella de los peligros de revelar su don. Sus padres la tendrían en el Vaticano tan pronto como un viaje en bote los pudiera llevar allí. Fue la abuela Rosa quien le había enseñado cómo lidiar con la intrusión constante de la vida después de la muerte en su joven mundo. Fue su abuela la que le había advertido sobre Armando, también.

Desde la tumba.

De una manera, estaba casi agradecida de que no pudieran entender lo que había hecho al casarse con Armando. Por qué lo había tenido que matar... Su padre había peleado lo suficiente en forma de batallas al casarse con su madre, alguien que su familia calurosamente desaprobaba. La vergüenza de la indiscreción de su hija lo hubiera matado.

Había suficiente culpa para ir alrededor—más sólo la habría dejado con una eternidad de profunda depresión con la que lidiar. En ese entonces, Xanax no era una opción.

Viendo su refrigerador, deseó inclinar su cabeza en el frío, plateado exterior y abatirse un poco más. Pero había información acerca de Carlos que debía ser encontrada, y la sexy gatita en botas de trabajo Catalina debía ser llamada.

Cubriéndose para detener este lloriqueo en el cual se había hecho tan talentosa, Marcella se fue por la puerta de su departamento sin mirar atrás. Seguramente alguno de sus viejos contactos estaría en la cervecería que una vez había frecuentado cuando obtener información le era de extrema importancia. Quizás no estén dispuestos a hablar con ella, y algunos quizás no tengan la habilidad para verla, pero todavía tenía oídos. ¿Por qué no había considerado antes que esto sólo podría atribuirse a la crisis emocional en la que en su otra vida estaba metida?

Si esta cosa con Carlos era un hecho de lazo del infierno, alguien lo estaría disfrutando y tomando placer en el siguiente caos.

Si golpeando sus viejos puntos calientes no funcionaba, lo sonsacaría de Darwin al levantar el cuerpo de algún bebedor. Iba a descubrir que significaba todo esto para Carlos. Su furia con Darwin era injusta de todas maneras. Había reaccionado de una manera muy poco Marcella a una respuesta que era sólo razonable, considerando que no había compartido la historia completa de la muerte de Armando.

Probablemente las disculpas estaban vigentes—lo cual enviaría toda su imagen a la porquería, pero Darwin no se merecía su recientemente encontrada alegría en su bueno, silbante ajuste de lloriqueos.

Primero, algunos de sus viejos embrujos.

Saltando virtualmente sin ser vista, Marcella flotó a la parte trasera de la Papelera de los Pecados, propiedad de Satán mismo y operado por sus fangosos idiotas. Escaneando el interior del húmedo, grasiento agujero, se encogió ante el recuerdo de su última visita a este abismo de iniquidad y desesperación. Pero

le había dado información que había salvado a Delaney. Ella casi era un alma por la cual rezar si hacía lo mismo por Carlos. Pero había olvidado cómo rezar. Así que en su lugar tenía esperanza por la clase de suerte que una vez encontró en esta inmersión.

Con las orejas paradas, se dirigió a la región más lejana de la negra y profunda cervecería donde la mayoría de la acción sucedía. Los salones de atrás estaban cubiertos de cortinas de cuentas donde la orden suprema de la inmundicia jugaba. Música sofocante tronaba desde los altavoces a lo largo de las paredes. Bajo rumores de risas se mezclaban con gemidos de placer susurrados a lo largo del laberinto de corredores a su derecha. El humo, espeso y nebuloso, flotaba en nubes grises por todo el aire.

Cursis escenas la esperaban, escenas envolviendo a los más decadentes seguidores de Satán—vivos y muertos. Con náuseas, peleó contra el impulso de correr. En su lugar, Marcella miró a través de una cortina roja y morada de cuentas.

—Oh, Marcella. Sabía que vendrías a casa —una voz, negra y suave, se deslizó en su oreja—. Ven a darle a tu viejo amigo Satán un gran y apestoso abrazo.

Dándose la vuelta, se encontró frente a frente con el Príncipe de las Tinieblas. Su estómago se revolvió con acidez amarga. Lucifer sostenía sus brazos arriba, totalmente abiertos, pero ella retrocedió, buscando una puerta por la cual flotar, ladeando una ceja en una expresión familiarmente arrogante.

—Entonces, ¿cómo van las cosas?

Él lanzó su cabeza hacia atrás y ríó profundamente, con una vibración resonando que sacudió las paredes. Vestía jeans desteñidos con un agujero en la rodilla y bajo su chaqueta abierta, una camiseta que decía: Puse el “lindo” en “Ejecutar”. Se estiró sobre su flaco pecho cuando plantó sus manos en sus caderas.

—Oh, Marcella. Te he extrañado. Dime, la-que-ve-a-través-de-uno, ¿me has extrañado, también?

—Como a una patada en el trasero —contestó, fríamente. Dios, se sentía bien estar en control. De dónde había venido y por qué no era tan importante como debiera serlo. Kellen y Carlos la habían dejado meneándose en un mar de emociones de otro mundo, pero esto—lo que sentía por Satán—lo sabía. Bienvenido. Deleitaba como en un baño completo y sedoso de cuentas de jabón perfumado.

Su rostro de ángulo agudo y huesudo, esbozó una sonrisa llena de maldad, cuando se golpeó el pecho con su delgada, pálida mano.

—El dolor del rechazo. Tan profundo, cómo duele —se burló.

Los labios de Marcella se ensamblaron para protegerse de un gruñido.

—Dime, ¿eres miserable en este avión lleno de almas insípidas?

—Cómo si te importara.

Manteniendo su mano levantada, enrolló sus dedos alrededor de algo imaginario.

—Esta es mi “taza de cuidados”. —Se quedó sin aliento cuando miró hacia abajo con un par de ojos exagerados—. Y mira, está vacía. Así que, ¿cómo está tu amiga Delaney? ¿Todavía llena de bondad casera, llena de dulce de dioses?

No gracias a ti. Una oleada más de miedo se deslizó por su espina dorsal. Si quería devolver algo, todavía podía buscar venganza contra Delaney y, sin el don, ella no tendría recursos.

—Delaney no es tu problema.

Satán ignoró la advertencia implícita en sus palabras y le disparó una sonrisa jovial.

—Así que ¿qué hay de nuevo? ¿Cómo te trata la vida? ¿Es absoluta y completamente apestoso el vivir tu eternidad vagando sin fin con todos esos perdedores llorones?

Rodando con una punzada en su estado espectral, Marcella buscó con calma. Él no había sido su objetivo, pero ¿quién mejor que El Diablo para obtener la primicia?

—Necesito un momento de tu tiempo.

Él inclinó su cabeza con una mirada concedora y feliz.

—Síiiii —dijo con tono áspero—. Supongo que estás aquí para ¿rogar por tus lazos privilegiados con el infierno? No puedo decir que te culpe, magdalena. Eres un desastre caliente. Sus flacos dedos barrieron la longitud de su vestido.

La quijada de Marcella se levantó justo como en días antiguos. En desafío, y sin advertencia, sintió una oleada de odio levantarse sólida en su pecho.

—Por favor, tú, vomito. El día que te suplique por algo será el día que haga una voltereta triple en el Infierno.

La burla de Lucifer tembló con una sacudida de sus hombros delgados de caña.

—¡Me encanta cuando estás caliente como un picante! Es atrevido. No querer volver al refugio de mis alas protectoras me rompe mi pequeño corazón. Me siento triste. —Dejó su labio inferior temblar antes de caer en una mueca vil—. Así que ¿Qué te trae a la Papelera si no es el ansia de mis brazos amorosos?

—Primero, ¿una pregunta? —La precaución era la mejor parte de valor, y probar las aguas no era sólo sabio sino imperativo antes de que se metiera en algo peor de lo que ya estaba.

Lucifer arqueó una ceja puntiaguda en anticipación.

Ella le ronroneó, con ojos ardientes y lanzando un mohín coqueto.

—Digamos que quiero regresar y servir — ¿qué hay de insípido en ello?

Sus ojos pequeños brillaron con ansia.

—Tendrías que vestir leotardos lindos, llenos de diamantes falsos y faldas con volados en ellas y afinar tu figura. Pero aunque quisieras, o mejor aún, te lo permitiera, no podrías volver. El patético simplón de Uriel interfirió — tuvo la última palabra. Significa que eres suya, caramelo. Lástima, muy triste.

Notó a su yo fantasma — cuando tienes un tiempo extra en tus manos y no estás llorando sobre algo ridículo como un comercial para ese programa Intervención, descubrir quién demonios es

Uriel. Marcella sonrió en respuesta. Su declaración significaba que no había nada que perder.

—Con eso establecido, quiero saber lo que tú sabes acerca de Armando Villanueva.

—¿Quién?

La aparente sorpresa genuina de Satán la sorprendió, pero no había algo que el amara tanto como jugar con alguien que estaba deprimido. No iba a caer por eso.

—La estupidez no te queda bien.

—Oh, nunca me confundas por estúpido, Marcella. Has hecho eso una vez, y ahora mira. De todas maneras, no sé de quién estás hablando.

—Sabes exactamente a quién me refiero. Es el asqueroso imbécil que maté. Ya sabes, ¿la razón por la cual me convertí en demonio?

—Marcella, Marcella. Rencor, rencor. Taaann enfermizo, taza de frutas. Sabes que no es todo por lo que terminaste bajo mi tutela...

Sus ojos se volvieron tan duros como el granito. Si se atrevía a decir su nombre, ella — ¿qué, Marcella? Eres una bala perdida, aquí, chica. No tienes nada sino tu boca trabajando a tu favor. Así que cállala. De vuelta a la razón, evitó su respuesta irracional.

—¿Dónde está Armando?

Él se detuvo por un momento, buscando en el bolsillo de su chaqueta y sacando su iPhone.

—Refréscame. Hay muchos de ustedes cayendo, es como acorralar gatos grasientos.

—Moreno, hispano, pequeño, murió en 1934.

—¿Vendió su alma antes o después de morir?

Ella apretó sus dientes.

—Antes.

—Oh, de acuerdo, de acuerdo. Bueno, la aplicación de mi iPhone me dice que está inactivo. Una lástima, también. Era un chico malo, de acuerdo a sus estadísticas. Podría haber sido un protegido brillante.

—Tengo un problema.

—El primero de los cuales es tu vestido —respondió con sequedad, disparándole un guiño.

Ya es suficiente con el maldito vestido.

—No está inactivo. Encerré su alma en una caja. La caja está oficialmente abierta. ¿Dónde demonios está?

—¿Considerando una llorosa reconciliación?

—Con velas y champaña fría. ¿Seguro puedes ver mi anticipación? ¿Dónde-está-él?

Lucifer meneó una mano desinteresada.

—No tengo idea de dónde está Armando. Si ya no está inactivo, no ha salido a decir lo mismo. No me importa decirte, estoy descorazonado porque no lo hizo. Es francamente doloroso cuando mis bebés me abandonan.

—Lo que significa que es un truhán... —fue cebada con un alza de sus labios satisfechos. No había nada que le gustara menos a Lucifer que un demonio vuelto un truhán—especialmente un demonio tan vil y dispuesto a hacer cualquier cosa como Armando lo había sido. La mera noción de que alguien pudiera usurpar su trono, no importa que tan ridículo hicieran a Satán sus pantalones cómicos.

Igual su reacción fue serena. Chasqueó su lengua con un suspiro triste.

—Sabes que tanto desprecio eso, ¿cierto, Marcella? Me pone tan estirado y tenso. Me golpea justo aquí. —Alcanzó su parte trasera y golpeó su espalda—. También lo hacen las tareas cotidianas. ¿Cómo salió Armando de su caja?

Mierda. Preocupación.

—Alguien lo dejó salir.

—¿Quién, dulce?

—Un niño. —Alguien rió detrás de la cortina de cuentas de balanceo—. Su nombre es Carlos. No sé qué quiere el raro de Armando con él, Jefe. Sólo escuché el rumor.

Demonios lame pelotas.

Marcella reprendió un encogimiento y el deseo de darle una bofetada de perra al imbécil. Había esperado nunca mencionar el nombre de Carlos, y así mantenerlo alejado de las garras potenciales del infierno y fuera del radar.

Lucifer se asomó por encima de su hombro, con su objetivo de visión en su cobarde siervo. Fue de frío glacial a un calor maniático en el curso de un microsegundo.

—¡Túúú! —rugió—. Mejor que tengas algunas respuestas acerca de cómo Armando se fue sin conocer su paradero o el cielo se verá como la Tierra de los Dulces.

Silenciosamente, ella vio como Lucifer utilizó su iPhone de nuevo.

—Carlos... no hay ningún Carlos en mi lista. No para ser recolectado o que tenga madera para el lado oscuro. —Su cara estaba plácidamente en blanco, luego amenazadoramente mala cuando fue claro que se había dado cuenta de que Armando quizás tuviera algo que él quisiera—. Así que —ronroneó, bajo y molesto—. ¿Qué piensas que quiere Amando de este chico? ¿Qué tiene que Armando quiere? Estoy aún más curioso.

Y era la clase de curiosidad enferma que hacía que las rodillas de Marcella temblaran y que su boca se secara.

—No lo sé.

Satán ladeó su cabeza hacia la izquierda e hizo un puchero con su boca.

—Ah, esto realmente no es acerca de tu querido pasado, atrocemente asesinado marido. Esto es acerca de un chico pequeño. Tan interesante. Estoy tan ansioso.

—Deja al niño pequeño en paz.

La expresión de su rostro decía que su interés estaba creciendo.

—Relájate, niñita. No te molestes conmigo. No sabía que existía hasta hace pocos momentos.

—Bien, entonces olvida que escuchaste su nombre —siseó, desplegando su odio hacia él con un flash de sus ojos verdes.

—Vamos. No puedo hacer eso. ¿Qué clase de gobernante supremo sería si no investigara? Si es de interés para Armando, y tú estás en la mezcla, siento alguna matanza acercándose, y ¡la quiero!

Su temperamento, el único que usualmente creaba nada más que problemas, se adelantó y creó uno.

—Tu bastardo patético y jodido. Deja al niño en paz o yo te...

—¿Qué, Marcella? ¿Pelearás conmigo usando tus habilidades patéticas para flotar?

—Jódete.

Satán levantó su cabeza, colocando un dedo bajo su quijada y levantándola más alto en el aire. Su mirada era pensativa.

—¿Cómo alguna vez te subestimé en todos los años que me serviste, galletita? Estás tan llena de empuje y valentía. Es estimulante. Me atrevo a decir que es incluso estimulante, aunque lamentablemente sin clase. Debí prestar mayor atención a tu potencial para crecer. Pero por desgracia, te deslizaste a través de las grietas. —Encogió sus hombros—. Sucede. A diferencia del mito, realmente no puedo estar en todas partes.

Sus labios se encogieron, su mandíbula se apretó tan duro que tembló. No tenía poder contra Lucifer. Pero por todo lo que era sagrado, encontraría una manera de mantenerlo lejos de Carlos.

—Deja al niño en paz. Haz conmigo lo que quieras. Tómame de vuelta como tu secuaz y te serviré en el abismo, pero déjalo jodidamente en paz.

Llevando un dedo a lo largo de la punta de sus senos, ahora derramándose por su vestido rasgado, sonrió con insidioso conocimiento.

—¿No has hecho esto antes? Ofreces tu alma por un ser querido, vives una vida de medio demonio torturada, volando en lo más bajo, ¿y todo el tiempo lamentando tus pérdidas? Blah, blah, blah. Aburriiiiido. ¿Qué pasa contigo y el auto sacrificio que va mano a mano? ¿No aprendiste la lección la primera vez?

Haciendo caso omiso de la carnada que colgaba delante de su cara, Marcella escupió.

—Déjalo en paz.

Su suspiro fue jugueteón, desdeñoso cuando la dejó caer.

—Oh, Marcella. Siempre con la culpa. Creo que he mencionado una o dos veces que prefiero engañar. No puedo decirte cosas de las que he sido acusado. Si fuera capaz de crear el tipo de caos constante del que las personas declaran que causo, merecería unas vacaciones muy largas con un montón de relleno. Incluso yo tengo mis límites. Sin embargo, me complace informarte, esta cosa con el niño no tiene nada que ver conmigo. ¿Obtengo una galleta por ser un buen chico ahora?

Acercándose, niveló su rostro con el suyo.

—Todo al final termina en ti, desgraciado. Llamas los disparos —puedes arreglar esto.

—Uh, uh, uh —meneó un dedo castigador bajo su nariz—. Nada de sobrenombres. Es desagradable y crea malos sentimientos entre nosotros. Tenemos suficientes de esos, verdad, ¿dulce de miel? Ahora, para dejar las cosas claras. No sé nada de este Carlos, y no tengo idea de por qué ha sido elegido como blanco por Armando. Yo libero a mis secuaces para que hagan mi mandato. Cómo lo hacen, por qué, o cuándo va de su

parte. Me enorgullezco de ser un empleador igualitario en oportunidades y un excelente delegado cuando se refiere a repartir trabajos.

Estaba mintiendo. Tenía que estarlo. Lo siguiente, nada escapaba de él.

—Entonces descúbrelo, porque el siguiente hijo de puta que asusté al niño hasta la mierda está en mi lista negra —dijo de plano. Grandes palabras allí, Marcella. ¿Qué demonios pasa contigo que no te vas a dejar obtener cierto control sobre tu boca y retroceder cuando sea bueno?

Satán hizo otro simulacro de temblor y le guiñó el ojo.

—Ohhh, qué imponente. Sólo sé que todos en las entrañas de mi reino del mal han dejado un charco alto bajo sus pies palmeados porque Marcella Acosta hizo una amenaza. Asustas, asustas mucho. —Marcó la última palabra con un dedo huesudo entre sus ojos.

Frustración, rabia infinita, ira pura surgió a través de su cuerpo. Lanzándose hacia él, gritó.

—¡Si existe una manera, aunque sea la más pequeña, remota oportunidad, encontraré la manera de hacerte pagar!

Él bostezó, utilizando una garra de su dedo para golpearla fuerte lejos, enviándola al piso con una gran sacudida a sus miembros.

—Síiiii. Como si esa amenaza no me la hubieran hecho mil veces antes que tú por amigos mucho más competentes. Y mira quien sigue de pie. Escabúllete ahora. Ya no eres mi problema. Seguramente tienes una casa que encantar. —Su risa era baja, burlándose, gritando a través de sus oídos, puso sus secuaces sobre ella como una jauría de perros con nada más que un movimiento de cabeza.

La llevaron al frente de la cantina y la tiraron fuera como el pan-viejo-del-día cuando la levitación no era tan fastidiosa como útil.

La mente de Marcella corrió. Satán estaba mintiendo, escoria ladrona. Aún así, no parecía encantado con Armando suelto, sin mencionar completamente inadvertido. Así que si Satán no quería a Carlos, y el rumor en el infierno era que Armando sí, ¿cuál era la maldita conexión entre Armando y el niño?

Tenía que llevar la información a Kellen. Quizás hubiera escuchado de Catalina y podrían idear algo juntos.

Catalina se dirigió rápidamente a la tienda mientras Kellen se resistía de las imágenes de Marcella en su cabeza. Llamándola a través de sus imágenes con sus ya flotantes y erizadas plumas. Su molestia de antes dejaba claro que necesitaba espacio. Él quería darle eso. Él estaba apretando sus dientes para darle eso mientras pensaba una manera

de mantenerla aquí. Catalina irrumpió hacia él, con sus botas de trabajo dejando huellas húmedas y arrastrando hojas empapadas a su espalda.

Encarándolo, cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Así que, ¿qué tan grande son tus pies?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Sólo respóndela —demandó Catalina.

Sus ojos crecieron con desconfianza.

—¿Es acerca de mi llamada telefónica?

Kellen se apoyó con una de sus manos en la caja registradora, ella redujo su mirada.

—Sólo contesta la pregunta.

—Once.

Catalina frunció sus labios y negó con la cabeza.

—Oh, eso nunca funcionará.

—¿Es esto algún clase de código en el que estamos hablando?

—No, estaba asegurándome para saber si tu pie cabría en tu boca.

—Sé que hay una explicación siguiente, pero no nos vayamos por las ramas.

Su suspiro fue desigual.

—Mi amigo, la has jodido en grande. Tan grande, que te estarás pateando en muchas reencarnaciones.

—¿A dónde vamos con esto?

—Marcella. Por cierto, ¿está aquí?

—No. Eres libre. ¿Qué pasa con Marcella?

—Tengo información. No es mucha, pero va a doler.

Su estómago se hundió, y se encontró a sí mismo esperando que no hubiera puesto una fe en Marcella que estuviera mal encaminada. Sus sentimientos por ella estaban cambiando, profundizándose, y no tenía nada que ver con la lujuria.

—Puedo soportarlo.

—Ella no es lo que tú piensas que es—fue No terminó en el infierno porque apeataba en lo que respecta a humanidad.

—Ella dijo que fue porque mató a Armando, su esposo...

Sus ojos se abrieron con sorpresa pero luego se redujeron.

—Oh, ella definitivamente hizo eso, ¿pero sabes porque puso algunas uñas en su féretro?

—¿Porque era un cochino imbécil?

—Es por eso, pero hay más.

—¿Tengo que escuchar el más?

—Dependiendo de qué tan bien te manejas con la idea de su juicio chupa pelotas.

Le dio una sonrisa pervertida y tímida.

—He crecido a gusto con que la evaluación particular de mi personaje falla.

—Bien. Quizás quieras sentarte. Es una mierda destructora.

Kellen cerró sus rodillas.

—Sólo dime.

—Ella terminó en el infierno porque quizás era una de las mejores personas que podrías conocer, Kellen. Definitivamente tomó la decisión de volverse una secuaz, pero fue por una razón que no era mala.

La cabeza de Kellen se arremolinó.

—Dime —demandó con la mandíbula apretada.

—Tenía un hijo. Un hijo que su monstruoso esposo quería para sus propios propósitos asquerosos. No conozco los detalles, pero sé de hecho, que vendió su alma para salvar a su hijo. Un. Bebé.

El aire se redujo; la sala se fue de punta y se sacudió, luego volvió a su lugar. Su aliento dejó sus pulmones, luego regresó en un ataque de demasiado aire.

—Eso es de locos —finalmente carraspeó.

Sus ojos, duros y como los de un águila, escanearon los suyos.

—¿En verdad lo es? No lo creo así Kell. ¿Qué no haría una madre por su hijo? ¿Qué camino no tomaría? Marcella fue al camino más lejano que hay. Al infierno y de vuelta. Y tú, amigo, le debes una disculpa que va y viene. De hecho, creo que deberías decir que lo sientes cada vez que estés con ella al menos cada veinte segundos, y aún así no te habrás arreglado con ella. Tú intento de hombre, y creo que hablo por cada demonio que alguna vez ha sido presionado para tomar una decisión que en algunos ojos es imperdonable, cuando digo que ¡ustedes todos son un montón de gente-correcta, blancos-negros imbéciles! Se requiere de una mujer muy fuerte para hacer lo que Marcella hizo, compañero.

Su defensa de Marcella era tan vehemente, tan apasionada, que lo hizo retroceder un paso. La furia de Catalina era palpable, pero él estaba muy concentrado en lo que le

acababa de revelar para profundizar en ello. ¿Marcella había tenido un hijo? Su cabeza iba a explotar.

—¿Estás segura? ¿Estás segura que tus fuentes están en lo correcto?

La boca de Catalina formó una sonrisa amarga.

—¿Quieres decir porque mis fuentes son demonios, verdad? No continúes por ese camino de imbécil, Kellen. Lo busqué yo misma. Tomó un gran placer el robarle el archivo de Marcella a un tonto llamado Clyve—con v, como él mismo me lo recordó vehemente. Así que, sí. Estoy segura.

Ese choque de la realidad rugió en sus oídos. Se sintió como si hubiera sido golpeado en los riñones.

—¿Por qué demonios escondería algo así de nosotros? ¿De Delaney? ¿Por qué sólo no nos dijo qué sucedió?

Catalina ladró una risa amarga, enredando una mano en su cabello.

—¿Le hubieras creído? ¿Cómo hubiera probado algo así, Kellen?

—¡No sé! —rugió, injustamente molesto con Marcella por esconderle un secreto tan oscuro. Explicaba tanto... Apretó sus puños y los abrió para relajarse, suavizando su tono—. No sé. Pero nunca nos dio la oportunidad, ¿cierto?

Arrinconándolo, Catalina le brindó una mirada rabiosa, acusatoria.

—¡No te atrevas a voltear esto hacia ella para justificar tu comportamiento, Kellen! No. Lo. Hagas. Marcella tiene sus razones. Estoy segura que la mayoría de ellas tienen que ver con proteger a su hijo, quien, por lo que sabemos, aún está vivo. Pero nunca le preguntaste, ¿cierto? La única persona que no asumió nada fue Delaney, y eso porque quizás era lo suficientemente sensible para saber que algo horrible hizo a Marcella hacer lo que hizo todos esos años antes. No figoneó porque reconoce un punto de dolor cuando ve uno. Lo aceptó. Tú, por otra parte, eres un hombre de las cavernas acusador. Así que ni siquiera pienses en culpar a Marcella por tu mal comportamiento. El mundo de los demonios está lleno de secretos, muchos mejor dejarlos protegidos y definitivamente solos. Lo que sea que Marcella hizo, por qué lo hizo, no queda de tu parte el juzgarlo.

Kellen levantó sus manos para comunicar que entendió. El alivio porque ella no hubiera revelado que Marcella era una asesina serial estaba comenzando a asentarse. Ahora lo que quedaban era preguntas sobre preguntas.

—Estás en lo correcto, y es obvio que ella y yo necesitamos hablar. También estoy entendiendo mejor sus motivaciones en lo que concierne a Carlos. Hablando de ello, ¿te llegó mi mensaje? ¿Encontraste algo más afuera?

Los labios de Catalina cayeron con una burla repugnante.

—Ni una maldita cosa, pero tengo todo tipo de antenas activadas —remarcó ella, con una rara, lejana mirada oscureciéndole el rostro por un momento y luego aclarándose—. No tengo miedo de decir que pienso que Carlos tiene algo que Armando quiere y no quiere que nadie sepa que lo quiere. No se ha pasado por el infierno después de sus vacaciones auto impuestas. A Satán no le gusta eso. Significa que es un truhán. Así que dónde sea que se esté escondiendo, puedes apostar que una vez que Lucifer obtenga esta información, será un boletín de última hora.

Mierda, mierda, mierda. Justo lo que no necesitaban.

—¿Has visto alguna cosa extraña sucediendo en casa de Carlos?

Ella resopló.

—Sólo a su madre. Odio decirlo, pero qué pedazo de mierda.

—¿Significado?

—¿Qué clase de madre se queda fuera toda la noche y duerme pasando las borracheras todo el día? Ha sido dejada en el apartamento por más basura que con la que podrías llenar una cárcel de máxima seguridad.

La preocupación de Kellen fue secuestrada en una mueca.

—La Sra. Ramírez dijo que algo estaba pasando con ella desde la muerte de su esposo. Algo que ella no entendió porque, según ella, Solana es una buena chica. Dolor es lo que le puede hacer que una persona cambie. —Él sabía esto de primera plana desde la muerte de su madre y el caos con Vincent.

—Uh, ¿eso las convierte en prostitutas?

Hizo una mueca en simpatía hacia la Sra. Ramirez.

—Dura evaluación, mi amiga.

Catalina golpeó sus manos contra sus muslos.

—No hablo de nada más que de la verdad. No la veo para nada durante las horas del día, y cuando sí la veo, es sólo por la parte de atrás, porque ella está en su camino por las escaleras después de una noche de borrachera. No puedo decir que la vea cerca, se va muchas veces. Mi atención está centrada en Carlos. Te puedo

decir, ella pasa más tiempo pegada contra la pared de un edificio, con un hombre manoseándola en sus brazos, que un albañil. Ni sé cuando tiene tiempo de siquiera preocuparse por el niño, pero no he sentido ni visto ninguna actividad sospechosa de forma sobrenatural. Aunque, me siento como mierda por el chico.

—Así que no estamos más lejos que de donde empezamos. Mierda —murmuró él, arrastrando una mano por la barba en su mentón.

—Que lo estamos, y me tengo que ir, pero hazme un favor antes de hacerlo.

—¿Más mierda de murciélagos?

Catalina se rió entre dientes.

—No. No más mierda. Deja estar a Marcella, y si la confrontas con respecto a esto, hazlo sin pisarla fuerte en esta situación con esos talla once. A ella le duele. Aún después de todo este tiempo. Puedes confiar en mí en ello.

Kellen fijó su mirada en la de ella, esperando mirar lo que ella no le estaba diciendo.

—Eso suena como si viniera de la experiencia.

—No importa de dónde venga. Sólo presta atención. Después —murmuró bajo, moviendo sus dedos para vaporizarse en la ahora oscura tienda.

Kellen se sentó en una silla de comedor y corrió sus dedos sobre su cabello. Había estado tan brutalmente equivocado acerca de Marcella, lo dejaba exhausto sólo pensar en la energía que había gastado comportándose como una mierda total con ella.

Marcella una vez había tenido un hijo. Un bebé. Su pecho se encogió ante su sacrificio. Volviendo a algunas de las palabras que le había gruñido, las cosas horribles de las que la había acusado, lo hizo querer regresar y comerse cada una de ellas. Pero no existía el poder de regresar.

¿Por qué no le había dicho?

¿Le hubieras creído? Escuchó la cinta de Catalina, su cortante pregunta sonar en su cabeza. Dios, había sido un desgraciado de la peor clase, y tenía que reponerlo, pero primero necesitaba escuchar las palabras de su boca. No sólo eso, tenía que encontrar una manera de mantenerla aquí.

Con él.

Sólo ayer y totalmente fuera de la tristeza, esa noción lo hubiera golpeado como un camión de cargamento pesado. Kellen Markham quería que Marcella Acosta se quedara con él aquí. Quería conocer a la persona que ella había estado escondiendo con sus mordaces palabras y la forma coqueta de menear sus caderas. Porque era un infierno más profundo del que estaba mostrando.

Y él quería entrar.

—¿Me llamaste?

La cabeza de Kellen se levantó cuando escuchó la voz de Marcella, suave, fatigada. Definitivamente fatigada. Él había añadido esa carga. Una tan pesada, que sintió el peso de ella. Ahora era tiempo de dejar salir parte de eso.

Levantándose, sus piernas se movieron como plomo mientras extendía su mano hacia ella, su expresión solemne.

—Sí. Llamé.

Alcanzando la suya, la empujó hacía la de él, curvando sus manos sobre su espalda, suavizando la tensión mientras flotaba en sus brazos. La primera reacción de Marcella fue tensarse, pero imaginó que había sentido el cambio ocurrido en él, y se relajó.

Era tiempo de limpiar el aire entre ellos. Ella era fieramente orgullosa. No le iba a gustar admitir por qué había vendido su alma. Pero el tiempo había llegado.

Dejemos que los juegos empiecen.

Capítulo 11



Traducido por CyeLy DiviNNa

Corregido por Caamille

Kellen se apoderó de ella como si nunca la fuera a dejar ir, con una fuerza que era a la vez suave y persuasiva pero con determinación. Cerró los ojos y se obligó a respirar antes de que tratara de alejarse de la presión de sus deliciosas manos en su espalda, pero él se mantuvo firme en su espera.

—¿Estás consciente de que estamos algo abrazados?

—Tenemos que hablar. —Sus palabras eran calladas, con calma.

Su defensa fue en alerta máxima. Hablar. Nadie quería hablar con ella. De repente había una fila de personas queriendo hablar con ella, que era más larga que una línea para entrar en una grabación de Oprah.

—No estoy aquí para hablar de encontrar una manera para mantenerme aquí, si eso es lo que estás interesado, o no puedo hacer esa clara locura cuando me quedo viendo como adolescente que no podía hablar con su padre para pedir las llaves del Maserati.

—Eso no es de lo que quiero hablar —la voz baja a sus palabras, fue como un anillo al que ato su cerda.

La ansiedad apretó rápidamente su corazón palpitante. Cayó hacia atrás, apoyando la cintura en el círculo de sus brazos y sus manos en sus espesos bíceps.

—¿Es Carlos?

—Eso tiene algo que ver con lo que quiero hablar, pero hay algo más importante. Este es el trato. Quiero que me prometas que me escucharas.

Los ojos de Kellen la asustaron, tan intensos, tan llenos de algo que no entendía. ¿Por qué había cambiado tanto en tan sólo el curso de un tarde días? Ella no entendía a este Kellen.

—Está bien. Estoy escuchando.

—Yo sé por qué mataste a Armando, y sé que tenías que hacerlo por tu hijo. Lo que no entiendo es por qué nunca te sentiste lo suficientemente cómoda como para contarle incluso a Delaney que tuviste un hijo, para empezar.

Inmediatamente, estuvo furiosa. El miedo la puso en acción.

—¿Quién te dijo acerca de mi hijo? —Lucho para conseguir la saliva que acompañaba sus palabras.

—¿Importa?

—Tu maldito Dios claro que importa. ¡No es asunto de nadie más que mío!

Se frotó el pulgar contra la esquina de su boca.

—Mira, yo entiendo por qué sería doloroso hablar, pero ha pasado mucho tiempo, Marcella. Mucho tiempo desde que caíste. ¿No quisiste volver antes de que partiera? ¿No crees que hablar con Delaney al respecto te habría ayudado?

—¿En que podría ayudar esto, Kellen? —Barrió las manos en el aire con la impotente derrota—. Decirle a alguien lo que pasó no va a cambiar lo que es. No cambiaría el hecho de que yo era un demonio, eso no cambia el hecho de que ahora soy un fantasma. Pregúntate esto: ¿Sr. Pious, habrías creído cómo me había convertido en un demonio? Lo dudo, Kellen. Yo no sé porque de pronto cambiaste de opinión acerca de mí, pero si yo hubiera venido a Delaney con mi corazón en mi manga, antes de todas las cosas con Clyde, habrías sido el primero en gritar la mierda —su resentimiento por el personaje que había creado se convirtió en un remolino de furia caliente.

Kellen ahuecó su mejilla, cepillándola con un ligero beso en la frente.

—Tienes razón. Me equivoqué. Yo era un imbécil. Pero estoy tratando de hacer lo correcto, y realmente me gustaría entender. Sólo tienes que hablar conmigo —dijo con su mirada perpleja porque no estaba seguro de por dónde empezar—. Así que vamos a ver si lo entiendo. ¿Vendiste tu alma al diablo por tu hijo?

El amargo resentimiento brotó en su intestino. Sí. Eso es exactamente lo que había hecho.

—Yo lo hice. —Lo había hecho sin pausa, sin titubear, y nunca lo lamentó.

El momento de silencio que se hizo aumentó su intranquilidad. No estaba segura de si estaba liquidándola, o dejando envolver el cerebro entorno a lo que había admitido sola.

—¿Así que es realmente cierto?

Sus ojos se balanceaban hacia el piso.

—¿Cuáles el punto de mentir ahora? No gano absolutamente nada con mentiras, Kellen. Sí, vendí mi alma para salvar a mi hijo, que no era más que un bebé en el momento.

Las manos de Kellen dejaron de moverse en su espalda.

—¿Por qué dejaste...

—¿Qué creyeras que yo no era más que una codiciosa, vacía de contenido, saltando de cama en cama durante mi tiempo de demonio? —se encogió de hombros. Ella estaba demasiado cansada para evitar cualquier cosa. El agotamiento de setenta y seis años de secretos se estaba convirtiendo en una mierda y su mente ya no estaba funcionando.

Arrugando los ojos cerrados, pasó un dedo por encima de ellos para aliviar la tensión.

—En el momento en que los conocí a ti y a D, probablemente era más amarga de lo que era. Yo no me apegaba a los seres humanos porque se mueren y desaparecen. Delaney fue la excepción a la regla. Ella me hizo amarla, me invitó a su mundo. Yo no sé por qué me vi obligada a volver a la tienda. Dios sabe que yo quería vomitar cada vez que comía germen de trigo y arrojaba sus puntos de vista holísticos, pero no aceptaba un no por respuesta. Me doy cuenta de que si hubiera sido humana, la muerte habría sido una parte de mi mundo, de todos modos. Pero la parte más difícil de ser un demonio es la vida eterna, a sabiendas de que nunca moriría. Yo no podía creer lo jodidamente injusto que era que yo tenía que vivir para siempre sin salida.

—Así que pasé una buena parte de mis años demoníacos en una crisis de la mediana no-vida. No había mucho que no estaba disponible para mí, así que decidí que tenía que disfrutar de las cosas materiales y los privilegios atados a la tierra que me ofrecían enterrar mi dolor en viajes de compras a París. Estoy segura de que tienes alguna razón científica de por qué lo hice, pero la razón emocional es que, yo sólo quería olvidar. Y sí, lo hice hasta el extremo, pero si tomo las cosas a distancia, no me aplastan. La pérdida de alguien a quien amaba, lo hizo.

Kellen apartó un mechón de pelo de la cara con un suave dedo.

—Lo siento. Por todo el tiempo que perdiste con tu hijo, lo siento mucho. Realmente no hay palabras, ¿verdad? —hizo la profundidad de su tono solemne. Marcella luchaba para recuperar el aliento. Sus ojos tenían un valor de años de pena que no podía manejar.

Santa Madre, las lágrimas de nuevo. Con una respiración profunda, sonrió.

—No es gran cosa. No guardo rencor contra ti por estar disgustado con alguien como yo, Kellen, cuando soy la que cuidó tu opinión de mí, para empezar. Quiero decir, realmente, cuando eres un demonio, ¿cómo se cambian los mitos detrás de los que están asociados? Nos pareció que era una batalla más. No lo estaba haciendo. Así que dejé de luchar contra ello y me fui adelante por el paseo.

Ahucando su mejilla, él la acariciaba con el pulgar encallecido.

—Debido a que estabas cansada.

Se sentía tan bien admitirlo finalmente, que le dolían los huesos.

—Sí. Muy cansada. Es un trabajo convencer a alguien que no todos los demonios toman la decisión de unirse a las filas del infierno por razones nefastas. Años de mala prensa no ayudan, tampoco.

Su mirada era reflexiva y penetrante.

—¿Pero no tan cansada para no poder salvar a Delaney y Clyde?

Agitando una mano en él, se despidió de esta noche. Ella no estaba en esto por una maldita palmadita en la espalda.

—Delaney tiene un futuro que tiene sus limitaciones. Yo no lo tenía entonces. Lo hice porque creo que tal vez en algún lugar de mi subconsciente sólo quería adherirme a todo la mierda que crea Lucifer. Al pegarme a él, casi esperaba que hubiera algún camino del que no sabía nada. Que tal vez había una laguna que me había perdido y en la alianza con Delaney, terminaría estando en cualquier lugar, pero todavía coleando.

—Corrías el riesgo de la fosa, Marcella.

—Culpable.

—Soy un cabrón.

—¿Quieres discutir ese punto? —bromeó con la esperanza de que no fuera más profundo. Tener sentimientos que en realidad se tenían que compartir, era un maldito trabajo duro.

Su rostro tenía tal arrepentimiento, que le dolía mirarlo de frente.

—No. Eso es la verdad. No me molesté en conocerte porque estabas agrupada en la pila de mierda con ese enfermo Vincent. Yo sólo no entendía la amistad de Delaney contigo. Yo no entendía cómo podía hacerse amiga de alguien, que posiblemente, representaba a la parte inferior del barril, sobre todo después de lo que sucedió con Vincent. Nunca he visto lo gris en tu situación. Terminé por juzgarte. Lo cual viene a demostrar que Delaney es mucho mejor persona de lo que nunca seré.

Marcella meneó la cabeza.

—Vincent era una persona horrible en la vida y en la muerte, Kellen. No tenías ninguna razón para pensar que cualquier otro demonio no sería igual.

—Pero no me molesté en preguntar.

—Tampoco Delaney —razonó ella.

—Ah, pero la diferencia es que ella no tenía por qué. Te creyó, y nunca se detuvo — replicó él sombríamente.

—Fue una buena amiga para mí.

—Y al final, fuiste una buena amiga para ella.

Mirando hacia abajo, luchó contra las emociones en su mirada cuando la inspeccionaba. El limpio entendimiento que el perdón le trajo sacudió su corazón.

—Se acabó. Ahora sabes la verdad. Está todo bien.

En un gesto repentino, Kellen la atrajo hacia él, no en el calor del momento el camino que había hecho antes, sino abarcándola en una licitación. Se sentía tan increíblemente bien descansar la cabeza sobre su musculoso hombro, para sentir el calor de su piel debajo de la sudadera del antiguo colegio.

—No —susurró con voz ronca—. No está bien, Marcella. Nada de esto está bien o justo, o correcto.

Ella habló, pero las palabras no quisieron venir. Por qué este hombre que había anhelado, con dolor, le ofrecía su absolución, en sus brazos nada menos, le robó todo lo que podría ser capaz de articular. Pero era algo más que los diez años que había conocido a Kellen apoderándose de ella. Décadas de frustración, de miedo, de soledad la invadieron, y no pudo escapar del sollozo que se le cayó de los labios profunda y espontáneamente. Enterró el rostro en su hombro para saborear el momento para cuando se fuera, Marcella luchó con la lluvia de lágrimas y la aspiración de más aire.

Biiien. No llorar más y sollozar. Empujando con el pecho, Marcella encontró la determinación de acero que había usado una vez como su abrigo.

—No hay más. Lo hecho, hecho está, y no hay que aceptar la devolución. Aunque, tal vez ahora que entiendes lo que soy, al menos podamos tratar de no tirarnos de los demás pelos cortos, que se aspira en los últimos tiempos, por cierto, y podamos tratar de averiguar lo que está sucediendo a Carlos y por qué.

Pero Kellen no la dejó ir. Fue muy claro en el conjunto determinado de su boca.

—Aún no me has dicho los detalles acerca de por qué le vendiste tu alma.

Su resolución se estremeció. No. No. No.

—Y yo no lo voy a hacer. Es algo que simplemente no quiero volver a vivir en voz alta.

—¿Tienes miedo de decirme? ¿Tiene que ver con un pacto que hiciste con el diablo para protegerlos? Voy a matar a esa mierda —su tono de protección, en el que ella lo había escuchado hablar antes utilizándolo únicamente en lo relativo a Delaney, hizo su el golpeteo de su corazón más rápido.

—¡No!—gritó ella a continuación, tomó aire para calmarse—. No —repitió con firmeza Marcella a propósito—. Tiene que ver conmigo con no querer volver a vivir el tipo de dolor que sientes cuando entregas a tu hijo a otra persona para irte. Es el tipo de dolor que no puedes expresar cuando piensas en todo lo que te vas a perder. Yo sólo... —su cabeza cayó sobre su pecho y apretó los ojos para defenderse de la fuerte angustia que quería explotar en el vientre—. Por favor, ¿podríamos no hacer esto? Yo no puedo, no... —y de repente, realmente no podía. No podía ocultar la agonía desgarradora por la pérdida de David.

¡Oh, Jesús! pensar en su nombre arrancó otro agujero en su corazón, estrechándose hasta que el torrente de lágrimas con que había estado luchando ganó, cayendo por su rostro en grandes gotas saladas.

Todo.

No quería, pero se acordó de todo lo relacionado con él como si lo que había pasado hubiera sucedido ayer. Su dulce olor después de un baño, la alegría que le había regalado con su sonrisa gingival. El puño que se había atascado en la boca, cuando estaba luchando con el sueño. La paja oscura de pelo en la cabeza, de seda y elástico, presionado contra su pecho mientras se alimentaba.

La forma en que él había envuelto su mano alrededor de un mechón de su pelo mientras ella lo mecía para dormir en la mecedora que sus padres le habían dado en el nacimiento de David. Sus profundos ojos verdes, tan parecidos a los suyos, anchos y en alerta, sonriéndole cuando lo tuvo por última vez. La confianza. De cuan hermoso e inocente habría llegado a ser.

Y el conocimiento.

Sabiendo que nunca volvería a verlo. Nunca lo tocaría. Nunca le daría besos de mariposa a su vientre redondeado, mientras se reía. Sin saber nunca quién había llegado a ser.

Nunca.

La mano de Marcella se fue a su pecho cuando se dobló. Los sollozos tan profundos de lastima mientras expresaba su tormento, la rasgadura de su separación. Los años cayeron y un dolor sordo, una herida abierta, fresca y rebosante de un indescriptible dolor.

Kellen la agarró, encontrando una silla y tirando de ella en su regazo, acunándola. En la mecedora mientras sollozaba por la injusticia de perder a David. Las largas noches cuando acababa de hacer esto, hasta que se dormía. Las noches en que ella había deseado a su bebé con un dolor físico real. Los interminables años de lucha contra el anhelo de encontrarlo, decirle quién era y poner fin a su despedida. La batalla que había luchado con ella misma para no limitarse a tomar un vistazo de él para

tranquilizarse a sí misma de que estaba bien. El tipo de confianza que había tenido que mantener en él, orando lo había colocado en las manos adecuadas.

El temor.

¡Oh, Cristo, el temor de que él sería encontrado! Que Armando iba a salir de esa caja maldita en que lo había puesto y encontraría a David.

Kellen murmuraba palabras que significaban todo y nada. Una mezcla confusa de caricias suaves atadas con su profundo tono consolador.

—Lo siento, cariño —él se aclaró la garganta contra la parte superior de su cabeza—. Lo siento mucho —dijo con voz áspera.

Pasaron las horas o tal vez fue sólo unos minutos, pero la dejaron desconsolada. Con los huesos secos, aún doliendo, el dolor infernal, quemando brillantemente.

Marcella mantuvo su mejilla presionada contra su pecho, escuchando el suave ritmo de su corazón, dejando que aliviara su dolor.

La sudadera de Kellen pegada a su pecho, se secó en ella con una mano débil, pero él la atrapó, llevándola a sus labios para presionar un beso en ella.

—Sólo descansa —susurró, en suave voz baja.

Cargándola en brazos, la llevó al dormitorio, donde retiró una manta, ella todavía no podía recuperar el control, él la acostó. Tirando de las cubiertas a lo largo de ella, se volvió para irse, pero lo llamó con un susurro ronco.

—Quédate. Por favor. Quédate conmigo. —Fue lo único que podía manejar. Estaba en carne viva, vulnerable, necesitada, y por primera vez en mucho tiempo, dejó que la capa dura de su miseria se quebrara lo suficiente como para dejarle entrar.

Kellen no lo dudó. En su rostro brilló una emoción tras otra mientras caminaba a la orilla de la cama, doblando su cuerpo largo y fuerte para subir a su lado.

Marcella se acercó, tan agradecida de que si podía tocar nada más, que podía tocarlo. Necesitaba aferrarse a algo sólido, que afirmaba la vida, aunque no tenía una identidad terrenal en su cuenta.

Envolviendo sus brazos alrededor de su cuello, enterró el rostro en su hombro, respirando el olor de la piel que había anhelado durante tanto tiempo. Sus manos encontraron su cintura, adaptándose a la mitad inferior de su cuerpo, dejando sus dedos descremados en sus caderas, la espalda, moviéndose en círculos lentos hasta que ya no podía soportar que no le tocara.

En todas partes.

Marcella sintió su indecisión, el toque de sus manos buscaba respuestas a sus preguntas. Sin embargo, ella estaba frágil, irritada con la erupción de los recuerdos dragados desde un lugar que había esperado mantener enterrado. Su orgullo se redujo alrededor de ella como un manto que cae al suelo cuando tomó el asunto en sus propias manos.

¡Maldito fuera el dolor que esto podría traerle cuando se fuera y no quedaran nada más que recuerdos! ¡Maldito fuera el orgullo que le había impedido revelar su pasado! ¡Maldito fuera el hecho de que nunca tendrían un futuro!

Sólo estaba el ahora.

Su corazón se aceleró en el pecho, golpeando con fuerza contra sus costillas cuando sacó las manos de su espalda y las colocó sobre sus pechos, arqueando los dedos en su piel, amasándolos.

Los ojos de Kellen se reunieron con los de ella, oscuros, sensuales, llenos de más incertidumbre.

Ella respondió a la pregunta, dándole una sonrisa fácil.

Su gemido, caliente, sensual, desigual, hizo que sus pezones se endurecieran como puntas afiladas. Marcella levantó sus caderas, amoldándolo, deleitándose en el esquema del grosor de su pene en contra de sus vaqueros.

Con las manos a tuestas en la cremallera de sus pantalones, pero no podía soltarla. Sintiendo su incapacidad para eliminar la ropa, él lo hizo por ella. Subió en la cama, se quitó las zapatillas y tiró de la camisa.

Su pecho, amplio, duro, esculpido y con vida, brillaban en la luz de la luna que entraba desde la ventana del dormitorio, dejándole la boca seca. Cuando se sacudió los pantalones por encima de su cadera, delgada y angulosa, que resollaba una ingesta aguda de la respiración, los gruesos músculos de sus muslos estaban flexionados y sobresalían como si hubieran sido moldeados en granito.

La visión de su pene, recto, ancho, largo, hacía que Marcella luchara contra un retorcimiento de anticipación sin vergüenza.

Ella trató de quitarse la propia ropa, pero no pudo. ¿Por qué podía tocarla, pero no quitársela? Sus ojos buscaron a Kellen para obtener ayuda. Él se dejó caer sobre la cama, y sus propios ojos, oscuros, deliciosos, la embriagaron con descarada curiosidad cuando él levantó su vestido por encima de su cabeza.

Si esto era un fracaso, al menos no tendría más ese vestido horrible.

Marcella se recostó en la cama, abierta a sí misma mostrándose a él. Estaba muy lejos de avergonzarse de su cuerpo, y quería que él supiera que ni un solo centímetro de ella se iba a arrepentir de esto.

Separando sus piernas con las fuertes manos, corrió, hundiéndose entre ellas dejando que su polla la engañara contra su vientre. Oyó el gemido escapar de sus labios y no trató de luchar contra él. Por al desnudar sea sí misma estaba en lo cierto. Todas las emociones, el anhelo, la necesidad con el deseo que había sentido por él durante tanto tiempo no serían sofocadas.

Llegando arriba, acurrucó sus dedos en el pelo de la nuca de su cuello, corriendo las uñas a lo largo de su cuero cabelludo retorciéndose debajo de él cuando se estremeció en su oído, sus cuerpos rodando a la vez.

Los labios de Kellen se movieron contra los de ella muy lentamente, con pequeños pellizcos a la oreja, la mandíbula.

Marcella le hizo una seña, arrastrándola a su boca para finalmente conocer la suya.

El contacto era exquisito, delicioso, ya que estaba con los labios apretados, semi abiertos, sin moverse hasta que Kellen tomó su primer pase por la boca con la lengua. Lo rodeó, acariciando el contorno, pellizcándolo, creando un calor húmedo que bajaba a la boca del estómago.

Cuando finalmente se apoderó de sus labios, se sacudió debajo de él, levantando las caderas, en respuesta al decadente sabor dulce de sus bocas unidas.

Su beso fue feroz, posesivo, forjado con algo que no podía reclamar o entender, pero identificada con el mismo. Kellen barrió con su mano a lo largo de su cadera desnuda, cubriendo la punta de sus dedos a lo largo de la curva, corriendo hacia abajo a lo largo de sus muslos.

Marcella hizo lo mismo, amasando su gruesa musculatura posterior, aprovechando sus manos a lo largo de los firmes globos de su trasero, levantando las caderas, gimiendo por su necesidad de contar con él. Kellen se hizo hacia atrás, pero Marcella se negó a dejarlo ir. El resto podría venir después. En este mismo momento, todo lo que quería era que él estuviera dentro de ella, conduciéndose en ella, borrando todo, sus cuerpos jadeantes uno por el otro.

Intuitivamente, él entendió, separando sus muslos, envolviéndolos en torno a su cintura, blandiendo en su entrada, posicionándose. Sin embargo, antes de tomar su primer golpe, él ahuecó su mejilla y demandó:

—Mírame. Cuando haga el amor contigo, quiero que me veas.

Su tono brusco, la tensión de sus músculos, la demanda en su tono de voz la hizo temblar con la fuerza de su deseo reprimido.

Elevando la barbilla, Marcella miró a los ojos, pecaminosamente calientes.

Acarició su vientre con las manos, alisando la piel antes de sumergirse en el calor de su sexo con dedos de fuego, arrastrándolos sobre su clítoris, provocando gemidos de necesidad en sus labios.

Separándose de ella, él tomó la cabeza de su polla en su mano, sus ojos se encontraron.

Y entonces, la condujo hacia ella, con fiereza, profundamente, sumergiéndose en ella y extendiéndose tan deliciosamente, que la dejó sin aliento.

Sus pezones apretados, sintió dolor al tener su boca sobre ellos cuando hundió la oscura cabeza para tener uno entre sus labios. Ella susurró su aprobación, alzándose hacia arriba, aceptando su gruesa polla con un grito casi de éxtasis.

La lengua de Kellen bañó los pezones, raspándolos con sus labios, inhalando y tirando de ellos hasta que el placer/dolor dejó lágrimas en sus ojos. Otro pasó y estaba muy adentro, conduciéndose por un camino lento y caliente a su núcleo.

Apoyándose en los codos, se maravilló en su oscura cabeza, en su piel antes de que ella lo sacara de su pecho y acunara la mandíbula con las manos. Tenían que estar más cerca, más profundo. Quería absorberlo, fundirse hasta que se unieran. La tomó de la boca de nuevo, causando estragos en ella, rebanando la lengua dentro y fuera de la boca, empujando de nuevo a la cama.

Usando sus pies, Kellen subió la apuesta al sumergirse más, meciéndose uno contra el otro, las caderas estrellándose, ya que montaban esta ola de calor por la necesidad. El sudor formó una mancha deslizándose en la piel, facilitando su sensual movimiento hacia atrás y hacia adelante.

Sus manos arañaron su espalda, cayendo por debajo de sus fuertes brazos y aferrándose a sus hombros mientras ella se reunía con él en un momento de conexión cerebro vascular. El calor húmedo bajaba en espiral en su sexo, palpitando, palpitando hasta que aplastó la cabeza de lado a lado.

Kellen subió las piernas más arriba, conduciéndola, buscándola, empujándola hasta que ya no podía evitar la inundación del orgasmo al rojo vivo. El de ella vino con un aullido, en contra de él, golpeando su cuerpo en un ritmo decadente, temblando contra el refugio de su ancho pecho. Su cuello arqueado y Kellen hundió la cara en el punto sensible justo por encima de la clavícula, cada músculo de su cuerpo tenso, tenso, hasta que echó la cabeza hacia atrás y gritó su liberación, ronca y victoriosa.

Su orgasmo se derramó en ella, llenándola, inundándola con una satisfacción que no había logrado nunca en cualquier otro encuentro.

Su respiración era irregular, astillada por el resuello de la lucha por llevar aire a sus pulmones.

Cansado, Kellen colapsó en su contra, el sudor brillando en su frente, dejando un brillo en su piel rojiza.

Sus emociones eran altas mientras luchaba por respirar. Esto, lo que habían compartido no sólo tenía un fuego caliente, apasionado, pero había una necesidad que no podía definir. Un agujero en su interior que acababa de ser llenado con algo que ella tenía miedo de examinar. Quería huir de él, ocultarse, merodear a algún lugar para pensar. Esto había sido mucho más que una fantasía realizada.

Mucho más.

Marcella se puso rígida por debajo de él, pero Kellen metió las manos debajo de la cintura y la atrajo hacia sí.

—No lo hagas. No puedes huir de lo que acaba de pasar, de lo que sientes por mí.

—Yo no corro. Floto —respondió ella, sabiendo que era sarcástica, pero estúpidamente sin querer le dolía.

—Entonces, no estés flotando, tampoco. Así que dime, Marcella Acosta, ¿estás siempre de mal humor después de hacer el amor?

Sus cejas se elevaron en una conocida expresión de aburrimiento. El tiempo para ella había pasado una y otra vez, era el momento de golpear a su amante con un ladrillo.

—Nunca he estado pegada tanto tiempo para averiguarlo. De hecho, tus dos minutos han terminado. Suéltame.

Él sonrió. Maldito sea. Estaba sonriendo.

—Oooh gran, demonio malo. Bien hecho. Pero lo olvidaré. Una vez más, volveré al artículo que leí en una revista médica sobre los mecanismos de defensa y la reacción del cerebro a los mismos. Tu defensa, cuando alguien se pone demasiado cerca, es huir. No quiero entrar en lo profundo porque has tenido una gran decepción en tu vida que tienes miedo de ser herida por algo que te impacte como lo hizo lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

—¿Cuánto cobras por hora?

—¿Por qué?

—Tu evaluación psicología.

—Considera esto un pro bono.

—¿En casos de caridad para la pobre de mí?

—Por ejemplo, demonios que están locos y no son dueños de sus verdaderos sentimientos. —Sonrió de nuevo, amplio y deliciosamente. Sólo por si acaso.

—¿Y tú reconoces los tuyos? Simplemente nos echamos la mierda el uno al otro. A veces, la reacción del cerebro después de un feo choque es ser todo cálido y difuso. Es la liberación de todas esas hormonas y están por lo general todas torcidas, Sr. Profesor

de Ciencias, y yo no necesito una tonta revisión médica que me diga eso. Tal vez podrías querer dormir en ella —replicó, con el propósito de ser cruel.

—Ah, ahora ésta es la parte donde dices cosas que realmente no quieres decir, porque me quieres alejar. Está bien. Lo entiendo. Sigue. Me duele.

Correr. Quería correr desesperadamente.

—¿Por qué haces esto?

—Porque es mucho más allá de la hora de que dejes de huir. Eso no fue sólo sexo lo que tuvimos, Marcella. Tú lo sabes. Ya lo sé. Reconócelo.

Como si, debido a Kellen Markham lo hubiera dicho, ella debía considerarlo así. ¡Ah!

Empujando su gran peso, se burló.

—No estoy huyendo de nada. Hemos tenido relaciones sexuales. La gente las tiene todo el tiempo. De hecho, yo apostaría que hay al menos un millón de personas que están haciendo algo más que bambolear los globos oculares en estos momentos. ¿Y qué?

—No. Nosotros no sólo tuvimos relaciones sexuales. Hicimos el amor. Amor, amor, AAAMOOOR. Chúpate esa, botoncito de oro —él se rió entre dientes, claramente satisfecho de sí mismo, y continuó exasperándola.

—Bájate de mí, bestia. Jesús, ¿qué comes? Estás pesado.

—Tomé un emparedado de trigo con atún y queso americano. Mi favorito. En caso de que en realidad puedas tener una sartén de nuevo. Ah, y no me gusta la salsa de tomate en mis papas fritas. Me encantan estas cosas llamadas Choco-Bliss, podía comerme la caja, y si alguna vez le dices esto a D, voy a mentirte a la cara. Yo no soy un fan de los peces a menos que sean empanizados o fritos y enterrados en salsa tártara. Mi vegetal favorito son las judías verdes. He leído libros de historietas por diversión, pero si soy honesto, me gusta la ciencia popular como mucho. Soy de ciencia-ficción torcida y no hay nada mejor que ver NASCAR con una cerveza, ya que puedes tomar una siesta entre las vueltas sin perderte mucho. Y es gracioso, no te quejabas de mi peso cuando hacíamos el amor.

¿A Kellen le gustaban los Choco-Bliss? ¡Oh, quisiera tener una caja de esos hijos de puta ahora mismo! Su pecho apretándose, su garganta justo detrás de él.

—Esto no es “Conexión de amor” Chuck Woolery. No me importa lo que te gusta.

Con un gesto de la cabeza, sonrió y dijo.

—Sí. Sí, te importa.

Sus ojos se volvieron suplicantes.

—¿No podemos simplemente dejar esto por sí solo? ¿Tomarlo como lo que era y lo que sea?

—Eso era hacer el amor. Y, por supuesto, podríamos hacer eso, pero si lo hiciéramos, sólo nos arrepentiríamos más tarde. Y yo no soy mucho de arrepentirme nunca más.

—No me arrepiento. —Lo que la hacía una mentirosa.

—Lo harás si huyes de mí ahora. Soy un hermoso ejemplar de hombre. Leal, honesto, tal vez un poco cabezón, y una vez muy crítico, pero esos días se han ido. Eres una chica inteligente. ¿Por qué quieres perder la oportunidad de todo esto? —bromeó.

Debido a que todo esto era lo que obtendría de ella. Cuándo o dónde, no tenía ni idea. Pero pasaría. Eso era sólo un hecho, y por fin lo admitió.

—Debido a que todo tú estarás aquí y toda yo volveré al monótono plano.

Su mirada se convirtió en una oferta, pero llena de determinación.

—Bueno, aquí está la cosa. Yo no voy a dejar que eso suceda. No sé cómo voy a pararlo, pero lo haré. Voy a encontrar un camino. Voy a prestar más atención a mis contactos del otro mundo. Me sentaré con ellos toda la noche y escucharé sus sandeces con gusto si eso significa calcular esto. No preocupes tu linda cabecita, Marcella Acosta tu no iras a ninguna parte. —Plantó un beso en su nariz, que apretó con más fuerza, obviamente sabiendo que su ingreso era de una manera segura por su miedo a volar, er, flotar.

Lo que sea.

Pero era imposible negar lo mucho que quería que sus palabras se volvieran una realidad.

Lo mucho que quería dejar de lado la realidad y la esperanza de estar junto a él, aunque sólo fuera por un rato.

—Estoy demasiado asustada para tener esperanza por eso.

Él arqueó una ceja.

—Ah, un reconocimiento del miedo. Ahora estamos llegando a alguna parte. Mira, ya sé que parece imposible, pero tengo fe en que hay una razón por la que no puedes volver a dónde estabas cuando esto empezó. No sé lo que es, pero hay una.

Bueno, sí. Era porque había saltado a la clase “saltar del plano sin paracaídas”, debido a que se extendió una de sus fiestas.

—Creo que estás poniendo demasiada fe en el karma, el destino, lo que sea. Creo que no puedo volver, simplemente porque no presté atención cuando me estaban enseñando a volver. Estaba abatida.

—Tienes una cierta cantidad de abatimiento.

—Gracias por la concesión de mi deseo, hadas de los abatidos.

Con un vuelco, Kellen la atrajo sobre él, presionando sus sensibles pezones a su pecho.

—Necesitamos un plan.

Ella lo miró con escepticismo.

—Tú necesitas que te examinen la cabeza.

—No. Necesito que cooperes.

—Yo no soy importante. Carlos es importante. Si vas a convocarlo a la otra vida, hazlo por él. No por mí.

La miró fijamente durante mucho tiempo.

—Simplemente no puedo entender cómo me perdí esta cualidad en ti.

—¿Qué cualidad?

—El desinterés en ti. Tu temor por Carlos es mucho más grande que incluso tu deseo de permanecer aquí.

—Yo no apostaría por eso, si alguien me ofreciera la oportunidad de comprar un maldito vestido nuevo, yo no lo consideraría como un mal hábito.

La risa de Kellen retumbaba en el pecho, enviando una ridícula y dulce emoción a lo largo de su cuerpo.

—Yolo haría. —A continuación la besó, largo y lento, que hasta los dedos de los pies se le encrespaban—. Creo que debemos tomar la oferta de Delaney de tener una sesión de espiritismo y ver con quién podemos ponernos en contacto.

—¿Le hablaste de Carlos?

—Lo hice, y ella dijo que la mejor manera de encontrar algo es convocar a los espíritus y ver lo que podemos ver.

—Vi a Lucifer hoy.

La preocupación estaba atada en su mirada hacia ella.

—Manténtelo más lejos posible de él, Marcella. Lo digo en serio. Voy a matarlo si toca un pelo de tu bonita cabeza. Me doy cuenta de que tiene todo un ejército de esbirros que probablemente me rajaría en pedazos con sus golpes, pero recuerda quién soy yo antes de ir hacia abajo.

Ese tono de protección que estaba mostrando la hizo ir a todas las pegajosas partes en su interior de nuevo.

—Él no puede hacerme daño nunca más, Kellen. No estoy bajo su gobierno, y créeme, estaba encantado de decírmelo.

Los ojos de Kellen se volvieron de granito.

—¿Entonces cuál fue el pinchazo para decirlo el mismo?

—Dice que no sabe nada de Armando, pero puedes apostar tu trasero ahora a que cuando el viento traiga al canalla de Armando, querrá saber lo que pasa. Si nada más, pero podría funcionar a nuestro favor.

—¿Tú crees? No es exactamente conocido por su honestidad.

—No puedo explicar por qué lo hago, pero sí. Yo lo creo. Así que vamos a olvidarlo y centrarnos en lo que dijo Delaney.

—Está convencida de que podemos encontrar ayuda para Carlos. El problema es que no está tan convencida de que van a hablar conmigo en lugar de ella.

—Bueno, no eres exactamente Melinda Gordon.

Cogió un puñado de su trasero y lo apretó juguetonamente.

—Hola. Tampoco lo era Delaney.

Los ojos de Marcella fueron suaves.

—Pero ella tenía una manera con ellos que no puedo describir. Bromeaba con ellos. Les engatusó a hacer lo que quería, que era para que todos tuvieran una feliz eternidad. Los famosos se presentaron por docena con ella. Y hablando de eso, ¿hemos considerado lo que Joe y Maurice dijeron?

—En este momento no significa nada para mí. No se suma a algo significativo. Yo veía a Joe en este "*Monkey business*" él guarda referencia a eso. Es un título de una de las películas de Marilyn Monroe, y podría tener un millón de significados diferentes. Ha habido un montón de "*Monkey business*" pasando. Aunque creo que el "*How can you mend a broken heart*" y "*Jive Talkin*" se refieren a ti y lo que pasó con tu hijo —lo dijo tentativamente, dejando que reflexionara la información.

Indirectamente, tenía sentido. Había hecho un montón de "*Jive Talkin*", y ella sin duda tenía un corazón roto que necesita reparación.

—Eso es muy cierto. De cualquier manera, no es que nos dé el tipo de información que Delaney fue capaz de obtener de ellos. No sé lo que era, pero todos los de la otra vida la amaban. —Su admiración por Delaney había estado siempre al lado de una imagen. Una y otra vez, cuando había querido lanzar sus manos hacia arriba y a lo fantasma, atrapar a los pájaros, ya que según ella, estaban interfiriendo con su cita para almorzar, Delaney la había abrazado con fuerza.

Mordiéndose el labio inferior, Kellen, dijo.

—Merece saber acerca de tu hijo, acerca de ti. Quién eres en realidad.

—Delaney sabe quién soy en realidad. —Su voz estaba enganchada. Lo había sabido siempre, de alguna manera.

Delaney había puesto la confianza en ella más que en cualquier otro ser humano. Delaney sabía quién era mejor que nadie.

Acariciando su cuello, él asintió con la cabeza.

—Tienes razón, pero yo sé que desea compartir tu dolor, tu angustia. Para que tu carga no sea tan pesada, porque eso es lo que Delaney es.

Dejando caer la cabeza para descansar en él, Marcella tomó una respiración profunda.

—Está bien. Vamos a decirle.

—¿Cuál era su nombre, Marcella? ¿Tú hijo?

Sintió un estremecimiento silencioso pero doloroso, ondulando a lo largo de su cuerpo. Tragando, cerró los ojos, apretándolos, a continuación, los abrió para mirar hacia él.

—David. Su nombre era David.

Tirando de ella hacia abajo en la comodidad de su pecho, Kellen la escondió junto a él, sosteniendo su cabeza en la mano, acariciándole el pelo.

—Háblame de David, cariño. Dime todo acerca de él.

Y así lo hizo.

Hasta bien entrada la noche, mientras él la sujetaba, dejando que sus manos y las palabras le llevaran su consuelo.

Por esas pocas horas, el mundo se detuvo. No había otra vida o fantasmas y demonios.

No había un pasado de enojo entre ellos. No había miedo. No había otra cubierta esperando caer.

No eran simplemente dos personas que aprenden de las peculiaridades de los demás, riendo, susurrando intimidades para descubrir todas las facetas el uno del otro.

Al final de la noche, también había dos personas que estaban cayendo enamoradas.

Para el momento en que una de ellas se dio cuenta, ya era demasiado tarde para cavar en sus talones de tres pulgadas y patear y gritar todo el camino.

Capítulo 12



Traducido por andre27xl

Corregido por Caamille

El golpeteo estridente en la puerta de la tienda sacudió el despertar de Marcella.
Despertar.

Qué cosa tan maravillosa terrenal que decir.

Corriendo una mano por el brazo de Kellen, le hizo un ligero movimiento mientras admiraba la vista que le permitía la sábana que había caído justo por debajo de su cintura.

— Alguien llama.

Sus ojos color avellana se abrieron, agitados por la noche larga, pero cuando cayeron en ella sonrieron, haciendo su corazón levantarse y estremecerse.

El golpeteo creció insistente.

— ¿Quién demonios? — gruñó él, alcanzando en el suelo sus pantalones vaqueros desechados.

Marcella sonrió soñolienta, viendo el tirón y juego de músculos mientras él se lanzó en una franela y corrió una mano bronceada a través de su alborotado cabello.

Su corazón hizo la cosa del salto otra vez, haciendo su respiración agitada.

Vern y Shirley se acurrucaron al lado de ella, amasando su muslo con sus garras y desenvainando su ronroneo de satisfacción. Marcella lanzó una mano a un lado por falta de movimiento a su espalda, olvidándose de que no podía tocarlos.

El sol, débil y moteado por las nubes, trató de brillar a través de la ventana de la habitación. Si no fuera por el puño estrellándose en la puerta de la tienda, este día podría ser casi normal, un día como cualquier otro en la vida humana.

Excepto, Srta. Después de la muerte, que no eres humana.

La noche pasada ella y Kellen habían sido capaces de dejar esas diferencias a un lado. Se dejaron permanecer en estado latente, mientras que entrelazaban los dedos,

hablaban, reían, hacían el amor de nuevo, esta vez con intención lenta, con propósito. Ellos habían hecho todas las cosas que una pareja normal habría hecho cuando se descubren el uno al otro íntimamente por primera vez, y era bueno, correcto.

Pero ella no era normal.

Aunque ansiaba serlo con un corazón que le dolía.

Quería despertarse todos los días a la misma hora. Hacer café, comer el desayuno. Tomar una ducha, tomar el metro e irse a sentar en algún cubículo por ocho horas al día, luego regresar a casa y compartir su cena con alguien más que el Sr. Yin en el restaurante Los Siete Dragones. Quizás ver algo de televisión. Quería hacerlo sin flotar, o sin disparar bolas de fuego convocando a las langostas, mientras que Lucifer respiraba en su nuca.

Quería hacer eso con Kellen.

Esperanza. Él la había hecho tener esperanzas de que había una manera fuera de esta situación imposible, y no sabía si estar agradecida o molesta.

La cabeza de Kellen apareció alrededor de la esquina de la puerta.

—Tenemos un problema.

—Tenemos muchos problemas, ¿qué es uno más?

—Carlos está aquí. La Sra. Ramírez afirma que esta hija que salió mal con ella no ha vuelto a casa, y está decidida a encontrarla. Dijo que iba a comenzar en todos los bares del vecindario.

Los ojos de Marcella se abrieron grandes.

—Mi vestido. ¿Puedes ayudarme? No podemos dejarla ir sola, Kellen. La seguiré. No está hecha para algunos lugares de este vecindario.

—¿Y tú lo estás?

—Ya sé, ya sé. Soy transparente, pero al menos puedo seguirla y tratar de vigilar por ella. Tú no puedes ir. ¿Quién cuidaría de Carlos? No puedes dejarlo aquí conmigo, la niñera fantasma. La Sra. Ramírez puede creer que él tiene el don, pero nunca me creería a mí.

Empujándola lejos de la cama, él plantó un beso en su boca antes de dejar caer su vestido sobre su cabeza.

—He conseguido a Delaney de camino. De todas formas está en la ciudad para almorzar con Clyde. No hay forma de que dejé a esa linda y pequeña ancianita dirigirse a esos bares sola.

La tranquilidad la inundó. Por mucho que le hubiera gustado pensar que podía manejar lo que se interpusiera en el camino de la Sra. Ramírez, no podía hacer mucho cuando ni siquiera podía caminar en piso sólido.

—Gracias a Dios. ¿Dónde está Carlos? —Ella quería aparecer su cabeza al otro lado de la esquina. Hablar con él. Verlo. Con una necesidad compulsiva de la que no tenía explicación.

—En la sala, preguntándose si vas a venir a jugar Rock Band con nosotros de nuevo.

Rió y sus adentros se derritieron en esa suave consistencia de mantequilla a la que ya se había acostumbrado.

—¡Sra. Ramirez! —La voz de Delaney, tan bienvenida para los oídos de Marcella, sonó desde la pequeña cocina. Kellen se dirigió a saludarla con Marcella flotando justo detrás de él.

Delaney enrolló sus brazos consoladores alrededor de la Sra. Ramírez, apretándola en un abrazo cálido.

—Dígame qué puedo hacer.

Su pelo oscuro estaba en desorden y sus mejillas estaban completamente rojas.

—Ohh, Srta. Delaney. Estoy tan triste por mi bebé. Le digo, esto no es como es ella. — La Sra. Ramírez susurró con palabras apresuradas—. Ella nunca, nunca ha sido mala. Ni siquiera cuando estaba en secundaria. No entiendo ya nada más. ¡Todo es tan loco!

Delaney palmeó su hombro.

—Vaya a hacer lo que tiene que hacer y tenga a Kellen cerca, ¿de acuerdo? Hablaremos cuando regrese. —Con el pulgar alejó una lágrima que se escapó por la mejilla regordeta de la Sra. Ramírez—. Ve. —Le mencionó a Kellen con una mano silbante—. Carlos y yo estaremos bien.

Kellen plantó un beso sobre su cabeza.

—Gracias.

Delaney tiró de él hacia abajo.

—¿Está ya-sabes-quién aquí?

Le brindó un asentimiento marcado y un guiño.

—Justo detrás de mí.

Los ojos de Delaney brillaron.

—Geeeenial. Dale un beso de mi parte. Oh, pero espera. Asumo que ya lo hiciste.

La sonrisa de Kellen era evasiva.

—Mantén tu celular encendido. Te llamaré para mantenerte actualizada.

Delaney se asomó por encima de sus hombros y movió sus dedos hacia Marcella.

—Vaya forma de obtener a tu hombre —susurró—. Ahora vayan.

Kellen marcó el comienzo de los pasos de la Sra. Ramírez saliendo por la puerta con Marcella rápida en sus tacones.

La Sra. Ramirez caminaba por la acera con pasos decididos, con su cartera meneándose rítmicamente mientras continuaba. Kellen la retuvo por el brazo para ralentizar sus avances.

—¿Alguna idea de por dónde empezar?

Ella gruñó su disgusto.

—La escuché, Sr. Kellen. La escuché hablar con sus amigos por teléfono. Escuché los nombres de los lugares. —Se detuvo rápido frente a un edificio de ladrillos desmoronados. El cartel que una vez había brillado ABIERTO en neón rosado estaba colocado en un ángulo extraño y era oficialmente A E R T O, si se podía confiar en ello.

Marcella arrugó su nariz a Kellen. Tremendo club nocturno. La pintura se rasgó cuando la Sra. Ramírez pisoteó a través de la puerta frontal, dejando la puerta pivotar detrás de ella con tanta fuerza, que se estrelló en la cara de Marcella.

Ella flotó a través del acero y se apresuró a ponerse al nivel de Kellen, que miró en la penumbra del humo del club interior, escaneándolo. Marcella se inclinó y habló en su oído.

—Jesús. Ella es una fuerza que hay que contener. No la pierdas de vista. Este lugar es indecente.

La cabeza del cantinero se levantó cuando la Sra. Ramírez dejó caer un puño sobre la superficie pegajosa, sacudiendo un plato de cáscaras de maíz.

—¿Dónde está mi bebé? —bramó ella.

El camarero, desaliñado, sin afeitado y mal alimentado, la miró con apatía.

—Dije, que ¿dónde está mi bebé? —Su ansiedad era estresante. Nada bueno.

Kellen colocó sus manos sobre sus hombros para calmarla y habló al camarero.

—Estamos buscando a Solana Vega. Ella tiene... —se inclinó hacia el hombro robusto de la Sra. Ramírez con una mirada burlona.

—¿Cómo es ella, Sra. Ramirez? En todo este tiempo, creo que nunca la he conocido.

Las lágrimas llenaron sus ojos de color carbón.

—Ella es hermosa. Ella tiene cabello oscuro, negro. Tan negro. Cerca de esta altura —dijo ella, levantando una mano que sólo tocó la parte de arriba del hombro de Kellen y que, si Marcella hubiera sido humana, hubiera tocado su nariz—. Tiene los ojos

verdes... —Se ahogó, sin llegar a eliminar las lágrimas que furiosamente se deslizaban a lo largo de sus mejillas redondeadas.

El cantinero enganchó su mandíbula desaliñada hacia Kellen.

—¿Eres policía?

—Sólo un amigo preocupado. Mira, ¿has visto a alguien remotamente parecida a ella aquí, la noche pasada?

—Yo no veo nada —escupió con la boca apretada.

—Lo que él necesita ver es una barra de jabón —dijo Marcella, arrugando su nariz.

Kellen sacó su tarjeta del bolsillo de sus pantalones.

—¿Qué tal si te dejo mi tarjeta, y me llamas si la ves?

Cogió la tarjeta de Kellen, lo miró con disgusto marcado, y rompió la tarjeta con lenta precisión.

—¡Eres un cerdo! —gritó la Sra. Ramírez, golpeando su puño regordete sobre el bar—. ¡Tú, asqueroso cabrón!

—Deeee acuerdo, está maldiciendo en español. Es hora de irnos —dijo Marcella desde atrás de Kellen, al cual se le había tensado la mandíbula, dejando un pulsante tic.

—Vamos, Sra. Ramirez. Vámonos. —Tirando de su brazo, la sacó del bar con una fuerza gentil.

—Jesús Cristo mamá, ¿qué estás haciendo tú aquí?

Todas las cabezas giraron en dirección a los baños detrás de ellos.

Pero sólo dos bocas cayeron abiertas.

—¿Me escuchaste, vieja? ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿No deberías estar cuidando a mi hijo o haciendo tortillas? —La mujer atravesó el piso del baño completo con pasos seductores y un trasero silbante.

El vaivén de sus caderas, encerradas en una micro-mini falda, era candente. Su cabello oscuro que le llegaba hasta el hombro caía en suaves hondas alrededor de su cara, sus flequillos cepillando sólo su frente, y sus brillantes ojos verdes miraron con desaprobación a su madre.

Kellen miró a Marcella.

Ella lo miró de vuelta. Con los ojos bien abiertos.

Mierda santa, santa.

La Sra. Ramírez negó con la cabeza con molestia y enojo.

—¡Oh, Solana! ¡Vienes conmigo ahora mismo! ¡Esto es asqueroso! ¿Por qué te comportas así? Carlos, él te necesita.

El taconeo de sus tacones se detuvo cuando Solana enfrentó a su madre, con una mano en su redondeada cadera, la otra enrollada alrededor de un vaso de líquido color ámbar.

—Carlos, Carlos. Todo lo que haces es hablar de ese niño. ¿Y yo? ¡Yo, yo, yo!

La Sra. Ramírez se sacudió como si Solana la hubiese abofeteado.

Qué perra egoísta. ¿Cómo un desastre como ella podía tener a un niño tan bueno como Carlos?

Marcella quizás hubiera considerado tratar de agarrar algo más otra vez, algo grande, y golpear a esta perra sólo por ser tan falta de respeto a su madre, si no fuera por el hecho de que apenas podía procesar lo que estaba viendo.

—¿Y quién eres tú, seductor? —Le arrulló a Kellen, brindándole un guiño seductor. Antes de que Kellen pudiera contestar, la Sra. Ramírez agarró la mano de su hija, la empujó hacia sus labios, y la besó, con lágrimas cayendo por sus mejillas, dejando rastros húmedos.

—Por favor, Solana. Vienes a casa. Arreglamos esto. Obtenemos ayuda. Lo que sea que necesitamos, lo hacemos.

Una risa profunda entre dientes escapó de su garganta.

—¿Arreglar qué, mamá? —respondió, burlándose del acento de su mamá, luego exhalando un suspiro que pudo haber sido suficiente para contaminar a un ejército entero de hombres.

Inclinándose hacia Kellen, Marcella dijo.

—¿Hazme un favor?

Sus cejas se levantaron interrogantes.

—Cachetea a esta perra idiota por mí. Esa es su madre. No le hablas a tu madre así. Nunca.

—¡Esto! ¡Arreglamos esto! —La Sra. Ramírez meneó una mano temblorosa alrededor del cuarto—. ¡Este es un lugar para putas!

—Oh, Mamá. Eres una moza descarada —ella se rió, ajustando la mejilla de la Sra. Ramírez con los dedos pintados de rayas verticales de color rojo oscuro.

Una advertencia en forma de hormigueo se deslizó a lo largo de los brazos de Marcella, extendiéndose a su estómago y estableciéndose allí como plomo pesado. Escalofríos de terror se desataron en su piel.

Oh, dulce mierda.

Oh, Jesús Dios.

Oh, no.

No, no, no.

La cabeza de Marcella se tambaleó. Sus manos se volvieron pegajosas; sus rodillas se derritieron como caramelo al calor del sol. Cómo podría...

De repente, todo tenía sentido. Carlos, la caja, todo eso. Y luego sus ojos se redujeron en dirección a Solana escupiendo furia. Furia que Solana no podía ver, pero si las miradas mataran, la madre de Carlos ardería en el lugar más profundo del infierno.

—¡Dios condenada folladora madre, inútil hija de puta! ¡Dios condenada folladora madre, inútil hija de puta! —Marcella escupió.

—Delaney siempre dice que hay que tener cuidado de ti cuando te reviertes a tu lengua natal —dijo Kellen por un lado de su boca, sin quitar sus ojos de Solana mientras la Sra. Ramírez continuaba rogándole a su hija que se fuera con ella.

El miedo gritó desde su columna vertebral.

—Kellen, préstame atención. ¡Tenemos que sacarla de aquí! ¿Cómo ha sucedido esto?

Kellen claro que no había superado la sorpresa, pero Marcella sí.

Tenían que irse jodidamente rápido de allí y llevarse a la Sra. Ramírez con ellos. TPCFP⁸.

—Kellen sácala de aquí ahora —reiteró Marcella entre dientes apretados.

Él se la quitó de encima, los ojos muy abiertos, su quijada todavía raspando el piso.

—Kellen, escúchame. Sácala de aquí ahora. Llévala lejos de aquí. Confía en mí cuando lo digo, hazlo ahora!

Kellen sacudió su cabeza y sus ojos se aclararon. Colocó una mano sobre el brazo de la Sra. Ramírez.

—Vayámonos, Sra. Ramírez. Hizo lo que vino a hacer. Sabe que está a salvo. Volvamos a mi casa y no hagamos una escena. Carlos la necesita.

—Sí, madre. Carlos te necesita. —Solana hizo eco burlón con un tintineo gruñido de risa.

Pero la mujer mayor meneó su cabeza con un aire opositor con vigor.

—No. ¡No irme hasta que mi bebé venga conmigo!

—Vete, madre. ¡Vete lejos y déjame en paz, tú musaraña persistente! —gritó Solana, sus risas rayando en la locura.

⁸ TPCFP: Tan Pronto Como Fuera Posible.

La Sra. Ramírez comenzó a llorar fuertemente, pero permitió que Kellen la sacara fuera del bar.

Cuando cerraron la puerta, Marcella le dio una última mirada a Solana. Una última, dura y larga mirada.

Su cerebro quería negar lo que sus ojos estaban viendo, pero no había negación en lo que estaba justo en frente de ella.

Ella tembló.

¡Santísimo Dios!

Delaney sollozó con una mano en un pañuelo y sosteniendo la de Kellen con la otra.

—Dios, Marcella. Hubiera querido que me lo dijeras. Soy tu amiga. Hubiera escuchado. Nunca te hubiera juzgado. Y lo más importante, te hubiera creído.

Nudos de tensión se apretaron en el estómago de Marcella. Era justo que Delaney supiera, pero tres veces seguidas, explicándose sus motivos una y otra vez, era como estar sobre limpiándose.

—Dile que sé que no lo hubiera hecho, pero los recuerdos...

Meneando una mano hacia su hermano, Delaney dijo.

—No tienes que decirlo, Kell. Sé cuál es su respuesta. Duele mucho. No puedo ni imaginar lo que has sufrido. Pero lo sabía, Marcella Acosta, sabía que habías sido juzgada injustamente, lo que me hace más decidida a mantenerte aquí conmigo — golpeó su palma contra la mesa para dar énfasis.

Marcella contuvo un sollozo compasivo de mejor amiga y se mantuvo concentrada en la tarea que tenía a la mano.

—Tenemos problemas más grandes ahora. Carlos está en un grave peligro. Y también la Sra. Ramírez. Envía a Delaney a casa, Kellen. No podemos costearnos el tenerla involucrada.

Habían decidido no decirle a Delaney acerca de lo que se había desplegado en el bar, aparte de que Solana se rehusó a volver a casa con su madre. Delaney podría tener muchos amigos en la vida después de la muerte, pero también tenía enemigos. Si Delaney supiera lo que ellos acababan de presenciar, estaría decidida como el infierno a ayudar, y ellos no podían arriesgarse a eso. Dejarla concentrarse en una manera de mantener a Marcella unida a la tierra era mucho menos arriesgado porque, a este punto, parecía imposible.

Kellen le dio esa mirada de nuevo. La que todavía gritaba que no podía creer lo que acaba de presenciar.

El timbre de la puerta sonó y Clyde, alto, guapo, con sus lentes apoyados torcidos en su nariz, entró a la cocina. Sus ojos cayeron inmediatamente en Delaney con gentil simpatía.

—Hey, dulzura. ¿Ha sido un día largo, huh?

Delaney estaba levantada y fuera de su silla, lanzándose de forma descomunal hacia Clyde.

—Llévame a casa, Hombre Menso. Necesito hacer el amor después de lo que escuché hoy. —Se acurrucó contra él y por un momento, Marcella sintió una punzada de envidia por esa cosa llamada normalidad.

—¿Qué sucedió? —preguntó, con sus labios presionados en la parte superior de su cabeza rojiza dorada.

Kellen le dio un breve resumen de los eventos del día, terminando con la confesión de Marcella, a lo que Clyde respondió con un silbido largo y agudo.

—Así que mi mujer había estado en lo correcto con respecto a Marcella todo el tiempo. —Palmeó a Kellen por la espalda.

Marcella le brindó a Kellen una sonrisa presumida.

—Sí. Siempre lo había estado.

—Ella está aquí, por cierto. —Kellen movió su cabeza en dirección a Marcella.

Clyde miró hacia la cocina.

—Lo siento Marcella, por tu pérdida. Desearía que hubiera algo que pudiera decir, pero ¿qué podría menguar el dolor de la pérdida de un hijo?

Las palabras de Clyde eran tan en el blanco, tan precisas, que ella tragó fuerte de nuevo.

Marcella tuvo que ver hacia otro lugar cuando respondió por miedo a llorar de nuevo.

—Dile a Clyde que digo que me haría sentir mucho mejor si él y Delaney fueran a casa y me hicieran tía.

Él levantó una mano hacia ella, juntando sus dedos entre los suyos, y rió.

—Marcella dice que vayan a casa y hagan bebés. Ella quiere ser tía.

—¿Estarán ustedes dos bien? —La preocupación de Delaney llenó sus ojos.

—No podemos hacer más nada que esperar ahora, D. Carlos no es el problema inmediato ahora. Es la hija de la Sra. Ramírez, Solana. ¿Y qué otra cosa podemos hacer que estar aquí para la Sra. Ramírez cuando nos necesite? Te prometo que te llamaré si algo más sucede.

Delaney lo alcanzó y besó la barbilla de Kellen

—Me siento tan mal por la Sra. Ramírez. Cada vez que habla de su hija, la hace sonar como una mujer tan maravillosa, una gran madre. Supongo que el dolor tiene muchas facetas. Qué desastre para ella y el pobre Carlos.

Kellen dio un apretón a la mano de Clyde y sonrió.

—Prometo llamar si algo pasa. Descansen un poco.

Clyde rió irónicamente.

—Como si alguna vez ella hará eso hasta que encuentre una manera de mantener a Marcella atada a la tierra de nuevo. ¿Tienes idea de lo difícil que es ponerse romántico con una mujer que se duerme en el sofá con su nariz enterrada en un libro?

Kellen rió, dándole a Clyde una palmada en la espalda y mandándolos fuera por la puerta.

El silencio cayó entre ellos.

—Yo... —hablaron simultáneamente.

El silencio vino de nuevo, las palabras ahora eran trabajosas.

Cuando Kellen finalmente habló, su voz todavía estaba atada con confusión.

—Creo que ya he dicho esto como unas cien veces desde que esta cosa con Carlos empezó. No lo entiendo.

—Eso nos hace dos.

—Solana se ve exactamente como tú, Marcella, con la excepción de su cabello corto.

—Y su actitud de mierda. Oh, espera. También tengo una de esas —bromeó, para iluminar la reunión que Solana había vuelto oscura.

Él ignoró el chiste.

—Ustedes son idénticas en todas las formas.

—¿Lo piensas así? Pienso que mis senos están mejores.

—Esto es serio, dulzura. ¿Podemos intentar tratarlo como tal?

—De acuerdo, tienes razón. Pienso que sólo estoy estresada. Dicen que todos tenemos un gemelo...

—¿Tuviste una gemela?

—No. Tuve a una hermana, pero era mayor que yo por muchos años. Se veía más como mi padre.

—¿Entonces, cómo es que esta mujer se ve exactamente como tú? Te he estado diciendo que hay una conexión entre tú y Carlos. Pienso que quizás la encontramos. Quizás

están relacionados. Es completamente posible, dulzura. Has estado técnicamente muerta por un largo tiempo, pero sí dejaste familia atrás, ¿cierto?

—Sólo mis padres y mi hermana. Y, hasta dónde yo sabía, mi hermana era estéril.

Nunca olvidaría la mirada de amor en el rostro de Isabella cuando le entregó a David y le hizo jurar que lo ocultaría. Era, sin embargo, como si le hubiera dado el mejor regalo del mundo.

—Quizás las cosas cambiaron. La infertilidad es una cosa divertida.

—Quizás, pero el último apellido de casada de Isabella fue López. —Marcella negó con la cabeza.

—El apellido de Carlos es Vega, y el nombre de familia de Solana es Ramírez. No conozco a nadie con el apellido Ramírez más que a la abuela de Carlos.

—De acuerdo, así que quizás el nombre de soltera de la Sra. Ramírez era Acosta. Quizás tu hermana tuvo un bebé y ese bebé fue el Sr. Ramírez. Aunque, admitiré, que Solana y el Sr. Ramírez no se parecen en nada. Ya sabes, es un arreglo fácil. Sólo la llamaré y le pregunto cuál era su nombre de soltera. —Mientras Kellen agarraba su celular y le marcaba a la Sra. Ramírez, Marcella iba y venía, o flotaba yendo y viniendo, alrededor de la habitación.

La sorpresa de ver a Solana la había embotado, pero la explicación de su extraño parecido la roía.

Carlos había dicho que se parecía a su madre con cabello largo, y eso no era invento, pero él no había dicho que podrían haber sido gemelas.

Pero había más que el problema de su parecido...

Atrapada en su miedo, Marcella fue tomada por sorpresa cuando, desde la esquina de su ojo, vio un aleteo de movimiento desde el área de la tienda de niños.

Kellen apagó el celular y la agarró por la cintura.

—Tienes razón. La Sra. Ramírez—Juanita—era una González, no una López. ¿Podría ser la hija de una prima segunda? —Se inclinó para besarla fuertemente con sus labios—. No sep. Digo que sigamos buscando. Hasta entonces, creo que tú y yo no deberíamos estar verticales —se burló él, saboreando un poco sus labios con su lengua.

Queriendo sólo enrollar sus brazos a su alrededor y encontrar tranquilidad en su abrazo, no pudo ignorar la presencia en el área de la tienda.

—Tenemos compañía.

Kellen se volteó con un suspiro y frunció el ceño.

—¿Conocida?

Marcella rodó sus ojos hacia él.

—¿Cómo no puedes saber quién es?

—¿Porque soy veintisiete años más joven que tú?

El hombre en la esquina le guiñó a la pareja y se quitó el sombrero de fieltro negro ante ellos, luego alisó su corbata con una sonrisa que era infecciosa.

—Hey, yo tenía veintiséis cuando mordí el grande. Eso es mucho más joven de lo que tú eres ahora. ¿Y *"Luck Be a Lady Tonight"* les suena familiar? ¿*"Summer Wind"*?

—¿Nirvana no hizo eso?

Marcella rió.

—Frank Sinatra. Ya sabes, ¿*"Ol' Blue Eyes"*?

—Oh, sí. Parte del Paquete de las Ratas, ¿no?

—Correcto. —Frank se acercó a ellos con pasos suaves y movió sus labios.

Marcella miró a la derecha junto con Kellen.

—Estoy empezando a sonar como un disco rayado, pero no lo entiendo. No puedo entender lo que está diciendo.

Frank extendió una mano hacia Marcella, haciendo una reverencia frente a ella. Ella la tomó, dejándolo girar a su alrededor mientras movía sus labios sin cesar.

—De acuerdo, Frank, cálmate y respóndeme esto. ¿Lo que sea que estás tratando de decirme tiene que ver con el título de una de tus canciones? —ella preguntó.

Él le guiñó un ojo, inclinándose y murmurando las mismas palabras, levantándola de nuevo, la giró de nuevo, dejándola ir libre de sus brazos para señalar su muñeca.

Marcella se recompuso.

—¿Así que es el título de una canción? Jesús, Frank, tienes millones de canciones. Oh, *"My Way!"* —ella gritó.

Frank frunció el ceño de debajo de su sombrero y sacudió la cabeza.

—¿*"Night and Day"*?

Su cabeza se volvió a sacudir, con la mirada impaciente.

Ella meneó un dedo hacia él.

—Córtala un poco, ¿Lo harías? Fue hace mucho tiempo. De acuerdo, espera. Voy a decirte títulos y asientes si acierto.

Frank sonrió en consentimiento.

—*"Almost Like Being in Love."* *"Moon River."* *"The Way You Look Tonight."*

Frank se había dejado de mover, con su mirada de desaprobación creciendo.

—¡“I Left My Heart in San Francisco”!

Kellen hizo un ruido irritante de zumbido y siguió con una sonrisa de satisfacción.

—La encuesta dice: respuesta incorrecta. Ese era Tony Bennett. Mi madre lo amaba.

—¿Eso está ayudando cómo?

Kellen hizo un movimiento de cerrado con sus dedos sobre su boca.

Frank se quejó, con su imagen comenzando a desaparecer y brillar.

—¡No! ¡Espera! —Ella levantó una mano para evitar que ser fuera.

—No te vayas. Nunca me gustó Tony de todas formas. ¿Qué pasa con “That Old Black Magic”?

Su esquema fantasmal se movió y vaciló, mostrando su desagrado.

—¡Mierda! No puedo pensar en ninguna otra. Yoapestaba en el juego Dime el nombre de esa canción. ¡Ohhh! Détente, ¡¡¡I’ve Got You Under My Skin!!!

Justo antes de empezar a hacer su salida, Frank asintió con la cabeza en sentido afirmativo, inclinando su sombrero gallardamente hacia Marcella.

—Oh, seguuuro, ¿ahora es que lo dices? Ya sabes, Frank —le reprendió su forma de desaparecer—. ¡Podrías haber dejado caer esa información antes! —dejó escapar una bocanada de aire. Dios, había olvidado qué tan agotador esto podía ser.

—¿Eso tiene algún sentido para ti de alguna manera? —preguntó Kellen.

—De hecho, lo tiene. —Un perfecto jodido sentido.

—¿Quieres compartirlo con esta pobre excusa de médium?

No. En realidad, le tenía miedo a eso.

—Cuando estábamos en el bar, ¿recuerdas cómo llamó Solana a su madre?

—Honestamente, estaba muy ocupado internamente volviéndome loco que todo está borroso.

—La llamó una moza descarada.

—¿Y eso significa algo?

—No para la Sra. Ramírez, pero para mí, significa algo.

La arrastró hacia él.

—¿Puedo decirte qué tan malditamente frustrante es estar siempre en la oscuridad? ¿Comparte algo de luz, lo harías?

—Armando solía llamarme moza descarada.

Kellen rió.

—Lamento concordar con el imbécil, pero “descarada” no es un adjetivo que yo descartaría cuando se trata de ti, dulzura. Aún cuando está pasado de moda.

Ella tragó fuerte, colocando sus manos en sus hombros.

—Correcto, pasado de moda. Ahora, ¿sabes por qué?

—Dame la explicación de los cien vatios.

—Creo que tenemos un problema más grande que el que cualquiera de nosotros hubiera imaginado. Pienso que Armando no sólo salió de la caja...

Kellen se congeló sólo unos segundos antes de que sus ojos se abrieran de entendimiento. Claro que era un hombre inteligente, ya había hecho clic en ello.

—No. Jesús Cristo. ¿Es eso posible? Quiero decir, he escuchado de ello, pero...

Ella había visto a Darwin haciéndolo.

—Oh, es definitivamente posible. Lo he visto. Además, explica mucho el repentino mal comportamiento de Solana.

—¿Realmente crees...? —Era obvio que él no podía comprender lo que ambos sabían. Su garganta trabajó, pero las palabras no salían, así que ella las dijo por él.

—Creo que el espíritu de mi esposo muerto, Armando, ha tomado posesión del cuerpo de Solana Vega.

Fondo de música espeluznante.

Capítulo 13



Traducido por: CyeLy DiviNNa y Bautiston

Corregido por Selune

Kellen se dejó caer en el sofá.

—Cristo, esto es malo.

—Esto es más malo que malo.

—Quiero ser claro. Armando tenía el cuerpo de Solana, pero ¿qué significa eso de Solana? Eso quiere decir que está muerta o viva o... ¿Cómo funciona eso?

Los hombros de Marcella se movieron alzándose.

—No lo sé. Yo sé que puedes poseer una gran cantidad de vida. Lo he visto. Pero no entiendo la posesión lo suficiente como para saber los signos cuando el anfitrión está...

—Tragando con fuerza, ella exhaló un suspiro irregular y se dejó caer a su lado—. Muerto —Ella envió una oración silenciosa que es probable que no fuera escuchada, pero la envió, no obstante, que Solana estaba viva. Por el amor de Carlos.

—¿Así que Armando salió de la caja y poseyó a Solana? ¿Por qué demonios? Él había firmado ya su alma antes de que estuviera muerto. ¿Por qué no acabar de ir a recoger lo que le prometió a él cuando hizo el trato?

Porque es una mierda cautelosa. —Eso es lo que me asusta. Debería haber ido directamente al infierno sin ir al pase. Con el fin de que se quedara aquí, sin el beneficio de que Satanás supiera dónde está, tenía que poseer un cuerpo debido a que sus habilidades demoniacas son limitadas, especialmente en la etapa de novato. Depende de ti si perfeccionas tus habilidades, lo cual era la razón por lo que las mías eran tan limitadas. Eso significa que Armando necesita un anfitrión para permanecer en este plano para que no sea capturado y castigado por Lucifer por ser deshonesto. Si se esconde en el cuerpo de Solana, nadie lo sabría. Bueno, con la excepción de aquellos que aman a Solana. Obviamente, ella está haciendo algunas cosas que son poco habituales.

—Ella, lo que sea, está poniendo en peligro el bienestar de Carlos. Maldito sea ese hijo de puta.

—Me pregunto si él sabe.

—¿Qué algún demonio está en el cuerpo de su madre?

—Sí. Tiene el don, es un súper sensitivo de otro mundo. Tal vez Armando se ha comunicado con él. Yo apostaría mis zapatos a que Armando no cuenta con el hecho de que Carlos puede ver a los muertos. Si Carlos lo vio cuando salió de ese cuadro, es más que probable que Armando lo amenazara. Creo que ambos sabemos que ese hijo de puta no está por encima de eso —Se atragantó.

Kellen corrió un dedo a lo largo de la curva de su mejilla. —Este hombre con el que te casaste, fue una verdadera pesadilla, ¿eh?

Peor que cualquier otra jamás filmada en Elm Street. —No tenía ni idea. Juro que si lo hubiera sabido... en ese entonces, las mujeres se casaban por razones muy diferentes de las que hoy en día. Yo estaba destinada a terminar en los dulces brazos de alguien, pero nunca me he permitido recibir una opinión o una mano en cualquier cosa, excepto la cocina, la limpieza, la gestión de un hogar y tener hijos. Él era diferente. Armando era un desafío. Era tan diferente a cualquier otro hombre que había estado a mi lado. No esperaba que yo fuera una imbécil descerebrada. Le gustaba un buen argumento. Él me animó. Afirmó que le encantaba escuchar mi opinión —Se burló ella—. Pero él era un pedazo de mierda mintiendo. Al final me di cuenta que no era más que un mentiroso. Descarada, es lo que me llamó justo antes de que yo...

—Lo mataras. Esa es la única parte en todo esto en la que me pongo —Acariciándole el pelo, la hizo de nuevo sentarse junto a él—. ¿Cómo te enteraste de que Armando tenía un pacto con el diablo de todos modos?

Uno más de sus secretos que fueron expuestos en el camino. —Mi abuela.

Kellen se quedó rígido, leyendo su lenguaje corporal. —Estás encubriendo de nuevo. ¿Cómo fue que tu abuela lo supo?

—Porque cuando ella me dijo, ella vino desde el otro lado para hacerlo.

—¿Ella ya estaba muerta?

—Tenía el don de la visiones cuando estaba viva.

Estaba silencioso de nuevo, pensativo, vacilante, infernal.

Sentándose ella lo enfrentó, pero sus ojos tenían problemas para encontrarse con los suyos. —Este es el asunto. Mi abuela tenía el don de la visión, también. Si no fuera por ella, yo no sé qué habría hecho. Ella me guió. Ella me enseñó cómo tratar con los espíritus. Mis padres y mi hermana no eran creyentes en otra vida más allá después de la muerte. Fin. Eran profundamente religiosos, pero que creyeran que los fantasmas empezaban a llegar y salir con su hija habría sido como decirles a ellos que el mismo Lucifer estaba llegando para el almuerzo del domingo y trayendo el postre. Mi abuela me advirtió que no creían, y hasta su muerte, ella me protegía de los no creyentes y me enseñó a ser muy cautelosa. Cuando ella vino a mí por Armando y me dijo que había

vendido su alma varios años antes de conocernos, cuando me dijo sobre él... —La bilis rozaba su garganta, y la contuvo antes de continuar—. Las cosas que le había hecho a las mujeres, a... en el nombre de Satanás, tenía que actuar, o usaría mi bebé para sus necesidades egoístas, algo malo. Yo no podía permitir eso. No lo haría.

—Él quería que David se convirtiera en su seguidor —La declaración Kellen estaba llena de su disgusto.

Sus ojos brillaron con la ira, por la impotencia que la memoria de Armando ha creado. —Eso es exactamente lo que quería. No había manera de que yo fuera a dejar que eso sucediera.

—Así que aquí está otra cosa que me ha estado preocupando, ¿cómo moriste? Tú sabías... sabes... con el fin de salvar a David —Hizo una mueca cuando las palabras salieron de su boca.

Esa visita horrible de su abuela volvió a ella en su mente en Tecnicolor. Hacía frío, más frío que en la teta de una bruja, como Armando tuvo ocasión de tocar. Armando estaba enfrascado en una de sus aventuras de negocios hasta muy entrada la noche, como él las había llamado, y ella había estado tratando de mantener el fuego, sin éxito, mientras que maldecía por ser tan tarde. David dormía plácidamente en una cuna de madera que su padre le había hecho a mano, el puño enroscado alrededor de la manta que Isabella había tejido para él cuando nació.

Cuando apareció su abuela, ella no se había sorprendido del todo, sólo estaba agradecida, aliviada al saber que ella estaba a salvo al otro lado y feliz. Luego estaba el temor de que ella había estado vagando sin descanso desde su muerte, pero su abuela le aseguró que estaba con el abuelo de Marcella de nuevo, haciendo sonreír a Marcella. Sin embargo, tuvo sus razones para encontrar su manera de llevar un mensaje a Marcella con una buena noticia, y no habría problemas por si alguien descubría que estaba pasando el mensaje porque se trataba de jugar con el destino.

Sin embargo, su abuela era una mujer voluntariosa, voluntariosa y protectora de su familia. Su padre la había comparado a menudo a ella ya que su abuela era firme y tenaz. Cuando la abuela Rosa reveló no sólo el destino potencial de David, sino el suyo también, y tras el horror inicial habían establecido las medidas adoptadas, ella. Si moría, Armando podría elevar a David libremente. No en su tiempo. —¿Si lo que te estás preguntando es si me hice emo y me mate mí misma? No, mi abuela no acaba de llegar a contarme sobre el engaño de Armando, cuando vino a decirme de mi muerte.

Un seco golpe. Más silencio que le heló los huesos.

Pero Kellen simplemente apretó con más fuerza sobre ella. —¿Así que sabías que ibas a morir? Cristo Jesús. Creo que tuve un trato mucho mejor cuando yo era un simple profesor de la ciencia antigua.

¡Oh, la ironía de esa declaración! —Uh, huh, y con el fin de mantener las ruedas del destino en movimiento de acuerdo al plan, tenía que dejar que eso sucediera.

Kellen silbaba bajo, asustando a Vern y Shirley en la parte posterior de la camilla. — Eres ampliamente fuerte.

Su admiración era evidente, pero rozó a un lado en aras de limpiar el aire, totalmente, por último. —De todas formas, cuando mi abuela me contó sobre los planes de Armando para David, explicó que si yo ofrecía mi alma como una moneda de cambio para la seguridad de mi hijo, David iba a ser protegido y que nunca podría ser tocado por Satanás. Su alma nunca estará en peligro, pero a Satanás se le daría la mía en una especie de trueque, es decir, sin pérdida de su parte.

—Y luego mataste a Armando.

Ella dejó escapar un aliento acumulado de aire. —Entonces lo mate. No sé que habría hecho si mi muerte no hubiese estado sobre la mesa. Tal vez habría tomado a David y huido, pero no había manera de que el hijo de puta viviera y destruyera a mi hijo, también.

—¿Puedo hacer una pregunta sensible?

—Pregunta a distancia.

—¿Cómo moriste?

—Te vas a reír...

Su cara decía otra cosa. —¿Cómo iba a reírme de algo tan jodido?

Oh, él dijo eso ahora... su expresión era tímida. —Porqué mirando hacia atrás, es un poco gracioso.

—Tengo mis dudas de que voy a reír.

—Me metí en Macy's y me golpeé la cabeza en un estante de sombreros.

Los labios de Kellen se curvaron hacia el interior en un esfuerzo por mantener una cara seria. Se metió las manos debajo de sus axilas y volvió la cabeza, pero sus hombros comenzaron a temblar. Y luego resopló por la nariz. Largo y desagradable. Su risa era como un estornudo intentando frustrarlo pellizcando la nariz, pero sólo termino siendo peor, porque los ojos se le llenaron de lágrimas. Su carcajada comenzó baja, convirtiéndose en un silbido agudo.

Golpeando el hombro con el suyo, dijo. —Hey, dije que era un poco gracioso —A pesar de que tuvo que admitir, la ironía de la muerte por la moda para alguien como ella era digno de una risita.

Se quedó sin aliento para respirar, limpiándose los ojos con los pulgares. —Lo siento. Es sólo que quiero decir, que morir... eso es malo... pero golpear la cabeza en una... —Él

despejó su garganta y obligó a su rostro a relajarse—. Lo siento. ¡Qué final tan horrible para alguien a quien le gusta la ropa y accesorios de todo lo que hacemos! ¿También te hizo saber cuando y donde iba a pasar?

Sacudiendo la cabeza, Marcella se miró las manos. —No. Yo sabía que sería una semana después de la visita de mi abuela. Era mejor no saber o podría haber tenido la tentación de tratar de escapar de un destino que no debería haber sabido.

La palma de Kellen le alisó el pelo. —Así que sabiendo que ibas a morir, mataste a Armando para que no pudiera tener en sus manos a David. ¿A dónde fue a parar David? ¿Con tus padres?

—Mi hermana Isabella. Como he dicho, era estéril. Sabía que si ella no hacía nada más, cuidaría bien de David. Cuando fui a ella después de la visita de la abuela Rosa y le dije acerca de mi destino, sobre Armando, no me creyó. Creo que ya he mencionado que no era una creyente. Tomó un montón convencerla no sólo para obtener su acuerdo para criar a David, porque no creía que yo iba a morir, sino para conseguir su promesa de enterrar a esa caja maldita con el alma sucia de Armando dentro.

—¿Así que sabía que habías matado a Armando?

Marcella nunca olvidaría cuando llevo a David con Isabella, con el pelo enmarañado y apelmazado, con los ojos desorbitados por el miedo, pegajoso sudor su compañero constante. —Le dije todo. Hasta ese momento, todo el mundo creía que Armando se había fugado con alguien. Los oí susurrar al respecto, mientras yo fingía ser una esposa agraviada. Isabella odiaba a Armando, para empezar, pero nunca habría tolerado el asesinato si hubiera sido cualquier otra persona en vez de yo. Yo era más joven que ella por unos cuantos años. Mi madre trabajaba largas horas en el negocio de sastrería de mi padre. Isabella era más como una segunda madre que mi hermana. Hubiera hecho cualquier cosa para protegerme, y manipule su amor por mí para que no fuera a la policía. Yo estaba enferma acerca de él, pero David tenía que ser protegido.

La expresión de Kellen se ensombreció. —¿Así que tu hermana fue la última persona que supo con certeza que tenía la caja? ¿Qué hizo con él?

El pánico estaba de regreso, penetrando en su intestino. —Te juro, que pensé que lo había enterrado. Ella era la única persona en quién podía confiar para hacerlo. Mis padres me habrían exorcizado antes de que pudieran alguna vez creer que había puesto el alma de alguien en una caja cerrada.

—Entonces, ¿cómo diablos hizo el abuelo de Carlos poner sus manos sobre él?

Ella suplicó a su hermana con los sollozos de agonía estrechando su garganta para enterrarlo el momento en que Marcella la dejó. —Isabella no ocultó el hecho de que pensó que yo estaba fuera de mi mente. Lo único que puedo pensar que le hubiera impedido hacer lo que yo pedía era que no creyera lo que le dije de Armando.

—¿Por qué no enterrarlo tú misma?

Masajeándose las sienes, se mordió el interior de la mejilla antes de contestar. —Estaba bajo mucha presión para cuidar de las cosas, es mi única defensa. La semana antes de mi muerte, no creo que durmiera más de tres o cuatro horas en total. El asesinato de Armando fue... —¿Cómo describir el horror del asesinato, sin importar las razones detrás de esto?—. No soy un asesino a sangre fría. Su asesinato y pensar en convocar a su alma, participan una gran cantidad de uso de las células del cerebro y energía. Fue la cosa más horrible que he hecho. Aunque te lo juro, si estuviera aquí, lo haría de nuevo. En lo más alto de mis miedos por David, a sabiendas de que nunca volvería a verlo... —Su voz se debilitó, obstruyéndose con más lágrimas—. No estaba pensando bien, o lo habría enterrado yo misma y nada de esto estaría sucediendo —Apretó un puño de frustración en su regazo.

Kellen lo tomó entre sus dedos, masajeándolo, aliviando la tensión. —No podías haber sabido que la caja se abriría, Marcella. No vayas a dónde vas.

Ella podría también, Cristo sabía, que había ido a un montón de lugares en los últimos días que a los que ella no quería ir. —Pero esto es mi culpa, Kellen. Mis errores han llevado a Carlos a Armando. Tenemos que saber lo que piensa hacer y detenerlo — Cueste lo que cueste.

—Y lo haremos. Todavía no sé cómo, a pesar de que Cristo sabe que estoy cansado de decir eso, pero lo haremos. Voy a encontrar una manera. Nosotros podemos encontrar un camino. Por ahora las cosas están tranquilas. Haré otra llamada a Catalina con esta nueva información. Espero que tenga algunas respuestas, algo.

Era cada vez más difícil odiar a la Barbie demoniaca. Ella se acomodó en el sofá en el hueco de su brazo y suspiró aliviada, limpia, lavada, exhaustivamente limpia.

—Se me acaba de ocurrir algo.

Estaba sentada hacía atrás en un desecho. —¿Eso podría ayudar a Carlos?

Tirando de ella de nuevo en sus brazos, él negó con la cabeza. —No. Pero estaba pensando en vender su alma.

—¿Tú en el mercado?

—¡Ah! —Kellen ladró su respuesta—. Por supuesto que no. Lo que me pregunto es, ¿Por qué si en esencia rompiste un mandamiento, no te has ido al infierno de todos modos? ¿Cómo pudiste hacer un trueque de tu alma por David, si tu alma ya estaba marcada? ¿O son los Diez Mandamientos, algo que hemos interpretado para satisfacer nuestras necesidades durante cientos de años?

Ella le dio una sonrisa de satisfacción. —Eso dio un poco de juego de piernas de mi parte. Estoy feliz de decir, que algunos demonios son más tontos que los demás. Tengo uno de los más frívolos lame culos. No tenía idea de que había cometido un pecado.

Kellen sonrió y le guiñó un ojo deliciosamente. —Buen trabajo.

—Ese truco era apenas el trabajo.

—¿Pero no querría venganza Satanás, ya que le sacaste una rápidamente?

—Satanás adora las almas. No tiene mucho cuidado con la forma en que las reúne. Algunas son definitivamente más importantes que otras, y creo que si hubiera notado alguna vez que jugaba con un peón, podría haber buscado venganza. Pero la belleza de todo esto es que el esbirro probablemente no quiera dar el informe de su error, por miedo al castigo. Se convirtió en nuestro pequeño secreto. Satanás probablemente habría vitoreado mi mentira, pero sin duda, su lacayo hubiera pagado con tiempo en el pozo.

Atrayéndola a su regazo, Kellen la posicionó para enfrentarse a él. —Tú eres algo más, Marcela Acosta.

—Que esto te sirva de lección. No atraigas mi ira sobre ti. Te prometo una lluvia de mierda—Bromeó.

Él sonrió, las esquinas de sus ojos arrugados, formando surcos profundos alrededor de la boca. —He sostenido un paraguas durante varias de ellas.

—Hemos recorrido un largo camino, bebe.

—¿Quieres que sea más largo? —Su mano tocó su culo sugestivamente, y movió sus ojos marrones.

—Oh, señor Markham. Solamente usted querría un rapidito con una chica que acababa de confesar que no sólo asesino, sino que se burló de los más altos esbirros del demonio. Eres un chico inquieto.

—¿Quién dice que yo no soy un infierno de diversión?

Se acercó a él acariciándolo, dejando que sus pechos rozaran su remera, tiritando ante la inmediata respuesta de sus pezones, dándole una mirada de asombro. —No puedo imaginar a alguien alguna vez etiquetado así. Cómo injusto.

Riéndose, él la cogió en sus brazos y la llevó al dormitorio. —Ya lo sé. La penitencia debida.

—Ohhh, la penitencia. Suena serio.

—Me tomo muy en serio mi penitencia —dijo con una mirada lasciva, echándola a la cama y subiéndose encima de ella.

—Entonces, ¿de qué tipo de penitencia estamos hablando aquí?

Su mirada era de seriedad fingida. —Penitencia al desnudo. Es decir, se trataba de un delito grave —Dejando caer la cabeza hacia atrás, ella soltó una carcajada ronca, sin preocupaciones y sin restricciones—. Supongo que esto va a implicar a mi desnudez.

Él jugó con la parte delantera de su vestido rasgado, lloviendo besos a lo largo de su mandíbula que la hicieron mojar en anticipación. —Bueno, eres la única pecadora.

—Entonces tú tienes que hacer los honores —dijo con una sonrisa, levantando los brazos para que le quitara la ropa, sin vergüenza de su deseo por él.

—Eso me recuerda. Espera un momento —Saltó de la cama y entró en el pequeño vestidor que una vez había estado lleno de cosas de Delaney y volvió a salir con una bolsa de color rosa que reconoció de una de sus tiendas favoritas—. Pensé que ya era hora. No estoy seguro de si va a funcionar, pero vamos a darle una oportunidad —Kellen abrió la bolsa para que ella viera el interior.

Mierda, todas esas las lágrimas llenando las esquinas de sus ojos. Una vez más. —¿Cuándo tuviste el tiempo para conseguir esto?

Dejó la bolsa sobre la cama, sosteniendo el contenido. —Yo no lo hice. D lo hizo. Cuando le dije acerca de tu vestido, ella era puros agujeros en el culo y en los codos, en tu boutique favorita. ¿Tienes ganas de ver si funciona?

Lucho contra unas lágrimas más, se levantó de la cama, flotando en el aire frente a él. Él había comprado un vestido. Un vestido nuevo de Sinclair. —No lo tendrías que haber hecho. Sinclair es caro.

Sus ojos eran cálidos, cuando dijo: —Es una buena cosa que haya vendido a algún rico de Texas cajas de mierda de murciélago este mes, entonces, ¿eh? — Tiró de su vestido viejo roto por la cabeza y lo tiró en el suelo, mirándola en su longitud con ojos de aprobación antes de ponerle el nuevo vestido.

Marcela contuvo la respiración hasta que sintió el paño frío flotar sobre su piel. Sus manos temblaban cuando tocó la parte delantera de la tela suave, de color rojo, tirando de la cintura imperial hasta asegurarse de que caía alrededor de sus rodillas correctamente. Las mangas rozaron su pelo, el cuello redondo acentuaba sus pechos. Era como si hubiera sido hecho para ella.

Delaney podría haber comprado por él, pero Kellen lo había pagado. Este simple gesto parecía tan magnánimo.

Y atraer a la hoo, aquí vienen más lágrimas.

Kellen dejó escapar un silbido de lobo. —Yo diría que Delaney sabe de estas cosas. Te ves muy bien.

Poniéndose las manos en la cara, se cubrió los ojos para ocultar su último festival de debilidad. —Gracias —Susurró—. Yo, nadie nunca...

Él le sacó los dedos de su cara. —Bueno, alguien lo acaba de hacer. Y hay más. Zapatos. Delaney dice que son lindos, pero no necesitaras eso, o esto —dijo, metiendo sus dedos

en el escote de su vestido con una sonrisa que estaba llena de malvada intención e hizo que su corazón golpeará dentro de su pecho.

Sus brazos fueron alrededor de su cuello y ella arqueó su cuerpo hacia él. —Acerca de la penitencia... —Murmuró.

Kellen encontró su boca con una sonrisa. —Sí. Tienes trabajo que hacer —Con un zumbido, sacó el vestido nuevo de vuelta fuera de ella y lo tiró al final de la cama. Rodeando su cintura, le arrastró fuertemente contra él, tocándole el pecho y el pezón con un pulgar hasta un máximo de rigidez.

Gimiendo dentro de su boca, ella pasó sus manos sobre su pecho, los brazos repletos de músculos vigorosos. Pateando sus zapatos, Kellen se sacó su propia ropa, separándose de sus labios por sólo un momento antes de estar desnudo.

Sus cuerpos apretados, piel a piel. Él estaba arrebolado por el calor, ella fresca en el exterior, pero con un incendio voraz en el interior. Las bocas conectadas en un caliente beso, fusionándose entre sí. Sus lenguas en duelo, enredadas en trazos de seda.

Instalándolos en la cama, la oscura cabeza de Kellen se inclino a su pecho, apretando la boca caliente alrededor de ella, tirando de su pezón con remolinos decadentes. Sus muslos se levantaron automáticamente, envolviéndose alrededor de su cintura, fijándolo a ella.

Arqueada hacia arriba, empujó su pecho contra el éxtasis de la lengua, jadeando de placer. Kellen la acaricio suavemente con sus grandes manos, a través de sus costillas, en la parte inferior de sus pechos, moviéndose a través de la parte inferior del abdomen.

Llamas al rojo vivo lamieron su piel, dejando un suave dolor al tirar y aflojar entre los muslos. El cabello de él rozó su piel mientras arrastraba besos húmedos contra su carne, sin dejar un centímetro sin tocar. La mordió, lamió, jugueteo hasta que ella se dio cuenta de que su cabello se hallaba apoyado sobre la piel de sus muslos internos.

Agarrando la cabeza entre sus dedos, Marcela contuvo la respiración cuando rozó los dientes contra el interior de su pierna. Su gemido de placer mientras se acercaba a su entraña la hizo retorcerse de dolor por la necesidad. Utilizó su lengua en la parte de su carne húmeda, raspándola, bañándola con movimientos largos y lentos. Sus piernas se vinieron abajo, su cuello arqueado en su aliento deliciosamente caliente contra su clítoris.

Deslizando las manos debajo de su culo, él tiró de ella hacia la boca húmeda, probando su hinchado botón hasta que ella se agito violentamente. Un disparo de eléctrico de placer llego a su vientre, por lo que sus pezones se endurecen. Marcela se apoderó de la cabeza, tirándole del pelo hasta que ya no pudo luchar contra la ola del orgasmo.

Apoyada en los codos, su cabeza cayó hacia atrás mientras gritaba su liberación, dejándolo hacerse cargo, dejando que el dolor pulsante creciera para luego decaer, hasta que no era más que hueso y flacidez. Cada músculo de su cuerpo se tensó con fuerza como un arco, flexionándose como punto culminante después de alcanzar el clímax.

Kellen le quemaba la piel, encontrando su camino de regreso hasta la boca donde se comieron los labios. Ella se probó en la lengua, y era embriagadora y pecaminosa. Las manos de Marcela recorrían los planos duros de sus caderas, el cabello rizado de los muslos, los músculos gruesos de su espalda. Cuando había recuperado su aliento, se deslizó por debajo de él, dejándolo a caballo entre su pecho.

Su pene grueso, tieso como un palo, caliente y palpitante, rozó sus labios. Gimió, bajo y ronco, los músculos de los muslos apretando cuando sus manos pasaban sobre ellos.

Pulgada a pulgada laboriosamente, Marcela envolvió el pene entre sus labios, pasando su lengua por la piel caliente. Él se resistió cuando le tomó el culo con las manos, atrayéndolo plenamente en la caverna caliente de su boca.

Lo dejó que se acomodara ante de moverse, deleitándose con las respiraciones irregulares que llenaban el aire del dormitorio, con su amor. Las caderas de Kellen empezaron a moverse en círculos, lento, medido, cada movimiento haciéndolo gemir.

Marcela pasó la mano a lo largo de la cadera, entre sus piernas, y envolvió los testículos, masajeándolos con un movimiento suave.

Trasladó la otra mano al pene, moviéndolo de arriba a abajo, bañándolo con la humedad de su lengua. Sus movimientos quemaban, eran más rápidos, ya que su boca se movía con sus gemidos.

Las manos de Kellen se agarraron de su pelo, se enredaron en sus rizos mientras empujaba la boca alrededor de su pene, entrando y saliendo hasta que se retiró con un tirón fuerte. Recostado sobre sus caderas, dejó que su cabeza colgara, luchando por respirar.

Luego se levantó, sus ojos oscuros, fundido por el deseo de ella. Tan intenso, que Marcela se quedó sin aliento. No había duda de su necesidad cuando la cogió en sus brazos con tal fuerza que le hizo erizar los pezones, raspándolos contra su pecho.

La sala cambió luego se enderezó cuando rodó con ella, colocándola encima de él, colocando la punta de su polla en su entrada.

Sus ojos se encontraron, sus manos entrelazadas.

El mundo se detuvo solo por un momento.

Y todo cambió.

El amor, tierno, dulce, rápido, furioso, llenó su interior.

El amor.

La realidad le robó el aliento al pensar que la noche anterior había sido sólo su caída. Ahora, ella estaba ahí. Toda

En este mismo momento, Marcela sabía, sin importar cuando fuera tomada de este plano, de él, ella sabría lo que era querer pasar una eternidad con Kellen. Esto no era como el amor inmaduro que había pensado que ella sentía por Armando. Era tan profundo, que se había hecho un espacio en su corazón, el que había pensado que estaba cerrado para siempre.

El lugar donde estaba David.

Donde siempre estaría.

Un lugar que sería de Kellen, también. Un lugar que esperaba visitar cuando ella se hubiera ido. Un lugar que le traería alegría llegado el momento en que se curara de las heridas por tener que dejarlo.

A medida que se extendía ante ella, los planos duro de su cuerpo se pusieron en relieve por la luz de la luna, el cono delgado de la cintura con sus manos sobre él, ella tragó saliva con su revelación.

Levantando sus caderas, decidió que lo único que quería era ser llenada por él, consumida por su dureza, tomada como solo podía ser en este momento. Kellen no puso en duda su movimiento agresivo cuando se empujó hacia abajo sobre él. En cambio, la animó, levantando sus caderas para cumplir con la caída de ella, gimiendo su satisfacción por la astucia de su entrada.

Ella se preparó, con las manos en el pecho para pelear en su contra con un ritmo feroz. Sonriendo en él, sintió el roce nítido de su vello púbico contra la yema hinchada de su clítoris. Le envió una oleada tras otra de placer entre sus piernas.

Las manos de Kellen en su cintura dibujaban círculos, presionando su eje frenéticamente hacia abajo sobre su pene con fuerza, robándole su aliento. Se dirigió hacia arriba, coincidiendo con el pulso frenético de su desesperada necesidad de ser uno con él.

Sus manos cayeron de su espalda a sus muslos, levantando sus pechos hacia arriba para que Kellen formara una copa con la mano, masajeando las cimas duras de sus pezones, luego se trasladó a su clítoris, masajeando hasta que ella pensó que iba a explotar de placer. Una espiral angustiada de calor al rojo vivo corrió a lo largo de sus venas, empujando, llevándola, hasta que se mordió el interior de los labios para no gritar. Las lágrimas picaban en sus ojos cuando empujó hacia abajo por última vez, apretando los muslos de él tan fuerte que le clavó las uñas en la carne.

Al terminar Kellen los tendones de su cuello se destacaron, su agarre en la cintura era inamovible. Él gruñó su liberación larga y baja, los labios retrocediendo sobre sus dientes cuando gimió su orgasmo.

Marcela se apoyo sobre su ancho pecho, su mejilla pegada a la piel húmeda, sus miembros sin fuerza.

Sosteniéndola por la parte posterior de la cabeza, Kellen le acarició el cabello, y las mejillas.

No podía levantar la cabeza para mirarlo por miedo a que vería lo que había descubierto durante sus relaciones sexuales. Sólo haría las cosas más difíciles si él sabía que había ido y hecho algo tan fuera de lugar.

Sólo haría más doloroso dejarlo.

—Por lo tanto —Murmuró, su voz un sexy estruendo debajo de la mejilla—, creo que estamos enamorados.

Marcela casi se rió en lo razonable que sonaba. Luego se quedó inmóvil, levantando los ojos para encontrarse con los de él. Tirando de ella por su parte superior del brazo, la arrastró a lo largo de su cuerpo hasta que quedaron cara a cara.

—Ve adelante. Caprichoso. Te sostendré abajo.

Pero decirlo en voz alta sólo lo hacía más real.

—Tienes miedo de que si lo dices en voz alta se va a hacer realidad.

Gracias, Amazing Kreskin. Su lengua se negó a trabajar.

—Está bien, cariño —La tranquilizó él—. He tenido un montón de tiempo agradable contigo pero eres extranjera. Lo entiendo. Necesitas tiempo para adaptarte. Voy a esperar —Miró el reloj de la mesita de noche y luego de nuevo a ella. —¿Fue el tiempo suficiente? ¿O necesitas más?

Antes de que ella tuviera la oportunidad de hablar, antes de que pudiera realmente llegar a una respuesta, fue succionada desde sus brazos y él se había ido.

En cambio, ella estaba de vuelta en el parque.

Y bueno Cristo, llevaba el vestido desgarrado.

Quienquiera que sea que me arrastró aquí mejor que tenga una tarjeta de crédito.

Con un límite muy grande.

Expiación y unos zapatos nuevos es lo que merezco.

Capítulo 14

*Traducido por Anelisse**Corregido por Selune*

—¿Marcella?
Ella ladeó la cabeza, inclinándola hacia el duro viento de invierno cuándo una figura alta quedó a la vista. Los pelos de punta aumentaron en la parte de atrás de su cuello cuando la mayor parte de su forma se acercó. Una ronda, el hombre de ancho, con un traje oscuro y zapatos toscos, se dirigió hacia ella. Con el pelo tan negro como la noche con sólo un toque de gris en las sienes brillando bajo la pesada luna, mantecosa. Hizo crujir los nudillos mientras se acercaba, por lo que la hizo saltar.

—Soy yo, Marcella. El pequeño Anthony —Hizo una pausa, moviendo el grueso pelo de la cabeza—. ¡Maldita sea. Es decir, Darwin —Su acento era espeso del Bronx—. Perdone mi lenguaje.

Ella miró a su alrededor en el parque, desconcertada e irritada. —¿Qué diablos estoy haciendo aquí, Darwin?

Él sonrió, aunque la cara del hombre sabio que hizo la sonrisa por él, tenía un toque artesanal a su sonrisa. —Yo pensaba ya para arriba. Es más fácil de lo que Dan me enseñó... uh, pensó. Se figuraba que iba a hacer lo que ayer más rápido.

Marcella sacudió el brazo diplomáticamente. —Es una cosa malditamente buena que no sé lo que demasiadas personas piensan acerca de mí, entonces. Yo estaba en medio de algo —Profundamente en el medio. Revelando su carne, exponiendo su corazón.

—Pido disculpas, pero ya tenía que hablar del ingenio.

Ella no había olvidado su último encuentro, y aunque sabía que ella misma había sesgado su percepción de ella... aún le dolía. —¿Te refieres a la perra? ¿El tonto?

Su rostro regordete, o más bien la frente del pequeño Anthony, reveló tanta tristeza en su sarcasmo. Levantó una mano con los gruesos dedos que se le atribuían. —Ingenio Oso me hace un segundo para que Anthony se calme —Pasando de ella, su cuerpo se estremeció como si estuviera librando una batalla interna. Murmuró una cadena de amenazantes palabras como "local", "recinto" y "centro", y finalmente, "las confesiones que haga de los federales curvarán tus pestañas" si Anthony no pipaba. Cuando él la miró de nuevo, sus ojos permanecían impregnados de dolor sin censura. Se aclaró la garganta, dijo: —Te he llamado aquí en primer lugar para pedir disculpas, Marcella, y segundo para decirte algo que debes saber.

Mirando hacia abajo de su vestido, ella asintió con la cabeza fulminándolo con la mirada. —Definitivamente debes pedir disculpas. Tenía un vestido nuevo que yo debería usar... un vestido perfectamente precioso... pero tuviste que ir y pensar en mí con ése, bufón.

Inclinó la cabeza untada de la espalda. —He sido muchas cosas, Marcella. Bufón, culo, juicios de valor.

Sus ojos se estrecharon. —¿El fin del mundo está previsto y sabes la fecha?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no sólo estás pidiéndome disculpas, estás de acuerdo conmigo. ¿Debería ponerme a cubierto?

Tomando la mano de ella en una de las suyas, se la apretó, su anillo de diamante rosado dirigiendo un prisma de luz en el pavimento. —No vamos a golpearos entre nosotros en la cabeza y los hombros con nuestras palabras, Marcella. No esta noche. Sólo escucha y déjame decirte cuánto lo siento por mis ideas mal percibidas y mal informado sobre ti. En verdad, desde lo más profundo de mi alma, me humillo a tus pies.

Esto fue un giro sorprendente de los acontecimientos, y la dejó incómoda. Toda cualidad firme en el pueblo que la rodeaba estaba cambiando y que había comenzado con monstruo hacia fuera. Ella justamente simplemente empezaba a adaptarse al cambio del corazón de Kellen, sus sentimientos hacia él, y ahora Darwin le estaba pidiendo por algo que no debía tener que pedir. La había llamado puta. Bueno, por lo que lo había tomado mal. Ella le había dicho que la dejara en paz... que había hecho que por lo menos un millón de veces antes en su relación como enemigos y que habían encontrado siempre el camino de vuelta el uno al otro, los gustara o no. —Ve a arrastrarte en otro lugar y ya basta, Darwin tú me arrastraste lejos de algo muy importante. Además, ¿de qué tienes que pedir disculpas?

—Porque yo sé —dijo, con voz baja y silenciosa.

—¿Sabes?

Los gruesos labios rojos de Darwin expulsaron un suspiro. —Para, Marcella. Deja de fingir que no sabes lo que quiero decir. Fui tan injusto contigo, ni siquiera sé si puedo soportar estar en mi propia piel, eh, aunque sea el pequeño Anthony. Sólo puedo decir que no conocía los detalles. Nunca me hubiera imaginado.

Marcella contuvo el aliento de aire frío. ¿Sería esto parte de algo que nunca se terminaría? Revivir pérdida de David y de todo el mundo conmocionado por lo que había hecho su caída. —Así que ya sabes acerca de... —A pesar de que había sido tan limpia que en este punto no debería haber nada que limpiar, el residuo de sus confesiones todavía la dolía.

La cabeza de Darwin se inclinó, sus ojos graves. —Sí. Lo sé todo. Debo saber sobre David. Eso es todo planamente triste. No puedo disculparme lo suficiente.

Marcella intentó que lo desestimase. —Sí. Lo he oído una o dos veces en el último par de días. Mira, Darwin. Yo no hice nada para dar a nadie la impresión de que era otra cosa que el juego de todo el tiempo, Barbie. No es culpa tuya. No es culpa de nadie sino mía.

Aferrado a su mano, él negó con la cabeza resbalosa. —Pero no había mirado más profundamente, tampoco. Ni siquiera después de haber salvado a Delaney y a Clyde. Te juzgué tan atrozmente. Me ayudaste a llegar hasta aquí y me consolaba con la justificación de que lo era para Delaney, mi señora una vez amada, nunca en un millón de años pensé que realmente merecía ayuda. Te induje a estar en este plano para facilitar a Delaney los temores de mis propósitos egoístas, y como resultado, te condenaron. He hablado con todo el mundo para tratar de ayudarte a volver, así que de la misma manera por lo menos podrás encontrar alguna pizca de paz, sin suerte, y ahora está envuelta en esta cosa con Carlos y Armando.

Envuelta. Invertida. Involucrada. Todas las palabras que había desterrado de su vocabulario una vez. Ahora era todo lo que había pensado, y una vez más, el desamparo de su situación le atravesó el corazón.

—Esto me lleva a lo que tengo que decirte. Este Armando, que es una mala noticia, Marcella.

Tenía la cabeza gacha contra su pecho mientras contemplaba a sus pies flotando. —Me casé con las malas noticias, ¿te acuerdas? Yo lo maté para que no hubiera más malas noticias. Así que créeme, conozco las malas noticias. Somos como esto —Cruzó dos dedos juntos.

—Hay más. Es que la madre tenía un niño pequeño. Tengo la confirmación. Y lo más importante, sé el por qué él la poseía.

El miedo afloró en su intestino. Había estado casi un cien por ciento segura de eso cuando le había dicho a Kellen sus sospechas acerca de Solana. Para obtener la confirmación se había puesto en movimiento. —¡Lo sabía! Maldito sea ese pedazo de mierda. Ahora tengo pruebas. Me tengo que ir, Darwin. Así que disculpas aceptadas y todas esas cosas buenas. Ve a los bloques de cemento a bloquear los pies de alguien, y ya nos vemos cuando te vea.

Pero Darwin se aferró a la mano, sosteniéndola en su lugar. —¡Espera! Tienes que escucharme con mucha atención, por favor. No sólo por su seguridad, sino para el niño.

Más ansiedad, más pánico. Tanto, que ella negó. —Dime lo que sabes.

—Armando sabe que te encuentras aquí en este plano. La única vez que él no puede verte es cuando está en el cuerpo de la madre de ese niño, porque realmente todo lo que está haciendo es utilizar sus extremidades, pero tiene informantes en todos lados. Él sabe que lo entregaste a Satanás.

Marcella palideció, pero se recuperó cuando se dio cuenta de algo muy importante. —¿Y? Hubiera sido descubierto con el tiempo, y no hay nada que pueda hacer por mí de todos modos.

—No subestimes lo que el tipo de la ira de un hombre encerrado durante setenta y seis años es capaz de hacer. Él quiere venganza, y el tipo de poder que ha rectificado es tóxico. Si pone sus manos sobre ti... —Sus hombros se estremecieron.

Por favor. —No hay nada que puedas hacer por mí, Darwin. Soy un fantasma. Como has dicho, que ni siquiera puede verme a mí. Yo de hecho se esto.

—¡No! Eso no es cierto. Él puede verte si sale del cuerpo de Solana y toma su forma de demonio. Y Jesús, puede que alguna vez te haga daño. Si encuentra una forma de capturar tu alma, él te arrastrará a un lugar que las manos, todavía más abajo que el foso. Pero no es sólo que te puede hacer daño. Él también puede lastimar a otros —Los ojillos brillantes de Darwin cambiaron hacia abajo.

La rabia tomó el lugar de su ansiedad. —¡Si lo que tocas es a Carlos o Kellen o Delaney, encontraré un camino para hacer que tu primer asesinato parezca tomar un crucero Royal Caribbean! —Gritó al viento rugiendo como si Armando se encontrara justo delante de ella.

Colocó una mano sobre su brazo, y Darwin apretó. —Sabía que habías sido desterrada a vagar sin descanso por la eternidad. Él fue el encargado de plantar tu imagen en la cabeza de Carlos, Marcella. Quería que Carlos te llamara. Él quería que te involucraras con el niño.

—¿Pero por qué? Por el amor de Cristo, ¿por qué?

Darwin hizo señas al banco. —Siéntate. Por favor.

Ella negó le con el dedo. —Oh, no, Guido. Cuando dices que me siente, significa que hay algo de mierda seria a punto de caer. Voy a aprovechar estar de pie, flotando. Lo de la historia. Habla.

Darwin cabeceó, royendo su grueso labio inferior.

Agarrando sus hombros carnosos, Marcella no podía soportarlo más. —¡Sólo tienes que decírmelo!

Vio cómo su cuello ancho se trababa, su papada temblando. —Carlos es tu bisnieto, Marcella. Tu nieta era la madre de Carlos, Solana. Su abuelo es tu hijo, David.

El viento se levantó con un aullido, azotando su vestido sobre las rodillas, la correa de la sandalia rota aleteó al mismo tiempo que ella. Las hojas muertas de las cerdas duras en las rachas, crujientes y quebradizas. Los elementos estaban todos en movimiento, sin embargo, ella se quedó inmóvil, el aire de sus pulmones completamente drenado.

Darwin la llevó al banco, empujándola hacia abajo sobre sus hombros para que ella se sentara, arrastrando su mano de vuelta a las rallas que cubrían el puño con sus dos manos. —Lo siento. Yo... No había otra manera... Háblame, Marcella. Por favor —Pidió él, sus cerradas cejas estrujándose juntas.

Su garganta estaba gruesa, con el corazón lleno de temor. No se podía sumar todo. Darwin tenía que estar equivocado. No, no, no. Unos momentos marcados mientras ella luchaba para poner sus preguntas en orden. —Esto no puede ser. ¿Cómo puede esto ser? ¡El apellido del abuelo de Carlos es Ramírez! Te equivocas, Darwin. Yo no sé quién te sustentó esta carga de mierda, ¡pero estás equivocado! —Oh, Dios. Por favor, haz que esté equivocado.

Su fuerte mano se apoderó de ella con más fuerza, los pelos erizados en la parte posterior del mismo roce en su piel. —No, Marcella. Yo no estoy equivocado. Escuché atentamente. Lo hice por mi misión de ser claro sobre lo que pasó con David cuando me enteré de lo que hiciste por él. Tu hermana, Isabel, y su esposo cogieron a David y se movieron tan lejos como pudieron de Nueva York. Cambiaron sus nombres. David se cambió el nombre. Si verificas con la abuela de Carlos, encontrarás que el nombre de David ahora es Juan.

Se sintió mareada... desorientada, como un manto nuboso hubiera caído sobre sus habilidades de pensamiento. —¿Por qué? ¿Por qué cambiaría su nombre?

—Debido a la amenaza de uno de los supuestos colegas de Armando. Estaba convencido de que su hermana sabía dónde estaba una cierta cantidad de dinero que Armando le había robado. Era un matón rastrero que aterrorizó a Isabel y a su esposo, Luis, con su clan de malhechores hasta que temieron por sus vidas. Ellos temían por la seguridad de David... por lo que cogieron a sus padres y a su hijo y se mudaron a California con la ayuda de la familia de Luis y se escondieron. Cambiaron su nombre por el de Ramírez, Marcella. Juan Ramírez es David Villanueva.

Se inclinó por la cintura para detener el giro. Oh, dulce Jesús. Carlos. ¿Él era su bisnieto? ¿David estaba todavía vivo? Ella se metió un puño en la boca para no gritar de rabia, de angustia.

Casi tan pronto, se sentó de nuevo. —¿Armando sabe, que yo sé lo que ha hecho? ¿Que ha tomado posesión del cuerpo de Solana?

—No —él sólo sabe que te encuentras aquí, en este plano. Es por eso que él plantó la imagen de ti en la cabeza de Carlos... para confirmarlo.

Siempre había una forma de negociar. Siempre un acuerdo que tener. Había hacer uno. No importaba lo que implicaba.

Armando era un cerdo codicioso. Ella iba a encontrar su punto débil y arrancárselo al hijo de puta seco. —Dime qué es lo que Armando quiere. Dime, y se lo daré. ¿Quiere verme retorciéndome en la boca? Yo sé que quiere venganza, así que le permitiré tener lo que quiera y negociarlo por Carlos —Con qué o cómo, ni siquiera podía empezar a considerarlo.

—¡No, Marcella! —Él le dio una sacudida fuerte, pero sus ojos aún mostrando simpatía—. Escucha con atención. Él definitivamente quiere venganza, pero quiere hacer tu eternidad mucho peor de lo que cualquier hoyo en el infierno nunca pudiera hacerlo. Él quiere al niño. Armando sabe quién es Carlos. Piensa que se lo llevara de sus abuelos, y no es una cosa que pueda hacer porque está en el cuerpo de la madre de ese niño.

Se había cerrado el círculo.

Armando le haría pagar a través de poder. A modo de un niño pequeño. Un niño que era familia... de su familia. El hijo de su hijo. David. ¡Oh, David Dios...! —Yo... yo... —Y Armando sabía que no había una maldita cosa que pudiera hacer al respecto. Ella era un inútil fantasma. No podía detenerlo. ¿Quién podría detenerlo? ¿Cómo podía convencer a nadie de que su ex—marido era rehén del cuerpo de Solana Vega? Sólo ella pensaba que era una locura, incluso para alguien que se había acostumbrado a lo sobrenatural.

—¿Sabes qué pasaría con Solana? —Marcella hizo su pregunta llena de dudas, su voz temblando—, ¿Lo es...? Quiero decir, ¿está viva? No entiendo lo suficientemente bien para poder... Si ese maldito hijo de puta le hace daño... —Así muchas amenazas inactivas, con tan poco tiempo.

Darwin se miró las rodillas. —Si hay algún consuelo en esto, es que Armando no mató a Solana con el fin de poseerla. Se encontraba en el lugar correcto en el momento adecuado. Cuando fue puesto en libertad de esa caja, lo de Solana ya había pasado.

Jesús, Dios. La madre de Carlos estaba muerta. Su nieta había muerto. El luto se apoderó de su corazón como una prensa.

—¿Cómo sabes que tu información es correcta? ¿Quién te dijo eso?

Sus hundidos, pequeños y brillantes ojos crecieron mojados. —Solana. Ella está en plano Drab, Marcella. Así como la izquierda, llegó, y no puede cruzar hasta que sepa que Carlos está seguro. No se trata sólo de Carlos que necesita tu ayuda; Solana también lo hace. Ella necesita absolutamente la cruz, pero ella se niega hasta que sepa que Carlos y sus padres están a salvo.

La mente de Marcella corrió con temeridad, casi no pudiendo procesar la enormidad de cómo esto había llegado a estar tan enredado. —¿Cómo murió Solana, Darwin? ¿Estamos seguros de que fue un accidente?

—Estoy seguro de todo esto. Había tenido un día particularmente duro y lo que le faltaba era su marido, a quien supongo que sabes lo que le pasó. Mientras se bañaba, ella había consumido demasiado vino y se quedó dormida. Se ahogó.

El dolor se aferró a su corazón. —Oh, Dios. Carlos. No sólo había perdido uno de los padres, ¿pero los dos ahora?

Darwin chasqueó la lengua. —Sin lugar a dudas, el niño ha sufrido una tragedia épica en los últimos tiempos. Qué me hace mí mucho más ansioso para mantenerlo lejos de algo más.

La derrota golpeó todo su cuerpo, haciendo que se deprimiera.

Pero Darwin estaba a su lado, sacudiéndola para hacerla salir de su pena. —No te rindas, Marcella. Puedo sentir que estás a la altura. No. Es sólo una batalla más en una cadena de muchas que has emprendido. Sé que estás cansada. Sé que parece que no hay final a la vista, pero no puedes rendirte. Encontraremos alguna manera de proteger a Carlos.

Ella lanzó hacia arriba sus manos, en un gesto de impotencia pura. —¿Cómo podemos protegerle de ese loco, especialmente ya que está en el cuerpo de Solana ¡Él tiene todo el control, Darwin! Ese jodido miserable lo sabe, también. No tenemos los recursos necesarios, el tipo de poder que se necesita para frustrar la ira de Armando. Yo sólo sé lo que él ha estado haciendo al mismo tiempo que ha estado dando vueltas en el cuerpo de su propia nieta, perfeccionando sus habilidades demoníacas. Hace que me den ganas de vomitar. Maldita sea. Yo no sé a dónde ir desde aquí. Estoy perdida, Darwin.

—Entonces, déjame ayudarte a encontrar tu camino.

Su pecho se apretó en un puño de ira y otras emociones rebeldes que no había sentido desde que había salvado el alma de su hijo. —¿No es curioso ver cómo nadie quería tener algo que ver conmigo, a pesar del hecho de que yo era un demonio muy decente que nunca causaba ningún problema? Quiero decir, el mayor daño que he hecho es a una tarjeta Visa. Pero ahora, ya que todos sabemos la verdad, todos están queriéndome a mí, y yo sigo siendo la misma vieja perra que siempre fui. Lo que hice no fue nada que cualquier otra madre no hubiera hecho si hubiera tenido acceso al tipo de recursos del más allá que yo tenía.

Él movió un dedo gordito y peludo en los nudillos hacia ella, a modo de reprimenda. —Eso no es justo. Te escondiste, Marcella. Ocultaste tus sacrificios. Salvar el alma de tu hijo es el máximo sacrificio.

La mueca de Marcella demostraba disgusto. —¿Así que si no hubiera salvado el alma de alguien, yo todavía sería una perra sucia y podrida? En cierto modo me molesta eso. Yo no era una mala persona, mientras era demonio. Puede que no hubiera estado salvando el mundo, pero no hice daño a nadie. Iba de tiendas. No cultivaba mi mal. Sin embargo, aún así, no fue suficiente.

Darwin le dio una mirada de soslayo, llena de desaprobación. —Por favor. Seamos honestos aquí, el demonio snarkiest con tacones de tres pulgadas y una camiseta apretada. Querías hacernos creer que estás sin corazón, porque era más fácil que convencer a nadie de la verdad. ¿Se hace eso a las personas que amas? No.

—Si hubiéramos sabido el por qué tú eras tan tristemente espeluznante, podríamos haberte mantenido con la cuerda floja.

Ella suspiró, su ira se desvanecía, pero su impotencia regresaba. —Eso es justo.

Él le dio un empujón con su hombro. —Vamos, Marcela, enójate conmigo, llámame croqueta lameculos. Vuelve a luchar.

—¿Con qué? —Gritó al viento—. Jesucristo, tú, accidente canino volver a luchar ¿con qué?

Ahora Darwin se dejó caer también, sus hombros fornidos presionando contra los suyos. Colocándose a su lado, mientras entrecerraba sus ojos. —No lo sé, pero por lo más sagrado, lo averiguaré. Vamos a averiguarlo. Vamos a poner fin a este infierno cíclico de una vez por todas. La situación de Delaney y Clyde parecía imposible, pero encontraron una salida. Vamos a encontrar una para Carlos, también. Pero te lo ruego, no te des por vencida. Vamos a encontrar alguna manera de ayudarlo. No lo haremos de otra forma.

Espesas lágrimas comenzaron a formarse en las comisuras de sus ojos. Después llegó el gemido. —Estoy tan cansada, Darwin. De huir de la verdad, de ocultarme, el precio está cobrado, creo. No sé cómo no me di cuenta de lo agotador que sería hasta que todo vino a estrellarse a mis oídos. Últimamente, estoy llorando o gritando. Es patético.

Empujándola hacia él, Darwin le apretó la cabeza en su hombro. —Eso es porque te has guardado todo en tu interior hasta que se ha convertido con el tiempo en una bomba a punto de explotar. Dejarlo ir, hablar de algo tan horrible que altera la vida, es agotador, Marcela. Tienes que llorar apropiadamente en lugar de dejarlo a un lado. Pero hay esperanza ahora. Tienes un bisnieto que te necesita. Sospecho que, con todo el tiempo que has estado pasando con Kellen, él te necesita, también.

Luchó contra otro desgraciado momento de llorar en el hombro de su linebacker.

—Ah. Si es como yo sospechaba. Kellen sabe lo de David ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, sin decir nada.

—Las cosas han cambiado entre ustedes, ¿no?

Las palabras eran imposibles.

—Estás enamorada.

Marcela se atragantó con un gemido y asintió con la cabeza. —No era mi intención que ocurriera. Pensé que era sólo una fantasía tonta, pero todo ha cambiado.

—Eso es tan romántico. Tan condenadamente romántico —Respondió, con voz áspera y ronca.

Tosiendo, ella se sentó y farfulló: —¿Cómo puede ser romántico, Darwin? Soy un fantasma. Él es mortal. No hay nada romántico acerca de mi amor por alguien con el que no puedo estar —dijo hipando.

—Pero estás con él ahora.

—¿Pero por cuánto tiempo, Darwin? ¿Cuánto tiempo voy a estar aquí antes de dejarme atrapar de nuevo por ese avión de mierda, con un grupo de personas que no saben lo que quieren? ¡Sé lo que quiero!

—Kellen —Afirmó él, con franqueza.

—¡Sí! ¡Sí! Todo es una mierda, quiero a Kellen y a Carlos y ser normal. Quiero ser como todo el mundo. Quiero hacer las mismas cosas cada día. Quiero vivir una vida aburrida, monótona e insignificante como la mierda, hasta que sea vieja y morir de la forma habitual. Quiero ir a la tienda de comestibles, no disparar bolas de fuego desde mis puntas de los dedos. Quiero limpiar malditamente bien el inodoro del baño y no flotar mientras lo hago. Quiero pasar caminando por una puerta, no atravesarla.

La mirada que le dirigió a ella era grave, y ella sabía lo que significaba. Sabía eso en su núcleo. Ya era hora de que lo expresara en voz alta. Dejar que saliera de los labios de modo que ella pudiera llegar a un acuerdo con ello. —No hay forma, ¿la hay, Darwin? ¿Hay manera para que yo pueda estar atada a la tierra de nuevo?

—No —dijo con un nudo en su voz áspera—. Dios Querido, Marcela He hablado con todo aquel que quería escuchar, y yo... yo...

—Está bien —dijo, interrumpiéndolo. Ella no podía soportar oír cómo de indefensa estaba ante eso de nuevo. Ya lo hacía lo bastante en los confines de su mente—. Está bien.

Darwin sacudió la cabeza. —No puedo disculparme lo suficiente por lo que he desenterrado, Marcella. Nada será suficiente.

Ella acarició la rodilla de Darwin, intentando con fuerza de voluntad que se concentrara. —Estabas pensando en Delaney. Tenías razón. Yo la debía la paz de la mente.

Él soltó un bufido. —Oh, estoy seguro de que ella descansa su linda cabeza sobre su almohada cada noche y descansa tranquila sabiendo que estás atrapado aquí sin un cuerpo. Sólo he hecho las cosas peor. ¿Y sabes otra cosa? ¿Te has preguntado alguna vez por qué nunca crucé?

Los ojos de Marcela miraron hacia el suelo de nuevo. —Sí. Me imaginé que era algo personal, y no querías hablar de ello.

Golpeando su puño en su muslo, gritó: —A causa de Delaney. Porque yo la adoraba cuando era su perro. Porque nunca quería dejarla. Quería verla vivir una vida larga, feliz, y al final atravesar con ella. Ahora todo lo que hago es verla sufrir, y en el proceso, te he hecho sufrir, también. Bravo.

La sonrisa de reconocimiento de Marcela era agri dulce. —Tú la quieres. Conozco el tipo de devoción que ella inspira. La quiero, también —Susurró ella.

El viento silbaba entre ellos, en largas ráfagas mientras estaban sentados y meditaban. En ese silencio, Marcela tuvo un destello borroso de memoria que detuvo su respiración.

Y el tiempo pasó volando, un tiempo precioso que podría haber utilizado para mantener a Carlos lejos de ese monstruo. —Suficiente.

—No tenemos tiempo para sentir pena por nosotros mismos. Así que vamos a resolver esto —Si mantenía su objetivo fijado en proteger a Carlos de Armando, podría forzar lo que ella sabía que tenía que hacer de sus pensamientos por el momento.

—Tal vez haya algún tipo de hechizo o algo que podríamos utilizar para detenerlo. Si encontrases una de manera de capturar su alma, debería ser suficiente. Pero, no obstante, estoy de tu lado. Cualquier cosa que necesites, estoy de tu lado.

Ella miró hacia otro lado para evitar que sus ojos revelaran lo cerca que Darwin estaba de la verdad. —Bueno, Cerebritito, el problema es que no somos, exactamente, una fuerza a tener en cuenta —Ella levantó una mano transparente—. O yo no lo soy, de todos modos. No puedes ir solo. Te masacraría. Tenemos que cogerlo por sorpresa.

Darwin se enderezó con tal fuerza, que sacudió el banco. —Eso es. Por todos los diablos. ¡Eso es! —Se levantó de un salto, empujándola con él y balanceando su cuerpo redondo hacia arriba y hacia abajo.

Su cabeza se balanceaba mientras ella rebotaba, también, totalmente confundida. —¿Qué pasa?

—Sé exactamente lo que necesitamos hacer. Así que escucha, Marcela Acosta. Tenemos un demonio sin escrúpulos que capturar.

Marcela sabía exactamente lo que tenía que hacer, también. En este preciso momento, ella lo sabía. Lo sentía. Lo sentía en cada poro de su cuerpo.

Ella podría salvar a Carlos de Armando. Había una forma.

Simplemente no era un camino que dejaría la felicidad a su paso.

Pero, por desgracia, después de todas las bravuconadas de Darwin, después de todos sus discursos de motivación, no había forma de cambiar lo que ella era. Lo que Kellen era.

Ella era un fantasma.

Kellen era un ser humano.

Nunca deberían haberse encontrado.

—Si esta mujer no me mata con su boca, me matará de preocupación —despotricó Kellen a Delaney, que había llegado al momento de que él la llamara. Habían pasado horas desde que Marcela había desaparecido. Su preocupación porque ella hubiera sido succionada de vuelta a ese avión iba creciendo con cada segundo que, dolorosamente, pasaba. Se sentó con Delaney y Clyde alrededor de su mesa de cocina, las tazas de café con un líquido muy frío ensuciando la superficie de la formica desportillada.

—¿Has intentado pensar sobre ella, en ella, bueno, ya sabes... —preguntó Clyde, mirando a la mesa.

—Así fue como ella llegó aquí por primera vez, ¿verdad?

La sacudida de cabeza de Kellen fue un golpe seco. Todo lo que podía hacer era pensar en ella. —Lo hago, y nada parece estar funcionando.

—Así que, ¿ella simplemente desapareció en el aire?

—Sí. Nosotros estábamos... Eh. Sí —Se detuvo, obligando a su rostro a mantener una expresión ilegible—. Ella simplemente desapareció.

—Maldita sea —Comentó Clyde con una sonrisa totalmente masculina, con total comprensión—. En el medio de, tú sabes, ¿la juerga?

Delaney aplastó su brazo y frunció el ceño. —Eso no es asunto nuestro, pero ya que has sacado el tema. Estáis Marcella y tú... ya sabes, juntos...

—Un caballero nunca habla —Pero sus ojos pasaron de la preocupación, por un momento, a convertirse en cálidos y extrañamente sentimentales, contra su voluntad.

Echándole los brazos alrededor de su cuello, Delaney chilló, pero un momento después, dejó caer los brazos, y una mueca se formó en su rostro. —¿Por qué no pudisteis daros cuenta de que os atraíais el uno al otro antes de que ella se convirtiera en un fantasma? Hablar de ello por un jodido momento.

El intestino de Kellen se retorció en un nudo. —¿Todavía no hay ninguna idea de cómo mantenerla aquí?

Su suspiro estaba lleno de frustración. —No es una bendición. Todavía estoy preguntándome cómo se las ha arreglado para permanecer tanto tiempo como el que ha estado.

Kellen decidió expresar algo en lo que había estado pensado mucho en las horas desde que Marcela había desaparecido. —¿Por qué no podría simplemente quedarse aquí como un fantasma?

Las cabezas de Clyde y de Delaney se movieron repentinamente. —¿Qué clase de vida es esa, Kell? ¿Para cualquiera de ustedes?

Su respuesta fue tranquila, pero muy en serio. —Es mejor que nada.

La boca de Delaney se abrió. Juntó las manos de Kellen entre las suyas. —Estás enamorado de Marcela.

Él no respondió. Su pecho se apretó demasiado al reconocerlo con palabras.

Presionando el puño de Kellen en su frente, Delaney se mordió el labio inferior. —Quiero saltar de arriba, abajo y llorar al mismo tiempo. ¿Ustedes dos no podrían haber hecho esto hace cinco años? Incluso ¿hace seis meses? Sabes, ¡vosotros dos sois los más obstinados, necios y cabezones que conozco! Cuando finalmente comprenden sus sentimientos, todo se ha ido a la mierda.

Kellen agarró su mano más fuertemente. —Tenemos que encontrar una manera de retenerla aquí, Delaney. Pero no sólo eso, tenemos que saber a ciencia cierta si eso es cierto que Armando está en el cuerpo de Solana —Cuando hubo explicado lo que Marcela sospechaba, Delaney pasó de la mortificación al enojo, y de éste a estar lista para entrar en acción. Según ella, todo lo que tenían que hacer era convocar al alma de Armando y sacarlo del cuerpo de Solana. Era peligroso porque un demonio enojado era un demonio vengativo. Un millón de cosas podrían salir mal pero Delaney se negó firmemente a expresarlo, pero su rostro parecía estar pintado con tiza blanca.

Delaney movió sus hombros y se sentó con la espalda recta. —Bueno, primero el primero. Mientras esperamos a que Marcela aparezca, Clyde y yo vamos a buscar algunas de las cosas que necesitaremos para conseguir que ese hijo de puta salga fuera del cuerpo de su anfitrión. Resolveremos el cómo y el cuándo, cuando yo vuelva, porque, sin nada más, tenemos que tener un plan. Uno sólido con un plan alternativo —Se levantó de la mesa, extendiendo la mano a Clyde—. Así que me llamas si sabes algo de Marcela. Y dile que si ella encontró una forma de arrasar con el centro comercial, lo menos que podía haber hecho era pedirme que fuera con ella —Bromeó Delaney, claramente tratando de aligerar su humor severo.

Golpeando a Kellen en la espalda, Clyde dijo: —Comprendo tu preocupación, amigo... Así que no te diré algo absurdo como que no te preocupes. Sólo esperáanos sentado hasta que volvamos —Siguió a Delaney hacia la puerta, dejando a Kellen en un silencio abismal, de nuevo. Él se sentó de nuevo y jugueteó con el asa de su taza, incapaz de detener las visiones de Marcela que invadían su mente. Si ese hijo de puta de Armando había tocado un pelo de su cabeza, le lanzaría esa caja del jodido Morton, justo antes de hacer que sus ojos sangraran los prismas que colgaban sobre su cabeza.

—¿Podría llevar puesto algo disparatado como pijamas hasta los pies(1) y una bufanda cuando piensas en mí? Hace frío afuera.

La silla de Kellen silla arañó el linóleo, su cabeza se movió rápidamente a su alrededor para encontrar la esquina dónde ella estaba suspendida. —Jesucristo, Marcela, ¿dónde diablos estabas? ¿Se trata de Carlos?

Marcela rozó su brazo con su mano, sus nervios estaban a flor de piel, por lo que ella iba a hacer, mentir, buscar evasivas, mentir, mentir, mentir. —No, yo sólo tuve un repentino deseo de tener una última oportunidad de comprar en Pier ⁹ en la liquidación semi anual —Ella levantó las manos—. No obstante, no pude escoger una maldita cosa —Le sonrió.

Él la agarró por los hombros y la miró, suavizando la tensión de sus brazos. —Bien, ahora vamos a ser serios. ¿Dónde fuiste? ¿Sabías que Carlos te invocaría otra vez?

No podía mirarlo a los ojos, sentía un nudo en la garganta, hasta el punto de ser incómodo. —No. Simplemente necesitaba pensar —Esto era lo correcto. El seguir creyendo que ella nunca podría dar a Kellen todas las cosas humanas que él tanto quería, aunque él lo admitiera o no, estaba trastornado. Pero hacer lo correcto no lo hacía menos doloroso.

—¿Acerca de qué?

De cómo acabar con ese hijo de puta de Armando. Otra vez. De cómo alejarse de un hombre del que estaba perdidamente enamorada y con el que quería ser capaz de ver *The Bachelorette*¹⁰, todos los lunes por la noche, como un reloj.

Cómo hacerlo sin llorar como una blandengue de mierda, en la que se había convertido, y hacerlo de manera convincente. —Todo este asunto. Ya sabes, tú, yo... Lo que ha pasado entre nosotros.

Cruzando los brazos sobre su pecho, él le lanzó su mirada más intensa. —Estoy preparado.

⁹ **Pier:** Esos pijamas que son de cuerpo entero, que cubren incluso a los pies.

¹⁰ **The Bachelorette:** Reality de TV, que debutó el 2003 en la cadena norteamericana ABC. Al igual que en *The Bachelor*, es un juego de citas en la cual la soltera debe elegir un concursante de un grupo de 25 para iniciar un romance.

—¿Para?

—Para lo que sueles hacer. Te quieres marchar. Puedo sentirlo.

Su corazón latía contra su pecho con fuertes latidos. Evocando a la antigua Marcela, ella endureció su rostro, dejando que su lenguaje corporal transmitiera el estado de ánimo necesario. —Pregúntate a ti mismo, Kellen. ¿Crees, realmente, que hay una oportunidad para que pueda permanecer aquí en este plano? Realmente quedarme. Toda yo. ¿Estás seguro de que alguna vez podemos tener una relación normal, no una relación mediocre cómo la que tenemos ahora? Porque te estás tomando el pelo a ti mismo —Se burló ella.

Él apretó su mandíbula. —Nunca hubo nada mediocre o normal en ti, Marcela.

—Y nunca lo habrá. Yo era un demonio. Ahora soy un fantasma. Tú eres un ser humano. ¿Cómo llevarás a tu novia a través de la cual se puede ver a los juegos de softball que juegas una vez a la semana con los otros maestros? ¿Cómo tendrás una familia y harás todas las cosas normales, humanas y familiares, con una mujer a la que nadie puede ver excepto tú? No puedes, porque es ridículamente sentimental y estúpido. No somos el Fantasma y la señora Muir¹¹.

La postura de Kellen se volvió más rígida, las facciones de su hermoso rostro se volvieron determinadas. —Ya te dije que iba a encontrar una manera de tenerte aquí, Marcela, y lo decía en serio.

Ella dio un resoplido, impregnado de burla. —Sí, Superman. Tú haces eso. Mientras tanto, yo estoy fuera. Esto sólo puede terminar mal, así que lo doy por finalizado antes de que nosotros lleguemos más lejos. Tendremos buenos recuerdos, con una sonrisa afectuosa al pensar en ellos algún día. Ahora márchate y consigue la esposa linda y rubia que siempre has querido. Cásate en el local de VFW Hall, ten un par de niños, y haz picnics los cuatro de julio con Delaney, Clyde, y sus mil doscientos huérfanos de Somalia, ¿de acuerdo?

Agarrándola por el brazo, él negó con la cabeza, y apretó los dientes. —Las rubias nunca fueron lo mío.

—Bueno, una mujer que no flote y que pueda cambiarse toda su propia ropa interior la convierte en una gran chica, por sí sola. O será... debería ser. Estarás a la defensiva con el paso del tiempo debido a una situación que no puedo cambiar. Si tú pensabas que me odiabas antes, imagina lo mucho que me odiarás cuando no pueda asistir a las reuniones de la PTA¹² para los niños que nunca tendrás. Además, ¿quién sabe cuánto

¹¹ **El fantasma y la Sra. Muir:** Película de 1947 de fantasía romántica protagonizada por Gene Tierney y Rex Harrison. Se basa en una novela de 1945 escrita por Josephine Leslie bajo el seudónimo de R. A. Dick

¹² **PTA:** Reuniones de padres y profesores.

tiempo más podré quedarme de todos modos? Con todo lo que sabemos, la próxima vez que desaparezca, podría ser para siempre.

—O las cosas podrían seguir siendo tal como son —La respuesta de Kellen a su dilema era estoica, pero muy solemne.

Que él estuviera dispuesto a hacer ese tipo de sacrificio apretó su corazón con tanta fuerza, que sintió como si alguien hubiera envuelto su mano alrededor de él. Sin embargo, un sacrificio de esa magnitud sólo podía conducir a la angustia. —¿Sabes qué?

—¿Qué?

Marcela decidió devolverle la pelota. Jugar la carta del hombre egoísta. Todo lo necesario para disuadirlo de una relación que sólo se convertiría en tirante por sus limitaciones. Sabía ser despiadada. Ella entendía de ira. Era fundamental que redescubriera esas emociones si iba a hacer esto bien. —¿Te das cuenta de lo egoísta que es por tu parte pedirme que me quede aquí contigo? ¿Has pensado en la idea de que algún día, morirás? Golpearás las puertas del cielo con el tipo de alegría que debería ser asociada al cruzar. ¿Yo? Estaré espiando a través de ellas, desde el exterior, mirando hacia adentro. Tendré que enfrentarme a una eternidad sola. Creo que he tenido mi tiempo, Kellen, y no voy a hacer nada más. Ni siquiera por ti —Si hubiera alguna manera, si ella creyera que había la más mínima posibilidad de que pudiera encontrar una manera de atarse a la tierra de nuevo, la agarraría y nunca se marcharía. Pero ambos sabían que era imposible.

—Estás huyendo de nuevo —Se burló, tirando de ella para acercarla, atrayéndola a su pecho, tentándola con la seguridad de sus brazos. Unos brazos, a los que no quería dejar nunca.

Y no podía permitir que eso sucediera. Carlos estaba en juego, y no había manera de que ella dejara que Kellen se inmiscuyera en eso. Si él supiera que Carlos era su bisnieto, no habría forma de parar a Kellen, para tratar de protegerle. Si Armando se daba cuenta de lo importante que Kellen era para ella, lo mataría sólo para poder deleitarse con su angustia.

Ella había empezado este ciclo de venganza, ella lo finalizaría todo por su propia cuenta, sin que nadie más se pusiera en medio. Demasiada gente había sido herida por lo que había hecho hacía mucho tiempo. Nadie más.

Empujándole, ella le hizo un guiño descarado, con ojos coquetos, justo como había hecho siempre, un millón de veces antes.

A pesar de que sus dientes se apretaban entre sí y su corazón se estrellaba contra sus costillas. —Y tú puedes mirar mi lindo culo mientras lo hago —Y entonces se calmó, porque mirarle esta vez, iba a ser la última—. Así que por favor, Kellen. Déjame ir

—Susurró, plantándole un suave beso en los labios mientras deseaba poder quedarse así para siempre—. Dile a Carlos, que no importa lo que pase, que no lo abandonaré. Sé que no va a entender por qué me voy, pero algún día, por favor explícaselo —Marcela se apartó de él entonces, tragando saliva fuertemente, luchando contra la tentación de flotar de nuevo hacia sus brazos y permanecer allí.

Su advertencia era ronca, rasposa, lagrimeo en ella desde el interior hacia fuera. —No te alejes, Marcela.

Ella no estaba caminando. Ella estaba flotando. Directamente hacia fuera de la maldita puerta y lejos de la clase de dolor con el que ella tendría que vivir durante una eternidad.

Capítulo 15

*Traducido por Flochi**Corregido por Selune*

—¿De ella? —Preguntó Marcella, señalando a una de las dos mujeres que estaba apoyada contra el mostrador del escritorio alto. Una mujer, de quizás veinticinco, parada con la mano de ella plantada en su voluptuosa cadera, mientras la otra mano se mantenía ocupada girando una hebra de cabello grueso oscuro con entusiasmo insinuante.

Darwin se inclinó a Marcella. —Bueno, si la honestidad juega un papel importante en esta cacería de cuerpo, tienes que admitir, que ella sin dudas está cerca de ser una réplica tuya. Ya sabes, grandes senos, cintura pequeña, nalgas espantosamente grandes y firmes. Reconozco que se acerca más a una talla familiar en ciertas cosas, te lo concedo. Pero se asemeja bastante.

La idea era encontrar un cuerpo anfitrión para que Marcella poseyera de manera que capturar a Armando mientras él todavía estaba en el cuerpo de Solana sería de dos contra uno. Ella al menos necesitaba extremidades para poder ser capaz de recoger algo pesado y cerebro para golpear a ese bastardo en la cabeza...fuerte.

Ah, deja vu.

Marcella espío la conversación que las dos mujeres estaban teniendo en el Extremo de la Bolera Rainbowl Alley y Birra. La de largo cabello oscuro y piernas que deberían ser ilegales en un par de shorts de Licra le dio a su no tan llamativa amiga un pequeño empujón. —Adelante, Margie. Diooos. Le has estado dando vueltas toda la noche. Sólo hazlo —Ella subió sus abundantes tazas C con un guiño y una risita.

Margie, más baja y vestida como si acabara de dejar el “Picnic Anual de Tajadas de Cochinillo asado de los Veteranos de Guerras”, estaba pensativa. Apartando eso, era francamente una novata. Apretó el nudo del suéter azul hielo precisamente sobre sus hombros y jugó con el collar de perlas que rodeaba su largo cuello. —¡Pero es tan lejos, Pat! No puedo —Gimió con un grito, chasqueando la lengua sin decir nada.

—Oh, no sé, Darwin —Murmuró Marcella, vacilando—. No sé si pueda hacer esto. No presté atención en la clase de Posesión. No presté atención en ninguna clase.

Darwin la empujó. —Pero yo sí. Obviamente —Él extendió sus brazos ampliamente para abarcar el cuerpo robusto de su anfitrión—. No tiene por qué ser ella, de por sí. Sólo concluí que sería simpático con esa particular variedad de mujer. Poseer lo que

conoces y todo. Ciertamente puedes poseer a quien quiera que desees, siempre y cuando sean jóvenes y sanos y extremidades que funcionen. Sólo hazlo para que podamos terminar con esto. Anthony se está inquietando —Giró su cabeza y le dio una buena sacudida antes de murmurar las palabras “máxima seguridad” y “vida sin libertad condicional”.

Marcella mordió el interior de su labio. —¿Y si lo arruino?

Su rostro regordete fastidiado. —Deja de comportarte como si le tuvieras miedo a un buen reto. No hay forma de hacerlo mal. Sólo hazlo. ¿Quieres un mejor cuerpo físico con Armando, o quieres huir sin dar una buena pelea? Si tienes un anfitrión, tienes una mejor oportunidad de darle una paliza no tan buena detrás del bastardo. Una vez que tengas un cuerpo, todo lo que tienes que hacer es golpear a ese cerdo sobre la cabeza y convocar su alma nuevamente. Lo has hecho antes, genia. Confío que lo lograrás otra vez. Después lo encierras otra vez en una caja, pero esta vez, tiramos la maldita cosa en el río Hudson en vez de dejarlo con un par de no creyentes.

Darwin volvió a Marcella hacia las dos mujeres y señaló. —Mira, es fácil. Primero, estar abierta a la posibilidad... relajada. Después, todo lo que tienes que hacer es empujar para entrar. Sé que eres más fuerte que un par de licra y un sostén Frederick's of Hollywood¹³. Una vez que estés dentro, usas esa impertinente voz tuya para calmarla, y vamos a por ese loco antes que se vaya con Carlos. Carlos está en el juego, Marcella.

Carlos. Su bisnieto. Y David. Juan. Quien sea. ¿Su hijo sufriría si perdía a su nieto por ese monstruo? Él sufriría hasta el día de su muerte. Y la Sra. Ramírez. ¿No había sufrido bastante en las manos de la lengua brutal de Armando? Infiernos, si ella no haría lo que sea para detenerlo. Incluso si significaba poseer a una mujer que pensaba que la licra estaba de moda.

Marcella sacudió sus manos, con la esperanza de aliviar algo de su nerviosismo. Dos hombres se habían unido a Pat y su amiga Margie. Este sería el momento perfecto para deslizarse dentro, mientras estaban distraídas por fortachones.

Margie ondeó sus pestañas al hombre número uno, mucho, y de manera tan obvia que, si Marcella hubiera tenido un cuerpo físico la habría golpeado en la parte posterior de la cabeza para que se detenga.

Novatas.

Esta no era la manera de conseguir un hombre.

El hombre número uno, rubio y delgado como un corredor, en una camisa de polo rosa con el cuello levantado y unos pantalones Dockers de color caqui, no pareció muy impresionado. De hecho, su cara se había enrojecido cuando bajó la vista a sus elegantes zapatos de bolos.

¹³ Frederick's of Hollywood: Marca de ropa.

Blancos con rayas rosadas.

El hombre número dos, mas grande y en un traje similar, le puso sus ojos en blanco al hombre número uno, lanzando un suspiro de impaciencia agravada.

Oh, Dios Santo. Estos tipos le estaban ladrando al árbol equivocado de preferencia sexual. Estaba bien que fuera a secuestrar el cuerpo impresionante de Pat. No solo podía tratar de salvar a Carlos con él, también estaría haciendo un servicio a la comunidad en el proceso.

Mientras Marcella avanzaba, escuchó los intentos del hombre número uno, cuyo nombre era Rick (“no me llames Dick”¹⁴) Short, para esquivar a la torpe Margie mientras Pat se humedecía sus deliciosos labios brillante y miraba al amigo de Rick.

—Entonces, muchachos, ¿vienen a menudo aquí? —Chilló Margie, su rostro pasando por varios tonos de carmesí.

Pat le guiñó el ojo y se apoyó contra la barra, para asegurarse que sus pechos se mostraran apropiadamente.

Darwin se movió al extremo opuesto de la barra, fingiendo hablar por su teléfono. —¡Dije que lo hagas! Jesús, Petey. No tenemos toda la maldita noche.

Lamiendo sus labios, Marcella se hizo la desentendida. Bolas de bolo se estrellaban contra los pinos mientras música de los 80 invadía sus oídos.

La esencia de cerveza, sudor, y patatas fritas llenaron su nariz. Y después Darwin nuevamente: —Petey, por Dios Santo. ¡Maldición, si no lo haces, lo haré yo! —Espetó.

Nerviosa por la regañada de Darwin, se giró a tiempo de ver la mano carnosa de él con los nudillos peludos por el rabillo del ojo.

Justo antes de que él le diera un buen empujón.

Directo al cuerpo de Rick “No me llames Dick” Short.

—¿Darwin?

—¿Dick, er, Rick, uh, quiero decir, Marcella?

—Cuando todo esté dicho y hecho, voy a darte una buena riña, señor —dijo ella siseando la s. Se pausó y cuadró sus hombros, empujando a Rick a un lugar que estaba profundo dentro de ella, y puso la expresión más severa de la que era capaz. Marcella aclaró su garganta—. Es decir, voy a darte una paliza, rey sabelotodo.

Él se atragantó. —Está bien, pantalones caros. Pero hasta entonces, tenemos un demonio que atrapar —Le entregó un bate del baúl del auto del Pequeño Anthony.

¹⁴ **Dick:** es el diminutivo de Richard, pero también en la jerga inglesa es pene, por eso lo de no llamarlo Dick.

—Si no te hubieras entrometido, habría saltado en el cuerpo de Pat por mi misma —Lo que habría sido más adecuado, de acuerdo a los descontentos gemidos de Rick que se pavoneaban en su cerebro.

—Si no me hubiera entrometido, todavía estaríamos en el boliche viendo a Margie hacer sus grandes movimientos sobre Rick. Lo que era angustiante, por lo menos. No sólo le ahorramos a Margie la agonía interminable, salvamos a Rick de tener que explicarla diferencia entre un heterosexual y un homosexual a esa criatura Pat.

—¡Pero yo entiendo el cuerpo de Pat, idiota! Ella es una mujer. Esto —Ella agitó sus manos alrededor del cuerpo de Rick— ...simplemente no lo entiendo.

Él se dio la vuelta del baúl y comenzó a recorrer la acera, sus grandes pies dando largos pasos—. Seguramente, estás disfrutando la oportunidad de tener testículos reales, Marcella. Metafóricamente hablando, todos estos años, eso es lo que realmente has extrañado.

Fue una sensación más extraña de todas, poseer el cuerpo de alguien más. Por no mencionar sus pantalones masculinos.

Todo desde la percepción de profundidad al uso de las instalaciones adecuadamente (imaginó ella) era torpe.

Más extraño aún, la capacidad finalmente de ser capaz de tocar cosas y caminar sobre el terreno sólido. —¿Puedes caminar más lento? Estoy teniendo problemas poniendo mis debajo mío.

Darwin soltó una carcajada. —Eso es porque tienes zapatos rosa sobre ellos.

Si. Una sombra superior de rosa, si se lo decía para sí misma. —¿No son fabulosos? —Se pavoneó con un suspiro efusivo, deteniéndose a admirarlos a la luz de la ventana de una tienda—. Los conseguí en una rebaja en este pequeño lugar de Internet.

—¿Marcella?

—¿Si?

—Esa perra regateó, ¿no?

Ella puso sus ojos en blanco con exageración. —Es fácil para decirlo, chico grande, pero Ricky es muy, muy vocal y él no está demasiado contento sobre nuestra pequeña aventura.

—Dile que se calle. Ahora.

—Estoy tratando, pero tú sabes, creo que Rick y yo podríamos llegar a ser amigos. Tiene el más maravillosos sentido de la moda, y conoce de productos para el pelo con yo sé...

Darwin interrumpió con un gruñido. —¡Marcella! Concéntrate, por el amor de... dile a Rick que se calle. Le devolverás el control total cuando nos ocupemos del asunto y no antes. Excava profundo, encuentra a esa perra que vive dentro, y júntense.

Marcella se detuvo a mitad de camino y tomó una profunda respiración, rodando su cabeza sobre el cuello. Rick protestó vehemente. Quería volver a Rainbow Alley y llevar a su equipo a la V—I—C—T—O—R—I—A. Marcella empujó ese pensamiento fuera de su mente y luchó para hacerse con el control, negociando silenciosamente con Rick en su mente.

—Piensa en Carlos, Marcella. Sólo mantenlo en tu cerebro —Entrenó Darwin.

Apretando sus ojos cerrados, los volvió a abrir, alcanzando a ver un atisbo de sí misma, uh, Rick, en la ventana de la tienda. Qué extrañamente bizarro. Poseer un cuerpo era como tener las cuerdas de una marioneta en tus manos. Llevó un pie a la dirección de Darwin. —Bueno, tienes que admitirlo, estos zapatos son bastante fabulosos, ¿y esta chaqueta? Ligera y de fácil movimiento, pero abrigada y cómoda.

Su suspiro se agravó. —No admitiré semejante cosa. Y nunca has usado la palabra “cómoda”. Contrólate en esto —Darwin se detuvo, pasando una mano a lo largo de su corbata—. ¿Ahora tenemos las cosas bajo control?

Ella ladeó su cabeza. Sin Rick zumbando en su cerebro. Había sólo silencio y su deseo de poder darle una paliza al trasero de Armando. —Eso creo.

Doblaron la esquina del edificio de Carlos, los pies de ella haciéndose más y más pesados. Jesús. Para un tipo tan pequeño, tenía los pies como dos cruceros.

Darwin se inclinó a ella. —Este es el plan. La medianoche de Armando casi se ha terminado. Espera detrás de ese árbol en las sombras. Justo cuando doble la esquina de la calle, lo coges tan fuerte como puedas con el bate. Voy a acercar el auto de Anthony y lo golpeamos en el pecho hacia el baúl. Después convocamos.

Los ojos de Marcella expresaron una mirada preocupada.

—Recuerdas como hacer eso, ¿no?

—Es confuso —Murmuró. Y lo era. Aún más que borroso, el hechizo que ella más necesitaba para retener a Armando de las personas que ella amaba. Fuertes nudos se formaron en su estómago por lo que Rick le había sugerido a su panza. Silenciosamente, sutilmente. Ella frunció el ceño y le envió un mensaje interno para poder con eso.

Darwin chasqueó los dedos para atrapar su atención. —Marcella, no podemos echar a perder esto. Sabes eso, ¿no?

—¡Claro que lo sé! Ha pasado mucho tiempo desde que probé un hechizo tan poderoso como una convocación. Sólo lo he hecho una vez, y eso fue hace más de setenta años. Estoy oxidada, pero soy buena bajo presión.

—Hablando de presión...

—¿Ahora qué?

—Una pequeñez se deslizó en mi mente.

Sus ojos se entrecerraron. ¿Cómo?

—Ser cuidadoso con el cuerpo de Rick.

—¿Debido a?

—Debido a que tienes que recordar, mientras tu espíritu podría no ser susceptible a morir, el cuerpo de Rick sí. Dañar al huésped está mal visto en todos los círculos de vida eterna.

Marcella plantó sus manos sobre sus caderas Dockered¹⁵. —¿Darwin?

—¿Si?

—Rick dice que eres un pagano, y tengo que estar de acuerdo. Si lo sacamos de esto en una sola pieza, voy a envenenar toda tu comida y la piel de tus orejas de puerco con arsénico. Rick dice que va a ayudar. ¿Cómo podrías haber olvidado algo tan importante conmigo? Jesús —Ella pasó sus manos por entre su cabello rubio aclarado, frustrada, sus dedos aunque delgados, se sentían incómodos en comparación con los suyos más pequeños.

—Sólo ten cuidado con él. Ahora ve allí y observa a Armando —exigió, señalando al árbol.

Ella le lanzó una mirada asesina, y luego se escapó al gran arce, parándose detrás de él, sus ojos bien abiertos.

Esperando.

—¿Kellen? Oye, ¿dónde estás? —gritó Catalina desde el frente de la tienda.

El tono frenético de su voz los hizo a ellos tres correr. —¿Qué está pasando?
—Preguntó él, preocupado por su mirada afligida.

—Necesito que me escuches cuidadosamente. Ese teléfono va a sonar en cualquier minuto y va a ser la abuela de Carlos.

—¿Qué? —dijeron las tres voces al unísono.

—Es Carlos. ¡Ese hijo de puta tiene a Carlos! —gritó ella, metiendo una mano dentro de su largo cabello, tirándolo de su rostro para atarlo en una coleta con una bandita

¹⁵ **Docker:** es una marca de los pantalones Levi.

elástica —. Ese Armando del que me dejaste un mensaje va a ir por Carlos, y no hay nada que nadie pueda hacer porque él está corriendo en un cuerpo que todos piensan que es legítimo. Juro por Cristo, si encuentro a ese mal nacido, voy a hacer que desee haber estado dentro de esa caja.

El estómago de Kellen se desplomó; su pecho se apretó. —Entonces es verdad. Armando está usando a Solana como un huésped.

Eso es lo que Frank quiso decir cuando tarareó “Te tengo bajo mi piel”. Él no había estado bromeando, y una vez más, Marcella había tenido razón.

—Así es, y cuando ponga mis manos sobre su patético culo de esbirro, voy a exprimir el demonio lejos de él —ella soltó.

Clyde, nunca práctico, levantó una mano. —Espera. ¿Cómo sabes que Armando tiene a Carlos?

Catalina golpeó su pecho. —Puedo sentirlo. Tengo esta extraña sensación cuando un chico está envuelto en un juego demoníaco. No importa, tengo que ir, pero antes de hacerlo, hay algo que necesitas saber —le dijo a Kellen.

Con los puños cerrados, Kellen preguntó, —¿Es Marcella?

Catalina sonrió. —Sí. Es sobre Marcella, y no voy perder el tiempo dando vueltas con la información que tengo. Así que prepárate —Inhaló irregularmente—. Carlos es su bisnieto. Su abuelo es hijo de Marcella. Por el que ella sacrificó su alma. Me tomó días y varios dolores de cabeza darme cuenta, pero finalmente conseguí que una comadreja que está metida en esto con Armando cantara.

Kellen sintió como si lo hubieran golpeado por la espalda. Luchó para mantener su cabeza enderezada. —¿Carlos es el bisnieto de Marcella? Pero el nombre de su abuelo no es David. Es Juan, se lo pregunté a la Sra. Ramírez.

Los labios de Catalina se apretaron con impaciencia. —No tengo tiempo para explicarte los detalles, simplemente confía en mí cuando te digo que Carlos es carne y sangre de Marcella. Eso es a lo que nos estamos enfrentando. Armando tiene a Carlos. Quiere vengarse de Marcella. No llegó a su hijo la primera vez. Su plan es alejar a Carlos de sus abuelos y criarlo para ser un subordinado. Como una especie de compensación por mantenerlo encerrado todos esos años. Carlos ve a los muertos. ¿Tienes alguna idea de cuántas almas puede dirigir al camino de Satanás si Armando puede hablarles? Factible, que con el cuerpo de un huésped, puede legítimamente tomar al niño.

—Cuando armando salió de la caja, supo casi al instante quién era Carlos. También supo sobre el plan de Marcella, y quiere venganza sobre ella por robarle su hijo, matarlo, y encerrarlo en esa maldita caja. Él sabe que ella tratará de ayudar a Carlos. Se aseguró de que Marcella supiera cuáles eran sus intenciones difundiéndolo todo en ese plano en el que ella estaba abandonada. El plan es atraparla, atrayéndola con Carlos

como su rehén; capturar su alma, botarla en un lugar que se podría considerar como un basurero incluso para Satanás. Si crees que el lugar en el que ha estado desterrada hasta ahora era desgraciado, te aseguro, es un viaje a un spa en comparación a donde él planea mandarla.

Delaney dio un grito ahogado, su rostro empalideció, haciendo a Kellen buscar sus ojos. —Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios. Hay un plano en el que ningún alma ha sobrevivido. Es desolado y estéril, y ella estaría sola. Vagaría sin descanso por toda la eternidad en soledad. Oh, Jesús. Catalina, ¿es ese plano al que se refiere Armando?

Ella asintió bruscamente. —Ese es el plano, y tiene una banda de lame traseros para ayudarlo a contactarse con ella.

Kellen levantó una mano impaciente, su intestino revolviendo ácido caliente. —Pero él ni siquiera puede verla. Lo vimos por nosotros mismos cuando lo encontramos en el cuerpo de Solana en ese bar —Espetó.

—Pero eso es sólo porque él estaba en el cuerpo de Solana. Cuando abandone ese cuerpo a su forma demoníaca, y él lo hará, porque ya no es útil para él, él estará preparado.

—¿Pero qué hay de Solana? ¿Qué le pasará a ella? —Preguntó Kellen, la mayor parte de su furia convirtiéndose en un hervor a fuego lento.

Los ojos de Catalina descendieron. —Desafortunadamente, Solana está muerta.

—¿Armando la mató? —graznó Delaney, atónita—. Pero pensé que los demonios no podían tomar una vida. Pensé que sólo podían evocar imágenes aterradoras y coaccionar a que uno se la quite por sí mismo.

Catalina asintió con la cabeza. —Eso es verdad. Pero la muerte de Solana fue simplemente una coincidencia. El problema es que coincidió con Carlos liberando a Armando de esa caja. El resto fue fácil de hacer.

—Jesús —susurró Kellen con un respiro violento.

Delaney agarró el brazo de Kellen, el miedo carcomiendo sus rasgos bonitos. —Tenemos que encontrarla. Lo que Catalina dice es verdad. El plano en el que Marcella ha estado no es nada comparado a lo que es en esencia la tierra sin el hombre. He escuchado hablar de eso de alguno de los espíritus con los que lidié en el pasado. Si la manda ahí, no podrá ser convocada, Kellen. Por ningún médium, jamás. Tenemos que encontrarla y advertirle —Delaney buscó sus ojos—. ¿La has visto desde que te dejamos más temprano?

Su asentimiento fue cortante, la herida dejándola encontrar un camino para estar todavía fuerte. —Sólo después de que tú y Clyde se fueron. Después de mandarme al carajo. La versión del más allá de “seamos amigos”.

Catalina apretó sus labios al tiempo que Delaney. Se lanzaron mutuamente miradas conocedoras.

Ambos, Clyde y Kellen, le dieron a la mujer miradas confundidas. —¿Qué? —Demandó Kellen.

Catalina pasó su mano sobre su arma plateada sobre su cintura. —Ella va a ir tras de Armando, y si su pasado es una señal, cuando ella lo encuentre como él está planeando, se va a ofrecer a sí misma como oferta para devolver a Carlos a sus abuelos, para lo bien que le irá. Nada calmará a ese gilipollas, ¿y por qué debería? El tiene todas las cartas. Puede tener a Carlos y ver como Marcella pasa el resto de la eternidad sola y en la oscuridad con respecto a la seguridad de Carlos. Y tan segura como estoy aquí de pie, ella habría golpeado tu culo con mucha fuerza porque no querría que supieras lo que estaba planeando o tener que preocuparse por el riesgo de que te maten.

Delaney asintió de acuerdo, sus ojos abiertos de preocupación cuando capturaron los de Kellen. —Porque ella te quiere, también —Susurró ella—. Y preferiría jamás volver a verte, a tener la oportunidad de que salgas lastimado. Pero esto es lo que me preocupa. Cuando dijiste que Marcella convocó el alma de Armando, me puse a pensar... así que leí sobre eso...convocar almas. Está en los libros que dejé en esa caja grande en la cabina —Delaney se detuvo en seco, su rostro blanco de pálido, sus manos temblando— ...¡Oh, Dios! Sé lo que ella va a hacer. ¡Oh, Jesús! No va negociar con Armando, ¡Va a enlazarse con él! —Ella cubrió su boca, sus ojos se abrieron horrorizados.

Clyde también empalideció. —Cariño, explícate.

—Apostaría mis ovarios a que va a enlazar su alma a la de él así él nunca puede liberarse de ella. De hecho, apostaría todos mis órganos vitales a eso. Es una manera segura para evitar que Armando de algún modo se aleje de ella y hiera a alguien más. Ella sería, en esencia, su guardiana. Tenemos que detenerla.

El estómago de Kellen se sacudió una vez más, la bilis subiendo por su garganta. —¿Dónde leíste esto?

Delaney sacudió su cabeza. —Tengo un montón de libros, Kellen. Sobre el más allá, sobre brujería, todo tipo de cosas debido a mi don de la vista. Ya sabes eso —Corrió a la cabina, arrastrando la caja afuera, y sacó un libro polvoriento y apolillado, volteando las páginas teñidas de amarillo—. ¡Aquí! —Señaló la página.

—Segundo párrafo. Marcella puede unir su alma a la de él, de acuerdo a esto. ¡Por los infiernos voy a dejarla hacer eso! Por el infierno.

Catalina gimió, frotando sus sienes. —Jesús. Esto cada vez se poner mejor. Almas, convocaciones, posesión. Es como una extra venganza sobrenatural.

Kellen arrancó la página del libro desgastado y lo metió en el bolsillo de su camisa y miró a Catalina. —¿Qué hacemos?

—Lo siguiente es —dijo Catalina, determinación severa sobre todo su rostro—, que me voy de aquí. Tengo un demonio sin escrúpulos para colmo, y si no me apuro, perderé a mi informante. Él sabe a dónde se dirigió Armando con Carlos.

Kellen se detuvo en frente de ella, bloqueando su salida. —No sin mi —De ninguna manera por el infierno él iba a dejar a Catalina meterse en esto sola. De ninguna manera por el infierno él iba a permitir que un niño pequeño sufriera la ira de la venganza irse más allá de lo enfermo y lo retorcido. De ninguna manera por el infierno él iba a dejar a que Marcella dejara este plano. De ninguna manera.

Catalina alzó la vista hacia él con parpadeos de diversión en sus ojos. —Sabes que eso es ridículo, ¿verdad, humano? Sólo te entrometerás en mi camino. Hazte a un lado, y déjame hacer lo que hago.

Kellen permaneció donde estaba, sólido, inamovible, su resolución inquebrantable.

—¿Kellen? No te estoy diciendo sandeces. Quédate aquí —Ordenó ella, una vena en su cuello se hizo prominente por el enojo.

—Voy a ir.

Sin advertencia, dejó caer su cabeza sobre sus delgados hombros y rió, dejando una resonancia amarga. —El amor te hace hacer estupideces. Confía en mí, lo sé. Vas a hacer que te maten cuando tienes a un perfecto demonio bueno para pelear tu batalla en tu lugar. Aún así, vas a hundir esa buena talla once en la parte más profunda.

Kellen entrecerró sus ojos. —Si tengo que hacerlo, encontraré donde está teniendo a Carlos, de algún modo, de alguna manera. Convocaré a las fueras completas del más allá para hacerlo, también. O me dejas ir voluntariamente, o consigo llegar por mis propios medios. Tú eliges.

Catalina frunció los labios, claramente considerando la determinación de Kellen. —Este es el trato. Te quedas detrás de mí, y si te dijo que huyas, será muchísimo mejor que lo hagas, o Satanás será tu mejor amigo comparado con el tipo de mierda que puedo lanzarte. Eres humano. Yo no. Puedo darte una seria paliza. Tú, a pesar de todo lo Neanderthal corriendo por tus venas, no puedes. ¿Lo entendiste?

—Lo entendí —Confirmó Kellen a través de sus labios rígidos.

Revolvió en su mochila sobre el suelo, sacando un arma plateada con una gran culata, y se la arrojó a él.

—Esto no matará a los bastardos, pero los demorará. Úsala.

Delaney enrolló hacia arriba sus mangas, con Clyde justo detrás suyo. —Nosotros entramos, también —dijo ella como si no hubiera otra opción.

—Oh, demonios no. Un humano es demasiado para controlar. Soy buena, pero no tanto —Se jactó Carolina con la sacudida de un dedo.

Kellen empujó a Delaney a sus brazos, dándole un fuerte abrazo. —La Sra. Ramírez llamará. Te va a necesitar, D. A ambos —Le dio a Gabe una señal de hombros con sus ojos a lo que dijo que Delaney lo necesitaría—. Necesito que alguien esté aquí para ella. Los traeré de regreso. Lo prometo. Los traeré de vuelta.

Delaney tiró de su suéter, quitando una lágrima con su pulgar. —Mas te vale que estés bien, maldito. Mantente a salvo. Mantén a Marcella y Carlos a salvo. Por favor.

Kellen tomó el arma de Catalina y sacudió la mano de Clyde. Clyde lo empujó a para un buen choque de hombros.

—Mantenla aquí, no importa cómo —Murmuró Kellen.

Clyde empujó sus gafas sobre su nariz. —Preocúpate por Marcella y Carlos. Ve por tu mujer.

Le palmeó afectuosamente la espalda antes de llevar a un lado a Delaney.

Kellen siguió la dirección de Catalina al frente de la tienda, la ira, el miedo y un firme propósito creando un cóctel agrio en sus intestinos.

Y entonces, tal como lo había predicho Catalina, el teléfono sonó.

Capítulo 16



Traducido por: Rihano

Corregido por: Ángeles Rangel

—¿Dónde diablos está, Darwin? ¡Ya ha pasado más de una hora! —susurró exaltada Marcella desde su puesto detrás del gran árbol de arce. No habían visto una sola señal de Armando. El edificio de apartamentos estaba en silencio, pero el viento aullaba, meciendo un columpio chirriante en el enorme campo de juegos a su izquierda.

Él sacudió la cabeza, claramente desconcertado. —Solana, quiero decir, Armando es como un reloj—. Debería haber estado por aquí ahora.

La frustración acumulada la hizo suspirar. —Maldita sea, es mejor que se dé prisa. Rick se pondrá ansioso. Necesita sus ocho o solo estará insoportable en la mañana, y tiene una cita para un café con leche con este lindo chico Kevin de su oficina antes de trabajar mañana. Él quiere estar fresco y descansado, —gimió ella, incapaz de detener las palabras de Rick procedentes de su boca. Rick estaba resultando ser una personalidad más fuerte que cualquiera que podría haber tenido en cuenta. Y él no le gustaba nada, o, más exactamente, ningún fantasma, jugando con su finamente concertado horario.

—¡Por el amor de todos los santos, Marcella! Dile a Rick que debería estarte agradecido. Esto tiene que ser lo más excitante que ha experimentado desde que quitaron Queer Eye for the Straight Guy.

Un movimiento en la entrada de los apartamentos silenció a Marcella y a Darwin a la vez. Sus manos se envolvieron más apretadas alrededor del palo, frío con el sudor pegajoso de Rick. Por la luz del techo encima del hueco de la escalera que conducía a los apartamentos se veía una gran sombra, acechando.

Los ojos de Darwin estaban pegados a la figura que salía por la entrada. Solana, levantó la vista hacia la luz.

Marcella contuvo la respiración cuando Darwin alcanzó a tener una visión clara de ella. Vio su sorpresa cuando sus ojos feroces y confundidos buscaron los de ella. Mierda. Se había olvidado de decirle que ella y Solana podrían ser gemelas. Ella se llevó un dedo presionando rápido sus labios para evitar que Darwin reaccionara.

La forma parcialmente oculta de Solana entró en el campo visual, revelando que no estaba sola. Ella tenía a Carlos en sus brazos.

Volteándose, olfateó el aire y revisó la calle. Sus ojos recorrieron las sombras, entonces reparó en Marcella, atrapada en el cuerpo de Rickag agachado debajo del gran arce.

Y Armando sonrió.

Sádicamente.

La sonrisa tan parecida a la suya hizo temblar a Marcella.

Coño. Lo habían hecho. ¿Cómo podía saber él que era ella?

Aunque él, también, estaba en el cuerpo de alguien más, Marcella conocía esos duros ojos. Los de Solana eran verdes, pero la negra malevolencia rencorosa de los de Armando quemaba en ellos... feroz, enojado. —Marcella, mi corazón, —gritó al viento áspero, su ligero acento enviando un escalofrío de repulsión por su espalda.

Levantó a Carlos como una ofrenda de sacrificio, flácido en sus brazos, la luz de la entrada brillando sobre ellos con la dura realidad. —Mira, mascota. Mira lo que tengo. ¡Nuestro bisnieto! Ven y tendremos una reunión. ¿Podríamos haber esperado un chico más guapo, Marcella? ¡Todo este tiempo he esperado y mira mi recompensa! ¡Oh, mi bella y atrevida esposa... ven a contar nuestras bendiciones conmigo antes de que me lo lleve lejos, muy lejos donde nunca lo volverás a ver de nuevo! —cantó.

Darwin sacudió la cabeza con una fuerza visible en ella, presionando su dedo regordete en sus labios gruesos. Ella sabía lo que estaba diciéndole. “No muerdas el anzuelo”.

Lo que Darwin no sabía era que ella era la carnada.

A toda costa, tenía que evitar que comprendiera completamente lo que ella iba a hacer o él trataría de detenerla.

Pero a toda costa, tenía que ser hecho.

Catalina se escabulló a su manera a través de las sombras del patio, su boca una delgada línea de furia. —Ese cobarde hijo de puta, —murmuró ella, deteniéndose cuando vio el movimiento en el frente del edificio de apartamentos de Carlos.

Kellen siguió la mirada hacia Solana y Carlos. Las olas de cólera atacaron su mejor juicio, dejando todos los avisos de Catalina en un montón de polvo de palabras olvidadas. Salió corriendo hacia adelante, queriendo sólo ver al hijo de puta muerto.

Catalina se abalanzó sobre él, tumbándolo con la fuerza de cualquier apoyador de la NFL. Se estrellaron contra el suelo en un zumbido de hojas muertas y tierra fría. Agarrándolo por los cabellos, Catalina susurró sus palabras al oído con un susurro ronco. —¿Te dije que te quedaras detrás de mí? ¿Qué pasa con esto es detrás de mí?

Empujándola, Kellen se desenredó a mismo de su agarre de hierro, pero no fue fácil. —Tiene a Carlos, maldita sea, —rugió al cabo.

Ella le dirigió una sonrisa burlona. —Siiiiii. Es por eso que estamos aquí. Escúchame. La mierda que puedes ver esta noche va a ser doblemente rara. No sé si Delaney te está dando la parte suave lo que es tratar con algo parecido a esto, pero es tan feo como el culo de un babuino. Esto “no es nada”. Ahora, si quieres ayudar, el objetivo es mantener al niño fuera de peligro cuando lo aleje de ese carajo. Pero presta mucha atención; no interfieras o se cauteloso. Una vez más, yo demonio. ¿Tú? Ni siquiera estas remotamente cerca, susurrante de fantasmas. Sé que quieres ser un héroe y salvar a tu mujer, pero no seas un héroe increíblemente tonto. No puedo estar actuando como tú, Kell, y si quieres vivir para ver otra vez a Marcella y mantener a Carlos seguro, ¡deja de hacer estupideces mierda! Un movimiento en falso, y estamos fritos. Ahora, si no te quedas quieto, me aseguraré de que camines cojeando por una muy larga década.

Dado el hematoma que estaba seguro se estaba formando en su hombro derecho, no lo dudo. Él levantó las manos.

—Está bien. Actué precipitadamente. Al verlo, verla, qué diablos, con Carlos me volví loco.

Los ojos de Catalina miraron hacia el edificio de apartamentos, manteniendo una mirada de halcón sobre Solana y Carlos.

—¿Ves a Marcella en algún lugar?

El corazón de Kellen cambió en su pecho, las manos cerradas en puños apretados. Él miró en la oscuridad de la noche, explorando la parte delantera del edificio de apartamentos. El viento amargo azotaba su cabello, filtrándose debajo de su parka.

—No, Maldita sea. ¿Dónde diablos está?

Catalina se levantó del suelo, sacudiendo las hojas de sus pantalones vaqueros. —No lo sé, pero estaremos a mano si consigues un vistazo de ella. Si tenemos suerte, tal vez ha sido detenida y no se mostrará del todo. —Agachada, ella abrió su bolso y sacó el arma más grande que Kellen había visto nunca. Luego sacó un frasco que ella había unido a una cuerda. Lo lanzó alrededor de su cuello con un gruñido.

—¿Quiero saber qué hay en eso? —preguntó él, apuntando al frasco.

—No es mierda de murciélago de Texas, —bromeó.

Metiendo las manos en la chaqueta, se quedó en silencio, su mente giró en cien direcciones diferentes.

La preocupación por Marcella se filtró en sus huesos. ¿Armando ya había puesto sus manos sobre ella? Tendría que ahogar al mismo demonio si la había tocado.

Catalina le dio una sonrisa simpática. —Te prometo que voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para ayudar a Carlos y a Marcella. A pesar de que definitivamente ayudaría si pudiera verla. Así que debes estar atento.

Pero la actividad por el lado del edificio de apartamentos había llamado la atención de Kellen. —¿Quién diablos es ese? ¿Uno de los cohortes de Solana?

La cabeza de Catalina dio media vuelta.

Ambos ladearon sus cabezas al ver a un hombre delgado, rubio, vestido de rosa y blanco, corriendo hacia Solana, mientras que otro corpulento y bien vestido caballero giraba un bate alrededor como si estuviera espantando moscas invisibles.

—Novatos, —murmuró Catalina, amartillando el cañón de su enorme arma.

Decidiendo que Darwin, quien aún no había sido visto, estaba en una mejor posición para agarrar a Armando, Marcella tomó una rápida decisión.

Agitando las manos para señalar a Darwin que agarrara el bate, se lo arrojó a él, a continuación llamando mentalmente a Rick “chica” por un pase tan débil.

El bate rebotó en el suelo en un alboroto de metal haciéndolo sonar, pero Darwin lo recogió.

Marcella tropezó justo mientras se lanzaba hacia las rodillas de Solana, con la esperanza de derribarla, mientras Darwin recogía a Carlos. En cambio, se estrelló contra el lateral del edificio de ladrillo, escuchando la voz de Rick en su cabeza recordándole que él no era atleta, *hermana. Nunca nadie escogió a Rick Short para estar en el equipo de dodgeball*, declaró. Pero él habría sido una condenadamente buena animadora, *muchas gracias*.

Ella rasgó sus ropas, deteniendo el resbalón mientras Darwin golpeó la parte posterior de la cabeza de Solana. El cuerpo de Solana cayó al suelo en un ángulo extraño y el cuerpo de Armando salió de su cáscara sin vida.

Fuerte, alto, moreno, guapo y seguro. Se apartó, corriendo, hacia el parque, las piernas cortas de Carlos balanceándose sobre el borde de su brazo musculoso, su mal dejando una estela vaporosa detrás de él.

Marcella quería que Rick levantara su culo huesudo, arañando los ladrillos para impulsarse a si misma hacia arriba.

Darwin salió disparado hacia la oscuridad detrás de Armando, que se movía con una agilidad que no habría pensado que el pequeño Anthony poseía.

Ella entrecerró los ojos en la oscuridad, en dirección a la zona de juegos, pero no podía ver una puñetera cosa. Rick le aseguró que era porque había dejado sus lentes en casa porque, realmente, ¿quién quiere salir con un cuatro ojos?

Con un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo, Marcella luchó por mantener el control del cuerpo de Rick. Apretó los dientes. —¡Sólo dame unos minutos más y te juro, que puedes tener tu cuerpo y todos sus accesorios de color rosa de vuelta!

Rick calló de nuevo, permitiéndole la oportunidad de evaluar el panorama del parque desde detrás de la cubierta del tobogán. Agachándose, ella se asomó por la esquina.

El frío metal de algo desconocido tocó la nuca.

—¿Quién coño eres tú? —alguien gruñó, bajo y suave. Alguien no tan desconocido.

Mierda, mierda, mierda. ¿Qué estaba haciendo aquí Barbie pecho grande? Marcella ahogó un grito de frustrada preocupación metiéndose los nudillos de Rick en la boca. Catalina tenía que irse. Marcella no conocía sus orígenes, o su nivel de habilidad, pero nada se comparaba con la rabiosa furia de Armando.

Y luego, unas grandes manos agarraron de la espalda por la chaqueta, llevándola alzada mientras Rick protestaba chillando, tan aguda y tan femenina, en su mente, que la hizo estremecerse. —¿Quién demonios eres?

Kellen, oh, gracias a Dios era Kellen, pensó con una mezcla de temor y alivio. Marcella le echó los brazos alrededor de su cuello y le plantó de golpe un beso en los labios que no sólo lo sorprendió, sino que lo dejó farfullando. —Oh, Dios, Kellen. Gracias a Dios que eres tú, —gritó contra su cuello mientras Rick ronroneó unas apreciativas gracias en su cabeza.

Kellen tiró la cabeza hacia atrás mientras ella se aferraba a su cuello, su rostro tenía una mezcla de sorpresa y disgusto. Se pasó el dorso de la mano por los labios. —¿Quién eres tú? —preguntó.

Catalina apuntó la pistola directamente a la frente de Marcella, olfateando el aire. —Por supuesto, él no es un demonio, —le dijo a Kellen, con los ojos llenos de sospecha.

Marcella negó con la cabeza, empujando el cañón de la pistola fuera de ella con impaciencia antes de mirar a Kellen. —¡Pon esa cosa lejos! Soy yo. ¡Marcella! Mira, es una larga historia y sin mucho tiempo para detalles. Poseí el cuerpo de este hombre. Su nombre es Rick. Dice que es un placer, por cierto... especialmente agradable encontrar al tipo grande aquí.— Su mano, con voluntad propia, dio unas palmaditas en el hombro duro de Kellen.

Marcella se detuvo, moviendo la cabeza de nuevo. —Lo siento. Es difícil mantener a Rick en calma. Esto es lo que pasó. Armando tiene a Carlos. Tiene que ser detenido. Necesitaba un cuerpo físico para hacerlo. Así que Darwin me enseñó como poseer un cuerpo. Desafortunadamente, mientras yo dudaba en a quien poseer, él me metió en el de Rick. Pero soy yo, te lo juro.

Tanto Catalina como Kellen compartieron una mirada que gritaba incredulidad. —¿Quién es Darwin? ¿El Perro de Delaney? —preguntó Kellen.

Se mordió el labio. —Otra historia muy larga. Sólo confía en mí, él es un buen tipo. —Su mirada de preocupación fue hacia la parte más oscura del patio de recreo—. Mira, no podemos quedarnos parados. ¡Armando tiene a Carlos!

—Contéstame una pregunta, —exigió Kellen, sosteniendo en alto una mano hacia Catalina—. ¿Dónde es el lugar favorito de Marcella para ir de compras?

Meciéndose sobre sus talones, ella sonrió, arrogante y confiada. —Pottery Barn. —Marcella jadeó con indignación.

—Ese no es, Rick. Es Pier. ¡Cállate o te juro por Dios que voy a meterte uno de tus malditos zapatos de boliche justo en el culo!

Kellen la agarró y la hizo girar a su alrededor con tanta rapidez, que hizo que quedara sin respiración. —Oh, esta es definitivamente mi Marcella, —confirmó con un grito suave y luego la dejó caer de espaldas en el suelo tan rápidamente como la había recogido en brazos, mirando a su alrededor para ver si alguien lo había atrapado en su abrazo demasiado exuberante —. Lo siento, cariño. Es como te dije, las rubias no son lo mío.

Catalina la miró mientras ella daba vuelta a la zona, evidentemente aún cautelosa. —¿Sabes que puedes dañar el cuerpo del huésped, no?

—¡Sí! ¡Así que dígame a esta loca que me lo regrese! ¡Quiero ir a casa! —gritó Rick.

Eso fue todo. Marcella había tenido suficiente. Ella no necesitaba un huésped para cazar a Armando.

Sólo un alma.

Luchando contra los límites del cuerpo de Rick, ella osciló fuera de él, dejándolo en un montón arrugado en el suelo. —Ponlo en algún lugar seguro, podrías, ¿por favor? —ella le pidió a Kellen—. No quiero que se haga daño por mi culpa.

Catalina tomó la delantera, arrastrando la forma inconsciente de Rick hacia la seguridad bajo el amparo de la tabla de deslizamiento, y luego dijo, —voy a entrar recuerda lo que te dije, Kell, —le advirtió.

Marcella se volteó hacia Kellen con ojos que estaban pidiendo mientras trataba de apartarse. —Tiene a Carlos.

Kellen la atrajo hacia él, fuerte, pasando sus manos por el cabello, con sus ojos bebiendo su cara. —Lo sé, cariño. Yo lo sé todo. Sé de Carlos y que David es Juan. ¿Estás bien?

Su intestino se apretó, los ojos se le nublados de preocupación. —Estoy bien. Déjame. Necesito ayudar a Carlos. Así que por favor, te lo estoy rogando... vuelve a la tienda y espera por él, porque si sales herido... me aseguraré de que vuelva a ti y la señora Ramírez. *De algún modo*

Su agarre creció con más fuerza, sus ojos penetrantes. —Ah, no. Te conozco, Señorita Cordero de Sacrificio. ¿Tienes alguna idea de lo que ese loco quiere hacer contigo?

¿Tiene él alguna idea de lo que quiero hacer con él? Las palabras de Kellen la hicieron vacilar, pero luego se lo sacudió de encima. No importaba lo que Armando planeaba hacer. Nunca será capaz de evitar que ella hiciera lo que iba a hacer porque no sabía cómo. La ansiedad se apoderó de ella. Tenía que conseguir ir al infierno. —Tengo que irme, Kellen. Por favor.

—De ninguna manera te voy a dejar fuera de mi vista. Sé lo que piensas que vas a hacer, y eso no va a suceder.

Levantando la cabeza, memorizó su rostro, las líneas afiladas, el hoyuelo en ambos lados de su boca. —No puedes ayudar. Él te mataría. No podría vivir con eso. Bastante daño ha hecho a causa de lo que hice. Tengo que ir, Kellen. Tengo que hacerlo. Pero necesito que sepas esto. Si yo pudiera haber tenido las cosas de otra manera, si hubiera un camino para quedarme aquí, yo lo haría en un segundo. Yo tomaría la mortalidad y a ti cualquier día de la semana. Ahora déjame ir. Por favor.

—¡No, mujer! Escúchame. No te permitiré hacer lo que pla...

Se detuvo en mitad de la frase cuando ella le hacía cosquillas en su punto más débil, atrapándolo con la guardia baja. Liberándose a sí misma, flotó fuera de su alcance hacia la parte superior del árbol. Su corazón se aplastó contra sus costillas cuando ella miró abajo hacia él. —Dile a D que la quiero, y a todos esos estúpidos perros refugiados, pero que no pierda más el tiempo tonteando buscando una solución para mí. —Hizo una pausa, luchando por contener más lágrimas ridículas—. Y te quiero, también, Kellen, —sollozó, ronca y desgarrada con el dolor—. Nunca pensé que le diría eso a otro hombre de nuevo, pero te quiero. Te amo. Te amo. Te amo.

—Maldita sea, Marcella, ¡baja aquí ahora! —gritó, los planos afilados de su cara tensos, su cuerpo rígido de rabia.

—¡Te quiero! —susurró en el viento antes de sumergirse profundamente en el patio de juegos sin mirar atrás. Su corazón se rompería si ella miraba hacia atrás.

En su lugar, Marcella enfocó sus ojos hacia delante, donde ella había encontrado a Armando, y juntos, habían pasado su eternidad.

—¡Armando Villanueva! ¡Un, dos, tres fuera!¹⁶ —rugió Marcella.

¹⁶ **Un, dos, tres fuera (ingles original es olly, olly, oxen free):** es una frase que se usa en el Juego del Escondite para indicarle a los que aún están escondidos que pueden salir sin problemas.

Capítulo 17



Traducido por AndreaN y ANDRE_G

Corregido por esmeralda38

Marcella escaneó el largo del patio de juegos con ojos ansiosos, buscando señales de Carlos.

Y ahí fue cuando escucho el grito de Darwin, —¡Tú animal inundo!

Sus ojos fueron directamente a su derecha, donde Armando estaba parado, inclinado seguramente contra una camioneta de helados abandonada. Una larga cabeza de payaso se sentaba en la cima, sonriendo con una sonrisa fea y dientona, haciéndola temblar. Las salvajes arremetidas de su cabello rojo, saliendo debajo de su puntiagudo sombrero moteado con círculos multicolores, enviaba un miedo irracional a través de su columna vertebral. Luchando por ignorar su ridículo miedo de algo remotamente relacionado con Barnum y Bailey, Marcella trago con fuerza.

El cabello espeso y negro como el de un cuervo de Armando estaba amarrado apretadamente en una cola de caballo, haciendo que sus mejillas, siempre limpias y ásperas, resaltaran con el duro brillo de la luna. Cruzando sus piernas en los tobillos, él señaló hacia arriba. —¿Amigo tuyo? — Su pulso se detuvo. Darwin, o el cuerpo que habitaba, flotaba alto por encima de la cabeza de Armando. Sudor brillo en su arrugada frente, sus puños aferrados apretadamente en su pecho—. Marcella, ¡corre! — advirtió él, su respiración era superficial y desigual.

Oh, no. Ya no huiría más. Sólo serían ella y el hombre que planeaba ver fuera de este plano para siempre. Instantáneamente, ella estuvo detrás de Darwin, corriendo una calmante mano por encima de su frente. —Déjalo ir, Armando. Él no tiene nada que ver con esto.

—*Mi amor*¹⁷, —él cacareó, ofreciéndole su mano—. Perdónalo. Si eso es lo que empleas para ayudarte a superarme, te deseo suerte. Ahora, ven, danos un beso, ¿no? Ha pasado tanto tiempo desde que probé esos exquisitos labios. —Él sorbió los suyos con un perverso chasquido—. Eres tan hermosa como el último día que te vi hace tanto tiempo. Recuerdas ese día, ¿verdad, esposa? ¿El día que me asesinaste a sangre fría y me robaste a mi hijo?

Ella puso un dedo en sus labios, simulando recordar, dedicándole una maliciosa sonrisa. —¿Te refieres al día en que te rompí la cabeza, terminé tu miserable existencia, quemé tu patético cuerpo hasta que no quedo mas nada que cenizas, y luego convoqué

¹⁷ **Mi amor:** En español original

tu negra alma y la encerré en una caja? ¿Ese es el día al que te refieres, esposo? —se burló ella.

La sonrisa de él era glacial, su ceja negra se curvo. —Seeeeh, —dijo en un suspiro—. Creo que es ese. Oh, la angustia de ser traicionado por tu propia esposa. Imagina mi dolor. “Inconsolable,” no es una palabra que uso a la ligera.

Marcella dejó que una sonrisa gatuna apareciera a través de sus labios.

—Entonces, sí. Lo recuerdo. De hecho, me mantiene cálida y acogedora en noches frías como esta. Me cubro con el recuerdo de mientras brindaba por el fin de tu vil existencia con leche cálida y galletas recién homeadas.

Bada-bing, bada-boom. Toma. Eso.

—¿Cómo crees que tu amante se sentirá si lo mismo le pasara a él?

Kellen. Su estómago se hundió hasta sus pies. Él sabía de Kellen. Cristo.

—¿Y qué hay de su hermana, Delaney? ¿Cómo crees que su Clyde se sentiría si ella fuera encerrada en una caja para siempre?

Su mal temperamento. ¿Acaso no todo el mundo la molestaba todo el tiempo por su mal temperamento? ¿Acaso eso podría ser porque saca lo mejor de ti, Marcella?, era lo que pensó justo antes de perderlo.

—¡Te matare, cerdo! ¡Déjalos en paz!

La dura mascara de su rostro cambió solo un poco, revelando lo que ella estaba segura era sólo la punta de su furia. —Me asesinaste, Marcella. ¡Me asesinaste y me robaste a mi hijo! ¡Me lo quitaste y ahora yo te lo quito!

Marcella bostezó, aburrida. —Me asesinaste, —se burló en su acento, rodando su cabeza en su cuello—. Yadda, yadda, yadda. Quééé dramático. Quejón.

Él cacareó de nuevo, suave y bajo. —No creo que yo sea el que me queje.

—¿Dónde está Carlos? —demandó ella, sus ojos estaban revoloteando de lado a lado.

—¿Nuestro bisnieto? Está bien. Bastante bien. Estoy tan orgulloso de él que duele. Se parece a mí. Fuiste el recipiente perfecto, Marcella, verdaderamente un movimiento brillante de mi parte, casarme contigo. Tuve que soportar mucho de tu aire caliente, pero valió la pena al final. Me diste un hermoso niño. Ahora ven, hablemos de los viejos tiempos. —Él ondeó una mano hacia el espacio en sus pies como si estuviera impaciente de terminar con las cosas—. Estás muy lejana por allá, y hemos estado alejados por demasiado tiempo, ¿No lo crees?

—¡Muéstrame-a-Carlos! —ella escupió, levantando su barbilla para escanear los alrededores.

Con el borde de su pie, él abrió la oxidada puerta del camión de helados y sonrió. Carlos estaba recostado en el piso en su pijama y, desde donde ella flotaba, podía ver

su pecho elevarse y caer con lentas y fáciles respiraciones. El alivio la lavó— ¿Qué le has hecho?

—Sólo un hechizo para ayudarlo a dormir, muchacha¹⁸. ¿Seguramente no quieres que presencie la muerte de su bisabuela?

Si alguna vez hubo un momento para que su memoria estuviera en punto, era ahora. Ella no rezaba a menudo, pero en este justo segundo, mirando a Carlos recostado indefensamente en el camión, y a Darwin colgando como si fuera algún dirigible de desfiles, ella rezó para poder recordar las palabras que necesitaba para el hechizo que necesitaba para terminar esto. Hasta entonces, ella sólo se paró ahí. Se movió más cerca de Darwin, susurrando desde un lado de su boca. —Sostente con fuerza, amigo. Esto terminara pronto.

—¿Dónde está la maldita caja, Marcella? —Él siseó de vuelta, la preocupación cubrió de arrugas su frente—. ¡Necesitamos la caja!

—Escúchame atentamente, muchacho¹⁹. Él estará muy ocupado conmigo para mantenerte aquí por mucho tiempo. Cuando él te suelte, corre tan rápido como esas rechonchas piernas te lleven hacia el carro y consigue esa caja. Sabrás cuando asegurarla.

Darwin intentó protestar, pero Marcella lo cortó. —Si alguna vez he necesitado que prestes atención y hagas lo que te digo, es ahora. Así que cállate, y una última cosa. Eres el mejor eneamigo²⁰ que una chica podría tener. Ahora corre. Te lo ruego.

—Qué simpático. ¿Estás diciendo tus palabras de despedida, querido corazón? —Armando atormentó desde sus delgados labios, mirándola con unos ojos negro carbón tan llenos de odio que le quitaron el aliento.

Casi.

—Dame a Carlos, Armando. Dámelo y me iré contigo. Haré lo que sea que quieras que haga.

—No seas tan tonta, mi corazón. ¿Porque te daría al bisnieto que intento criar? ¿No es esto encantador? Tú, yo, el niño que debió haber sido mío, todos juntos, al fin.

Maravilloso. —Déjalo ir. No tienes ningún derecho sobre él.

Le dio una triste mirada. —Pero sabes que eso no es cierto, amada. Me robaste la oportunidad de criar mi hijo, en mi libro creo que eso quiere decir que me la debes, —él dijo con un amenazante regocijo en su voz.

—Te lo advierto por última vez, Armando. Déjalo ir.

¹⁸ **Muchacha:** En español original.

¹⁹ **Muchacho:** En español original.

²⁰ **Eneamigo:** En el original *Frenemy* es un neologismo en inglés para juntar las palabras "Friend" ("Amigo") y "Enemy" ("Enemigo"), que al traducirse quedaría como *Eneamigo*. Se refiere a una relación de amor y odio entre dos personas, cuando son amigos pero también enemigos.

Sus ojos se estrecharon a relucientes puntos de luz. —¿O qué, cariño? No tienes el poder para hacerme algo. Yo, por otra parte, he estado ocupado, ocupado como una abejita mientras acomodaba a nuestra hermosa nieta que luce justo como tú. ¿Quién habría sabido que sería un estudiante tan astuto? Y todo lo aprendí pensando en ti, mi corazón. Yo puedo herirte, Marcella. Puedes sentir dolor infligido por mí, tu amado esposo. ¡La clase de dolor que puede ser mucho peor que los confines de cualquier caja! —dijo extendiendo sus brazos ampliamente y suspiró haciendo un movimiento ascendiente con su pecho.

Santa mierda. Toda esa pose dramática nunca era una buena señal. Marcella se preparó para esquivar pero en lugar de ello sintió el ardiente calor de llamas lamiendo sus pies. Un anillo de fuego los rodeo a ella y a Darwin, creciendo más y más hasta que casi cubrió la vista que tenía del pequeño cuerpo de Carlos.

—Hey, Armando —gritó sobre el bramido de las chispas del fuego—, ¿Esto es lo mejor que puedes hacer? ¿Tienes algunos hot dogs que pueda asar? Oh, espera. Que tonta soy. Claro que no tienes hot dogs. ¡Tratar de conseguirlos en un supermercado tiene que ser difícil para alguien que está encerrado-en-una-caja!

La fachada calmada se había ido, Armando hizo justo lo que ella esperaba que hiciera. Él reaccionó.

Y no de la forma que alguien podría llamar no-psicótica.

Su rugido de ira fue un grito ensordecedor, alto con la furia de todos los subalternos del Infierno combinada. Humo negro se levantó en hebras que se deslizaban torciéndose y girando hasta que tomaban forma.

Muchas formas.

La forma de aquellos que Armando había convocado para que lo ayudaran a hacer el trabajo sucio.

Mariquita.

Las negras sombras, grasientas y veloces, llenaron el aire, saltando hasta las copas de los árboles, haciendo sonar las cadenas de los columpios, corriendo por el cielo a toda velocidad. Creando una estridente sinfonía de sonidos que rompían los tímpanos.

Darwin colgaba precariamente, temblando en el furioso viento, llamas lamiendo su cuerpo huésped. Colgaba sin poder hacer nada. —¡Marcela, corre! ¡Vete antes de que salgas herida!

Una distracción. Ella necesitaba distraer a Armando por el tiempo suficiente para que soltara a Darwin. Alzándose más alto, tiró la cabeza hacia atrás y se rió de Armando en superioridad. —¿Esto es lo mejor que puedes hacer? ¿Fuego y viento? ¡Siempre fuiste un bastardo perezoso! ¡Perezoso, perezoso, perezoso, especialmente en la cama! ¿Escuchaste eso, Armando? ¡Eres un perezoso! ¿Tuviste todo este tiempo para practicar y esto es lo más atemorizante que se puede poner?

Ella había arrojado el guante, le había dado a Armando el reto final. Muéstrame lo que tienes, imbécil. Solo esperaba que su guante no incluyera esas malditas langostas. Ellas la asqueaban como ninguna otra cosa.

Oh, pero ese loco, comiendo-mal-al-desayuno de Armando, él tenía algo mucho más atemorizante en su cabeza. Por el amor de Dios. ¿En serio? ¿Era en serio?

De la parte de arriba del camión de helados la cabeza del payaso comenzó a girar, retorciéndose con ferocidad, su boca abriéndose ampliamente para rebelar unos dientes como punzones de hielo antes de que la inmensa cabeza saliera volando del camión directamente hacia ella. Llamando su nombre en profundos, tonos demoniacos. Un escalofrió de terror subió por su columna.

¡Dios! Ella odiaba los payasos. La repulsión retorció sus entrañas.

De cualquier forma, en su furia, Armando había perdido de vista a Darwin, el cual cayó al suelo con un estrepito del montón de mugre y un aullido sobresaltado. — ¡Corre! — ella le gritó, esquivando la malévola cabeza del payaso, luchando contra su terror—. ¡Corre!

Los vientos se levantaron, rugiendo, rompiendo su vestido, arrastrándola por el cielo negro tinta. Un trueno chilló en brillantes arcos de blanco y azul, gritándole a la tierra en salpicaduras volcánicas, agrietando el suelo. Profundas grietas dividieron la suciedad, tragándose lo resbaladizo, comiéndose los setos junto con el perímetro.

Marcella vio movimiento justo debajo del camión de los helados, su estómago subiéndolo y cayendo mientras los subalternos de Armando la arañaban, hundiendo profundamente sus talones en sus brazos, amarrando sus dedos de acero alrededor de su cuello.

Y entonces había agua, benditas frías sabanas de agua, lavando sus heridas, proyectando demonios en cada dirección, dándoles una paliza contra troncos del árbol en bulliciosos ¡plafs!

Catalina estaba debajo de ella, blandiendo el arma más grande que alguna vez había visto Marsella, disparando agua hacia el cielo. — ¡Kellen! ¡Ve por Carlos! — ella ordenó con una demanda gritada.

Los latidos del corazón de Marcella se aceleraron mientras Kellen corría, con la cabeza agachada, hacia el camión de los helados. Sus piernas moviéndose con fuerza, los músculos flexionados, su mandíbula apretada.

Y entonces fue en ese momento cuando Armando lo vio.

Sus ojos se encontraron, los de Armando con conocimiento, los de ella con palpable temor.

Levantando sus dedos, los apunto a Kellen, dirigiendo todas sus habilidades finalmente afiladas hacia su espalda.

—¡Kellen! —gritó Marcella con un ronco sollozo—. ¡Quítate de en medio!

Entonces Catalina levantó la mirada, sus ojos grandes por la atónita sorpresa, como si realmente pudiera ver a Marcella, y entonces grito hacia arriba.

—¡Marcella! ¡Muévete! — Con la fuerza de una estrella de carreras, Catalina corrió, lanzándose a sí misma contra la espalda de Armando, agarrándose a sus manos, agarrando su cola de caballo, tirándola con tanta fuerza que su cuello se fue hacia atrás.

El pánico hizo que Marcella reaccionara a la bola de fuego que Armando había disparado, dirigiéndose directamente hacia el camión de helados donde estaba tendido Carlos, dormido. Ella salió zumbando hacia la abertura justo como la bola de fuego chillaba hacia adelante, rezando llegar a tiempo para tomar el impacto.

Un bramido, largo y primitivo, estalló cuando Kellen cortó el aire, sacándola del medio mientras Catalina, su pie encima del pecho de Armando, rociaba las flamas.

Armando se retorció debajo de ella, flexionando sus muñecas para revelar largos talones. Golpeó la pierna de Catalina, haciéndola aullar en agonía con una dura caída hacia el suelo.

Así que era ahora o nunca. Podría su inclinación por memorizar cada estilo de zapato Jimmy Choo que existía mantener sus habilidades de memorización intactas.

—¡Ve por Carlos! — le grito a Kellen, halando para liberarse de él y volviéndose a elevar para flotar sobre Armando. Kellen se disparó como un cañón hacia el camión de helados, tirando a Carlos hacia él, pero no corrió para guarecerse. Él depositó a Carlos bajo un área de asientos cubierta luego saco algo de su bolsillo.

Pero su atención se desvió cuando Darwin, en su traje roto, con sudor brillando en cada pulgada de piel expuesta, sacudió sus brazos en el aire desde una esquina del parque de diversiones y señaló.

Él tenía la caja. La parte de arriba estaba abierta. Nunca había amado más al Rey Kibble que en ese mismo momento.

Su corazón golpeando contra su pecho, sus manos temblando, Marcella llamó a su esposo. —¡Armando Villanueva, eres un sucio acólito de Satanás! Estoy atada a ti— ella gritó, sólo para detenerse en medio de la frase cuando escuchó que alguien más hacía eco de las mismas palabras.

—¡Armando Villanueva! — Kellen clamó, bajando la vista para leer con el ceño fruncido algún pedazo de papel que tenía en sus manos—. ¡Estoy atado a ti!

—No, oh, mi Dios. ¡Noooooo! ¡Kellen, noooooo! —ella gritó. ¿Qué por el amor de la mierda estaba haciendo él? Su corazón se aceleró al mismo tiempo de su mente. No podía recordar el hechizo, ¿Pero Kellen lo había escrito? — Ven, ven— Oh, mierda. ¿Era ven thee a ser mío? No, ven thee y únete. ¡Mierda! Ella no podía permitirse hacer esto mal. El horror quemó sus intestinos; el miedo explotó en cada célula de su cuerpo.

Malo. Esto era muy malo.

Catalina se arrastró a si misma del suelo, mirando hacia arriba, y hacia abajo,

—¡No, Marcella! ¡No! ¡No lo hagas!

El rostro de Darwin fue de pánico afligido cuando comprendió lo que ella estaba por hacer. Kellen dejó de leer el pasaje y lo miro a él, la confusión ante este nuevo jugador en el malvado juego. Darwin negó con la cabeza.

—¡Marcella, no! ¡Detente, Kellen! ¡Están atando sus almas a Armando, por toda la eternidad!

Bueno, pues dah.

Excepto que había este pequeño problema con toda la cosa de la vinculación. Algo así como que tenías que recordar las palabras para hacerlo, y Kellen las tenía escritas.

Oh, ginkgo. Como me has fallado.

Capítulo 18



Traducido por Bautiston

Corregido por Marina012

Catalina surcó el cielo, luchando contra Kellen, quien agarró el papel en sus manos como si fuera el Santo Grial. Cayeron duro, pero Catalina se puso de pie en un instante, metiendo la mano de Kellen entre sus rodillas, haciéndole palanca en los dedos hasta quitarle el papel con un grito guerrero.

El alivio inundó a Marcella que empezó a concentrarse de nuevo en el hechizo, su mente girando alrededor de palabras que no encajaban.

Armando se levantó, creciendo hasta alcanzar proporciones grotescas, cerniéndose sobre Marcela con todo su poder demoníaco. Con su forma de demonio a la vista, abrió su boca, inclinando la cabeza hacia atrás y emitió un grito tan violento, tan furioso, que Marcela se estremeció cuando el sonido fue directamente hacia ella.

Ella se enfrentó a él, con el pelo mojado, los ojos salvajes, el vestido hecho harapos pegoteados, dispuesta a sufrir su ira.

O por lo menos hasta que ella pudiera recordar las malditas palabras para el hechizo.

Armando se acercó y la agarró por el cuello, sus dedos como garras, apretando alrededor, su risa llenando la oscura noche. Kellen estaba por debajo de ella, con el arma de Catalina en la mano, los ojos muertos y fríos, listo para apretar el gatillo.

El silencio latía mientras colgaba de las manos de Armando. Fea, turbia y palpitante venganza.

Justo cuando Catalina hizo su movimiento, saltando hacia él como si fuera la Mujer Biónica vuelta demonio, una voz gritó desde atrás, moviendo el parque con un temblor atronador. —¡Armandoooooo!

Armando se desinfló como si lo hubieran hecho estallar con un alfiler, soltando a Marcela de su puño de acero.

Catalina se detuvo prácticamente en el aire, golpeando en el suelo, cayendo sobre sus pies con estrépito discordante en medio de los escombros de la zona de juegos. La sorpresa ensombrecía su cara, sus ojos muy abiertos y redondos.

Kellen cayó al suelo, corriendo a donde había dejado a Carlos alzándolo protectoramente contra su pecho. Marcela flotaba con ellos, arrodillándose al lado, recorriendo con manos temblorosas la cara cubierta de hollín de Kellen.

Un hombre, verdaderamente del tamaño de una secuoya, dio grandes zancadas hacia delante; sus ojos, azul cobalto y llenos de furia, se dirigieron hacia Armando, atravesándole con una mirada tan llena de fuego, que Marcela se encogió. Cada paso que daba retumbaba, marcando los duros músculos de los muslos al flexionarse y ceñirse sobre el material de sus pantalones negros. Un puño, ancho y vigoroso, cerrado en una bola, se aflojó con la misma rapidez para agarrar a Armando y levantarlo por los tobillos, con una sola mano.

Su pelo negro azulado brillaba en el resplandor de las farolas, oscuro y brillante como la piel de una orca, cayendo justo por debajo del cuello de su suéter negro. Sus anchos hombros casi bloqueaban la visión de Armando cuando fue levantado por el aire, como si fuera un pez que acababan de atrapar.

Decir que estaba hirviendo sería subestimar la furia que rezumaba prácticamente desde todos los puntos disponibles de carne en su cuerpo.

Pero por un momento, algo le llamó la atención, y cuando se detuvo para tomar nota, los planos de la cara, angulosa, esculpida en granito, le dieron la apariencia de algo que sólo Rodin podría crear.

Marcela se encogió, preparada para que este hermoso hombre tomara nota de ellos y lanzara toda esa furia hacia ellos.

En su lugar, lo que le llamó la atención fue Catalina.

Catalina levantó la barbilla, en desafío al ser aparente descubierta por el hombre. Cruzó los brazos sobre su pecho, cubierto de tierra fangosa y hojas mojadas, en una postura atrevida, donde ni siquiera esta secuoya gigante, la sacaría de su misión. Su boca llena adelgazada a una línea de puro odio, sus ojos brillando con un mensaje claro que sólo ellos dos entendían.

Sus ojos se encontraron. Catalina hervía, los de él brillaban azules y divertidos. Fue entonces cuando él le guiñó un ojo sugestivamente con una inclinación lenta de sus largas pestañas. Ellos se enfrentaron en silencio, sin hablar nada, despidiéndola para regresar a su presa, que colgaba flácido e indefenso.

—Armando Villanueva? —preguntó, pero era claramente una mera formalidad—. ¿Cómo te atreves a tratar de usurpar el trono de Satanás?

—¡No! —protestó, retorciéndose en contra del agarre de acero—. Yo llevaba el niño a mi amo y señor —insistió, luchando por mantener el tono, pero desmoronándose estrepitosamente bajo la mirada de desaprobación de este hombre.

—Has avergonzado mi autoridad, Armando. —Hizo una pausa y sonrió, mostrando unos dientes perfectamente blancos mientras levantaba a un llorón Armando al nivel de los ojos—. ¿Me harás pasar más vergüenza tratando de engañarme a mí?

Armando negó con la cabeza, su larga cola de caballo temblando. —¡No, no!

—Es bueno saberlo porque, tengo que decírtelo. No me gusta mucho.

—Pero el niño... es... es.

—¿Qué? —gritó el desconocido—. ¿Me estás diciendo algo que crees que no sé, canalla? Estaría realmente en aprietos, si ese fuera el caso. Me enorgullezco por hacer funcionar un barco fuerte. Hablando de buques y aprietos, ¿dime dónde has estado desde 1934?

—Fue ella! —gritó en dirección a Marcella, chorreando sudor de la frente, mientras señalaba con dedo acusador—. Me encerró en una caja, Dameal. Yo sólo acabo de salir. Ella me impedía servirle.

Marcela rodó los ojos. ¿Así no era un hombre? La culpa, la culpa, la culpa. Y Dameal... ¿quién coño era este Dameal?

La cabeza oscura de Dameal se inclinó hacia la derecha mientras le daba una mirada de exagerada incredulidad a Armando. —¿Me estás diciendo que una mujer te mantuvo alejado de tus deberes? ¿Una mujer? Es curioso, el rumor es que eres canalla. Pícaro. —Escupió la palabra como si estuviera sucia—. Y has estado fuera de la caja desde hace bastante tiempo, mientras has estado rondando a mis espaldas. Todo lo demás palidece en comparación, ¿no estás de acuerdo?

Las manos de Armando pretendieron apoderarse de los puños de acero de Dameal, pero se dejó caer de nuevo a su posición colgante, sin poder hacer nada. —Escúchame, Dameal ¡El niño! ¡Puede!

—¿Tu me interrumpes? —Lo sacudió, sus dientes castañetearon—. ¡Maldita sea. No me gusta ser interrumpido. ¿No sabes eso? No, espera. No lo sabes debido a que después de ser atrapado en una caja por alguna hembra quejumbrosa, cuando finalmente saliste, te "olvidaste" de encontrarte conmigo y en su lugar planeaste un levantamiento del que ni escuche hablar ni aprobé. Y eso me puso muy enojado, Armando. Muy enojado. Entonces, ¿qué deberíamos hacer al respecto? ¿Cómo pudiste retribuirme por eso? —Dameal golpeó su pie, y luego asintió con la cabeza como si hubiera encontrado la respuesta—. Oh. Lo sé. Twinkies. Me encantan los Twinkies. ¿Crees que puedes conseguir el perdón con una sonrisa afectada lo suficiente para compensar el hecho de que planeaste la muerte de Satanás? —Gritó la última palabra tan fuerte, que el pelo de Armando revoloteaba sobre su cara.

La cara de Armando se puso roja por estar al revés. Sin embargo, él luchó contra la mano de hierro de Dameal. —Si terminaras de escucharme... tengo información sobre el niño, información importante, Dameal —exclamó—. Te lo juro, yo estaba bajo tierra hasta que se deshizo de..

—Baaasta! —Le interrumpió con un grito que resonó en los oídos de Marcela y se disparó a sus pies—. He tenido bastante de tus mentiras, y estoy seguro que cuando

regrese Abbadon de su tiempo en el hoyo —cortesía suya— querrá hablar contigo por la pequeña aventura a la que lo enviaste. Tonto como un tronco, eso es. Este seguidor. Así que ¿Quieres decir que tenemos un Starbucks o algo así, o tendremos un pequeño hombre a hombre? Caramelo frappe para mí. —Él se rió entre dientes, mirando por encima del hombro a Marcella y guiñándole un ojo.

Marcela miró a Catalina preguntando, porque era claramente la única persona que sabía quién era Dameal, pero estaba demasiado ocupada mirándolo llena de odio.

Kellen sonrojado, acarreando al todavía dormido Carlos encima de su hombro, dio un paso más hacia el sube y baja que lo acercaba a Dameal, con Marcela, pero dos pasos detrás de él. Kellen se paró delante de ella protectoramente, poniendo su mano libre detrás de ellos para envolverla alrededor de la cadera de Marcella. —Yo no voy a hacer ninguna pregunta. He aprendido en este juego demoníaco a nunca tomar nada en serio. Lo que parece ser la realidad no siempre es así. Así que sólo voy a decir gracias, y dejaré las cosas así. —Sus palabras fueron concisas, su rostro duro.

Dameal evaluó a Kellen con ojos brillantes, no con malicia, sino con algo que Marcela no podía adivinar. —Acepto. Sólo te pido un favor a cambio de tomar esta sanguijuela de sus manos.

Aunque no era tan grande como Dameal, Kellen se reunió con él cara a cara. Su respuesta sonó escéptica, Marcela quiso ponerles voz, pero no pudo encontrar las palabras. —¿Eso es?

—Dile a la otra mujer presente, cuyo nombre no soy capaz de decir porque ella es una arpía de fuego, que voy a volver por ella. Pronto. Y yo soy todo cosquillas rosadas. — Con eso, se dirigió al centro del patio y le dio un último gesto cortante a Catalina.

Luego sonrió. Amplio. Juguetón. Por su parte, Catalina se lo devolvió... en estéreo.

Luego la risa de Dameal comenzó a brillar, indicando que estaba haciendo su salida, apareció otra, deteniéndose sólo para tomar la forma de Dameal, ladeando la cabeza en una pregunta obvia. Dameal envió un mensaje claro, y en silencio a la imagen antes de asentir y desaparecer.

Marcela aspirado bocanadas de aire. ¿Qué cuerno estaba pasando?

Kellen se acercó a Catalina, que había venido hacia donde estaba ellos, acariciando el cabello de Carlos con sus dedos. —Wow. Creo que merece una explicación. Entonces, ¿quién es Dameal?

La cara de Catalina cambio en un instante. —Un demonio. Un mentiroso y tramposo demonio —escupió ella, con el pecho agitado y los labios apretados.

—Ese mentiroso, tramposo demonio acaba de salvar nuestras vidas Kellen le recordó en calma, el tono plano.

—Por favor. Lo tenía. Él aparece en el último minuto como Linterna Verde, porque es un presumido. Le hubiera clavado las pelotas al culo en la pared en un segundo o dos. —Su indignación era obviamente una cobertura de lo cerca que había estado realmente de ser todos los asesinados.

Kellen claramente entendió cómo se sintió Catalina cuando apareció. Con palabras trató de apaciguarla, pero quería respuestas. Simplemente no le permitía dejar las cosas como estaban. —Sin duda, eres fuerte, Catalina. Pero todavía me gustaría saber cómo lo conoces. Debido a que parecía que se conocían entre sí.

—No sé de qué estás hablando —contestó ella con la suavidad de su tono, evitando los ojos. Sin embargo, Marcela reconoce las cosas por lo que eran. Un disfraz con el propósito de ocultar lo que sentía por Dameal. Pero cualquiera que fuera su historia, y había una historia entre ellos, podría ser.

Al igual que un hombre, Kellen pisoteó con sus grandes pies toda una situación delicada. —Oh, vamos, Catalina. Es obvio que nos acaba de salvar el culo, pero si tú hubieras querido, seríamos mierda en la parte inferior de su zapato. Entonces, ¿qué pasa?

Tenía las manos apretadas a los costados. —Yo dije.

Marcela intervino con un dedo a los labios de Kellen. —Kellen? Silencio. No es asunto tuyo. O mío. Incluso si me muero por saber quién era y por qué no ayudo a Armando a aniquilarnos a todos nosotros. En este punto, estoy tan cansada que no me preocupo por otra cosa más que todos estamos seguros... especialmente Carlos. Así que deja a Catalina sola. —Ella sabía de esta cosa entre Catalina y Dameal. Tenía que ver con emociones volátiles que sólo otra mujer temperamental y apasionada como ella y Catalina pueden entender.

—Toma el consejo de tu novia —advirtió Catalina.

Kellen levantó una mano resignado, a continuación, ladeó la cabeza. —Espera. ¿Puedes ver a Marcela?

Catalina asintió con la cabeza, levantando su mochila. —Fue la maldita cosa más loca. Ella estaba ahí. Miré hacia arriba, y bam. Estoy tan sorprendida como tú, así que, Marcela... —Sacando su mano sucia, ensangrentada— encantada de conocerte finalmente.

Marcella se atragantó, agradecida de que Catalina nunca oyó hablar de las cosas horribles que había dicho sobre ella. —Tú también. —Tú también.

Ella le dio a Marcela una vaga sonrisa. —Y ahora que todo el mundo está sano y salvo... estoy fuera.

Poniéndole una mano en el hombro, Kellen sonrió en agradecimiento.

—Catalina, te debo una... grande Lo que necesites dilo...

Claramente, las emociones cálidas hicieron sentir a Catalina incómoda, dándole a Marcella la sensación de que ella no salvaba a los niños porque su objetivo era redimirse. Sus razones eran más profundas, y tal vez algún día, si sus caminos se cruzaban de nuevo, podrían hablar. Realmente hablar. Ella sabía lo que era mantener el dolor enterrado tan profundo que te consumía. Ella había juzgado mal a Catalina. Por ello, Marcela estaba arrepentida.

Catalina le devolvió una respuesta ligera. —Olvidalo. Es lo que hago. Todo lo que me debes es asegurarte de que este pequeño monstruo vuelva a casa seguro. Estaré cerca. El buen guano de murciélago de Texas es difícil de conseguir. Pórtense bien.

Antes de desaparecer, ella puso una mano sobre el hombro de Marcela y le dio un apretón en un silencioso gracias. Marcela extendió la mano y le apretó el hombro en respuesta antes de verla desaparecer.

—Sólo un niño puede dormir con ese ruido espantoso —reflexionó Marcela, con los ojos fijos en su bisnieto. Él que estaba vivo. Tan fantásticamente, maravillosamente vivo.

—Sólo una mujer demente que hacer lo que se ibas a hacer esta noche. ¿Tienes alguna idea de lo loco que era? —Kellen la miró con clara admiración.

—Um, perdón, pero no estabas leyendo el mismo maldito hechizo que yo no podía recordar, de un pedazo de papel? ¿Estás loco?

Él sonrió. —Me recuerda que mi español es una mierda.

—¿Por qué trataste de traducirlo, idiota? ¿Tienes alguna idea de lo que estaba a punto de hacer?

—Yo no sé por qué trataba de traducirlo al inglés. La mierda me tuvo un poco loco durante un minuto. Y yo sé lo que estaba haciendo. Yo estaba convocando y vinculando, o alguna combinación de los mismos.

—¿Por qué hacer algo tan tonto? —le reprendió.

Pero el rostro de Kellen fue grave. —Por las mismas razones que tú lo hiciste.

Y esas palabras, las palabras que quería decir que había estado dispuesto a dar su vida por ella y Carlos, la dejó sin aliento y un corazón a punto de explotar de amor.

Arrastrándola hacia él, la apretó cerca de él, apoyo sus labios sobre la frente.

—No vuelvas a hacerlo, nunca —susurró con fiereza contra su piel—. Yo te habría perdido por ese maniático si te unías a él.

Ella puso una mano sobre su pecho, sintiendo el ritmo constante de su corazón contra su palma. —Dudo que vaya a ser un problema. Quiero decir, se me olvidaron las palabras para el hechizo, y lo mismo va para ti, idiota.

Su risa era profunda. —Eso es porque eres vieja. Las personas mayores en el centro se quejan todo el tiempo acerca de la pérdida de memoria.

—Hey, más respeto para los mayores.

—Por lo tanto, quiero que me digas por qué no me dijiste todos esos detalles tan importantes sobre Carlos y su relación contigo.

—Así no haría algo tan estúpido como apareces y lanzarte frente a mí para salvarme de un muro de fuego que no me puede tocar, al fantasma, pero puede chamuscar, al ser humano, y su bola de pelos, ¿también? Ah, y luego está la cosa del sacrificio-de-su-alma-por mí. Soy un fantasma, Kellen. No hay nada que puedas hacer por mí. Tú eres un ser humano, con familia y amigos y es de esperar un lugar como maestro cuando las cosas se calmen un poco.

—Esa fue temerario, ¿eh?

—E impetuoso y estúpido. ¡Jesús, Kellen! Creo que toda mi vida paso delante de mis ojos en esos segundos.

—Oh, vamos. Seamos honestos. Tiene que haber durado por lo menos dos minutos completos. Has tenido mucha vida.

Enterrando su cara en su cuello, ella le pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Despídete de los chistes viejos. Sigo siendo condenadamente bella para una persona mayor.

Agarrando en un puño su trasero, se rió de su acuerdo. —Así que ahora tenemos un problema mayor.

Marcela frunció el ceño, algo de su felicidad se evaporo. —¿Y ahora qué?

Kellen movió la cabeza en dirección de Carlos. —Él. ¿Tienes alguna idea de cómo vamos a explicar la desaparición de Solana a la señora Ramírez?

—Tengo eso, amigo —una voz joven y caliente, les aseguró.

Sus cabezas se volvieron al unísono para ver a un muchacho joven, con el torso desnudo, usando un traje de baño de color rojo y flores blancas traje de baño, acercarse a ellos. —¡Así que heeeyyy, que paaasaaaaaa! Soy Uriel. Encantado del conocerlos. — Extendió una mano con una sonrisa brillante.

Los oídos de Marcela picaban. Uriel. —Tú eres el...

Hizo una mueca cuando la interrumpió: —¿Quién te dejo caer en lo que llamas Plano Triste totalmente innovador por tu parte, por cierto nombre. Buen nombre para ese

tugurio. Todos los arcángeles nos reímos a más no poder. Y, sí culpable, lo acepto. Era el lugar más seguro que podía encontrar, y había hecho la promesa de que estarías a salvo. Pero yo estaba firme haciéndolo por mi amiga Delaney. Ella es de esos amigos en quienes confiar, ¿eh? —Señaló hacia el cielo—. La amamos hasta allí arriba. Ella es una rebanada de pastel impresionante con un poco de salsa impresionante. Cruza almas al otro lado como loca.

Bien. Marcela se alejó de Kellen y Carlos, el miedo en sus ojos. Arcángeles y demonios eran de alguna manera un cóctel molotov de trasero... a la espera de entrar en erupción.

Pero Uriel se apresuró a ofrecer más garantías con aleteo de manos y una sonrisa suave. —No, no, amiga. Es justo. No estoy aquí para regresarte. Pero tenemos que confabularnos. —Él asintió con la cabeza a Kellen—. —Tú, también, hermano.

La garganta de Marcella se secó. Arcángel más fantasma caprichoso igual a pierdes el juego.

Esta era la parte en la que él la tomaba la gente que amaba y los arrojabas de nuevo a donde habían empezado. Ella sabía lo suficiente para saber que alguien contestaría la llamada. Marcela levantó una mano. —¿Me puede dar unos minutos para decir adiós? No voy a hacerte pasar un mal rato. Sé que he estado aquí más tiempo que el fantasma promedio, pero no sabía cómo volver. Yo habría vuelto si hubiera podido. Te lo juro. —Sabía que su voz era acuosa, pero no podía detener las lágrimas que llenaban sus ojos.

La mandíbula de Kellen estaba apretada, como si estuviera tratando de permanecer respetuoso cuando dijo: —No estamos diciéndole adiós a nadie.

—Él le agarró la mano, tirando de ella cerca de él—. Yo sé de ti —le dijo a Uriel—. Delaney me dijo lo que hiciste por ella y por Clyde.

Marcela lanzó una mirada confusa en Kellen.

Kellen le apretó la mano con una sonrisa suave. —Uriel es el que concedió a Clyde la oportunidad de estar aquí y empezar de nuevo. Él olvido recoger el alma de Clyde, y Clyde terminó en el infierno por error.

Uriel se echó a reír al recordarlo. —Amigo. Me gusta, surfear. Mi supremo mal. Pero todo está bien para Delaney ahora, ¿no?

Kellen asintió con una pequeña sonrisa. —Ella es muy feliz. Tanto ella como Clyde y todos los perros.

La sonrisa del arcángel irradiaba alegría ya que se perdió en un momento privado de ensueño. —Que impresionante.

Sin embargo, Kellen estaba claramente en el aquí y el ahora. —Quiero decirte sin faltarte el respeto, que si estás aquí para tomar a Marcela de nuevo, no puedo dejar que

hagas eso. No voy a dejar que lo hagas. Ella se queda. Conmigo. Y no me importa lo que se necesite. No habrá más despedidas.

Marcela tuvo el vago pensamiento de que era absurdo conseguir todos esas cosas de un arcángel, pero ella estaba tan enferma por la idea de que nunca nadie, y de todas las personas Kellen, fuera en defensa de ella, que la lastimó físicamente. Dejó caer la cabeza contra su pecho con lágrimas atemorizadas.

La expresión de Uriel fue de sorpresa. —¿Despedidas? Naw. Tú eres oro, Marcela. El Gran Kahuna y yo hemos una larga charla hace un rato. La madre de Carlos atrajo nuestra atención sobre este Armando.

—¿Solana? —Marcela preguntó con incredulidad.

—Sí. —Él asintió con la cabeza llena de cabello besado por el sol—. Esa es ella. La mejor dama, al igual que, evah. Enferma por la preocupación sobre su pequeño niño, también. —Pasó una mano sobre la cabeza oscura de Carlos de una manera cariñosa, presionando sus dedos de luz en los párpados del niño—. "Ella nos dijo lo que hiciste, Marcela. ¿Por qué lo hiciste?"

Levantó su barbilla desafiante. Nada la haría arrepentirse de matar a Armando Villanueva. Ni siquiera el Gran Kahuna. Las lágrimas caían de sus ojos mientras miraba a Uriel. —Yo no me arrepiento. Se hubiera llevado a mi hijo, David, y lo hubiera arruinado. Tendría que volverme en contra de todo lo que creo. No me arrepiento —dijo fríamente, desafiando a que Uriel la abofeteara hacia abajo.

Él levantó sus delgadas manos y sonrió beatíficamente. —Whoaaa-ho, señora Tigresa. Salí a buscar a tus cachorros. Fuiste una buena madre. Ahora, yo no estoy perdonando el asesinato. Vamos a mantener ese derecho para arriba. Pero puedo ver las cosas en un cuadro más grande. Armando era un tipo peligroso. Una de esas balas perdidas que nosotros la gente de arriba seguimos para que no puedan correr tranquilos y despreocupados. ¿Me entiendes? Tú protegías a un niño inocente de un loco sicótico. Somos conscientes de eso. Así que aquí está el trato. Tengo un mensaje de Solana y del tipo grande para ti... para los dos.

Marcela se quedó atónita en silencio, agarrando el brazo de Kellen.

—Aquí está la cosa. Solana sabe lo mucho que amas a Carlos y al padre de ella. Ella dijo que te dijera que este el mejor regalo que puede darle a su hijo.

—¿Regalo? —Marcella y Kellen dijeron a dúo.

—El regalo de una buena vida con alguien que amara al pequeño hombrecito como si fuera propio. El regalo de la Familia, fue la palabra que usó. Ella quiere que Carlos tenga una madre y, finalmente, un padre que va a hacer todo las cosas con él que su padre no puede porque está en el otro lado.

—Yo-yo... no entiendo —balbuceó Marcela.

—Sé que esto va a sonar todo chiflado, pero supongo que no puede conseguir nada más loco de lo que ya han pasado. Así que escúchame. Tú y Solana, son como gemelas. Ahora sé que eso es porque es tu nieta. Este es el plan. Tú posees su cuerpo. Al igual que hiciste con ese pobre wahine Rick. Sólo que te mantendrás en este cuerpo durante todo el tiempo que puedas respirar en él con la bendición de Solana. Ella quiere esto, Marcela. Todos lo queremos. Has sufrido para que ella pudiera tener una vida. No hay nada que podamos hacer para cambiar lo que pasó. No podemos cambiar que hayas perdido décadas con tu familia o que pasaste un tiempo apestoso como un demonio. Pero, podemos cambiar la forma en que serás tratada. Y todos estamos de acuerdo en que tu sacrificio tiene que ser totalmente reconocido.

La boca de Marcela se abrió, y el aire de sus pulmones salió lentamente. Las palabras vinieron de la boca de Uriel. Ella las escuchó. Sintió su impacto. Sin embargo, no pudo responder. El tipo de esperanza que le ofrecía era el tipo de esperanza que no se había atrevido nunca a permitirse, ni una sola vez desde que había tomado la decisión de salvar a David. Y en un abrir y cerrar de ojos, podría tener todo. Cada noche preguntándose, preocupándose, deseando, por setenta y seis años por todo eso.

¿Un poco más?

Para tener que borrar eso sin una batalla —sin que ella tuviera que sacrificar algo— era casi demasiado grande para entrarle en la cabeza.

—¿Marcela? Toma mi mano. —Uriel le pidió.

Ella extendió la mano como una rama temblorosa, poniendo su mano en la suya. Una mano que estaba caliente, suave, y abarcaba todo lo bueno y lo recto. Su respiración se acomodó a la comodidad, a la paz que llegaba a lo más profundo de ella. Él llevó los dedos a su mejilla con un suave toque de la piel, dejándola mareada con una alegría surrealista.

—¿Quiere quedarte, Marcela? Yo no pregunté eso. Simplemente lo asumí.

Sí. Sí, sí, sí. Quería quedarse. Durante el tiempo que pudiera.

Kellen estiró el cuello en torno a la pareja para mirar a Marcela con sus calientes ojos color avellana. —Bajo circunstancias normales, tu boca cerrada sería algo parecido al nirvana para mí, pero el tiempo se va. Respóndele al buen arcángel, cariño. Y aquí no hay presión, pero estoy un poco loco por ti. Tenlo en cuenta cuando por fin encuentres tu afilada lengua. —Él se rió entre dientes, meciendo a Carlos en sus brazos.

Su corazón se hinchó con un punzante escozor. —Sí —consiguió decir, fallando en su intento de ocultar un sollozo de gratitud—. Quiero quedarme. Más que nada, me quiero quedar.

Uriel le guiñó un ojo. —Fantástico. Así que acompáñenme. —Él le dio un suave tirón hacia el cuerpo de Solana, que estaba acostada pacíficamente, donde Armando la había tirado con tanta indiferencia como si fuera basura.

—¿Tengo que entrar? —ella chilló. Sus piernas temblaban, su estómago daba vueltas.

—Sí, amiga, eso es lo que estoy diciendo. Vamos, salta —le dijo Uriel con una sonrisa alentándola.

Marcela levanto una mano temblorosa hacia arriba. Esto era todo tan rápido. Demasiado rápido. Lucho por una razón para detenerse. —Espera. ¿Qué edad tiene Solana? Quiero decir, ¿Mírame, si? —Agitó una mano abstracta alrededor de su cuerpo—. Yo no podría ser el equivalente de más de treinta años humanos, en el mejor de los casos. Pero yo me conformaría con veinticinco.

—¿Marcela?

Sus ojos buscaron los Kellen, nublados y rojos por la batalla, pero cálidos y amorosos cuando él la miró. —¿Sí, Kellen?

—Entra en el maldito cuerpo o te tiro allí mismo. —Luego frunció el ceño, mirando hacia Uriel—. Lo siento. Mala elección de palabras.

Ella le dio una sonrisa coqueta. —¿Te he dicho lo caliente que eres cuando das ordenes?

—¿Te he dicho cuán completamente malhumorado me pones?

—Ha habido una o dos calientes ocasiones.

—Entra-en-el-cuerpo-ahora.

Ella respiró hondo, tratando de asimilarlo. —Espera, y estoy siendo muy seria cuando digo espera. Esto parece estar tan mal... como si... no sé, como si la estuviera profanando —Se volvió a Kellen, con los ojos húmedos por las lágrimas derramadas. Una gran sorpresa—. No hay nada que quiera más que estar contigo, Kellen... con Carlos, pero ésta era su madre. Ella sabe cosas de él que nunca... Las madres saben pequeñas cosas como cual era su juguete favorito cuando él era un bebé. Cuando perdió su primer diente. Lo que le gusta en su perro caliente. No puedo ser ella. Ella era mi nieta, ¡por el amor de Dios!

Kellen comenzó a hablar, pero Uriel levantó una mano con una sonrisa amable para calmarlo... —Que te importe lo suficiente como para preocuparte por esas cosas te hace una rad wahine, Marcela. Tú hiciste un loco sacrificio durante todos estos años... para salvar al abuelo de Carlos —tu hijo— y lo aceptaste como una guerrera. Todos esos años te viste obligada a que todo el mundo creyera que no eras alguien de confianza. Pero de la manera en que yo lo veo, Carlos necesita una madre. El pequeño hombrecito ha pasado por cosas demasiado duras. Va a tomar mucho tiempo para que

mantenga la cabeza tranquila y ayudarlo a lidiar con lo que se ha ido hacia abajo. Puedo borrar algo de él, pero no puedo evitar que lo vengan a visitar del otro lado. Eso lo que él es. Un conducto de arriba. Uno especial, uno de esos raros. Podrías ser la que le ayudara a hacer eso. Tú y Kellen.

Sus labios temblaban. —Pero ¿qué pasa con lo que Armando hizo mientras estaba en el cuerpo de Solana? ¿Qué pasa con todos esos asquerosos hombres que él... Y, oh, Dios. Fue tan horrible con su madre. La Sra. Ramirez me encerrara en el manicomio así como así. —Marcela chasqueó los dedos, con el corazón roto.

Uriel asintió con comprensión, pero la calmó con sus siguientes palabras. —Yo te respaldo. Lo único que tienes que hacer es saltar, Marcela. Mañana al despertar, Carlos y su abuela no recordaran nada, pero su genial y dura madre va a empezar a salir con un tipo que creo que es bastante impresionante. Qué sucederá después de eso depende de ustedes dos.

Ella estaba recibiendo este regalo enorme, y era casi demasiado. La dejó abrumada, humillada más allá de la reparación. El efecto dominó de un gesto tan magnánimo la derribó. No sólo podía estar con Kellen y Carlos, sino con su hijo. David. Después de tantos años agonizando, llena de preocupaciones. No sabría quién era realmente... ella en esencia era su hija. Sin embargo, eso no la hacía arrepentirse. Sólo con verlo, estar cerca de él, hablar con él durante todo el tiempo que pudiera antes de que él dejara esta tierra le hacía sentir una burbujeante e inexplicable alegría en su interior.

Uriel le puso una mano en el hombro. —Es mucho, ¿no? Al igual que, es a la vez, por ser una luchadora durante tanto tiempo.

Ella tardó en asentir. —Me temo que voy a meter la pata... que todo...

—Saca eso de ti —la interrumpió Uriel—. No esta vez, Marcela. Estoy siempre fuera cuidando a los buenos. Tú no me verás, pero me sentirás. —Él acarició su mejilla, enjugándole las lágrimas que cayeron como grandes gotas.

Miró a Kellen. —Pero ¿y si no te gusta Solana? Sé que parecemos casi exactamente iguales, pero debemos tener diferencias que notarás cuando...

—Ella cerró la boca de golpe, dándole a Uriel una mirada culpable. Sólo ella podía tener un miedo tan inapropiado como sería al hacerlo delante de un arcángel.

Kellen habló entonces, hosco, con voz ronca cuando plantó un beso en la frente y la abrazó. —Te amo. A ti. Quién eres. Cómo te convertiste en lo que eres. El resto es intrascendente.

Ella se rió lloriqueando. —Apuesto a que no lo estarías diciendo si tuviera un culo con celulitis.

Inclinando la barbilla, puso sus ojos a la altura de los de ella. —No. Estas equivocada, pero yo lo veo de esta manera... algún día, ya sea que nos guste o no... tendrás un culo celulítico y eso es sólo la vida como simple mortal. Y aun así, todavía te voy a amar.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rió. —¿Qué estoy pensando? Dejar mi cuerpo espectral tiene sus desventajas.

—¿Cariño?

—Uh-huh?

—Entra en el cuerpo. Ahora.

Le dio un suave beso antes de mirar a Uriel. —¿Aseguras que Carlos no será marcado por esto? Necesito saberlo.

Uriel levantó dos dedos. —Honor de Arcángel.

—¿Harás que los pobres de Rick y el Pequeño Antonio lleguen a sus casas seguros? ¿Puedes hacer lo del mojo con ellos, también? ¿Tú sabes, para que no recuerden?

Trabando las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos, se balanceó sobre sus talones desnudos. —Claro que sí.

—Y Darwin. Oh, Dios. ¿Qué pasa con Darwin? No voy a ser capaz de verlo más. Yo nunca pensé en derramar una sola lágrima por la intromisión de ese mestizo, pero si no fuera por él, nunca hubiera sobrevivido a esto.

—¿Quién es Darwin, cariño?

—Te lo explicaré más tarde. Promesa —le dijo a Kellen, a continuación, tocó el brazo de Uriel—. ¿Sabes a quién me refiero, ¿no?

—Sí. Lo tengo cubierto. No puedo decir cuándo o dónde, pero volverás a ver a Darwin de nuevo. Esa es una promesa.

Con una respiración profunda, Marcela se arrodilló ante su nieta, maravillado por el asombroso parecido con ella misma. Quería decirle lo infinitamente agradecida que estaba por esta oportunidad de estar con su familia. Para compartir con ella lo mucho que le hubiera gustado haber conocido a Solana de niña, la mujer, la madre en que se había convertido. Ella quería a susurrarle palabras de consuelo por la pérdida de su marido mientras la mecía. Para decirle que ella misma sabía cómo era una pérdida y lo devastador que podía ser. Quería hacer una ofrenda para que "Vaya Con Dios"²¹ para que su paso fuera seguro al cruzar, pero lo único que lograba decir era "gracias" en voz baja y temblorosa, buscando los ojos de Uriel, una vez más. —Vas a darle las gracias, ¿no? Para mí. Nunca seré capaz de decirlo lo suficiente —ella se atragantó.

²¹ "Vaya con Dios": Está Español en el libro.

Colocando una mano sobre su hombro, Uriel susurró: —Estas dentro —justo antes de darle un ligero codazo, cayendo con el empujón en el cuerpo de Solana.

La transición no fue nada por el estilo como poseer a Rick. Era como si ella flotara en una nube por un momento, sin peso y más ligero que una pluma. Entonces el frío del suelo se filtraba por la fina camisa y sus manos se tocaban la cara.

Kellen se arrodilló a su lado, apoyando a Carlos, aún dormido, en la rodilla. Al instante sus manos fueron a Carlos, recorriendo por encima de su cabello sedoso, pasando un dedo a través de su nariz pecosa, llevándose la mano a sus labios. Ella besó la punta de cada dedo. Para sentir su piel cerca de ella, para tocarlos lo que la hizo llorar aún más. Tirando de ella hacia su pecho, Kellen la invitó al círculo de sus brazos.

Brazos fuertes, confiables que cuidaban a Carlos y ahora a ella. Lágrimas de agradecimiento se deslizaron por el rostro de Marcela, empapando el hombro de su chaqueta.

Uriel se inclinó desde la cintura y puso su mano sobre la cabeza de Carlos. Cerró los ojos, y luego al abrirlos y sonrió. —Así que estoy fuera, gente. Mantente fuerte, Marcela, y, Kellen, mantén este regalo de la vista... por cierto tiempo, amigo. Una vez que tomes la ola, va a ser un paseo. Promesa.

Cuando él se levantó para irse, Marcela le tomó la mano. Ella no tenía palabras. Nada frívolo o divertido que decir en la manera que quería expresarle su agradecimiento.

En cambio, dejó que sus ojos se encontraran con los del arcángel antes de que ella los cerrara y mantuviera su rostro hacia el cielo.

En profundo agradecimiento.

Los labios de Uriel rozaron la frente de Marcela y susurró: —Viaja seguro, Wayne — Con el signo de ser libres, se fue.

Se sentaron en los escalones de la entrada al apartamento de Carlos durante mucho tiempo, los dedos entrelazados, Carlos envuelto en la seguridad de sus brazos, con la chaqueta de Kellen alrededor de los hombros. En silencio. Pensando. En asombrada reverencia.

Cuando Kellen finalmente habló, su voz era áspera y llena de emoción. —Por lo tanto, he estado pensando.

—Dímelo.

—Vamos a tener que tomar esto despacio. Esta cosa que nos está pasando.

—Debido a Carlos y la señora Ramírez.

—Tu nuera, eh, mamá. Sí. Por ellos.

Ella sonrió. —Absolutamente.

—Tú sabes que no hay nada que me gustaría más que seguir mi camino contigo al lado, ¿no?

Su sonrisa se ensanchó. —Estoy aquí contigo. —Entonces ella suspiró tristemente.

—Pero Carlos ha pasado por muchas cosas. Así que lo haremos de la manera correcta... para darle a él un buen ejemplo sobre cómo conquistar a la mujer de sus sueños.

—¿Te refieres a la forma en que dos personas humanas normales lo harían?

—Marcela no podía ni siquiera imaginarlo, pero ella estaba dispuesta a intentarlo. Quería, quería, quería.

—Sí. Como todos los normales.

—Yo he caído. Muuuy abajo.

—Es bueno saberlo. Por lo tanto, Marcel... Eh, Solana Ramírez, soy Kellen Markham. Creo que eres caliente. ¿Quieres comer una hamburguesa? ¿Tal vez ver una película? ¿Hacerlo?

No había nada... nada que sonara más celestial. Riendo, Marcela tomó a Carlos en sus brazos y se levantó. Besó a Kellen en los labios con un beso esperanzado de poder hacerlo durante todo lo que le quedaba de vida. —Eso es para mediocres. ¿Este es tu plan para alejarme, Ghost Whisperer²².

Frotando su nariz contra la de ella, él se rió entre dientes. —¿Crees que puedes renunciar a flotar y a la posesión por elegir ser normal?

Mirándolo, dijo: —¿Te he dicho lo mucho que adoro una jugosa hamburguesa grande con cebolla?

—Eso es una cosa que le gusta bastante a la gente normal —bromeó con una risita ronca.

—Bueno, yo soy una chica muy normal.

—Eres fuera de lo común —murmuró, tomando sus labios en un beso posesivo que ella le devolvió, pero tuvo que retirarse lejos a regañadientes si iban a tratar de hacer las cosas correctamente.

—¿Así que mañana por la noche a las siete?

—¿Puedo traer a Carlos?

Él sonrió. Delicioso, parándole el corazón. —Me decepcionarías si no lo haces.

²² **Ghost Whisperer:** "Entre fantasmas", serie norteamericana de televisión

—Entonces, mañana a las siete. Voy a escribirlo en lápiz. —Con el peso de Carlos en sus brazos, Marcela volvió la cabeza hacia las escaleras. A su nuevo hogar.

Para su familia.

Para su nueva vida.



Traducido por Dham-Love

Corregido por Caamille

Marcella Acosta Solana Ramírez se sentó en un banco en la zona de juegos, manteniendo una mirada cuidadosa sobre el regalo más precioso que alguna vez le habían dado mientras esperaba para compartir un sándwich de mantequilla de maní y jalea, su especialidad, con su otro precioso regalo. Delaney se sentó a su lado, disfrutando de la fresca tarde de otoño. Como un par, se sentaron en una tranquila armonía. Para este día, de vez en cuando, se miraban la una a la otra, compartiendo el conocimiento de que tan precioso era el regalo que les habían dado.

Habían sido ya seis meses desde aquella noche en la zona de juegos. Seis meses llenos de tantos eventos totalmente normales y maravillosamente ricos que hubieran sido incontables si Marcella no los hubiera contado a propósito.

Estos últimos meses habían sido un período de adaptación. Un tiempo que involucraba a Marcella dando tumbos en la oscuridad mientras criaba a Carlos (Y algunas veces él a ella) y aprendía como no quemar una caja de buenos macarrones con queso, como lanzar un pelota de beisbol, como hacer matemáticas de cuarto grado, y como jugar video juegos. Había sido un tiempo de noches tranquilas en la escalera de la entrada, con café en una mano, con su hijo David, que la llenaba de historias de su hermana, Isabella, y su vida como un chico joven, completando las imágenes que Marcella se había creado en la cabeza, trayéndolas a la vida con coloridas palabras.

Había sido un tiempo de mucha risa, del tipo que hace que las lágrimas corran por tus ojos y que te duela el estómago, como cuando la Sra. Ramírez, uh, su madre, había intentado enseñarle cómo hacer tamales. Había sido una época de ironía agridulce, como enterarse que el segundo nombre de Solana era Marcella gracias a la misteriosa insistencia de Isabella. También había habido alivio cuando Kellen le explicó lo mucho que amaba el nombre Marcella, y que iba a seguir llamándola así de ahora en adelante porque el secretamente la seguía embarrando.

Y luego estaba Kellen, quien de hecho se tomaba las cosas con calma, cortejándole de manera respetuosa como cualquier pretendiente respetuoso lo haría. Con flores, con una caja de esas cerezas cubiertas en chocolate que tanto amaba, con noches llenas de cosa predecibles como cenar a las seis, el programa de televisión semanal que veían siempre, cogiéndose las manos en el sofá acurrucados bajo una sábana. Los largos, y

ardientes besos de buenas noches al frente de su puerta mientras esperaban el tiempo adecuado para consumir su relación.

Que había terminado por sentirse como una eternidad, pero en realidad sólo fueron dos meses.

Habían encontrado una rutina—un nicho—la alegría que las pequeñas cosas que la vida tenía para ofrecer.

Y era una dicha. La clase de dicha que Marcella había pensado sólo tenía que ver con la farándula y las compras.

—Hola, ¿Tía D?

Delaney miró con una cálida sonrisa desde el columpio donde se balanceaba con un pie perezoso que la sostenía a ella y a la nueva niña adoptada de China por Clyde—. ¿Qué pasa, pequeñito?

Carlos sostenía un gato en sus brazos, ralo y enmarañado.

—Lo encontré cerca de la señora con el poodle de... uh... Francia. La cosa blanca esponjosa que viene aquí todos los días. Él dijo que las conocía. Su nombre es Darwin. ¿Podemos quedárnoslo, mamá? —Él sonrió.

El corazón de Marcella saltó, no tanto como por primera vez escuchó su nuevo título oficial, pero todavía temblaba con amor. Sacudió la cabeza.

—¿Dijiste Darwin? No. No puede ser.

Carlos asintió con su cabeza, pasando su mentón sobre las orejas puntiagudas del gato y riéndose.

—Aja. Dijo que te conocía, a ti y a la tía D. desde hace mucho tiempo y que... —se detuvo por un momento, claramente luchando por buscar las palabras adecuadas—. Y que él ha hecho las cosas más locas para poder estar con su familia.

Luego dijo algo sobre el Sr. Peabody, pero no puedo recordar el resto. No tenía sentido. Frunció su joven ceño, tratando de poner el mensaje junto desde el más allá hasta que uno de sus amigos lo llamó desde las barras.

—Entonces, creo que deberíamos quedárnoslo.

Lanzó el gato hacia el regazo de Marcella en un salto imprevisto, dándole un golpe en su cabeza de colores antes de irse a jugar a las barras con sus nuevos amigos, de los cuales ahora tenía muchos. Con la ayuda de Delaney, Marcella, y más que todo Kellen, Carlos estaba aprendiendo de a pocos su don de vista. Había aprendido a cruzar las almas con experiencia, y le había enseñado a Kellen el tipo de paciencia y sensibilidad que sólo un niño podía aportar al enfrentarse con un espíritu enfadado. Aunque Kellen todavía tenía trabajo en proceso, estaba haciendo de nuevo lo que amaba, mientras su

madre, la Sra. Ramírez, atendía la tienda, y él había aprendido a mantener a los espíritus tranquilos y cooperadores durante las horas de escuela.

Marcella recogió al gato, su corazón estaba resoplando a un ritmo alarmante, con lágrimas llenando sus ojos. El Sr. Peabody... ¿Acaso era eso posible?

—De ninguna manera —murmuró Delaney, con sus ojos bien abiertos cuando intercambio una mirada de sorpresa con Marcella.

—Uriel dijo que lo vería de nuevo. Pero esto. —Lo sostuvo en el aire para examinarlo—. Tiene que ser el último sacrificio para él. Era un Rottweiler, por amor a Dios, D. una pura raza. Ahora era alguna clase de gato de media raza. Y, por como lucían las cosas, una hembra de media raza. ¿Debes estar devastado, ah, Kibble King? Pero mira lo que has hecho para encontrarnos. —Marcella lo abrazó cerca a sus piernas sosteniéndolo en el aire—. ¿En serio eres tú? —Ella olió su pelo, arrugando su nariz—. Hueles como el hedor de miles de almas podridas. —Rascando sus orejas, miró en sus profundos ojos verdes—. ¿Dónde has estado? ¿Cómo te metiste en este cuerpo? Olvídalo, no importa. ¡Estoy tan feliz de verte! —Pasó sus dedos por los huesos de las visibles costillas—. Estás tan flaco. Espera, tengo comida.

Marcella le entregó a Darwin a Delaney, que miró profundamente en los ojos de Darwin.

—¿Darwin, estás allí en verdad? —el gato le dio una mirada altiva, levantando su barbilla y alejándose de sus fisgones ojos.

—Mira, Darwin —dijo Marcella, extendiendo su mano hacia él—. ¡Son Goldfish! —dijo triunfante moviendo las galletas en su mano.

Darwin lo consideró por un momento antes de inclinar la barbilla en la forma altiva que le había hecho a Delaney.

Marcella asintió con una sonrisa.

—Tiene que ser él. Siempre ha sido un sobrador con la comida.

—¿Quién? No puedes hablar de mí. Comí tamales quemados cada noche y todo eso por el amor de Dios. —Se burló Kellen, cerca de su hermana para darle a Marcella un gentil beso y una sonrisa que nunca dejaba de calentarla de pies a cabeza. Carlos le miró y corrió para chocar sus nudillos contra los de él, con una inmensa sonrisa.

Kellen le regresó la sonrisa a Carlos, una sonrisa que era especialmente para él y siempre apretaba el corazón de Marcella.

—Oye, amigo. ¿Qué pasa? ¿Cómo estuvo la prueba de matemáticas?

Él arrugó la cara con disgusto. Bastante como su bis-bisabuela, él odiaba las matemáticas.

—Creo que me fue bien.

Kellen le agitó el cabello.

—Bien hecho. ¿Quieres golpear los libros un poco después de un poco de Rock Band?

Carlos asintió y gritó.

—¡Trato! —Antes de dirigirse a sus amigos.

—¿Y quién es la pequeña criatura?

—Oh por Dios, ¡No lo creerás, cariño! Es Darwin. —Marcella lo sostuvo a la luz del sol con una sonrisa radiante. A lo que Darwin respondió quedándose flácido y como sin huesos, dándole a Kellen una mirada de seca indiferencia.

Kellen se sentó a su lado, envolviendo su brazo a su alrededor y descansando la cabeza sobre la de ella. Le rascó la barbilla a Darwin.

—Pensé que había dicho que Darwin era el perro muerto de Delaney.

Recostándose contra él, asintió y susurró.

—Lo era. Pero creo que se las arregló para, ya sabes, encontrar un huésped. Apuesto que uno que fuera bueno, pues ya sabes... —Marcella guiñó el ojo.

—Ah —dijo Kellen, entrelazando sus dedos con los de ella—. ¿Así que supongo que Vem y Shirley tendrán que moverse al sofá?

Marcella le sonrió a él y a su curiosidad.

—Si él es algo como el perro Darwin, entonces le pertenece el sofá. —Reclinándose hacia adelante, acariciando a Darwin le gustase o no, comentó—. Así que vi a Catalina hoy. Vino a ordenar la mierda de murciélago.

—¿Está bien? —preguntó Kellen.

El rostro de Marcella expresaba su preocupación. Ella y Catalina compartían una amistad que incluía nada más que la charla ocasional cuando Catalina iba a recoger suministros de la tienda. Intercambiaban bromas, y nada más, llevando a Marcella a creer que Catalina se sentía de la manera en que ella lo hacía cuando era un demonio. No quería atarse a nada remotamente humano. Y Marcella entendía eso mejor que nadie, pero algún día, cuando llegara el momento, quería que Catalina supiera que tenía alguien que la oiría, y por si quería.

—Desde esa noche en que vi a Dameal, sentí como si estuviera escondiendo algo. Pero imaginé, que cuando estuviera lista, hablaría de eso.

Kellen le sonrió.

—Eso espero cariño. Hasta entonces, me muero del hambre. ¿Qué manjar me has traído hoy, mi hermosa Betty Crocker? ¿Algún flan macizo? Ese es mi favorito. Espera, Ayudante de Hamburguesa, ¿no es así? Crudo, espero.

Acomodándose de mala gana y poniendo a Darwin en su regazo, Marcella le mostró la lengua al gato y alcanzó algo de la nevera portátil que había llevado, y le entregó a Kellen un sándwich.

—El almuerzo —ofreció orgullosamente.

Le dio a Delaney una mirada dubitativa y susurró.

—¿Lo hizo ella o lo hiciste tú?

Marcella le dio un manotazo en el hombro.

—¡Oye! Me esclavicé en una lata caliente de Skippy y caminé la milla entera hacia la escuela para venir a verte en la hora del almuerzo, ¿Y éstas son las gracias que tengo? Creo que tal vez tenga que considerar esa propuesta. Sr. Markham —Ella se burló.

Delaney se burló, cogiendo la pequeña Ella y mordisqueando su puño regordete.

—Después de lo que pasé, ¿hablarte de ese vestido de dama de honor que sólo fue hecho para ser usado por una copa C, talla dos que llama a una menta una comida saludable? Oh no. Te casaras con él o te arrastraré al altar por tus largas piernas y te hare vestir algo desaliñado cuando lo haga.

—Cómo si ella fuera a dejarte escapar de *esto* —bromeó Kellen, tomando un mordisco de su sándwich y haciendo falsos sonidos de placer gastronómico.

—Entonces, tengo un anuncio —dijo Marcella con orgullo.

Kellen levantó su sándwich y sonrió.

—¿Me dejas para participar en *Top Chef*?

Marcella ajustó su mentón, quitándole amorosamente una gota de jalea de uva.

—¿Adivinen quién va a empezar a ganar dinero desde el siguiente lunes?

—Cállate Kell —lo castigó con una sonrisa—. ¿Entonces lo conseguiste? —Le dio a Marcella una mirada secreta.

Kellen inclinó su cabeza.

—¿Conseguir qué, cariño?

—¡Un trabajo! ¿Adivinen quién es la nueva empleada de Pier? —Su emoción por tener un trabajo real era sólo comparable con la alegría a la que tenía derecho por recibir descuento de empleado.

El gemido de Kellen fue largo.

—¿Eso significa que vamos a tener un montón de esas almohadas en diez colores diferentes y esas lámparas de cama? —La siguió con una sonrisa, besando sus labios.

Marcella soltó una risita, algo que hacia seguido estos días, femenina y llena de una exuberancia libre de cuidado.

—Eso significa, malhumorado, que tu prometida se unirá a la fuerza de trabajo como cualquier otro mortal. Toda la cosa de nueve-para-las-cinco. Todo normal y promedio.

Kellen tomó su mano en la suya y la apretó.

—¿Sabes qué, futura esposa mía?

—¿Qué?

—En la más grande forma de todas, prefiero normal y promedio. Son las dos palabras más bonitas en el diccionario. Las luces bien. —Él le meneó sus cejas.

Sonriéndole, Marcella presionó sus labios contra los de él y lo besó con cada pizca de amor que tenía que ofrecer.

El tipo de amor que era cualquier cosa—*cualquier cosa*—menos promedio.

Fin del Libro.

Dakota Cassidy.



Sin pensar en dedicarse de lleno a escribir novelas y cuentos, comenzó a escribir su primera novela corta frente a su ordenador y tres años después ha publicado una veintena de libros.

El género paranormal es su preferido como lo demuestran sus libros más conocidos como las series: Accidental Werewolf, Accidentally Dead, The Accidental Human, Accidentally Demonic, Accidentally Catty, Kiss & Hell, My Way to Hell.



Foro Purple Rose

Traducido, Corregido y Diseñado
En el Foro:

“Purple Rose”

www.purplerose1.activoforo.com

¡Te Esperamos!